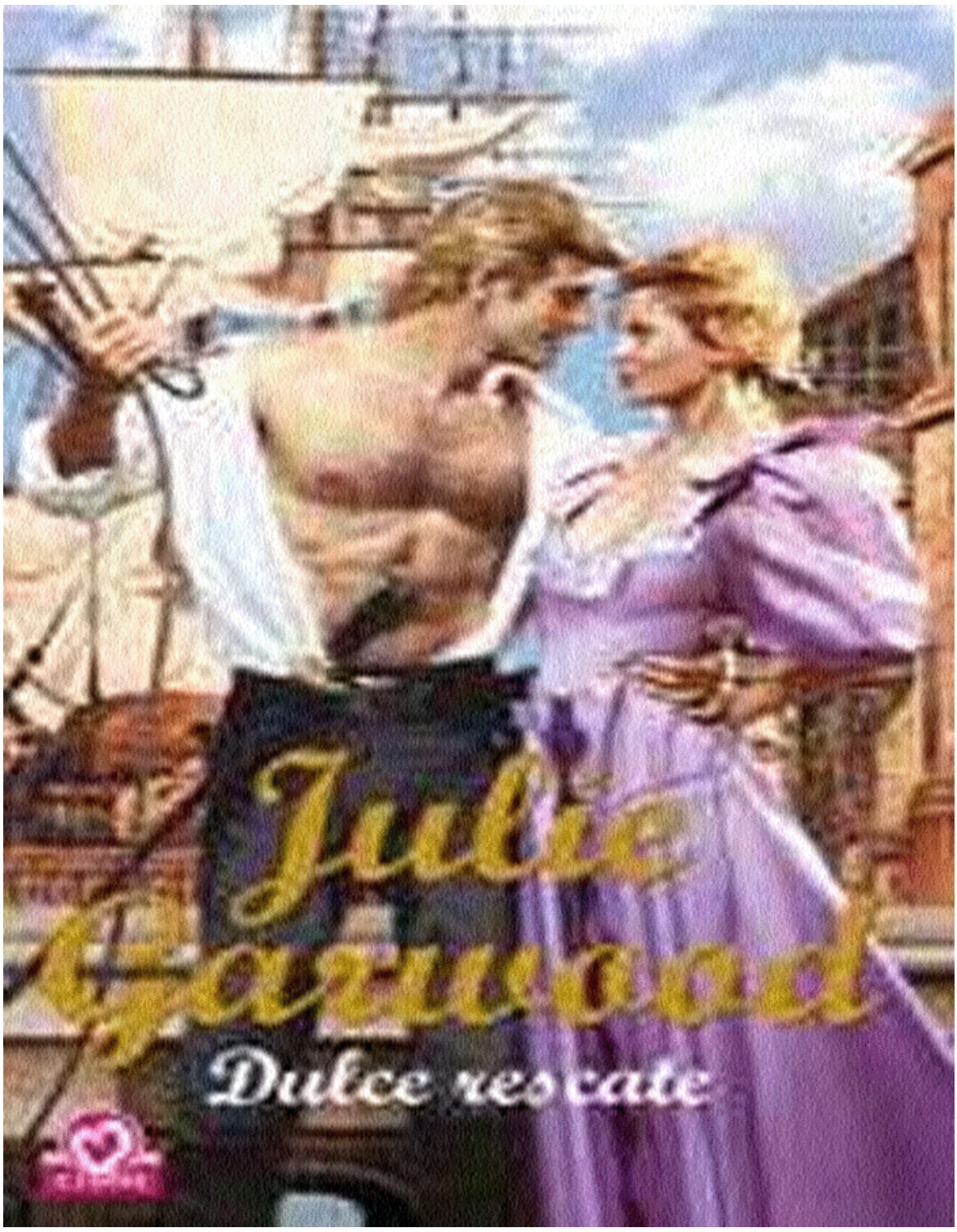
DULCE RESCATE
JULIE GARWOOD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Londres, 1815

Paciente, el cazador esperaba la presa.

El engaño que perpetraba el marques de Cainewood era peligroso. No cabía duda de que el infame Pagan, de Shalow's Wharf, oiría hablar del que lo imitaba y se vería obligado a dejar el escondite, pues, si se hacia caso de las habladurías, su orgullo monstruoso no permitiría que otro individuo se llevara los méritos de sus propias fechorías. Por cierto, el pirata intentaría ejercer su propia forma de venganza, y Caine contaba con eso. En cuanto Pagan apareciera, Caine lo tendría.

Y la leyenda quedaría destruida.

Al marqués ya no le quedaban alternativas. La araña no abandonaría la tela. La generosidad no había dado resultado. Por sorprendente que pareciera, entre los marinos no había traidores, aunque esos hombres comunes habrían sido capaces de vender a sus madres por la cantidad de oro que había ofrecido el marques. Por otra parte, había sido un error de cálculo por parte de Caine. Todos los hombres de mar proclamaban que la lealtad a la leyenda era el motivo personal para rechazar las monedas, pero Caine, cínico por naturaleza, y por las amargas experiencias pasadas, imaginó que la causa real era el miedo. El miedo y la superstición.

El misterio rodeaba al pirata como las paredes de un confesionario. En realidad, nadie había visto a Pagan. Su barco, el *Emerald*, fue visto en innumerables ocasiones surcando las aguas como un guijarro arrojado por la mano de Dios... o al menos así contaban quienes alardeaban de haberlo visto. La imagen del bello navío negro producía terror a los caballeros de la alta sociedad, de carteras repletas; provocaba risas disimuladas en los individuos malvados y humildes plegarias de agradecimiento por parte de los desafortunados, pues Pagan tenia fama de compartir el botín con estos últimos.

Pero a pesar de la frecuencia con que el navío era avistado, nadie podía describir a uno solo de los marinos que iban a bordo, cosa que no hacia mas que aumentar la especulación, la admiración y el embeleso hacia el pirata fantasmal.

Era obvio que Pagan disfrutaba con la variedad, pues sus latrocinios se extendían al otro lado del océano, aunque los ataques en tierra provocaban la misma consternación, quizá más aun. Pagan cuidaba de robar sólo a los miembros de la alta sociedad. Era evidente que no queria que ningún otro se quedara con el crédito por sus propios ataques nocturnos a los desprevenidos, pues dejaba una tarjeta personal, que consistia en una rosa blanca de tallo largo. Por lo general, la víctima despertaba a la mañana siguiente y encontraba la flor a su lado, sobre la almohada. La sola visión de la rosa era suficiente para que hasta hombres maduros se desmayaran.

Parece innecesario decir que los pobres adoraban esta leyenda y creían a Pagan un sujeto pleno de estilo y romanticismo. La Iglesia también le dedicaba su adoración, pues Pagan dejaba cofres con oro y joyas junto a colecciones de platos en los vestíbulos, coronados por la rosa blanca, desde luego, de modo que los lí-

deres de las congregaciones supieran por quién tenían que orar. Al obispo le resultaba difícil condenar al pirata, aunque tampoco podía santificarlo, pues eso hubiese significado atraerse la ira de algunos de los miembros mis influyentes de la sociedad. Por lo tanto, se limitaba a adjudicarle a Pagan el epiteto de canalla. Era de notar que siempre que lo pronunciaba lo acompañaba con una sonrisa fugaz y un guiño.

El Departamento de Guerra no abrigaba tales escrúpulos y había puesto precio a la cabeza del pirata. Caine duplicó esa cifra, pues tenia motivos personales para dar caza a ese miserable y estaba convencido de que el fin justificaba los medios, por deshonestos que fuesen.

Sería ojo por ojo. Mataría al pirata.

Por irónico que parezca, los dos hombres estaban equiparados. Los hombres comunes temían al marqués, pues la tarea que había realizado para el gobierno le había ganado su propia fama tenebroso. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, si Pagan no hubiese tenido la audacia de provocar la ira de Caine, este lo habría dejado en paz. Pero el pecado mortal de Pagan hizo cambiar esa actitud, y la inclinó hacia la venganza.

Todas las noches, Caine acudía a la taberna llamada The Ne'er Do Well, en pleno corazón de los arrabales de Londres. La frecuentaban los trabajadores más curtidos de los muelles. Caine siempre ocupaba una mesa en un rincón, con la espalda protegida de cualquier posible ataque sorpresivo por la pared de piedra, y esperaba pacientemente a que Pagan se acercara a él.

El marqués se movía en ese ambiente degradado con la misma comodidad que si fuese un hombre de pasado turbio. En esa parte de la ciudad, un titulo no significaba nada. La supervivencia dependía del tamaño, de la habilidad para causar dolor al defenderse y de su indiferencia a la violencia y la crudeza que le rodeaban.

En menos de una noche, Caine se familiarizó con la taberna. Era un individuo corpulento, de hombros y muslos musculosos, y sólo su tamaño habría intimidado a cualquier posible desafiante. Caine tenia cabello oscuro, piel bronceada y los ojos del color de un cielo gris oscuro. En otra época, esos ojos eran capaces de provocar temblores de excitación a las damas de la alta sociedad, pero ahora esas mismas damas retrocedían ante la frialdad que se agazapaba en ellos y ante el semblante impasible, carente de emociones. Murmuraban que el odio había convertido a Caine en piedra. El marqués estaba de acuerdo.

Una ver que decidió jugar el papel de Pagan, la ficción no fue difícil de mantener. Todos los chismosos coincidían en la fantasía de que Pagan, en realidad, era un noble que se había hecho pirata para poder mantener su estilo de vida rumboso. Caine no hacia más que aprovechar esa ventaja. La primera vez que fue a la taberna estaba vestido con su ropa más cara, y le añadió un toque personal, sujetando una rosa blanca a la solapa de su chaqueta de gala. Claro que resultaba un agregado jactancioso, y logró que se le notara lo suficiente.

Enseguida se vio obligado a herir a algunos hombres con el cuchillo para hacerse un lugar en el grupo, y, aunque Caine estaba vestido como un caballero, luchó sin honor ni dignidad. Los hombres lo admiraron: en pocos minutos, se ganó el respeto y el miedo de esos truhanes. Además, la figura hercúlea y la fuerza conquistaron la lealtad de esos hombres. Uno de los mis audaces le preguntó, tartamudeando, si era verdad lo que se decía. ¿Acaso él era Pagan? Y, aunque el marqués no respondió, la inmediata sonrisa les indicó que la pregunta le había

gustado. Y cuando le señaló al tabernero que los marinos tenían una mente muy perspicaz, la conclusión de los parroquianos fue inevitable. Hacia el fin de semana, el rumor de las visitas cotidianas de Pagan a Ne'er Do Well se habían expandido como si hubiesen anunciado que había ginebra gratis.

Monk, el irlandés calvo que había ganado la taberna en una partida tramposa de naipes, solía sentarse junto a Caine, al terminar cada velada. Monk era el único que conocía el engaño. Por otra arte, estaba plenamente de acuerdo con el plan de Caine, pues se enteró de la atrocidad que había cometido Pagan con la familia del marqués. Además, desde que comenzó la ficción, el negocio había aumentado de manera considerable. Al parecer, todos querían contemplar bien al pirata, y Monk, que ponía las ganancias por encima de toda otra consideración, recargaba la cerveza aguada a un precio exorbitante.

Hacia años que el tabernero había perdido el cabello, pero las cejas de un brillante tono anaranjado suplían esa carencia. Eran espesas, rizadas y trepaban hacia la frente pecosa como enredaderas decididas. En ese momento, Monk se frotaba la frente, frustrado por el marqués. Eran casi las tres de la mañana, una hora más de la acostumbrada para cerrar la taberna, y sólo quedaban dos parroquianos demorándose con las bebidas. Cuando eructaron y saludaron, soñolientos, Monk se volvió hacia Caine.

- Al venir aquí todas las noches, demuestra usted más paciencia que una mosca posada sobre un perro sarnoso. Espero que no se desanime demasiado - agregó. Se interrumpió para llenar una copa de coñac para el marqués, y bebió un buen trago de la botella -. Caine, usted se deshará de él, estoy seguro. A mi me parece que él enviará a un par de sus hombres primero, para desviarlo a usted de su propósito. Por eso, todas las noches le advierto que se cuide las espaldas.

Monk bebió otro trago y rió entre dientes.

- Pagan protege bastante su reputación, y esta representación de usted debe de estar sacándole de sus casillas. Pronto aparecerá por aquí. Incluso creo que mañana será la noche elegida.

Caine asintió. Monk, con la mirada cargada de promesas, todas las noches terminaba el discurso augurando que al día siguiente aparecería la presa.

- Entonces, Caine, usted caerá sobre él como un pato sobre un insecto.

Caine bebió un largo trago, el primero de la noche, y corrió la silla hacia atrás para poder apoyar los hombros contra la pared.

- Lo atraparé.

La dureza en el tono de Caine hizo que un frío corriera por la espalda de Monk. Estaba por asentir cuando, de pronto, se abrió la puerta y el ruido atrajo su atención. Monk se volvió a medias para advertir que la taberna estaba cerrada ya por esa noche, pero la figura de pie en el vano de la puerta lo dejó tan perplejo que sólo atinó a abrir la boca. Cuando al fin recuperó la voz, dijo:

-¡Santa Madre de Dios! ¿Es un ángel que ha venido a visitarnos?

Desde su posición contra la pared, Caine estaba de frente a la entrada y veía con claridad. Aunque a decir verdad no se movió ni mostró ninguna reacción externa, estaba tan sorprendido como Monk. El corazón comenzó a palpitarle con fuerza y no podía recuperar el aliento.

En efecto, la mujer parecía un ángel. Caine no quiso ni parpadear, seguro de que, si cerraba los ojos aunque fuese por un segundo, la visión se desvanecería.

Era una mujer de increíble belleza, y sus ojos cautivaron al marqués. Tenían un maravilloso matiz de verde, y Caine pensó: <<Como mi valle en una noche de luna llena.>>

La muchacha lo miraba, y Caine a ella.

Mientras se observaban, pasaron largos minutos, y luego la joven avanzó hacia el hombre. En cuanto se movió, la capucha de la capa negra cayó sobre los hombros y Caine perdió el aliento. Sintió una dolorosa contracción en el pecho. La imagen estaba enriquecida por una lujuriosa cabellera de color castaño rojizo que a la luz de las velas brillaba como si fuese de fuego.

Cuando la joven se acercó a la mesa, Caine vio que la ropa tenia un estado lamentable. Aunque la calidad de la capa sugería riqueza, la costosa tela estaba desgarrada en un costado. Partes del forro de satén colgaban en harapos en torno del ruedo. La curiosidad del marqués aumentó. Contempló otra vez el rostro, vio unas leves magulladuras sobre el pómulo derecho, un pequeño corte bajo el pleno labio inferior y una mancha sobre la frente.

Si esa visión era un ángel, sin duda acababan de obligarle a pasar por el purgatorio, pensó Caine. Y, aunque aprecia haber perdido la batalla contra Satán, era muy atractiva... demasiado para la paz mental del marqués. El hombre se puso tenso y esperó a que la mujer hablase.

La muchacha se detuvo al llegar al otro lado de la mesa redonda y posó la mirada sobre la rosa blanca que el marqués llevaba prendida de la solapa.

Era evidente que su ángel estaba asustado: le temblaban las manos. Oprimía contra el pecho un bolsito blanco, y Caine vio varias cicatrices ya viejas en los dedos de la joven.

Caine no supo qué hacer, aunque si sabia que no quería que la muchacha tuviera miedo de él. Al admitirlo para sí el ceño del hombre se profundizó.

-¿Está usted sola? - preguntó, en un tono tan vivaz como una ráfaga de viento.

- Sí.

-¿A esta hora de la noche, en esta zona de la ciudad?

- Sí - respondió la chica -. ¿Es usted Pagan?

- Míreme cuando me haga preguntas.

La joven no fue capaz de obedecer, pero en cambio siguió contemplando, empecinada, la rosa.

- Señor, le ruego que me responda – replicó -. ¿Es usted Pagan? Necesito hablar con el pirata sobre un asunto muy importante.

- Yo soy Pagan - dijo Caine.

La muchacha asintió.

- Se dice que usted realiza cualquier tarea si el pago es suficiente. ¿Es eso cierto, señor?

- Así es - admitió Caine -. ¿Qué es lo que quiere de mí?

En respuesta, la joven dejó caer el bolso en el centro de la mesa. El cordel que lo cerraba se abrió y cayeron varias monedas. Monk dejó escapar un silbido por lo bajo.

- En total, hay treinta piezas - dijo la joven, con la vista baja.

Caine alzó una ceja en respuesta a ese comentario.

-¿Treinta piezas de plata?

La joven asintió con timidez.

-¿Es suficiente? Es todo lo que tengo.

-¿A quién quiere traicionar?

La muchacha pareció sobresaltarse por esa conclusión.

- Oh, no, usted no me entendió. No quiero traicionar a nadie. No soy una traidora, señor.

Caine comprendió que se sentía insultada por el comentario.

- Fue un error.

El ceño de la muchacha indicó que no estaba de acuerdo, y Caine se prometió que no dejaría que esa joven lo irritara.

- Entonces, ¿qué es lo que desea de mí?

- Quisiera que mate a alguien.

- Ah - repuso el hombre con lentitud. La desilusión era tan intensa que casi resultaba dolorosa. Aunque esa muchacha parecía tan inocente, tan vulnerable, le pedía con toda dulzura que matara a alguien.

-¿Y quién es la víctima? ¿Su esposo, por casualidad? - En el tono del hombre resonaba un cinismo tan enervante como el chirrido de una uña sobre una pizarra.

Ese tono no pareció afectar a la joven.

- No - respondió.

-¿No? Entonces, ¿no está casada?

-¿Eso tiene importancia?

- Oh, sí- replicó Caine, en un murmullo similar al de la mujer -. La tiene.

- No, no estoy casada.

-¿Y a quién quiere matar? ¿A su padre? ¿A su hermano?

La joven sacudió otra vez la cabeza.

Lentamente, Caine se inclinó hacia delante. Su paciencia se estaba agotando.

- Estoy cansado de interrogarle. Hable.

Empleó un tono agresivo, seguro de intimidarla y de obligarla a escupir una explicación completa, pero supo que había fracasado al ver la expresión rebelde del rostro de la muchacha. Si no hubiese estado mirándola con tanta atención, se le habría escapado el relámpago de ira. Después de todo, esa gatita asustada tenia coraje.

- Me gustaría que aceptara la tarea antes de que se la explique - dijo la mujer.

-¿Tarea? ¿Contratarme para que mate a alguien le parece una tarea? - inquirió Caine, incrédulo.

- En efecto - asintió la muchacha.

Seguía sin mirarlo a los ojos, y eso lo irritó.

- Está bien, acepto - mintió.

La muchacha dejó caer los hombros en lo que, según Caine, era un gesto de alivio.

- Dígame quién es la víctima – volvió a ordenarle.

Entonces, la joven alzó lentamente la vista y le miró. La tormenta que vio Caine en esos ojos le oprimió el pecho y le abrumó el deseo de acercarse, de tomarla en los brazos, de brindarle consuelo. De pronto, se sintió furioso por lo que le pasaba a la joven, y sacudió la cabeza ante una idea tan absurda y fantasiosa.

¡Demonios, esa mujer quería contratarlo para asesinar a alguien!

Se miraron largo rato antes de que Caine volviera a preguntar:

-¿Y bien? ¿A quién quiere que mate?

La joven tomó aliento antes de responder.

-A mí.

2

-¡Santa Madre de Dios! - murmuró Monk -. Querida señora, ¿habla en serio?

Sin apartar la mirada de Caine, la joven le respondió al tabernero:

- Hablo muy en serio, buen hombre. Si no fuera así, ¿cree usted que me habría aventurado por esta parte de la ciudad, a esta hora de la noche?

Caine respondió la pregunta.

- Creo que usted ha perdido el juicio.

- No - replicó la joven -. Seria más fácil si fuese así.

- Entiendo- dijo Caine. Trataba de controlarse, pero le dolía la garganta de tanto contenerse para no gritarle -. ¿Cuándo quiere que... esto... esta?

-¿Esta tarea?

- Sí, tarea - aceptó Caine -. ¿Cuándo quiere que se cumpla esa tarea?

- Ahora.

-¿Ahora?

- Si le resulta conveniente, milord.

-¿Si me resulta conveniente?

-¡Oh, caramba, lo siento mucho! – murmuró -. No quise perturbarlo.

-¿Por qué cree que me perturbó?

- Porque está gritándome.

Caine comprendió que tenia razón: estaba gritando. Soltó un largo suspiro. Por primera vez en mucho tiempo, había perdido por completo la compostura, y se excusó a sí mismo diciéndose que cualquiera con algo de sentido común se habría sorprendido por una petición tan insólita. La joven parecía muy sincera, y también muy frágil. ¡Por el amor de Dios, si hasta tenia pecas en la nariz! Tendría que estar en su casa, bajo llave, al cuidado amoroso de la familia, y no ahí, en esa miserable taberna, hablando de su propio asesinato.

- Me doy cuenta de cuanto lo alteró, y, en verdad, le pido disculpas, Pagan. ¿Acaso nunca mató a una mujer? - preguntó, en un tono cargado de compasión.

Pareció apenada por él.

- No, hasta ahora nunca maté a una mujer - respondió el hombre, entre dientes -.Pero hay una primera vez para todo, ¿no es así?

El hombre lo dijo con intención sarcástica, pero la joven lo tomó al pie de la letra.

- Esa es la idea - se apresuró a responder, y hasta le sonrió -. En realidad, no creo que sea difícil para usted y, por supuesto, yo ayudaría.

Caine sintió deseos de dejar caer la cabeza sobre la mesa.

-¿Usted está dispuesta a ayudar? - dijo, con voz estrangulada.

- Seguro.

- Usted ha perdido la cordura.

- No - replicó la joven -. Pero estoy muy desesperada. Esta tarea debe cumplírselo antes posible. ¿Puede apresurarse a terminar su trago?

-¿Por qué tiene que ser tan rápido?

- Porque vendrán a buscarme en cualquier momento, quizás esta misma noche. Pagan, voy a morir, por manos de ellos o por las de usted, y en realidad prefiero decidir mi propio fin. Supongo que puede entender lo.

- ¿Y por qué no se mata usted misma? - estalló Monk-. ¿Acaso no seria más fácil que contratara otra persona?

-¡Monk, por el amor de Dios, no la alientes!

- No es mi intención - se apresuró a aclarar el aludido -. Sólo intento entender por qué una mujer tan bonita quiere morir.

- Oh, jamás podría matarme - explicó la muchacha -. Sería un pecado. Tiene que hacerlo otra persona, ¿entiende?

Caine ya no podía soportar más. Se puso de pie con tanta precipitación que casi tiró la silla, y apoyó las palmas de sus manos enormes sobre la mesa.

- No, no entiendo, pero le aseguro que lo comprenderé antes de que termine esta noche. Comenzaremos por el principio. Primero, me dirá su nombre.

-¿Por qué?

- Es una de mis reglas - le espetó el hombre -. No mato a nadie que no conozca. Dígame su nombre.

- Es una regla estúpida.

- Contésteme.

- Jade.

- ¡Maldición, quiero su nombre verdadero! - vociferó.

- Maldición, ese es mi nombre verdadero - repuso la joven, con expresión de fastidio.

- Habla en serio, ¿verdad?

- Desde luego que hablo en serio. Jade es mi nombre - agregó la muchacha, encogiéndose de hombros.

- Jade es un nombre insólito – dijo -. Aunque le queda bien: me parece que es usted una mujer poco común.

- Señor, lo que opine acerca de mí carece por completo de importancia. Yo lo contrato para cumplir un deber, y nada más. ¿Tiene la costumbre de interrogar a sus víctimas antes de hacerlo?

Caine no hizo caso de la mirada indignada de la joven.

- Dígame su apellido, o la estrangulo.

- No, no tiene que estrangularme - replicó la muchacha -. No quiero morir así, y no olvide que soy yo quien le contrata.

-¿Cuál era su idea? - preguntó el hombre -.Oh, diablos, no importa. No quiero saberlo.

- Pero tiene que saberlo -insistió Jade -. ¿Cómo puede matarme si no sabe cómo quiero que lo haga?

- Luego - repuso Caine -. Más tarde podría usted indicarme cual es el método elegido. Primero, lo primero, Jade. ¿Sus padres la esperan en casa?

- Claro que no.

-¿Por qué?

- Los dos murieron.

Caine cerró los ojos y contó hasta diez.

-¿De modo que está usted sola?

- No.

En ese momento, fue Jade la que suspiró.

- Tengo un hermano. Y no le diré nada más, Pagan. Es muy arriesgado, ¿entiende?

- ¿Cuál es el riesgo, señorita? - le preguntó Monk.

- Cuanto más sepa de mí, más difícil le resultará la tarea. Creo que seria muy terrible matar a alguien que le guste, ¿no le parece, señor?

- Nunca tuve que matar a alguien que me gustara - admitió Monk-. A decir verdad, nunca maté a nadie, pero aun así, su teoría tiene sentido.

Caine tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no bramar.

- Jade, le aseguro que eso no será una dificultad. En este momento, usted no me agrada en lo más mínimo.

Jade retrocedió.

-¿Por qué no? - preguntó-. No fui ni la mitad de ofensiva que usted. Pagan, ¿acaso es una persona malhumorada por naturaleza?

- No me llame Pagan.

-¿Por qué?

- Si alguien escuchara, sería peligroso - barbotó Monk, al ver lo furioso que se ponía Caine. Un músculo en el costado de la mandíbula había comenzado a contraerse. Caine tenia un temperamento feroz, y la muchacha, sin saberlo, estaba irritándolo. Si llegaba a soltarse, complacería a la muchacha, pues le daría un susto de muerte.

- Entonces, ¿cómo debo llamarle? - preguntó la muchacha al tabernero.

- Caine - respondió Monk, subrayando la respuesta con un movimiento de cabeza -. Puede llamarlo Caine.

La muchacha exhaló un resoplido bastante poco elegante.

-¿Y él considera que yo tengo un nombre poco común?

Caine estiró una mano y le sujetó la barbilla, obligándola a mirarlo otra vez.

-¿Cómo se llama su hermano?

-Nathan.

-¿Dónde está Nathan en este momento?

- Siempre está ocupándose de asuntos muy arduos.

-¿Qué asuntos?

Antes de contestar, la joven le apartó la mano.

- De barcos.

- ¿Cuándo regresara?

La mirada de Jade habría amilanado a un hombre inferior.

- Dentro de dos semanas - explotó Jade -.Ya contesté todas sus preguntas. Ahora, puede dejar de molestarme y cumplir su cometido, por favor?

-¿Dónde vive, Jade?

- Señor, sus preguntas interminables están dándome un terrible dolor de cabeza. No estoy acostumbrada a que me griten.

Caine echó una mirada a Monk, mostrándole cuan exasperado estaba.

- Esta tonta quiere que la mate, pero se queja de dolor de cabeza.

De súbito, Jade se estiró, aferró la barbilla de Caine, y lo obligó a mirarla, en una imitación deliberada del hombre. Tanta audacia sorprendió al hombre, y la dejó salirse con la suya.

- Ahora me toca a mi - anunció Jade -. Yo haré las preguntas, y usted responderá. Soy yo la que le da a usted las monedas de plata. Primero y principal, quiero sabe si en verdad está dispuesto a matarme. Su vacilación y ese interrogatorio interminable, me preocupan.

- Antes de que yo tome una decisión, usted tiene que satisfacer mi curiosidad.

- No.

- Entonces, no la mataré.

-¡Es un villano! - gritó Jade -. Antes de saber quién era la víctima, usted me lo prometió. ¡Me dio su palabra!

- Mentí.

La indignación de la muchacha fue tan intensa que casi se ahogó.

- Usted me desilusiona. Un hombre de honor no habría roto su palabra con tanta facilidad. Debería avergonzarse.

- Jade, yo nunca afirmé que fuese un hombre de honor.

- No, chica, no lo dijo - intervino Monk.

En los ojos de Jade ardió un fuego verde, y pareció furiosa con él. Apoyó las manos encima de las de Caine, sobre la mesa, se inclinó hacia delante y susurro:

- Me dijeron que Pagan nunca, nunca faltaba a su palabra.

- Le informaron mal.

Ya estaban casi con las narices pegadas. Caine intentó concentrarse en lo que hablaban, pero el aroma limpio, fresco, intensamente femenino de Jade lo distraía.

Jade meneaba la cabeza, y Caine se había quedado mudo. Hasta ese instante, nunca una mujer le había hecho frente. No; por lo general, cuando él hacia la más mínima demostración de enfado, las damas de la sociedad se encogían. Pero esta, no. Y tampoco se limitaba a soportarlo: en realidad, le devolvía una mirada igual de furibunda. De pronto, Caine sintió un súbito deseo de reír y no supo por que.

Era evidente que la locura de esa muchacha era contagiosa.

- En realidad, a usted tendrían que colgarlo - dijo Jade -. No cabe duda de que me engañó, pues no parece de los que actúan con cobardía.

Trató de apartarse de la mesa, pero las manos de Caine, sobre las de ella, se lo impidieron. El hombre se inclinó otra vez, hasta quedar a la distancia de un beso.

- Soy un pirata*, madame*; se nos conoce como cobardes.

Caine esperó otra recriminación pero, en lugar de eso, Jade se echó a llorar. El hombre no estaba preparado para semejante despliegue emocional.

Al mismo tiempo que Caine buscaba el pañuelo, Monk se ponía de pie de un salto y corría a consolarla. El tabernero le palmeó con torpeza los hombros:

- Vamos, señorita, no llore.

- Es culpa de él - sollozó la muchacha -. No hice más que pedir un pequeño favor. Una tarea rápida, que le habría llevado muy poco tiempo, pero no, el no puede tomarse la molestia. Hasta permití que terminara la bebida - continuó, gimiendo -. También pensaba pagarle por ello.

Cuando terminó ese penoso discurso, Monk miraba a Caine con indignación.

- Usted angustió a la linda muchacha –acusó al marqués -. ¡Si casi le destrozó el corazón!

El tabernero arrebató el pañuelo de manos de Caine y comenzó a enjugar con torpeza las lágrimas de las mejillas de la joven.

- Todo se arreglará, señorita - la arrulló.

- No - protestó Jade, con la voz ahogada por el pañuelo que Monk le había puesto bajo la nariz-. ¿Sabe usted que nunca, en toda mi vida, le pedí nada a nadie? Y la primera vez que lo hago, me lo niegan. Ya nadie quiere ganarse la vida honradamente. No, prefieren robar. Es una vergüenza, ¿no le parece, Monk?

Caine se había quedado sin palabras, y no sabia si tomarla entre sus brazos para consolarla o aferrarla de los hombros y sacudirla para ver si recobraba un poco la sensatez. Pero una cosa era segura: si Monk seguía mirándolo ceñudo, le rompería la nariz.

- Milady, en realidad, aceptar monedas de una dama para asesinarla no es un trabajo honesto - argumentó Monk, dándole palmadas en el hombro para suavizar la tierna recriminación.

- Sí, es un trabajo honesto - insistió Jade -. Siempre que la dama quiera que se cometa el asesinato.

Monk se interrumpió, y se frotó la frente.

- En eso tiene razón, ¿verdad? - le preguntó a Caine.

-¡Por el amor de...! ¿De qué están hablando? - preguntó Caine, mientras Jade comenzaba a recoger las monedas.

- Me voy – anunció -. Lamento haberlo molestado, Pagan... o Caine, o comoquiera que se llame.

Anudó el cordón de la bolsa, y se la guardó en el bolsillo pero, cuando se volvió y comenzó a caminar hacia la puerta, Caine le habló:

-¿Adónde va?

- Eso no le importa - repuso Jade -. Pero como no soy ni la mitad de insolente que usted, le diré que voy a buscar a alguien mejor dispuesto. No tema, señor, no desistiré. Antes de que termine esta noche lúgubre, hallaré a alguien que quiera matarme.

Caine la detuvo en la puerta. Le apoyó las manos sobre los hombros y la hizo girar hasta que quedó de frente a él.

En cuanto la tocó, Jade comenzó a llorar otra vez, y Caine se sintió exasperado e inquieto, al mismo tiempo. Pero, de todos modos, dio rienda suelta a ese impulso irrefrenable y, con gesto rudo, la tomó entre sus brazos.

Ese abrazo de oso pareció ser todo el estimulo que ella necesitaba. Siguió sollozando contra el pecho de él, y, entre sollozo y sollozo, pidió perdón por su comportamiento indigno de una dama.

Caine esperó a que ella recuperase un poco el control, pues sin duda en ese instante no podría razonar con ella. De todos modos, sollozaba tan fuerte que no podría oír lo que él le dijera. Además, seguía culpando a Caine por la situación en que se encontraba. Por cierto, era la mujer más sorprendente que había conocido.

¡Señor, esa muchacha era tan suave...! Y se adaptaba a Caine a la perfección. Por lo común, al marqués le disgustaban las mujeres que lloraban, pero a esta no quería dejarla ir.

Como las secuelas de una tormenta, en ese momento la muchacha hipaba como un campesino ebrio. Ya era hora de que la hiciera entrar en razones.

- Jade, no creo que sea tan terrible como usted lo cree ahora - le dijo, en voz baja y ronca - Estoy seguro de que, cuando llegue la mañana, estará agradecida de que no haya accedido a su petición.

- Mañana a la mañana estaré muerta –gimió la muchacha.

- No, no lo estará - repuso el marqués, dándole un cariñoso apretón -. No permitiré que le suceda nada malo, se lo prometo. No creo que quiera morir aun.

- Si muero, creo que mi hermano sufrirá una decepción.

- Me imagino -respondió Caine, con sequedad.

- Sin embargo, no soy lo bastante fuerte para luchar contra ellos. Son individuos muy malvados y me temo que, antes de matarme, abusarán de mi. No quiero morir así, pues no hay dignidad.

-¿Morir con dignidad? Habla como un soldado que se prepara para la batalla.

- No quisiera que me recuerden como a una cobarde.

- Cuando su hermano regrese, ¿estará en condiciones de hacerse cargo de su problema?

- Oh, sí- respondió Jade, apoyando la mejilla es contra el pecho del hombre -. Nathan no dejaría que me sucediera nada malo. Es mi protector desde que murió nuestro padre. Mi hermano es muy fuerte.

- Entonces, cuidaré de usted hasta que vuelva su hermano.

Pasó un largo minuto hasta que Jade reaccionó a esa promesa y Caine pensó que estaba demasiado abrumada de gratitud para hablar. Entonces, se echó hacia atrás y le miró a los ojos, y Caine comprendió que no estaba abrumada en lo más mínimo. ¡Más bien parecía irritada!

- Señor, usted ya rompió su promesa. Prometió asesinarme, pero luego cambió de idea.

- No es lo mismo - arguyó el hombre.

-¿Usted hablaba en serio?

- Así es - respondió Caine-. Acaba de explicarme que, dentro de dos semanas, cuando regrese su hermano, usted estará a salvo. En dos semanas, ¿no es así?

Jade adoptó una expresión solemne.

- Antes, tal vez. Pero usted es un pirata. No puede correr el riesgo de mantenerme a salvo durante dos semanas. Su cabeza tiene precio, y no quisiera tener la culpa de que lo mataran.

- No tiene mucha confianza en mi destreza.

- No tengo la menor confianza en su destreza - precisó Jade -. ¿Por qué tendría que tenerla? Acaba usted de admitir que los rumores acerca de usted no son creíbles. Tal vez ni siquiera deja una rosa blanca sobre la almohada de sus víctimas, ¿no es cierto?

Una vez más, Caine se sintió exasperado.

- No es necesario que ponga tan en evidencia que está decepcionada de mí.

-¡Pero lo estoy! - gritó Jade -. Ni siquiera es usted honorable. En verdad, es una lástima. Por otra parte, no parece usted lo bastante fuerte para enfrentar a mis enemigos. Caine, sería usted un blanco fácil. Es un hombre... tan grande. No, lo siento, me temo que no serviría.

El marqués sintió deseas de estrangularla.

Jade le dio la espalda y trató de marcharse.

Y Caine quedó tan atónito que casi la dejó ir. Casi. La alcanzó en el instante en que salía por la puerta.

El brazo de Caine, clavado sobre los hombros de Jade, no le dejó libertad de moverse. El hombre la apretó contra su costado con tanto cuidado como si fuese una manta vieja, y se volvió para dirigirse a Monk.

- No quiero que le digas a nadie lo que ocurrió aquí, esta noche. Dame tu palabra, Monk.

- ¿Por qué motivo tiene que darle su palabra, si usted falta a la suya sin problemas? Un caballero sólo pide lo que está dispuesto a dar, señor ¿Acaso su madre no le enseñó buenos modales? –preguntó Jade.

- Ah, Jade, ese es el problema. - La miró, y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos -. Yo no soy un caballero: soy pirata, ¿recuerda? Hay una gran diferencia.

En el instante en que la tocó, Jade se quedó inmóvil. A Caine le pareció que estaba perpleja, y no supo qué hacer ante esa reacción. Cuando dejó caer la mano, Jade salió de su estupor y se abalanzó sobre él.

- Sí, es diferente – musitó -. Dígame algo, Caine: si yo lo irritase otra vez, ¿me mataría por exasperación?

- Esa idea comienza a parecerme buena.

- Déjeme ir. No debe tocarme nunca.

-¿No debo? Entonces ¿cómo haría para matarla?

Evidentemente Jade no comprendió que el hombre estaba bromeando.

- Con una pistola - le respondió Jade. Hizo una pausa y lo miró con suspicacia -. Tiene una, ¿verdad?

- En efecto - le respondió el marqués -. ¿Y dónde se supone que tendría que...?

-Un solo tiro, directo al corazón - le explicó la joven -. Por supuesto, debe tener buena puntería. No quisiera tardar mucho en morir.

- No - admitió el hombre -. Seria inadmisible.

-¿Cómo puede ser que le parezca divertido? ¡Estamos hablando de mi muerte! - exclamó.

- No me divierte. A decir verdad, estoy otra vez enfadado. Dígame, ¿antes tengo que atacarla?

Jade hizo una profunda inspiración y respondió:

- No, por cierto que no.

- Qué pena - replicó Caine, pasando por alto la expresión indignada de la muchacha.

- ¿Señor, acaso sus padres eran primos hermanos? Se comporta como un imbécil. O bien es un idiota o es el hombre más frío que conocí. El comportamiento de usted me parece vergonzoso.

Los ojos de la muchacha llameaban de indignación. Caine nunca había visto un matiz de verde tan intenso. Era como si se hubiese extraído la pureza y la luz de mil esmeraldas y se las hubiesen dado a Jade.

- No estoy convencido de que esté en real peligro, Jade - afirmó -. Esto podría ser sólo un producto de su imaginación.

- Usted me desagrada mucho - murmuró la muchacha -. Y, en cuanto a sus ignorantes opiniones, yo ...

- Jade, guarde las bravatas para después. No estoy de ánimo para tolerarlas. Y ahora, no quiero oír hablar más de matarla. Y, si sigue mirándome con tanta hostilidad, le juro que la besaré hasta que pierda por completo sus estúpidas preocupaciones.

-¿Qué me besará? - Pareció atónita -. ¿Por qué querría besarme?

- No tengo idea - admitió el marqués.

- ¿Besaría a alguien que le desagrada?

- Creo que sí - repuso el hombre, riendo entre dientes.

-¡Usted es un arrogante, autoritario...!

-¡Está escupiendo, dulzura!

Jade no pudo replicar de inmediato, y Caine siguió mirándola, mientras se dirigía a Monk:

- Bien, Monk, ¿me das tu palabra?

- Sí. No le diré a nadie lo que pasó esta noche, Caine, pero ya sabemos que su amigo Lyon lo descubrirá antes de que el sol vuelva a ponerse. Me arrancará la verdad, se lo advierto de antemano.

Caine asintió. El marqués de Lyonwood era un buen amigo, y Caine confiaba en él por completo. Ambos habían estado juntos en misiones para el gobierno.

- Sí, lo descubrirá - predijo -. Pero la nueva esposa y el hijo lo mantienen ocupado. Además, cuando se entere en qué estoy, será discreto. Puedes hablar con él, pero con nadie mis, ni siquiera con Rhone - agregó Caine, refiriéndose al mejor amigo de Lyon-. Aunque tiene sus méritos, Rhone habla demasiado.

Monk asintió.

- Caine, le ruego que me haga saber cómo termina todo con la damisela.

-Monk - dijo Jade, llamando la atención de los dos -. ¿Usted no tendrá una pistola?

Pareció muy ansiosa, y Caine supo qué era lo que estaba pensando. Para él era tan fácil adivinar lo que pensaba su ángel como leer un texto en latín.

- No posee una pistola, ni lo hará –afirmó.

-¿No tengo y no tendré qué cosa? – inquirió Monk.

- No tienes una pistola y no la matarás - respondió Caine, cortante.

- No, claro que no - acordó Monk-. Caine, no estará olvidándose de la trampa, ¿verdad? - preguntó, cuando al fin pudo apartar la vista de la hermosa mujer.

- No, no lo olvido - respondió Caine y, volviéndose hacia Jade, le preguntó:

-¿Su coche vendrá a buscarla?

Fue evidente que la muchacha se exasperó.

- Tomé un coche de alquiler - le dijo -. Creí que esta noche no volvería a mi alojamiento. –Se soltó de Caine y recogió el gran bolso gris que había quedado en la acera -. Todo lo que poseo está aquí. Vine directamente desde el campo - agregó, como al pasar.

-¿Dejó sus pertenencias en la calle, para que cualquiera las tomara?

- Tenía intenciones de que las robaran - respondió Jade, como un maestro que se dirigiera a un discípulo particularmente obtuso -. Esperaba que mi ropa le sirviera a alguna desdichada. Estaba convencida de que ya no tendría necesidad de ella, cuando usted...

-¡Basta! - exclamó Caine, casi gruñendo -. No quiero que hable más de asesinato, ¿entendido?

Jade no respondió con la suficiente rapidez, y Caine le tironeó del cabello. La muchacha exhaló un grito agudo y, en ese instante, Caine notó una gran hinchazón junto a la oreja de la muchacha.

-¡Por Dios, Jade!, ¿cómo te hiciste eso?

- No lo toque - ordenó ella, cuando el hombre trató de palpar los bordes del bulto -. Todavía me duele.

- Me imagino - repuso Caine, dejando caer la mano -. Dígame que pasó.

- En la casa de mi hermano, me enganché el tacón de la bota con un pliegue de la alfombra, y me caí por las escaleras - explicó -. Me golpeé el costado de la cabeza con la bola de la balaustrada de la escalera. Estuve a punto de desmayarme.

¿Un desmayo? A Caine le pareció que era un comentario bastante extraño, pero no se dio tiempo de pensarlo.

- Podría haberse matado - afirmó -. ¿Siempre es usted tan rara?

- Nunca lo soy - replicó Jade -. Por lo general, me comporto como una dama. Señor, usted es bastante grosero - murmuró.

-¿Qué pasó después que se cayó? –preguntó Monk.

La joven se encogió de hombros.

- Fui a dar un paseo para despejarme la cabeza. Y luego, por supuesto, ellos comenzaron a perseguirme.

- ¿Por supuesto? - se sorprendió Monk.

-¿Ellos? - inquirió Caine, casi al unísono.

Jade se interrumpió y miró ceñuda a los dos hombres.

- Los hombres a los que vi asesinar a un caballero muy bien vestido - explicó -. Por todos los cielos, por favor, presten atención. Estoy segura de que ya hablé de esto antes.

Monk sacudió la cabeza.

- Yo estoy seguro de que no lo dijo, señorita – confesó -. Si fuese así, estoy seguro de que lo recordaría.

-¿Fue testigo de un asesinato? No, Jade, estoy seguro de que no nos lo contó.

- Bueno, pero tuve intenciones de hacerlo - musitó. Cruzó los brazos sobre el pecho y otra vez adoptó una expresión enfurruñada -. Si usted no me hubiese distraído con su discusión, sin duda se lo habría contado. Por lo tanto, es culpa de usted que yo haya perdido el hilo de mis ideas. Si, es culpa de usted.

-¿Fue testigo del asesinato antes o después de haberse golpeado la cabeza? - preguntó Caine.

-¿Cree usted que al que vio asesinar era un caballero? - le preguntó Monk a Caine.

- Yo no me golpeé - exclamó Jade -. Y fue antes... no, fue después. Al menos, creo que fue después de que me caí. Oh, ahora no lo recuerdo. Otra vez me late la cabeza. Deje de hacerme - preguntas, señor.

- Caine le volvió la espalda al tabernero.

- Ahora comienzo a entender - dijo, mirando otra vez a Jade -. Cuando ocurrió el incidente, ¿tenia puesta la capa?

- Sí- respondió la joven, con aire perplejo -. ¿Eso qué tiene...?

- Se le rasgó la capa y se magulló la cara cuando cayó, ¿no es así?

El tono de Caine fue un tanto condescendiente para el gusto de Jade.

- Dígame qué es lo que comienza a comprender.

- En realidad, es muy simple – respondió Caine-. Sufrió un trauma en la cabeza, Jade. No piensa con coherencia, aunque debo admitir que la mayoría de las mujeres nunca lo hacen. Pero creo que, con 'bastante descanso y cuidados, en pocos días usted comprenderá que su mente le jugó una treta. Entonces su única preocupación será qué vestido usar para el próximo baile.

- Mi mente no me juega ninguna treta - protestó Jade.

- Está confundida.

- ¡No lo estoy!

- Deje de gritar - le ordenó Caine-. Si pienso en lo que le dije...

Al ver que Jade sacudía la cabeza, Caine desistió.

- Ahora está muy mareada para ser razonable. Esperaremos a que se sienta mejor.

- Él tiene mucha razón, señorita – murmuró Monk-. Si usted hubiese visto asesinar a un caballero de la alta sociedad, la noticia habría llegado de inmediato a esta parte de la ciudad. Los hombres que hubiesen cometido el hecho se habrían jactado de su audacia. Ahora preste atención a Caine. Él sabe qué es lo mejor.

- Pero, si usted cree que sólo imagino que estoy en peligro, entonces no necesita protegerme, ¿no es así?

- Oh, sí - replicó Caine-. La diferencia es que ahora sé de quién tengo que protegerla.

Antes de que la joven pudiese hacer mis preguntas, el marqués continuó:

- Le guste o no, hasta que se recupere, usted es una amenaza. En honor a la verdad, no puedo dejarla sola. - Con sonrisa gentil, agregó -: Se podría decir que estoy protegiéndola de usted misma, Jade. Déme el bolso, yo se lo llevaré.

Jade intentó levantar el bolso antes de que Caine pudiese hacerlo y, por supuesto, terminaron tironeando los dos, hasta que el hombre ganó.

- En nombre de Dios, ¿qué es lo que lleva aquí? Esto pesa más que usted.

- Todo lo que poseo - respondió la muchacha -. Si es mucho para usted, lo cargaré con gusto.

Caine movió la cabeza y la tomó de la mano.

- Vamos. Mi coche espera a dos manzanas de aquí. Tendría que estar en su casa, en la cama.

Jade se detuvo de golpe.

-¿En la cama de quién, Caine?

El suspiro del hombre fue tan fuerte que despertó a los borrachos que dormían en los callejones.

- En la suya - le espetó -. Su virtud está a salvo. Nunca me acuesto con vírgenes y le aseguro que no la quiero a usted.

Caine supuso que Jade se sentiría aliviada por su vehemente promesa de no molestarla. Claro que era una mentira a medias. Quería besarla, si bien no estaba seguro de que fuese sólo para lograr unos minutos de silencio.

-¿Esa es una de sus reglas? - preguntó la joven. - ¿La de no acostarse con una virgen?

Tenia la expresión de una mujer que ha sido insultada, y Caine no supo cómo reaccionar.

- Así es - respondió -. Tampoco me acuesto con mujeres bobas, que me desagraden especialmente, cariño; por lo tanto, conmigo está segura.

Mientras hacia esas vergonzosas afirmaciones, tuvo la audacia de sonreírle.

- Creo que comienzo a odiarlo –murmuró Jade -. Bueno, Caine, usted también está muy seguro conmigo. Yo tampoco dejaría que me tocara siquiera.

- Bien.

- Sí bien - repuso Jade, decidida a quedarse con la última palabra -. Pagan, si no deja de arrastrarme, gritaré su nombre tantas veces, hasta que vengan las autoridades y se lo lleven.

- No soy Pagan.

-¿Qué?

Jade casi se cayó, y Caine la sujetó.

- Dije que no soy Pagan.

- Entonces ¿quién diablos es?

Habían llegado al coche, pero la joven se negó a dejar que el marqués la ayudara a subir hasta que no respondiese la pregunta y le apartó las manos una y otra vez. Caine se rindió. Le arrojó el bolso de Jade al cochero y se volvió hacia la muchacha:

- En realidad, mi nombre es Caine. Soy el marqués de Cainewood. Y ahora, ¿quiere entrar? Este no es el momento ni el lugar para una conversación larga. Cuando estemos en camino, le explicaré todo.

-¿Lo promete?

- Lo prometo - respondió, con un gruñido ronco.

Jade no pareció creerle y cruzó los brazos sobre el pecho.

- ¡Qué vergüenza, Caine! Estuvo fingiendo que era un noble pirata...

- Jade, ese canalla es muchas cosas, pero le aseguro que no es noble.

- ¿Cómo sabe si lo que afirma es verdad o fantasía? - preguntó -. Apuesto a que no lo conoce. ¿Acaso su propia vida es tan desdichada que necesita fingir que...?

La expresión que asomó al rostro de Caine fue tan dura como el apretón sobre el brazo de Jade, y la interrumpió. Jade lo contemplaba mientras el marqués se arrancaba la flor de la solapa y la arrojaba al suelo. Sin la menor gentileza, levantó, casi arrojó a Jade al interior del vehículo.

En cuanto el coche arrancó, el interior quedó sumido en la oscuridad, cosa que no permitía que Jade viese el entrecejo fruncido de Caine, y eso fue un alivio. Pero Caine tampoco podía ver la sonrisa de la joven. Por un breve lapso, guardaron silencio, y Jade empleó el tiempo par a recobrar la compostura. Caine, para calmar su frustración.

-¿Por qué finge ser Pagan?

- Para atraparlo - respondió el marqués.

- Pero ¿por qué?

- Después - respondió, cortante -. Se lo diré todo más tarde, ¿de acuerdo?

Caine estaba seguro de que la dureza de su tono quitaría a Jade las ganas de hacerle mis preguntas, pero estaba equivocado.

- Está enfadado, porque yo lo obligué a abandonar la persecución, ¿no es verdad?

Caine lanzó un suspiro impaciente.

- Usted no hizo que abandonara la persecución. Si bien hasta el momento no lo logré, en cuanto me ocupe de su problema, continuaré la caza. No se preocupe, Jade, no fallaré.

Aunque Jade no estaba en absoluto preocupada, no podía decírselo. Caine no había fracasado. Había ido a la taberna para encontrar allí a Pagan.

Y eso era exactamente lo que había hecho.

Había cumplido bien la tarea. El hermano estaría contento.

3

Las lágrimas fueron un buen detalle. Ante ese espontáneo despliegue de emoción, Jade se sintió casi tan sorprendida como el mismo Caine. No estaba entre los planes de Jade recurrir a semejante la muestra de debilidad parar hacerlo salir de la taberna. Pero, cuando vio lo mucho que lo perturbaba ver a una mujer en tan patética condición, lloró más aun. Caine pareció indefenso. Jade ignoraba ese talento propio. Y, aunque llorar a pedido requería concentración, pronto se concentró en el problema y estaba segura de haberlo logrado con bastante rapidez. ¡Si hasta podría estallar en lágrimas antes de que un caballero pudiese sacarse el sombrero, si realmente se lo proponía!

No sentía la menor vergüenza por su conducta. Las épocas desesperadas siempre exigían medidas desesperadas. Al menos, eso era lo que solía decir Black Harry. El tío adoptivo de Jade también se reiría mucho. En todos los años compartidos nunca la había visto llorar, ni aun cuando su enemigo, McKindry, le había dado a Jade latigazos en la espalda. Pese a que el látigo le ardía como fuego, Jade no soltó un solo gemido. McKindry sólo alcanzó a dar un buen latigazo antes de que Harry lo arrojara a un lado. El tío estaba tan enfurecido que saltó sobre la borda para terminar la paliza. No obstante, McKindry era mucho mejor nadador, y se lo vio por última vez nadando de regreso a Francia.

Claro que Black Harry volvería a enfurecerse si supiera en qué estaba Jade en este momento: ¡la despellejaría! Pero no podía explicarle el plan. No, no hubo tiempo de navegar hasta la isla para informarle de lo que había decidido. y el tiempo era esencial, pues estaba en riesgo la vida de Caine.

Jade sabía todo acerca del marqués de Cainewood, y sabía que era contradictorio. Caine era vivaz, lujurioso, pero al mismo tiempo honorable. Jade leyó el archivo acerca del marqués del principio al fin y lo memorizó por completo. Tenía una habilidad especial para memorizar todo en la mente la primera vez que lo leía. Y, si bien pensaba que era una habilidad extraña, reconocía que, en ocasiones, resultaba útil.

Aunque fue difícil obtener el registro del Departamento de Guerra sobre Caine no fue imposible. Por supuesto que la información estaba sellada y bajo llave. Pero Jade se enorgullecía de poder abrir cualquier cerradura que se hubiese fabricado. En el tercer intento, logró el archivo de Caine.

Era una pena que en la información del archivo no dijese que Caine era tan endemoniadamente apuesto. El informe estaba generosamente salpicado de la palabra «despiadado», en cada relato de las actividades del sujeto, pero en ningún momento se añadía «atractivo» o «seductor» al nombre. Tampoco se decía que era un hombre corpulento.

Jade recordó lo inquieta que se sintió al leer el nombre operativo de Caine: los superiores lo llamaban Cazador. Pero cuando terminó de leer todo el informe, comprendió por qué lo llamaban así. Caine nunca se rendía. Cuando las circunstancias le eran muy contrarias, seguía acechando al adversario con la paciencia y la tenacidad de un guerrero de otros tiempos. y al final lo lograba.

Caine abandonó esas obligaciones el día en que se enteró de la muerte de su hermano Colin. Según la última anotación del asesor mayor, un hombre llamado sir Michael Richards, la renuncia de Caine contó con el apoyo absoluto del padre. El duque de Williamshire acababa de perder a un hijo por el país y no estaba dispuesto a perder el otro. Richards también consignaba que, hasta ese día, Caine no tenía idea de que el hermano menor también trabajaba para el gobierno.

Colin y Caine provenían de una familia numerosa. Caine era el hijo mayor y, en total, eran seis hijos: dos varones y cuatro mujeres.

Todos se protegían entre sí, y a los padres. El hecho que se repetía a lo largo del informe era que Caine era protector por naturaleza. A Jade no le importaba si consideraba esa característica como un defecto o una virtud: se limitaba a aprovecharla para lograr lo que quería.

Claro que estaba dispuesta a que Caine le agradara. A fin de cuentas, era el hermano de Colin y ella quiso mucho a Colin desde el momento en que lo rescato del mar, y él le dijo que salvara primero a su propio hermano. Claro que estaba preparada para que Caine le gustara, pero no para sentir semejante atractivo físico hacia él. Para ella era la primera vez, y también era una preocupación, pues sabía que, si se lo permitía, podía subyugarla. Jade se protegió fingiendo ser todo lo que creía que a él le disgustaba. Si no lloraba como una niña, trataba de acordarse de quejarse. La mayoría de los hombres detestaban a las mujeres indisciplinadas, ¿verdad? Jade esperaba que fuese así. Estaría obligada a quedarse con Caine las siguientes dos semanas, y entonces todo terminaría. Jade volvería a su estilo de vida, y sin duda el marqués volvería a su flirteo con mujeres.

Era imprescindible que Caine creyera que estaba protegiéndola, pues era el único modo en que Jade podría mantenerlo a salvo. El plan se facilitó por los conceptos del marqués sobre la inferioridad de las mujeres, sin duda reforzado por cuatro hermanitas. Sin embargo, Caine era muy perspicaz. El entrenamiento pasado había afinado sus instintos de depredador. Por eso, Jade ordenó a sus hombres que los esperaran a ella y a Caine en la casa de campo del marqués. Se ocultarían en el bosque que rodeaba la casa. Cuando Jade llegara, ellos se ocuparían de cuidar las espaldas de Caine.

Por supuesto, en el meollo de la trampa estaban las cartas, y Jade deseaba no haberlas encontrado. «Lo hecho, hecho está», se recordó. Por cierto, no le haría ningún bien arrepentirse. Habría sido un esfuerzo desperdiciado, y Jade jamás desperdiciaba nada. Para ella, todo era siempre muy definido. Cuando Jade le mostró a su hermano Nathan las cartas del padre de ambos, comenzó todo este embrollo, y ahora sería ella la que lo arreglase.

Jade hizo a un lado sus preocupaciones. Sin darse cuenta, le había dado a Caine algo de tiempo para pensar. Y en ese momento comprendió que el silencio podría ser un enemigo para ella. Tenía que mantener a Caine con la guardia baja... y ocupado.

-¿Caine? ¿Qué es lo que...?

- Silencio, cariño - le ordenó el hombre -. ¿Oyó?

-¿Ese extraño chillido? Estaba por mencionarlo - repuso.

- Más bien, parece un crujido persistente, Miller - vociferó Caine por la ventanilla -. Detén el coche.

El vehículo se detuvo con brusquedad, cuando la rueda izquierda trasera se partió. Si Caine no la hubiese sujetado entre los brazos, Jade se habría caído al suelo. La sostuvo apretada largo rato, y murmuró:

- Esto es muy inoportuno, ¿no le parece?

- Yo diría que tal vez sea una trampa - susurró la joven.

Caine se abstuvo de hacer comentarios.

- Jade, quédese dentro mientras veo qué se puede hacer.

- Tenga cuidado - le advirtió -. Pueden estar esperándolo.

Lo oyó suspirar mientras abría la portezuela.

- Tendré cuidado - prometió.

En cuanto cerró la puerta tras él, Jade la abrió y se apeó. El cochero se detuvo junto al patrón.

- No puedo entenderlo, milord. Siempre reviso las ruedas para asegurarme de que estén bien.

- No lo culpo a usted, Miller - repuso -. Estamos a una distancia como para dejarlo aquí, por esta noche. Desenganche el caballo, Miller. Yo...

Se interrumpió al ver a Jade, que aferraba un puñal de feroz aspecto. El marqués casi se echó a e reír.

- Deje eso, Jade. Puede lastimarse.

Jade volvió a guardar el cuchillo en el bolsillo de la costura de su vestido.

- Caine, aquí, de pie, en el exterior, somos unos blancos perfectos.

- Entonces, vuelva adentro - sugirió.

Jade hizo como si no lo oyera.

-Miller, ¿usted supone que alguien manipuló la rueda?

Miller se acercó al eje.

- Creo que sí – murmuró -. ¡Milord, fue manipulada! Mire aquí, los cortes que hicieron en esta barra del costado.

-¿Qué hará ahora? –le preguntó Jade a Caine.

- Iremos a caballo.

-¿Sí?

-¿ Y qué hará el pobre Miller? Podrían atacarlo cuando nos marchemos.

- Estaré bien, señorita - intervino el cochero -. Tengo un frasco grande de coñac para mantenerme caliente. Me quedaré sentado dentro del coche hasta que Broley venga a buscarme.

-¿Quién es Broley?

- Uno de los tigres - respondió el cochero.

Jade no supo a qué se refería.

-¿Tiene usted como amigo a un animal?

Caine sonrió.

-Broley trabaja para mí – aclaró. Luego se lo explicaré.

- Tenemos que alquilar un coche - afirmó entonces la mujer, y cruzó los brazos sobre el pecho -. De ese modo, podremos viajar todos juntos, y no tendré que preocuparme por Miller.

-¿A esta hora de la noche? Dudo de que encontremos un coche de alquiler -.

-¿Y qué me dice de la encantadora taberna de Monk? - preguntó Jade -. ¿No podríamos volver allí y esperar a que amanezca?

- No - respondió Caine -. Sin duda, a esta hora Monk ya debe de haber cerrado y regresado a su casa.

- Milady, ahora estamos a buena distancia de Ne'er Do Well- intervino Miller.

Cuando el cochero se alejó para soltar al caballo Jade aferró la mano de Caine y se acercó más al. costado del hombre.

- Caine - murmuró.

-¿Sí?

- Creo que sé qué le pasó a la rueda de su coche. Quizás hayan sido los mismos hombres que...

- Ahora, cálmese - respondió Caine, también murmurando -. Todo va a salir bien.

-¿Cómo sabe que todo saldrá bien?

Parecía muy asustada, y Caine quiso tranquilizarla.

- El instinto - se jactó -. Cariño, no deje que su imaginación se desborde.

- Muy tarde - replicó la muchacha -. Oh, señor, ya estamos otra vez con mi imaginación.

El disparo de pistola sonó en el mismo instante en que ella se arrojaba sobre el costado de Caine, y lo hacía trastabillar.

El disparo pasó por el costado de la cabeza del hombre, fallando por muy poco. Caine lo oyó silbar. Aunque Caine no creía que fuese intencional, Jade acababa de salvarle la vida.

Caine apretó la mano de Jade, le gritó una advertencia a Miller, mientras la empujaba para que caminara delante de él, y comenzó a correr. La obligó a quedarse pegada, delante de él, para poder protegerla con su ancha espalda. Sonaron varios disparos más. Jade oía el ruido de los hombres que los perseguían. Parecía que una manada de caballos salvajes estuviese a punto de atropellarlos.

Pronto, Jade perdió la noción del lugar. Caine parecía conocer bien el camino en la zona. La empujó por un laberinto de callejones y calles traseras, hasta que la muchacha sintió una horrible punzada en el costado y tuvo problemas para respirar. Cuando se tambaleó, Caine la alzó en brazos sin aminorar la marcha.

Mantuvo el ritmo feroz mucho tiempo después de que dejaran de oír el ruido de la persecución. Cuando llegaron al centro del antiguo puente que cruza el Támesis, por fin se detuvo a descansar.

Caine se apoyó contra el vacilante barandal, apretando a Jade contra él.

- Estuvimos cerca. Maldición, hoy me falló el instinto. No lo vi venir.

No pareció en absoluto asustado, cuando lo dijo, y Jade se asombró del coraje del marqués. El corazón de la joven, en cambio, estaba a punto de estallar.

-¿Suele usted recorrer estos callejones, Caine? - preguntó.

A Caine le pareció una pregunta extraña.

- No. ¿Por qué lo pregunta?

- Porque no le falta el aliento – respondió -. Y nunca llegamos a un callejón sin salida – añadió -. Conoce usted el camino por la ciudad, ¿no es así?

- Creo que sí - repuso el hombre, con un encogimiento de hombros que casi tiró a Jade del puente. La muchacha le rodeó el cuello con los brazos y se sostuvo, hasta que se dio cuenta de que el marqués aún la sujetaba entre los brazos.

- Podría bajarme ahora – dijo -. Estoy segura de que los despistamos.

- Yo no - dijo Caine, arrastrando las palabras.

- Señor, ya le expliqué que no me agrada que me toquen. Bájeme. - Le lanzó una mirada severa y preguntó -: Si le fallan los instintos, no me echará la culpa a mí, ¿verdad?

- No, Jade, no le echaré la culpa. Jade, usted hace las preguntas más insólitas.

- No estoy de humor para discutir con usted. Limítese a disculparse y lo perdonaré.

-¿Disculparme? - tengo una imaginación exagerada - aclaró Jade -. Por decirme que estaba confundida Y, sobre todo, por ser tan grosero cuando dijo esas cosas horribles de mí.

Caine no se disculpó, pero le sonrió, y la muchacha descubrió el maravilloso hoyuelo que tenía en la mejilla izquierda. El corazón de Jade también lo notó y comenzó a latir con fuerza otra vez.

- Estamos sobre un puente, en medio de la zona más tenebrosa de Londres, hay una banda de degolladores persiguiéndonos.,.. ¡y a usted lo único que se le ocurre es que yo le pida disculpas! Cariño, en verdad, usted está loca.

- Siempre me acuerdo de disculparme cuando hice algo malo - señaló.

Caine la contempló con expresión irritada, y Jade no pudo menos que sonreír. ¡Señor, qué diablo tan apuesto! La luz de la luna le suavizaba los rasgos Y, en ese instante, a Jade no le molestó el semblante ceñudo.

A decir verdad, quería que le sonriera otra vez.

- Jade, ¿sabe nadar?

La joven contemplaba la boca del marqués, pensando que tenía los dientes más hermosos que hubiese visto, Y la pregunta la sobresaltó.

-¿Sabe nadar? - insistió.

- Sí - le respondió, bostezando sin escrúpulos -. Sé nadar. ¿Por qué lo pregunta?

En respuesta, Caine la cargó sobre su hombro derecho y comenzó a trepar al barandal. El largo cabello de Jade le rozó las botas. la muchacha se quedó sin aliento cuando Caine la cargó al hombro, pero pronto se recuperó.

-¿Qué diablos está haciendo? - gritó, aferrándose a la espalda de la chaqueta del hombre-. ¡Bájeme!

- Nos cortaron los escapes, Jade. Tome aire, cariño. Yo saltaré detrás de usted.

Sólo tuvo tiempo de gritar que no, y luego exhaló un bramido de indignación. El grito resonó en la oscuridad absoluta cuando Caine la arrojó por encima de la baranda.

De pronto, se sintió volar como un disco, en el viento punzante. Jade siguió gritando hasta que su trasero tocó el agua y se acordó de cerrar la boca en el instante en que el agua helada le cubrió la cabeza. Salió escupiendo, pero enseguida

volvió a cerrar la boca al sentir que tragaba una buena cantidad de la porquería que la rodeaba.

Jade juró que no se dejaría hundir en esa suciedad. No, permanecería viva hasta que encontrara a otro protector y lo arrojara ella primero al agua.

Entonces sintió que algo le rozaba la pierna y se aterrorizó. En la confusión, pensó que se trataba de un tiburón.

De súbito, Caine apareció junto a la muchacha. Le rodeó la cintura con el brazo y dejó que la rápida corriente los arrastrara bajo el puente y los alejara del enemigo que los perseguía.

Jade insistía en trepar a los hombros de Caine.

- Quédese quieta - le ordenó.

Jade le rodeó el cuello con los brazos.

- Caine, los tiburones – susurró -. Nos atraparán.

El terror que sonaba en la voz y la forma en que se aferraba a él le indicaron que estaba por perder el control.

- No hay tiburones - le comentó -. En estas aguas, nada podría vivir mucho tiempo.

-¿Está seguro?

- Sí – repuso -. Aguante un poco más, cariño. En poco tiempo saldremos de esta inmundicia.

La voz serena del hombre la calmó un tanto. Todavía parecía querer estrangularlo, pero había aflojado el apretón. Ahora el intento era sólo a medias.

Flotaron aún durante más de un kilómetro y medio por el río serpenteante, hasta que, al fin, él la sacó del agua y la apoyó sobre la orilla herbosa. Jade estaba helada y se sentía demasiado desdichada para hacerle arder las orejas con lo que opinaba sobre la conducta del hombre.

Ni siquiera podía emitir un gemido decente, pues los dientes le castañeteaban sin control.

- Huelo a pescado muerto - tartamudeó, con un gemido lastimero.

- Así es - admitió Caine, divertido.

- Usted también... simulador.

-¿Simulador? - repitió Caine, quitándose la chaqueta y arrojándola al suelo, tras él -. ¿Qué quiere decir?

Jade trataba de exprimir el agua del ruedo del vestido. El cabello le cubría la cara, casi por completo, y se interrumpió para apartárselo.

- No es necesario que finja inocencia conmigo - murmuró.

Desistió de seguir con la tarea y aceptó el lamentable hecho de que en ese momento el vestido pesaba más que ella misma, se rodeó la cintura con os brazos y trató de conservar algo de calor en los huesos. Agregó, con voz temblorosa de frío:

- Simuló ser el pirata Pagan, pero él nunca,, arrojaría a una dama al Támesis.

- Jade, hice lo que me pareció mejor, dadas las circunstancias - se defendió el hombre.

- Perdí la capa.

Jade no pudo evitar exhalar esa afirmación en jadeos.

- Te compraré otra.

- Pero tenía las monedas de oro dentro de la capa -. dijo la muchacha -. ¿Y?

-¿Y qué?

- Vaya a buscarla.

-¿Qué?

- Vaya a buscarla - repitió Jade -. Esperaré aquí.

- No hablarás en serio...

- Hablo muy en serio - repuso Jade -. Caine, sólo nadamos alrededor de un kilómetro y medio. No puede llevarle mucho tiempo.

- No.

-¡Por favor!

- Es imposible que la encuentre - replicó Caine -. Tal vez ahora ya esté en el fondo del río.

La joven se enjugó las comisuras de los ojos con el dorso de la mano.

- Ahora, por culpa suya, soy pobre.

- No empieces - le ordenó Caine, viendo que estaba a punto de llorar otra vez -. No es momento para histerias ni quejas, aunque parece que son las únicas dos cosas que sabes hacer - prosiguió. Al sorprender la exclamación horrorizada de Jade, sonrió: la muchacha ya estaba recuperando el ánimo -. ¿Todavía tienes los zapatos puestos, o tendré que cargar contigo?

-¿Yo qué sé? ¡No siento los pies!

-¡Maldición, fíjate!

- Sí, maldición - musitó la joven, obedeciendo -. Todavía los tengo. ¿Y ahora? ¿Se disculpará usted o no?

- No - replicó Caine, en tono cortante -. No te pediré disculpas. y baja más la voz, Jade. ¿O es que quieres que nos oigan todos los asesinos de Londres?

- No - susurró la muchacha, acercándose -. Caine, ¿qué habría hecho si yo no supiese nadar?

- Lo mismo - respondió el aludido -. Pero habríamos saltado juntos.

- Yo no salté - replicó Jade -. ¡Oh, no importa! Caine, tengo frío. ¿Qué haremos ahora?

El hombre le tomó la mano y comenzó a andar orilla arriba.

- Caminaremos hasta la casa de mi amigo, pues está más cerca que la mía.

- Caine, olvida su chaqueta - le recordó la muchacha.

Antes de que pudiese decirle que la dejara, ya Jade corría hasta donde estaba la prenda, la alzaba, le exprimía toda el agua que podía con los dedos ateridos y corría de nuevo hacia él. En el mismo instante en que Caine le rodeaba los hombros con las manos, la joven se apartó el cabello de los ojos.

- Tengo un aspecto horrible, ¿verdad?

- Hueles todavía peor - repuso alegremente Caine.

Le dio un cariñoso apretón y señaló:

- Pero yo diría que te pareces más a carne podrida que a pescado muerto.

Jade comenzó a tener náuseas, y Caine le tapó la boca con la mano.

- Si vomitas la cena, me enfadaré mucho. Ya tengo bastante trabajo contigo. No te atrevas a descomponerte y complicar más las cosas.

Al morderle la mano, Jade conquistó la libertad, y una nueva blasfemia de parte de Caine.

- No cené – afirmó -. Quería morir con el estómago vacío.

- Aún podrías lograrlo - musitó el hombre -. Y deja de hablar, para que yo pueda pensar. ¿Por qué cuernos querías morir con el estómago vacío? - preguntó, sin poder contenerse.

- Algunas personas se descomponen cuando se asustan. Y yo creí que, delante de usted... oh, bueno, no importa. No quería presentarme ante el Creador con el vestido manchado, eso es todo.

- Yo sabía que no debía preguntártelo - replicó Caine -. Mira, cuando lleguemos a lo de Lyon, podrás darte un baño caliente y te sentirás mejor.

-¿Acaso es este Lyon el amigo entrometido al que se refería Monk?

- Lyon no es entrometido.

- Monk dijo que averiguaría qué le sucedió a usted en esa noche terrible – replicó Jade -. Esas fueron sus palabras y, para mí, eso es ser entrometido.

-Lyon le gustará.

- Si es su amigo, lo dudo, pero haré lo posible para que me guste.

Por varias manzanas, caminaron en silencio. Caine estaba en guardia, y Jade no estaba tan preocupada como fingía.

- Caine, después de tomar nuestros respectivos baños, ¿qué haremos?

- Te sentarás y me contarás qué es lo que te sucedió.

- Ya se lo dije. Pero usted no me creyó, ¿no es cierto?

- No - admitió Caine -. No te creí.

- Además, Caine, está predispuesto en contra de mí, y no creerá nada que yo le diga. ¿Para qué quiere que lo intente?

- No estoy mal predispuesto - respondió el hombre, con evidente irritación.

La muchacha dejó escapar un resoplido muy poco femenino. Caine se juró que no se dejaría arrastrar a una nueva discusión, y la guió por otro dédalo de callejuelas. Cuando llegaron a la escalinata de entrada de la impresionante casa de ladrillos rojos, Jade estaba tan exhausta que quería llorar de verdad.

Al golpeteo insistente de Caine, un hombre gigantesco, con una cicatriz de aspecto siniestro que le arrugaba la frente, les abrió la puerta: era evidente que había estado durmiendo. y no le agradaba que lo hubiesen despertado. Jade echó una mirada al ceño sombrío del individuo, y se apresuró a acercarse más a Caine.

El hombre que supuso sería Lyon, llevaba sólo un par de calzas negras. En cuanto vio quién era el visitante, la expresión ceñuda se convirtió en una de auténtico asombro.

-¡Caine! ¿Qué diablos...? ¡Entra! - se apresuró a agregar. Se acercó, con la intención de aferrar la mano de Caine, pero cambió bruscamente de idea: sin duda, acababa de sentir el olor de sus dos visitantes.

Jade estaba muy avergonzada. Se volvió para mirar, airada, a Caine, como diciéndole sin palabras que su propia y desdichada condición era culpa de él, y luego entró en el vestíbulo de piso embaldosado en blanco y negro. Entonces, di-

visó a una hermosa mujer que corría escaleras abajo. El largo cabello platinado de la mujer ondulaba tras ella. Era tan encantadora que Jade se sintió peor aún.

Caine hizo una rápida presentación, mientras Jade mantenía la vista fija en el suelo.

- Jade, éste es Lyon y ésta, su esposa, Cristina.

-¿Qué les ha pasado a ustedes dos? - preguntó Lyon.

Jade giró con brusquedad, salpicando gotas de agua sucia alrededor, se quitó el cabello de los ojos y afirmó:

- Él me arrojó al Támesis.

-¿Qué fue lo que hizo? - preguntó Lyon, mientras una sonrisa asomaba a sus labios al ver algo parecido a un hueso de pollo que colgaba del pelo de la muchacha.

- Caine me tiró al Támesis - repitió.

-¿Eso hizo? - preguntó Cristina, atónita. Jade se volvió hacia la esposa de Lyon:

- Es verdad, lo hizo - insistió -. Y después ni se disculpó.

Dicho lo cual, estalló en lágrimas.

- Todo esto es por culpa de él – sollozó -. Primero perdió la rueda del coche y luego perdió el instinto. En realidad, mi plan era mucho mejor, pero Caine es demasiado obstinado para admitirlo.

- No empieces otra vez con eso - le advirtió el aludido.

-¿Por qué arrojaste a esta pobre criatura al Támesis? - volvió, a preguntar Cristina, corriendo hacia Jade con los brazos extendidos -. Debes de estar helada hasta los huesos - dijo, con simpatía.

Cuando llegó cerca de Jade, se detuvo de golpe y retrocedió un poco.

- Fue necesario - respondió Caine, tratando de ignorar la mirada indignada de Jade.

- Creo que lo odio - le dijo Jade a Cristina -. No me importa si es su amigo o no - añadió, con otro sollozo -. Es un canalla.

- Sí, es capaz de serlo - admitió Cristina -. Pero tiene otras buenas cualidades.

- Todavía tengo que verlo - susurró Jade. Cristina frunció la nariz, aspiró una bocanada de aire y rodeó la cintura de Jade con el brazo.

- Ven conmigo, Jade. En un tris, estarás limpia. Lyon, creo que esta noche la cocina nos servirá a la perfección, ¿no? Convendría que tú despiertes al personal, pues necesitamos calentar agua. ¡Caramba, tienes un nombre poco común! - le dijo a Jade -; Es muy bonito.

- Él lo ridiculizó - susurró Jade, aunque lo, bastante alto para que Caine la oyese.

Exasperado, Caine cerró los ojos.

-¡Yo no lo ridiculicé! – gritó -. Lyon, te juro por Dios que esta mujer no hace otra cosa que quejarse y lloriquear desde el momento en que la conocí.

Jade lanzó una exclamación ahogada y luego dejó que Cristina la empujara hacia la parte trasera de la casa, mientras Caine y Lyon las contemplaban alejarse.

- Lady Cristina, ¿ve lo ofensivo que es? –preguntó Jade -. Y yo sólo le pedí un pequeño favor.

-¿Y se negó? - preguntó Cristina -. Eso no es propio de Caine. Por lo general, es muy complaciente.

- Hasta ofrecí pagarle con monedas de oro - afirmó Jade -. Ahora soy pobre, pues Caine también arrojó mi capa al río, y yo tenía las monedas en el bolsillo.

Cristina sacudió la cabeza y se detuvo, en una esquina para echar una mirada a Caine, demostrándole su desaprobación.

- Eso fue muy poco galante de parte de Caine, ¿no es cierto?

Doblaron la esquina, al tiempo que Jade asentía con fervor.

-¿Cuál fue el favor que te pidió? - preguntó Lyon.

- No fue gran cosa - dijo Caine, arrastrando las palabras, mientras se inclinaba para quitarse las botas llenas de agua -. Sólo quería que la matara, nada más.

Lyon lanzó una carcajada pero, al comprobar que Caine no bromeaba, se interrumpió.

- Quería que el trabajo estuviese terminado antes de mañana - dijo Caine.

- No me digas...

- Pero primero quiso dejarme terminar el coñac.

- Qué considerada.

Los hombres compartieron una sonrisa torcida.

- En este momento, tu esposa debe de pensar que soy un ogro por haber desilusionado a esa mujer.

Lyon rió otra vez.

- Cristina no sabe cuál era el favor, amigo. Caine dejó caer las botas en el centro del vestíbulo y luego arrojó las medias encima.

- Todavía podría cambiar de idea y darle el gusto a esa mujercita - señaló, con sequedad -. ¡Maldición, han arruinado mis botas preferidas!

Lyon, apoyado contra el arco del pasillo, los brazos cruzados sobre el pecho, observó cómo Caine se quitaba la camisa.

- No, no podrías matarla - replicó, para luego agregar en tono apacible -: No hablaría en serio, ¿verdad? Me parece bastante tímida. No podría imaginar...

- Fue testigo de un asesinato - lo interrumpió Caine-. y ahora hay varios sujetos poco honorables que la persiguen, sin duda intentando silenciarla. Eso es todo lo que sé, Lyon, pero, en cuanto sea posible, averiguaré todos los detalles. Cuanto antes pueda resolver el problema de la muchacha, antes podré librarme de ella.

Lyon disimuló una sonrisa, pues vio que Caine tenía una expresión feroz.

- En realidad, te desconcertó, ¿verdad?

- De ninguna manera! - murmuró Caine -. ¿Por qué crees que una simple mujer sería capaz de desconcertarme?

- Acabas de quitarte los pantalones en mi vestíbulo, Caine - repuso Lyon -. Por eso deduzco que estás desconcertado.

- Necesito un poco de coñac - dijo Caine, aferrando los pantalones y volviendo a ponérselos.

Cristina pasó junto a él, le sonrió al esposo y siguió escaleras arriba, sin hacer caso de la casi desnudez del hombre, como tampoco lo mencionó el propio Caine.

Lyon disfrutó del pudor de Caine, pues nunca había visto al amigo en ese estado.

-¿Por qué no vas a la biblioteca? El coñac está allí, en el bar. Sírvete., mientras yo me ocupo de tu baño.

Caine hizo lo que le sugería Lyon. El coñac lo calentó un poco, y el fuego que encendió en el hogar terminó de quitarle el frío.

Cuando la bañera estuvo llena de agua humeante, Cristina dejó sola a Jade. Ya le había ayudado a lavarse el cabello en un balde de agua perfumada de rosas.

Rápidamente, Jade se despojó de la ropa empapada. Tenía los dedos entumecidos de frío, pero se tomó el tiempo para quitarse la daga que tenía en un bolsillo, oculta en las enaguas. Dejó el arma en una silla, junto a la bañera, como una precaución, por si alguien intentaba sorprenderla por detrás, y luego se sumergió en el agua caliente, lanzando un suspiro de placer.

Se frotó cada centímetro del cuerpo dos veces, y sólo entonces se sintió limpia otra vez. Cristina volvió a la cocina en el mismo momento en que Jade se ponía de pie.

Como estaba de espaldas, Cristina pudo ver la larga cicatriz irregular en la base de la columna y soltó una exclamación de sorpresa.

Jade arrebató la manta del respaldo de la silla, se envolvió en ella y salió de la bañera enfrentando a Cristina:

-¿Qué pasa? - preguntó, como desafiándola a que hablara de la cicatriz que había visto.

Cristina sacudió la cabeza. Vio el cuchillo sobre la silla y se acercó para observarlo mejor. Jade sintió que se ruborizaba, incómoda, y trató de pensar en una explicación lógica para darle a su anfitriona de por qué una gentil dama llevaba semejante arma, pero estaba demasiado agotada para que se le ocurriese una mentira creíble.

- La mía es mucho más afilada.

-¿Cómo dices? - le preguntó Jade, segura de que había entendido mal.

- La hoja de mi puñal es mucho más afilada - explicó Cristina -. Uso una piedra especial. ¿Quieres que te la afile?

Jade asintió.

-¿Acaso duermes con él a tu lado o bajo la almohada? - preguntó la señora de la casa, en tono ligero.

- Bajo la almohada.

- Yo también - dijo Cristina -. Así es más fácil tenerlo a mano, ¿verdad?

- Sí, pero ¿por qué tú...?

- Llevaré tu cuchillo arriba y lo pondré bajo tu almohada - prometió Cristina -. Y mañana por la mañana, lo afilaré.

- Eres muy amable - murmuró Jade -. No sabía que otras damas usaran cuchillos.

- La mayoría no lo hacen - replicó Cristina, encogiéndose de hombros. Le alcanzó a Jade un camisón blanco, prístino, y una bata haciendo juego, y la ayudó

a vestirse -. Yo ya no duermo con la daga bajo la almohada, pues Lyon me protege. Creo que, a su debido tiempo, tú también la dejarás. Sí, creo que lo harás.

-¿Sí? - preguntó Jade, esforzándose por entender las afirmaciones de la otra -. ¿A qué se debe?

- El destino - musitó Cristina -. Claro que, antes, tendrás que aprender a confiar en Caine.

- Eso es imposible - exclamó Jade -. No confío en nadie.

Por la expresión asombrada de Cristina, Jade supo que su respuesta había sido demasiado vehemente.

- Lady Cristina, no sé si entiendo a qué se refiere. Casi no conozco a Caine. ¿Por qué tendría que aprender a confiar en él?

- Por favor, no es necesario que me llames lady Cristina - replicó -. Ven, siéntate junto al fuego y te desenredaré el cabello.

Arrastró una silla por la habitación, y empujó con suavidad a Jade para que se sentara en ella.

- No tengo muchos amigos en Inglaterra.

-¡No me digas!

- Es mi culpa - explicó Cristina -. No tengo suficiente paciencia. Aquí, las señoras son muy pretenciosas, pero tú eres diferente.

-¿Cómo lo sabes? - preguntó Jade.

- Porque llevas cuchillo - aclaró Cristina -. ¿Quieres ser mi amiga?

Jade vaciló largo rato antes de responder.

- Tanto tiempo como tú quieras ser amiga mía, Cristina - susurró.

Cristina contempló a la encantadora mujer.

- Crees que cuando te conozca mejor cambiaré de opinión, ¿no es cierto?

La flamante amiga se encogió de hombros, y Cristina vio que tenía las manos crispadas sobre el regazo.

- No tuve tiempo para amigos –exclamó Jade.

- Vi que tienes una cicatriz en la espalda - murmuró Cristina -. Por supuesto que no se lo diré a Caine, pero él la verá cuando te lleve a su cama. Tienes una marca de honor, Jade.

Si Cristina no la hubiese sujetado por los hombros, Jade habría saltado de la silla.

- No quise ofenderte - se apresuró a aclarar -. No tendrías que avergonzarte de...

- Caine no me llevará a su cama –replicó Jade -. Cristina, ese hombre no me gusta.

Cristina sonrió.

- Somos amigas, ¿verdad?

- Sí.

- Entonces no tienes que mentirme: te gusta Caine. Pude observarlo en tus ojos cuando lo mirabas. Oh, claro, le fruncías el entrecejo, pero no era más que un alarde, ¿no es cierto? Al menos, admite que lo encuentras guapo. Todas las mujeres lo encuentran atractivo.

- Lo es - respondió Jade, suspirando -. Es mujeriego, ¿verdad?

- Lyon y yo nunca lo vimos dos veces con la misma mujer - confesó Cristina -. Supongo que podría llamárselo mujeriego. ¿Acaso no lo son todos, hasta que se asientan?

- No lo sé - repuso Jade -. Yo tampoco tengo muchos amigos. No tuve tiempo.

Por fin, Cristina tomó el cepillo y comenzó a ordenar los relucientes rizos de Jade.

- Hasta ahora no había visto un cabello tan hermoso. Tiene hebras como de fuego brillando en él.

- Oh, la que tiene un cabello hermoso eres tú, no yo - protestó Jade -. Los hombres prefieren a las rubias, Cristina.

- Es el destino - repuso la aludida, cambiando por completo de tema -. Tengo la sensación de que acabas de toparte con tu destino, Jade.

Cristina parecía tan sincera que Jade no tuvo valor para descorazonarla.

- Si tú lo dices...

En ese momento, Cristina notó el bulto en el costado de la cabeza de la muchacha, y Jade le explicó lo sucedido. Se sintió culpable por engañarla, pues repitió la misma mentira que le había dicho antes a Caine, «pero por motivos puros - se dijo -. La verdad no haría más que perturbar a mi nueva amiga».

- Tuviste que ser un guerrero, ¿verdad, Jade? - preguntó Cristina, con voz desbordante de simpatía.

-¿Qué cosa?

- Un guerrero - repitió Cristina.

Intentaba trenzar el cabello de la muchacha, pero comprobó que todavía estaba demasiado húmedo. Dejó el cepillo, esperando que Jade le respondiese.

- Estuviste sola mucho tiempo, ¿no es así? - preguntó Cristina -. ¿Es por eso que no confías en nadie?

Jade se encogió de hombros.

- Quizá - murmuró.

- Ya tendríamos que reunimos con nuestros hombres.

- Lyon es tu hombre, pero Caine no es el mío - protestó Jade -. Si no te molesta, preferiría irme a la cama.

Cristina movió la cabeza.

- Caine ya debe de haberse bañado y refrescado. Sé que los dos querrán hacerte unas preguntas antes de dejarte descansar. Jade, los hombres pueden ser muy obstinados. Cada tanto, es mejor dejar que se salgan con la suya. De ese modo, son mucho más fáciles de manejar. Confía en mí, yo sé lo que digo.

Jade se apretó más la bata y siguió a Cristina. Intentó aclararse la mente, en vista del desafío que iba a enfrentar. En cuanto entró en la biblioteca, vio a Caine, apoyado contra el borde del escritorio de Lyon, mirándola ceñudo. Le devolvió la expresión ceñuda.

En verdad, deseó que no fuese tan apuesto. Se había bañado y vestido con ropa de Lyon, que le quedaban muy bien. Los pantalones del color de un cervato lo apretaban. Una camisa blanca, de algodón, le cubría los hombros anchos.

Jade se sentó en el centro del sofá tapizado de dorado. Cristina le tendió una copa de coñac.

- Bebe esto - le indicó -. Te caldeará por dentro.

Jade bebió con delicadeza unos sorbos hasta que se habituó a la quemante sensación y luego vació la copa.

Satisfecha, Cristina asintió. Jade se sintió mucho mejor y un tanto adormilada. Se reclinó contra los almohadones y cerró los ojos.

- No te atrevas a dormirte - le ordenó Caine -. Tengo que hacerte unas preguntas.

Pero la joven no se molestó en abrir los ojos al contestarle.

- No me dormiré, pero mantendré los ojos cerrados para no ver su semblante ceñudo, Caine. Así es mucho más tranquilo. ¿Por qué fingía ser más Pagan?

La pregunta se deslizó con tanta fluidez que, por un momento, nadie reaccionó.

-¿Qué era quién?

- Fingía ser Pagan - repitió Jade -. No sé qué otros personajes famosos fingió ser antes - agregó, con un gesto enfático -. Pero me parece que su amigo tiene una extraña perturbación.

Caine pareció querer estrangularla, y Cristina contuvo, contuvo una sonrisa.

- Lyon, creo que nunca vi a nuestro amigo tan desasosegado.

- Yo tampoco – agregó Lyon.

Caine los miró tan furioso que logró que interrumpieran esa clase de comentarios.

- Esta no es una circunstancia normal - farfulló.

- No creo que alguna vez haya fingido ser Napoleón - intervino Jade -. Es demasiado alto para eso. Además, todos saben el aspecto que tiene Napoleón.

- Basta - bramó Caine, haciendo una profunda inspiración, y prosiguió en tono más suave a esta noche espantosa.

-¡Lo dice como si fuese mi culpa! - exclamó Jade.

Caine cerró los ojos.

- No te culpo.

- Oh, sí me culpa - replicó -. Es el hombre más irritante que he conocido en mi vida. Pasé unos momentos terribles y usted me demuestra la misma compasión que un chacal.

Caine necesitó contar hasta diez, para estar seguro de que no iba a gritarle.

-¿Por qué no empieza por el principio? - terció Lyon.

Jade no hizo caso de la sugerencia de Lyon, pues estaba concentrada en Caine. Le pareció que todavía se contenía demasiado.

- Si no me brinda un poco de simpatía y comprensión, comenzaré a gritar.

- Ya está gritando - le dijo el hombre, sonriendo entre dientes.

Eso la hizo detenerse. Tomó aliento y se inclinó por una táctica diferente.

- Esos hombres malvados arruinaron todo – afirmó -. Mi hermano acababa de renovar su encantadora casa, y ellos la destruyeron. No se imagina lo desilusionado que estará Nathan cuando lo sepa. Oh, Caine, deje de mirarme así. No me importa si me cree o no.

- Bueno, Jade...

- No me hable.

- Me parece que perdiste el control de la conversación - le señaló Lyon a Caine.

- Nunca lo tuve - admitió Caine -. Jade, tendremos que hablamos – afirmó -. Sí – agregó, al ver que la muchacha estaba por interrumpirlo -. Admito que has pasado momentos difíciles.

Caine supuso que había hablado en tono desbordante de comprensión. Quería apaciguarla, pero vio que seguía frunciendo el entrecejo.

- Es un hombre exasperante. ¿Por qué tiene que darse tantos aires de superioridad?

Caine se volvió hacia Lyon.

-¿Acaso me doy aires?

Lyon se encogió de hombros, pero Cristina asintió.

- Si Jade cree que te das aires de superioridad, tal vez sea así.

- Me trata como a una imbécil - dijo Jade -. ¿No crees, Cristina?

- Como eres mi amiga, estoy de acuerdo contigo - respondió Cristina.

- Gracias - contestó Jade, y luego se concentró otra vez en Caine -. No soy una niña.

- Ya me he dado cuenta.

La sonrisa deliberada de Caine la enfureció, sintió que perdía terreno en el afán de desequilibrar al hombre.

-¿Sabe qué fue lo peor? Incendiaron el hermoso carruaje de mi hermano. Eso hicieron - agregó, con énfasis.

-¿Y eso fue lo peor? - preguntó Caine.

-¡Señor, da la casualidad de que yo estaba dentro! - explotó Jade.

Caine movió la cabeza.

-¿En realidad pretendes que crea que estabas dentro del carruaje que se incendió?

-¿Que se incendió, dice? - Saltó del asiento se quedó de pie, con los brazos en jarras, mirándolo indignada -. ¡En absoluto! Le acercaron antorchas.

Recordó a los presentes y giró para enfrentarlos. Sujetando el cuello de la bata, bajó la cabeza y dijo:

- Por favor, perdónenme por haberme alterado. Por lo general, no soy tan cortante.

Volvió a sentarse y cerró los ojos.

- No me importa lo que crea. Esta noche, no puedo hablar de eso. Estoy demasiado perturbada. Caine, si quiere interrogarme tendrá que esperar hasta mañana.

Caine se rindió: sin duda, esa mujer estaba dotada para el teatro. Jade se apoyó el dorso de la mano sobre la frente y dejó escapar un suspiro fatigado. El hombre supo que en ese momento no podría razonar con ella.

Caine se sentó en el sofá, junto a la muchacha. Sin dejar de fruncir el entrecejo, le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra su costado.

- Recuerdo muy bien que le dije que no soportaba que me toquen - murmuró Jade, forcejeando para alejarse.

Sonriente, Cristina se volvió hacia el marido.

- Es el destino... – susurró -. Creo que debemos dejarlos solos – agregó -. Jade, tu dormitorio es el primero de la izquierda, al subir la escalera. Caine, el tuyo es la puerta de al lado. Cristina hizo poner de pie al esposo.

- Mi amor - dijo Lyon-. Quiero saber qué le pasó a Jade. Sólo me quedaré unos minutos.

- Mañana sí podrás satisfacer tu curiosidad - prometió Cristina -. Dakota vendrá a despertamos dentro de pocas horas. Necesitas descansar.

-¿Quién es Dakota? - preguntó Jade, sonriendo al ver el afecto con que se miraban los esposos. Había tanto amor en sus expresiones que sintió un ramalazo de envidia, pero se apresuró a apartar ese sentimiento. Era en vano desear cosas que nunca tendría.

-Dakota es nuestro hijo - respondió Lyon-. Ya tiene casi seis meses. Mañana por la mañana conocerán a nuestro pequeño guerrero.

Tras la promesa, la puerta se cerró con suavidad, y Jade y Caine se quedaron solos otra vez. De inmediato, la muchacha trató de apartarse, pero el hombre la apretó más contra sí.

- Jade, nunca tuve la intención de hacerte quedar en ridículo – murmuró -. Sólo trataba de analizar de manera lógica tu situación. Tienes que admitir que esta noche fue... difícil. Me siento como si estuviese girando en círculos. No estoy habituado a que las señoras me pidan, con toda dulzura, que las asesine.

La joven se volvió hacia él y le sonrió.

-¿De modo que fui dulce? - preguntó.

Caine asintió. La boca de Jade estaba muy cerca y era tan atrayente que, sin poder detenerse, se inclinó sobre ella. Frotó la boca contra la de la muchacha, en un beso tierno y nada exigente.

Antes de que Jade pudiese rehacerse y protestar, había terminado.

-¿Por qué lo hizo? - preguntó, en un murmullo estrangulado.

- Tuve ganas - respondió, mientras la sonrisa se ensanchaba. Empujó a Jade otra vez contra su hombro, para no tentarse otra vez por la necesidad de besarla, y agregó:

- Lo que te pasó fue terrible, ¿no es cierto? Esperaremos hasta mañana para hablar de ello. Una vez que hayas descansado bien, entre los dos buscaremos la solución a este problema.

- Es muy considerado de su parte - repuso Jade, con tono de inmenso alivio -. Y ahora, por favor, ¿puede decirme por qué fingía ser Pagan? Antes usted dijo que quería hacerlo salir de su escondite, pero no se me ocurre cómo...

- Trataba de azuzar su orgullo - le explicó el hombre -. Y hacerlo enfadar al punto de que saliera a buscarme. Por mi parte, si alguien fingiera ser yo, me... oh, diablos – murmuró -. Ahora parece una tontería. - Distraído, Caine iba enredando los dedos en los rizos suaves de Jade -. Ya lo intenté todo. La recompensa no sirvió.

- Pero ¿por qué? ¿Quería conocerlo?

- Quiero matarlo.

Al ver que ahogaba una exclamación, Caine supo que la había sorprendido con su brusquedad.

- Y, si hubiese enviado a alguien en su lugar para desafiarlo a usted, ¿también habría matado al enviado?

- Sí.

- Entonces ¿su tarea consiste en matar personas? ¿Así es como se gana la vida?

Jade tenía la vista fija en el fuego, para evitar que Caine viese sus lágrimas.

- No, no me gano la vida como asesino.

- Pero ¿ha matado antes?

Jade se volvió a mirarlo cuando hizo la pregunta, para que él viese su temor.

- Lo hago sólo cuando es necesario - respondió.

- Yo nunca maté a nadie.

Caine le dirigió una sonrisa tierna.

- Jamás pensé que lo hubieras hecho.

- Pero ¿en verdad cree que es necesario matar a ese pirata?

- Así es.

De manera deliberada, Caine adoptó un tono duro, con la esperanza de que Jade no le hiciera más preguntas.

- También mataré a cada uno de sus tontos seguidores, si es el único modo de llegar a él.

- Oh, Caine, en realidad quisiera que no matase a nadie.

Una vez más, Jade estaba al borde de las lágrimas. Caine se reclinó contra el respaldo, cerró los ojos y dijo:

- Jade, tú eres una dama, no lo puedes entender.

- Ayúdeme a entenderlo – imploró -. Pagan hizo muchas cosas magníficas. Me parece un pecado que usted...

-¿En serio? - la interrumpió el hombre.

- Sin duda, no ignora usted que el pirata entrega la mayor parte del botín a los pobres - dijo Jade -. ¡Si nuestra iglesia tiene un campanario mano nuevo, gracias a una generosa donación de Pagan!

-¿Donación? - Caine movió la cabeza ante la extraña manera de decirlo -. Ese hombre no es otra cosa que un simple ladrón. Les roba a los ricos...

- Bueno, claro que les roba a los ricos.

-¿Y eso qué quiere decir?

- Les quita a los ricos porque tienen tanto que no echarán de menos la cantidad insignificante que Pagan les roba. No serviría de nada que les robase a los pobres, pues no tienen nada digno de ser robado.

- Al parecer, sabes mucho de ese pirata.

- Todos están al tanto de las aventuras de Pagan... ¡Es un personaje tan romántico!

- Lo dices de un modo, como si creyeras que tendrían que nombrarlo caballero.

- Quizá sí - respondió Jade, frotando la mejilla contra el hombro de Caine -. Hay quienes dicen que Pagan jamás le hizo daño a nadie. No me parece bien que usted lo persiga.

- Si estás convencida de que Pagan nunca mató a nadie, ¿por qué viniste a buscarlo? ¿Recuerdas que querías que él te matara?

- Lo recuerdo. Si le explico todo mi plan, ¿me promete que no se reirá?

- Lo prometo - respondió Caine, asombrado por la súbita timidez de la muchacha.

- Tenía la esperanza de que...si no quería matarme, bueno, quizá quisiera llevarme a su barco mágico, y mantenerme a salvo hasta que mi hermano regresara a mi casa.

- Si él te hubiese concedido semejante deseo, habrías tenido que encomendarte a Dios - dijo Caine -. Sin duda, has oído demasiados cuentos fantásticos. Además, te equivocas. El pirata mató.

-¿A quién?

Durante un largo momento, Caine fijó la vista en el fuego y no contestó. Cuando por fin lo hizo, su voz parecía de hielo:

- Pagan mató a mi hermano Colin.

4

- Oh, Caine, lo siento mucho –murmuró Jade -. Debe de echarlo de menos. ¿Colin era mayor o menor que usted?

- Menor.

-¿Hace mucho que murió?

- Unos meses - respondió Caine.

- Debe de haber sido duro para su familia - susurró la muchacha -. ¿Sus padres aún viven?

- Sí, pero el que peor tomó la muerte de Colin fue mi padre. Abandonó todo.

- No entiendo - repuso Jade.

- Mi padre solía tener una intensa actividad política. Lo consideraban el protector de los pobres, Jade, y podía lograr que se tomaran medidas muy importantes para aliviar la carga de esos desdichados.

-¿Cuáles, por ejemplo?

Jade había aferrado la mano de Caine, y la sujetaba contra su propia cintura, y el hombre creyó que lo hacía sin darse cuenta. supuso que era un gesto instintivo para consolarlo, y comprendió que no le desagradaban la caricia ni lo que inspiraba la muchacha.

- Estaba contándome cómo su padre ayudaba a los pobres - le recordó.

- Sí - repuso Caine-. Por ejemplo, fue el responsable de que no se aumentaran los impuestos.

- ¿Y dejó de ocuparse de asuntos tan importantes?

- Lo dejó todo: política, familia, amigos, los clubes. Ahora, ni siquiera lee los periódicos. Lo único que hace es encerrarse en el estudio para cavilar sobre la pérdida. Cuando Pagan haya sido castigado, creo que mi padre podrá... ¡diablos, no lo sé! Es un hombre derrotado.

-¿Es usted como su padre? ¿También protege a los pobres? Creo que debe de ser protector por naturaleza.

-¿Por qué lo dices?

Desde luego, Jade no podía decirle que había leído su archivo.

- Por el modo en que me tomó bajo su ala – respondió -. y pienso que es usted capaz de ofrecerle ayuda a cualquier persona indefensa. Claro que, cuando nos conocimos, yo no era pobre.

-¿Ya empiezas otra vez con eso de las monedas de plata?

Pero Jade supo que no estaba irritado con ella, pues le sonreía.

- No, no empezaré otra vez, sea lo que fuere lo que eso significa. Sólo se lo recordaba. Entonces usted es como su padre, ¿verdad?

- Es posible que compartamos esa característica.

- Sin embargo, su padre se retiró del mundo, y usted, en cambio, de inmediato buscó venganza.

Tuvo reacciones por completo opuestas, ¿no es así?

- Sí.

- Entiendo por qué su padre se dio por vencido.

-¿En serio?

- Caine, los padres no tendrían que perder a los hijos.

- No - admitió Caine -. Tendrían que morir antes.

- Tras una vida larga y feliz, por supuesto - agregó la joven.

Parecía tan sincera, que Caine no quiso discutírselo.

- Por supuesto.

-¿Está absolutamente seguro de que fue Pagan el que mató a Colin?

- Sí lo sé de buena fuente.

-¿Cómo?

-¿Cómo qué?

-¿Cómo lo mató Pagan?

- Jade, por el amor de Dios - murmuró el hombre -. No quiero hablar de esto. Ya te dije más de lo que pensaba contarte.

- Lamento haberlo acongojado - dijo la muchacha, apartándose de él y mirándolo a los ojos.

Al ver la expresión afligida de Jade, Caine se sintió culpable por haberle hablado con tanta acritud.

-A Colin lo mataron en el mar.

- Pero hubo alguien lo bastante considerado para traerlo a la patria, para que lo sepultaran.

- No.

-¿No? Entonces ¿cómo sabe que en verdad está muerto? Podrían haberlo abandonado en una isla desierta, o quizá...

- Enviaron una prueba.

-¿Qué prueba? ¿Quién la envió?

Caine no comprendía el interés de Jade en el tema y decidió dar por terminada la conversación.

- El Departamento de Guerra envió la prueba. Y ahora ¿dejarás de interrogarme?

- Sí, claro - murmuró la muchacha -. Le ruego que me perdone por meterme en un asunto tan personal.

Bostezó y luego se disculpó por una acción tan poco digna de una dama.

- Caine, no podemos quedarnos aquí durante mucho tiempo. Temo que pongamos en peligro a sus amigos.

- Estoy de acuerdo - respondió el hombre -. - Nos quedaremos sólo una noche.

Con la vista fija en el fuego, trazó sus planes. Jade se acurrucó contra él y se quedó dormida. Caine se dijo que agradecía tan bendito silencio, pero resistió las ganas de ir a la cama, porque le gustaba tanto tener abrazada a esa mujer que se sentía incapaz de moverse. Le besó la frente porque sí, y luego volvió a besarla.

Sólo cuando el fuego quedó convertido en un rescoldo y en la habitación se coló una corriente de aire frío, Caine al fin se levantó.

La mujer se despertó sobresaltada, se puso en pie de un salto, tan desorientada que comenzó a caminar en dirección equivocada. Si Caine no la hubiese detenido, habría ido directamente hacia el fuego. Intentó alzarla en brazos, pero Jade le apartó las manos. Suspirando, Caine le rodeó los hombros con un brazo y la guió escaleras arriba. Intentó no pensar en lo adorable que estaba, con el cabello casi seco, que había recobrado esos rizos encantadores. También evitó pensar en que sólo estaba cubierta por un delgado camisón y una bata.

A brió la puerta del dormitorio para que Jade entrara, y se volvió hacia el propio.

- Caine - lo llamó Jade, con voz adormilada -. No me abandonará, ¿verdad?

Se volvió para enfrentarla. La pregunta era ofensiva, pero la expresión temerosa delos ojos de la muchacha suavizó el primer impulso.

- No, no te dejaré.

Jade hizo un gesto de asentimiento y estaba a punto de decir algo más pero, de pronto, cerró la puerta de la habitación en la cara de Caine.

Cristina había preparado el dormitorio contiguo para Caine. las mantas de la enorme cama estaban apartadas y en el hogar ardía un buen fuego.

Aunque la cama era tentadora, el sueño eludía a Caine. Se removió y dio vueltas en la enorme cama casi una hora, maldiciéndose por su falta de disciplina. Por más que se esforzara, no podía apartar de su mente a la hechicera de cabello rojo y ojos verdes.

No comprendía por qué reaccionaba así ante ella. ¡La deseaba con tal intensidad que lo hacía arder! «Eso no tiene sentido -pensó-. Siempre me desagradaron las damiselas de mal carácter, ilógicas, y que lloran con sólo ver un entrecejo fruncido, ¿no es cierto?»

En ese momento, estaba demasiado agotado para pensar con lucidez. Tampoco estaba acostumbrado a reprimirse. Caine era un hombre que tomaba lo que quería, cuando lo deseaba. Pero en los últimos años se había ablandado, pues ya no tenía que molestarse en la persecución. Las mujeres siempre lo perseguían a él. Se entregaban por propia voluntad. Caine tomaba lo que cada una de ellas le ofrecía, sin un ápice de remordimientos. Siempre era honesto con las mujeres, y nunca, jamás, pasaba una noche entera con ninguna de ellas, pues sabía que la mañana traería consigo falsas esperanzas y exigencias tontas.

Sí, deseaba a Jade. ¡Señor, eso no tenía sentido! En ese instante, se oyó un estornudo de Jade, y Caine saltó de inmediato de la cama. Se puso los pantalones, aunque no se los abrochó. Ya tenía un pretexto para entrar en el dormitorio de la muchacha. «Quizá necesite otra manta - se dijo -. La noche está fresca. También existe la posibilidad de que se haya propagado el fuego, pues la luz que sale por debajo de la puerta es señal de que se durmió con las velas encendidas.»

No estaba preparado para el espectáculo que vio. Jade dormía boca abajo. La gloriosa melena estaba esparcida como un manto sobre su espalda. Tenía el rostro vuelto hacia él, los ojos cerrados, y por la respiración, honda y regular, supo que estaba profundamente dormida.

La hechicera estaba por completo desnuda: se había quitado el camisón y lo había dejado sobre la silla, junto a la cama. También había apartado con los pies las mantas de la cama.

«Si le gusta dormir desnuda, como a mí, es obvio que esta damita tiene una veta muy sensual.»

Le pareció una diosa dorada. Tenía piernas largas y bien formadas. De pronto, Caine imaginó esas piernas sedosas rodeándolo, y casi soltó un gemido.

Para cuando se acercó al costado de la cama, tenía una erección completa y dolorosa. En ese momento, vio la larga y fina cicatriz que cruzaba la espalda de la muchacha. De inmediato, Caine reconoció la marca, pues él tenía una parecida en la parte trasera del muslo. Sólo había un instrumento capaz de infligir una herida de bordes tan irregulares: era un látigo.

Alguien le había propinado latigazos. Caine se sintió atónito y furioso al mismo tiempo. A juzgar por los bordes esfumados, esa cicatriz tenía una antigüedad no menor de cinco años, cuando menos, yeso hacía que la atrocidad fuese más repugnante aun. Cuando recibió un maltrato tan espantoso, Jade debió de haber sido una niña.

De súbito, quiso despertarla y exigirle el nombre del canalla que le había hecho semejante cosa.

Jade comenzó a gemir en sueños. Por el modo inquieto en que se movía, Caine supuso que se debatía en medio de una pesadilla. Volvió a estornudar, y sollozó otra vez.

Con un suspiro de profunda frustración, Caine atrapó el camisón y se volvió hacia ese ángel al que, como un tonto, había prometido proteger. Intentó considerar el lado cómico de la situación: por primera vez en la vida, le pondría el camisón a una mujer.

Caine acababa de inclinarse sobre ella cuando vio el relámpago de acero con el rabillo del ojo y reaccionó por instinto. Bloqueó el ataque con un vigoroso movimiento del brazo izquierdo. Jade ya estaba deteniéndose cuando el brazo de Caine chocó con su muñeca. El arma atravesó volando la habitación y aterrizó con estrépito sobre la base de la chimenea.

La muchacha se había convertido en un diablo. Apoyada sobre las rodillas, lo enfrentaba, con la respiración agitada y evidentemente furiosa, por la expresión sombría del rostro.

-¡Nunca más se acerque sigilosamente a mí! - le gritó -. ¡Por Dios, hombre, podría haberlo matado!

Caine estaba tan furioso como ella.

-¡No te atrevas a blandir ese cuchillo contra mí! – rugió -. ¡Si lo haces, mujer, por Dios que te mataré!

Al parecer, Jade no se sintió en absoluto intimidada por la amenaza y Caine comprendió que no debía de entender el peligro pues, de lo contrario; se habría mostrado un poco asustada. Tampoco parecía darse cuenta de que estaba desnuda.

Pero Caine sí lo advertía. Los largos rizos oscuros sólo ocultaban a medias los pechos redondos y plenos, de pezones rosados y duros. El enfado la hacía jadear, y hacía alzar y bajar las costillas en un ritmo que, para Caine, resultaba hipnótico.

Se sintió un pillastre por notarlo, hasta que Jade comenzó a provocarlo otra vez.

- Usted no me matará - afirmó la muchacha -. Ya hablamos de eso, ¿lo recuerda?

Caine la miró con expresión atónita.

- No sientes el menor temor hacia mí, ¿verdad?

Jade sacudió la cabeza y los rizos se agitaron con gracia sobre sus hombros.

-¿Por qué tendría que temerle? – preguntó -. Usted es mi protector, señor.

La irritación que se traslucía en la voz de Jade fue demasiado para el hombre. Caine le aferró las manos y la empujó con rudeza hacia el colchón, siguiendo el movimiento con su propio cuerpo, y colocando una rodilla entre los muslos de Jade, para que no pudiese golpearlo y causarle verdadero daño. No correría el riesgo de que pudiese transformarlo en un eunuco si le daba ocasión.

- Creo que es hora de que comprendas algunas reglas básicas - dijo Caine, entre dientes.

Cuando el pecho desnudo del hombre le rozó los pechos, Jade ahogó una exclamación, y Caine supo que, por fin, había comprendido que estaba desnuda.

- Exacto - dijo, con un gemido sordo.

«¡Es tan endemoniadamente suave...! - se dijo -. Me gustaría hundir la cara en el hueco de su cuello y hacerle el amor de un modo lento y dulce. Será mía – se prometió -, pero cuando esté caliente, y me lo ruegue, y no como ahora, que murmura obscenidades en mi oído.»

-¡En nombre de Dios! ¿Dónde aprendiste semejantes blasfemias! - le preguntó, cuando con los términos más asombrosos, lo amenazó liquidarlo.

-¡De ti! - mintió la joven -. ¡Sal de encima de mí... engendro del infierno!

Aunque parecía llena de coraje, en su voz vibraba un matiz de temor, y Caine reaccionó de mediato a él. Con gran fuerza de voluntad, apartó lentamente de ella. Tenía la mandíbula apretada y una fina película de sudor le cubría frente. Cuando se movió, los pezones de la muchacha le rozaron el pecho, y Caine lanzó un gemido sordo. Aunque el resto de su persona no lo estuviese: los pechos de Jade estaban listos para él. Para que los tomara en la boca, los besara, los succionara para que...

- Caine.

El aludido se apoyó sobre los codos para ver la expresión de la muchacha, y al instante se arrepintió, pues el entrecejo fruncido de Jade comenzaba a enfurecerlo otra vez.

Jade se sentía invadida por emociones en conflicto, pues sabía que debía sentirse encolerizada pero la verdad era lo contrario. El vello oscuro de pecho de Caine, tan rizado y cálido, le cosquilleó los pechos y los hizo reaccionar. Caine era tibio excitante. «Y duro», agregó para sus adentros. El bulto de los músculos del antebrazo le hizo contener el aliento, pero supo que no tenía que permitir que Caine advirtiese cuánto la afectaba. «Furia - se recordó -. Tengo que parecer furiosa y también asustada.»

-¿Es así como piensas protegerme? - preguntó, dejando traslucir la proporción justa de temor en la voz.

- No, no es así como pienso protegerte - respondió Caine con voz ronca.

- Caine.

-¿Qué?

- Tengo la impresión de que quieres besarme. ¿Es así?

- Sí, así es.

Jade comenzó a mover la cabeza, pero el hombre la detuvo sujetándole el rostro con las manos y obligándola a quedarse quieta.

- Pero no te gusto demasiado - dijo Jade, en un susurro quedo -. ¿Recuerdas que lo dijiste? ¿Acaso cambiaste de opinión?

Caine no pudo evitar una sonrisa al ver el semblante perturbado de Jade.

- No - respondió, sólo para exasperarla.

- Entonces ¿por qué quieres besarme?

- No puedo explicarlo. Tal vez porque estás desnuda, y siento la suavidad de tu piel debajo de mí. Quizá...

- Bueno, pero una sola vez.

No entendió lo que quiso decir, pero el sonrojo que le cubría las mejillas fue la señal de su vergüenza.

- Sólo una vez, ¿qué cosa, Jade?

- Puedes besarme, Caine – aclaró - . Pero sólo una vez. Después tendrás que salir de mi habitación.

- Jade, ¿quieres que te bese?

La voz de Caine fue tan tierna que Jade sintió como si la hubiese acariciado. Le contempló la boca, preguntándose cómo sería que la besara como debía de ser. ¿Acaso la boca sería tan dura como el resto de su persona?

La curiosidad pudo más que la precaución.

- Sí – susurró -. Quiero que me. beses, Caine.

Fue un beso de absoluta posesión. La boca de Caine era dura y exigente. La lengua penetró en la boca de Jade y se frotó contra la lengua de la muchacha. Y, aunque Jade no tenía idea de que los hombres y las mujeres podían besarse así, le gustó mucho la caricia de la lengua de Caine: era muy excitante. Cuando la lengua de Jade imitó con timidez la audaz acción de la del hombre, este suavizó el beso. El modo en que Caine empleaba la lengua en ese ritual erótico de acoplamiento era vergonzoso pero a Jade no le importó. Sentía la dura erección en el vértice de sus propios muslos. Cada vez que la lengua se deslizaba en la boca de Jade, Caine la apretaba contra ella. En el vientre de la muchacha comenzó a arder una oleada de calor.

No podía dejar de tocarlo. La boca de Caine la enloquecía. Esa lengua se deslizaba adentro y afuera, una y otra vez, hasta que Jade se estremecía de avidez. Caine había enroscado el cabello de la mujer en torno del puño, pero eso era innecesario, pues Jade estaba pegada al hombre.

Era el momento de detenerse. Caine supo que estaba por perder todo su control. Jade trató de atraerlo otra vez clavándole las uñas en los hombros, pero Caine resistió la invitación sin palabras. La miró a los ojos largo rato y lo que vio le gustó tanto que no trató de ocultar una sonrisa de satisfacción masculina.

- Sabes a azúcar y miel.

-¿Sí?

El hombre rozó una vez más la boca de la muchacha con la suya.

- Y también a coñac.

Inquieta, Jade se removió contra él.

- No alces las caderas así - le ordenó, con las mandíbulas apretadas para resistir la inocente provocación.

- Caine.

-¿Qué?

- Sólo una vez más – murmuró -, ¿Estás de acuerdo?

Caine comprendió: le daba permiso para besarla por segunda vez, y no pudo resistirse. Volvió a besarla, con un beso húmedo, penetrándola con la lengua, y cuando la miró otra vez, quedó complacido. Jade parecía embelesada, y el hombre supo que él lo había provocado. La pasión que había dentro de la mujer se igualaba con la del propio Caine.

- Caine.

- Basta, Jade - gruñó.

-¿No te ha gustado? - preguntó, con evidente aflicción en la mirada.

- Me ha gustado mucho.

-¿Y por qué?

Las manos de Jade acariciaban los hombros de Caine, y era un tormento mantener el control.

- Jade, si te beso otra vez, no puedo prometer que logre detenerme. ¿Estás dispuesta a correr el riesgo?

Antes de que pudiese responderle, se apartó de ella.

- No fue justo preguntar una cosa así, teniendo en cuenta tu estado.

La pasión comenzó a dar paso a la lucidez en la mente de Jade.

-¿A qué te refieres?

Caine lanzó un profundo suspiro.

- Jade, creo que, llegado el momento, te haré el amor – murmuró -. Pero, antes de que la pasión te nuble la mente, tú tomarás la decisión.

Cuando Jade comenzó a forcejear, el semblante de Caine se oscureció, pues el movimiento le recordó esos pechos suaves que esperaban su caricia y dijo entre dientes:

- Si no dejas de removerte así contra mí, te juro que sucederá ahora mismo. No estoy hecho de acero, cariño.

Jade se quedó inmóvil.

Aunque no tenía deseos de dejarla, el mismo Caine la ayudó a ponerse el camisón. Y, si bien Jade le prometió que no intentaría blandirla otra vez contra él, se negó a que tomara otra vez la daga.

- Estaba dormida – explicó -. y tú te deslizaste hacia mí como un ladrón. Tenía que protegerme.

Caine le tomó la mano y la arrastró hacia su propio dormitorio.

- Tenías una pesadilla, ¿no es así?

- Quizás. Ahora no lo recuerdo. ¿Por qué me tironeas?

- Dormirás conmigo, y así no tendrás que preocuparte de que alguien te sorprenda.

- Salimos del barco y caemos en el océano, ¿verdad? - preguntó Jade -. En realidad, creo que estoy más segura sola, gracias.

-¿Acaso no puedes estar segura de no ponerme las manos encima? - preguntó el hombre.

- Es cierto - admitió la joven, con un exagerado suspiro -. Pero tendré que contenerme pues, de lo contrario, me enviarán a galeras. En este país todavía se mira mal a los asesinos, ¿verdad?

Caine rió.

- Cuando te toque, no pensarás en asesinarme - predijo.

Jade lanzó una exclamación frustrada.

- En realidad, no lo harás. Un protector no puede pecar con la persona que protege.

-¿Y qué me dices de ti? ¿Tú pecarías con tu r protector?

Se volvió, mientras esperaba la respuesta.

- No lo sé – confesó -. Caine, me pareces muy atractivo, pero, como nunca me acosté con un hombre, no sé si me gustas hasta ese punto. .Aun así, esa atracción está convirtiéndose en una distracción. No lo harás en absoluto, señor. Mañana tendré que conseguir a alguien menos atractivo para que me proteja.

Trató de apartarse, pero Caine la atrapó antes de que hubiese retrocedido hacia su propia cama. En un solo movimiento, la cargó sobre el hombro y la llevó a través de la puerta que comunicaba ambos cuartos.

-¿Cómo te atreves a tratarme así? No soy un saco de harina. ¡Bájame de inmediato, canalla libertino!

-¿Canalla libertino? ¡Para ser una dama, tienes un vocabulario bastante pintoresco!

La dejó caer en el centro de la cama. Como esperaba que Jade saltara de inmediato e intentase escapar, le resultó una grata sorpresa ver que comenzaba a acomodar las mantas alrededor de sí. Tras acurrucarse en el extremo de la cama, mulló la almohada de plumas y arrojó el cabello sobre el hombro.

El atrayente resplandor de esos rizos rojos contra el blanco níveo del camisón le parecía de una increíble belleza. La mujer que acababa de llamarle canalla ahora parecía un ángel. El suspiro de Caine apagó las velas.

- Soy una dama - musitó Jade, mientras Caine se acomodaba junto a ella -. Pero tú me exasperaste, Caine, y por eso mi...

-¿Pintoresco vocabulario? - preguntó él, al ver que Jade no terminaba la idea.

- Sí - respondió, para agregar en tono asustado -: ¿Tengo que disculparme?

Caine contuvo la risa.

- Me temo que no serías sincera.

Rodó de costado e intentó abrazarla, pero Jade lo rechazó. Entonces, se acostó de espaldas y perdió la mirada en la oscuridad, encima de él, mientras pensaba en el cuerpo tibio que estaba junto a él. Sin duda, era la mujer más insólita que había conocido: un momento lo hacía reír, y al siguiente, lo hacía gritar. No podía comprender sus reacciones hacia ella, pues no se entendía a sí mismo. Pero una cosa era segura para él: sabía que ella lo deseaba, pues el beso se lo había demostrado.

- Jade.

La voz ronca hizo estremecer a la muchacha.

-¿Qué?

- Es muy extraño, ¿no crees?

-¿Qué cosa?

Caine percibió la sonrisa en el tono de Jade.

- Que tú y yo compartamos la cama, sin tocarnos. Te sientes cómoda conmigo, ¿no?

- Sí. Caine.

-¿Qué?

- Hacer el amor, ¿duele?

- No - respondió el hombre -. Duele cuando quieres y no puedes.

- Oh. Entonces, no debo de desearlo mucho, Caine, porque no me duele nada.

Esa afirmación la hizo en un tono alegre, que exasperó al hombre.

- Jade.

-¿Qué?

- Duérmete.

Sintió que Caine se volvía hacia ella, y se puso tensa, anticipando otro beso. Pero aguardó un rato hasta que supo que ya no habría más besos: sufrió una terrible desilusión.

Caine se apoyó en un codo y la contempló. Jade compuso una expresión serena, por las dudas de que él tuviese ojos de gato y pudiera ver en la oscuridad.

- Jade, ¿de dónde salió esa marca en la espalda? ¿De un latigazo?

Jade rodó de costado y resistió el deseo de acurrucarse contra la tibieza de Caine.

- Respóndeme.

-¿Cómo sabes que fue un latigazo?

- Porque yo también tengo una marca idéntica en la parte de atrás del muslo.

-¿En serio? ¿Cómo te la hiciste?

-¿Acaso responderás a todas mis preguntas con las tuyas?

- A Sócrates le fue bien con ese método.

- Dime cómo te hicieron eso - insistió Caine.

- Es un asunto personal - afirmó Jade -. Caine, ya casi amanece, y tuve un día bastante agotador.

- De acuerdo - concedió el hombre -. Mañana por la mañana me contarás lo de esa cuestión personal.

Antes de que pudiese alejarlo, le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él, apoyando la barbilla sobre la coronilla de la joven. La unión de los muslos duros de Caine se acurrucaba contra el trasero de la muchacha.

-¿Estás bien abrigada? - preguntó.

- Sí, ¿y tú?

- Oh, sí.

- Te comportarás bien, ¿verdad? - lo incitó.

- Puede ser –repuso -. Jade - dijo, ahora en tono más serio.

-¿Qué?

- Jamás haré algo que tú no quieras que haga.

- Pero ¿y si crees que yo quiero… pero en realidad yo…?

- No te tocaré, a menos que tú lo apruebes de todo corazón, lo prometo.

Para Jade, fue la promesa más hermosa que le habían hecho jamás. Parecía sincero, y la muchacha sabía que hablaba en serio.

- Caine, ¿sabes lo que acabo de descubrir? En verdad, eres un caballero honorable.

Abrazado a la muchacha, Caine ya se había quedado dormido, y Jade decidió imitarlo. Rodó en brazos del hombre, le rodeó la cintura con los brazos, y se quedó dormida sin demoras. Menos de una hora después, Caine despertó oyendo los gritos de Jade en sueños. La joven murmuraba algo que el hombre no pudo descifrar, luego lanzó un grito de terror. La sacudió para despertarla. Al apartarle el cabello de la cara, sintió que tenía las mejillas húmedas: había estado llorando en sueños.

- Cariño, tuviste una pesadilla. Ya pasó –la calmó -. Conmigo estás a salvo.

Le frotó los hombros y la espalda, hasta que la tensión se disipó.

-¿Qué era lo que estabas soñando? – le preguntó, cuando la respiración de Jade se normalizó.

- Con tiburones.

La frase fue un susurro colmado de angustia.

-¿Tiburones? - repitió Caine, sin saber si había oído bien.

Jade acomodó la cabeza bajo la barbilla del hombre.

- Estoy muy cansada – murmuró -. Ya no recuerdo el mal sueño. Abrázame, Caine. Quiero volver a dormirme.

Todavía le temblaba la voz. Caine supo que estaba mintiendo: recordaba perfectamente la pesadilla, pero él no insistiría para que se la contara.

Le besó la coronilla y procedió a cumplir la petición de abrazarla.

En cuanto se quedó dormido, Jade lo percibió. Lentamente se apartó de él y se alejó hacia el otro extremo de la cama. Dentro del pecho, el corazón le golpeaba. Caine creyó que había tenido una pesadilla. ¿Acaso revivir un hecho real era lo mismo? ¿Podría alguna vez olvidar ese horror?

«Que Dios me ayude – pensó -. ¿Podré otra vez meterme voluntariamente en el agua?»

Tuvo ganas de llorar, y necesitó toda su fuerza de voluntad para no ceder al anhelo de abrazarse a Caine. Era un hombre en el que resultaba fácil confiar. Podía habituarse a depender de él, lo sabía. Sí, era la clase de hombre del que se podía depender, pero también podía destrozar el corazón de Jade.

Su propia reacción hacia él la confundía, pero en el fondo del corazón confiaba por completo en él. ¿Por qué el hermano de Jade no confiaba en Caine?

5

Caine se despertó hambriento... de ella. El camisón de Jade estaba hecho un lío alrededor de sus muslos. Estaba acurrucada contra el hombre y había pasado la pierna derecha sobre los muslos de él, en algún momento de la breve noche. En ese momento, la rodilla de la joven cubría la palpitante erección de Caine. Por deferencia al pudor de la joven, había dormido con los pantalones puestos, pero resultó una barrera insignificante contra la suavidad de Jade, y Caine percibió el calor ardiente del cuerpo de la muchacha, que lo quemaba de deseo candente.

La mejilla de Jade descansaba sobre el pecho desnudo del hombre. Tenía los labios entreabiertos y respiraba profunda y regularmente. Tenía pestañas muy negras y una lluvia de pecas sobre el puente de la nariz. ¡Era tan femenina...! Caine permaneció contemplando ese rostro adorable hasta que la erección fue tan dura y dolorosa que tuvo que apretar los dientes.

Apartarse de ella fue una batalla pues, cuando intentó acostarla de espaldas, vio que tenía sujeta la mano de Caine y no parecía dispuesta a soltarla.

Tuvo que separarle los dedos. Entonces recordó que la noche anterior lo había llamado canalla libertino. ¡Y ahora se aferraba a él...! Caine estaba convencido de que, cuando estuviese despierta, volvería a desconfiar de él. Sin embargo, mientras dormía, no podía disimular el hecho de que era vulnerable ante él, cosa que lo complacía mucho.

Lo asaltó una oleada de posesividad feroz. En ese momento, contemplando a su ángel, juró que nunca permitiría que le pasara nada malo, que la protegería con su propia vida.

Todo el tiempo que fuese su guardián... o querría que Jade se quedara con él mucho, mucho tiempo más... Dos semanas después, regresaría Nathan y se ocuparía de cuidar de la hermana. En ese momento, ¿estaría Caine dispuesto a dejarla ir?

No tenía respuestas: sólo sabía que la idea de dejarla ir le estrujaba el corazón y le hacía un nudo en el estómago.

Por cierto, no era posible conservar la lógica en presencia de una beldad semidesnuda. «Sí - pensó, mientras se inclinaba y le besaba la frente -, dejaré para más tarde la reflexión sobre estos temas.»

Se lavó y se puso ropa de Lyon, y luego despertó a Jade. Cuando la sacudió para despertarla, Jade trató de golpearlo.

- Calma, Jade – susurró -. Es hora de levantarse.

Cuando se incorporó en la cama, estaba ruborizada, y Caine vio que se cubría con las mantas hasta la barbilla. En realidad, el gesto de pudor era innecesario, teniendo en cuenta la desnudez de la noche pasada, pero el hombre decidió no mencionarlo en ese momento. .

- Por favor, disculpa mi conducta –murmuró la joven, en voz ronca y adormilada -. A decir verdad, no estoy acostumbrada a que me despierte un hombre.

- Espero que no - replicó el hombre.

Jade adoptó una expresión confundida.

-¿Por qué esperas eso?

- No estás lo bastante despabilada para jugar conmigo a Sócrates - le dijo Caine, con voz suave.

Jade lo miró con expresión estúpida. Carne se inclinó y le dio un beso duro y rápido, que terminó, antes de que la joven pudiese reaccionar… o amenazarlo con el puño.

Cuando se apartó, el semblante de Jade parecía atónito.

-¿Por qué lo hiciste?

- Porque quería.

Se encaminó hacia la puerta, pero la muchacha lo detuvo.

-¿Adónde vas?

- Abajo. Nos veremos en el comedor. Supongo que Cristina te habrá dejado ropa en la otra habitación, cariño.

-¡Oh, Dios mío… debe de pensar que nosotros… que…

La puerta se cerró en mitad del horrorizado murmullo.

Oyó que Caine silbaba mientras andaba por el corredor. Jade se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. Se sintió sacudida por ese breve beso y también por la idea de que los amigos de Caine la creerían una atrevida.

«De todos modos – pensó -, ¿qué me importa lo que piensen? Cuando este engaño termine, no volveré a verlos nunca.» Pero Cristina quería ser su amiga, y Jade sintió como si, de alguna manera, estuviese traicionándola.

- Me limitaré a explicarle que no pasó nada –se dijo. Lo entendería, si era una verdadera amiga.

Como Jade nunca había tenido verdaderas amigas, no estaba segura de cuáles serían las reglas.

Salió de la cama y corrió hacia su propio cuarto. Caine había estado en lo cierto: Cristina le había dejado un bonito traje de montar azul oscuro. Unas botas marrón oscuro, flamantes, la esperaban en el suelo, junto a la silla. Jade rogó que fuesen más o menos de su medida.

Mientras se vestía, no pudo dejar de pensar en Caine: ese hombre era un desafío para su tranquilidad, pues tenía un peligroso atractivo. Ese maldito hoyuelo le daba vértigos a Jade. Lyon le había prestado un par de calzones del color de la piel de ciervo, demasiado ajustados. Los pantalones acentuaban el bulto de los muslos… y de la ingle. Si Black Harry supiera que Jade había prestado atención al cuerpo de un hombre, la estrangularía. Pero la sexualidad de Caine era tan flagrante, tan atractiva, que la obligó pues, si bien Jade era inocente en lo que se refería a los hombres, tampoco era ciega.

Unos quince minutos después, estaba lista para bajar, La blusa de seda blanca era un poco ajustada en el busto, pero la chaqueta lo disimulaba. Las botas le apretaban un poquito los dedos de los pies.

Intentó trenzarse el cabello, pero fue un desastre, y desistió cuando vio el embrollo que estaba haciendo. Jade tenía poca paciencia, y ninguna práctica en el tema de los peinados, Hasta el momento, eso nunca la había preocupado, pero ahora sí, Hasta que terminara esa comedia, ella era una dama de sociedad, y no solía dejar escapar ningún detalle.

Las puertas del comedor estaban abiertas de par en par. Caine estaba sentado a la cabecera de una larga mesa de caoba, y un criado le servía un té oscuro, de una bella tetera de plata. Caine no le prestaba la menor atención, pues parecía absorto en el periódico que estaba leyendo.

Jade no sabía si tendría que hacer o no una reverencia, y decidió que en realidad no importaba, pues Caine no prestaba atención. Pero se equivocaba, pues en cuanto se acercó a la silla vecina a la de él, se puso de pie y la ayudó a sentarse.

Nunca nadie había apartado la silla para que ella se sentara, ni siquiera Nathan, y Jade no pudo decidir si le gustaba o no.

Caine siguió leyendo el periódico mientras la joven comía el desayuno. Cuando terminó, haciendo pensar a Jade que se trataba de un ritual cotidiano, se respaldó en la silla, plegó el periódico y le brindó toda su atención,.

-¿Y bien? - dijo Jade, en cuanto Caine la miró.

-¿Y bien qué? - preguntó, sonriendo al percibir la ansiedad de la expresión de la muchacha.

-¿Hablan de un caballero bien vestido que fue asesinado? - preguntó, señalando el periódico.

- No.

Jade lanzó una exclamación consternada.

- Apuesto a que lo arrojaron al Támesis. Caine, ahora que lo pienso, sentí algo que me rozaba las piernas. Y tú dijiste que nada podía sobrevivir mucho tiempo en el Támesis, ¿no es así? Tiene que haber sido ese pobre...

- Jade, estás dejándote llevar por la imaginación - dijo Caine -. No sólo no se menciona a tu caballero bien vestido, sino que no se habla de ninguna víctima de asesinato.

- Será porque aún no lo hallaron.

- Si es un miembro de la sociedad, alguien tendría que haber advertido su desaparición. Hace dos días que viste...

- Exactamente dos días - lo interrumpió.

Caine creyó que si ponía un poco más de entusiasmo, saltaría de la silla.

- Eso me lleva a la primera pregunta – afirmó -. ¿Qué es exactamente lo que viste?

Jade se inclinó en la silla.

-¿Dónde crees que estarán Lyon y Cristina?

-¿Acaso tratas de eludir la pregunta?

La muchacha movió la cabeza.

- Se trata de que no quiero tener que contarlo dos veces - explicó Jade. Al mismo tiempo que enunciaba esa mentira, trataba de imaginar una historia plausible.

- Lyon salió por un rato. Y Cristina está atendiendo a Dakota. Por favor, contéstame.

Los ojos de Jade se abrieron asombrados.

-¿ Y ahora, qué pasa?

- Acabas de decir «por favor»- murmuró Jade, maravillada -. Si no tienes cuidado, pronto me pedirás las disculpas que me debes.

Caine sabía que no tenía que preguntarle por qué debía disculparse, pues imaginó que Jade debía tener memorizada una lista con todos sus errores. Además, le dirigió una sonrisa tan hechicera que le costó mantener la concentración.

- Lo arrojaron desde el tejado.

Al escuchar esa afirmación, Caine volvió al tema que estaban tratando.

-¿Tú estabas sobre un tejado? - le preguntó, intentando entender qué podría estar haciendo Jade.

- Claro que no - repuso Jade -. ¿Qué haría yo sobre un tejado?

- Jade...

-¿Qué? - preguntó la muchacha, otra vez con aire expectante.

- No estabas sobre un tejado, pero «los» viste arrojar a ese hombre...

- Era un caballero bien vestido - lo interrumpió la joven.

- Muy bien - comenzó Caine otra vez -. No estabas sobre el tejado, pero viste a varios hombres tirar desde el tejado a este caballero bien vestido, ¿es así?

- Eran tres.

-¿Estás segura?

Jade asintió.

- Caine, aunque estaba asustada, sé contar.

-¿Dónde estabas tú cuando eso sucedió?

- En el suelo.

- Me imagino - murmuró el hombre -. Si no estabas sobre el tejado, supongo que estarías...

- Podría haber estado dentro de otro edificio, o quizá montada en el caballo de Nathan, o incluso...

- Jade, basta de digresiones – exigió -. Limítate a decirme dónde estabas y qué fue lo que viste.

- Caine, lo que oí también es importante.

-¿Acaso te propones irritarme?

Jade lo miró con disgusto.

- Iba a entrar en la iglesia cuando oí el alboroto En realidad, no estaban sobre la iglesia. Arrastraban al pobre hombre sobre el techo de la rectoría, que era un poco más bajo. Desde mi posición, pude ver que el caballero intentaba huir. Forcejeaba y gritaba pidiendo ayuda, Caine. Por eso supe que no era sólo mi imaginación.

-¿Y? - la animó Caine, cuando de pronto Jade interrumpió el relato.

- Lo arrojaron. Si yo hubiese estado unos centímetros más a la izquierda, bueno, ya no tendrías que protegerme pues estaría tan muerta como ese pobre caballero.

-¿Dónde está la iglesia?

- En la parroquia de Nathan.

-¿ Y eso dónde queda?

-A tres horas al norte de aquí.

-¿Interrumpo? - preguntó Cristina, desde la entrada.

Jade se volvió y le sonrió.

- Claro que no - le respondió la muchacha -. Gracias por este desayuno delicioso, y por prestarme tu hermosa ropa de montar. La cuidaré bien - añadió.

Lyon se acercó a la esposa por atrás y la rodeó con los brazos. Mientras Caine y Jade los observaban, Lyon frotó la nariz contra la coronilla de la esposa.

-¿Me echaste de menos? - le preguntó.

- Claro que sí - respondió Cristina, sonriéndole. Luego se volvió hacia Jade -. Entré en tu habitación...

- No pasó nada - se apresuró a interrumpirla Jade -. En realidad, es culpa de él. Pero no sucedió nada, Cristina. Yo lo amenacé con mi cuchillo, eso es todo. Por supuesto, a él no le gustó - agregó, haciendo un gesto en dirección a Caine -. Estaba tan furioso, que me arrastró a su habitación. ¡Oh, Señor!, me estoy haciendo un lío, ¿verdad?

Se volvió hacia Caine.

-¿Puedes decir algo, por favor? De lo contrario, mi amiga creerá que yo soy...

Se interrumpió al ver la expresión estupefacta de Caine y comprendió que no la ayudaría. Otra vez debía de creer que era tonta. Jade sintió que ardía de vergüenza.

- Fui a tu cuarto a buscar el cuchillo - explicó Cristina -. ¿En serio intentaste herirlo con el puñal?

Jade quiso encontrar un sitio para ocultarse.

- No - respondió, suspirando.

- Pero acabas de decir que...

- Al principio, traté de herirlo - explicó Jade -. Caine me despertó cuando intentaba ponerme el camisón...

-¿Eso hiciste? - le preguntó Lyon a Caine, con una sonrisa desvergonzada.

- Lyon, no te metas en esto - exigió Caine.

- Bueno, cuando supe quién era, dejé de amenazarlo. Me asustó, pues creí que era un ladrón.

La expresión de Lyon demostraba que se moría por agregar algo más, pero Caine lo miró con severidad, obligándolo a callar.

-¿Descubriste algo? - preguntó Caine.

Lyon asintió, entrando en la habitación.

- Cristina, lleva a Jade al salón, por favor.

- Tendrá que ir sola - respondió Cristina -.Le prometí afilar su cuchillo. Jade, no lo encontré debajo de tu almohada. Eso era lo que intentaba decirte.

- Él lo tomó - respondió la aludida, señalando a Caine -. Creo que lo vi ponerlo sobre la repisa de la chimenea, pero no estoy muy segura. ¿Quieres que te ayude a buscarlo?

- No, yo lo encontraré. Tú ve a hacerle compañía a Dakota. Está en el salón, jugando sobre la manta. Yo me reuniré contigo en unos minutos.

Jade se apresuró a seguir a Cristina fuera del comedor. Se detuvo junto a las puertas de la sala, al oír la risa resonante de Lyon y sonrió, suponiendo que Caine acababa de contarle al amigo lo tonta que ella era.

Se sentía satisfecha consigo misma. Requería bastante concentración estar divagando tanto tiempo, de manera convincente, y Jade consideró que había salido muy bien del paso. No tenía idea de que contaba con ese talento. Sin embargo,

para ser honesta, tenía que admitir que hubo momentos en que no fingió. Jade irguió los hombros. Ficción o no, para lidiar con Caine la digresión era una ventaja.

Entró en la habitación y cerró la puerta. Enseguida vio la manta acolchada junto al sofá, pero no al hijo de Cristina. No lo vio por ninguna parte.

Ya iba a dar un grito de alarma cuando advirtió un piececito que asomaba por la parte trasera del sofá. Corrió, se arrodilló, pensó por un momento en tirar del pie del niño para sacarlo, pero resolvió que convendría encontrar antes todo lo demás. Con el trasero hacia arriba, se inclinó hasta que su mejilla se apoyó sobre la alfombra.

A escasos centímetros, se encontró con los ojos azules más magníficos que hubiese visto en su vida: Dakota. Jade creyó que podría sobresaltarlo con su aparición súbita, pues los ojos se abrieron, sorprendidos. Pero el niño no lloró, sino que la contempló largo rato y luego le obsequió con una amplia sonrisa desdentada.

A Jade le pareció que era una criatura asombrosa. Después de sonreírle, volvió a su ocupación principal, que consistía en masticar la pata de madera torneada del sofá.

- Oh, no creo que eso sea bueno para ti, muchachito - afirmó Jade.

El niñito continuó con su tarea, sin dedicarle siquiera una mirada.

- Dakota, deja de hacer eso ya mismo - le ordenó -. Tu mamá se sentirá desdichada cuando vea que estás comiéndote los muebles. Sal de ahí, por favor.

Era evidente que no tenía experiencia con los niñitos pequeños. También era un hecho que ignoraba que tuviese público observándola. Caine y Lyon, apoyados en el marco de la puerta, del lado opuesto, los contemplaban a ambos, procurando contener la risa.

- Dakota, no tienes intenciones de obedecer, ¿verdad? - preguntó Jade.

En respuesta, el niñito gorjeó, feliz.

- Admito que es creativa - le murmuró Lyon a Caine, cuando vio que Jade levantaba el sofá y lo corría hacia un costado.

Luego se sentó en el suelo, junto al pequeño que, de inmediato, se acercó a ella meneándose. Jade no tenía mucha idea de cómo alzar a un niñito. Había oído decir que el cuello de los pequeños no era lo bastante fuerte para sostener la cabeza, hasta que tuviesen alrededor de un año. Pero Dakota había alzado el pecho de la alfombra y parecía bastante fuerte.

Producía unos ruiditos adorables. Era un pequeño feliz, y Jade no pudo resistir la tentación de tocarlo.

Le pamneó la cabecita, pasó las manos debajo de los bracitos y lo alzó lentamente hasta su regazo.

Tenía ganas de estrecharlo contra el pecho. El pequeño, en cambio, quería otra cosa. Dakota aferró un mechón del cabello de la muchacha, tironeó de él con fuerza y trató de conseguir la cena.

Al instante, la joven entendió lo que el pequeño trataba de hacer.

- No, no, Dakota - murmuró, cuando el niño se arqueó contra ella y comenzó a removerse -. Tendrá que alimentarte tu mamá. ¿ Vamos a buscarla, mi amor?

Con lentitud, Jade se puso de pie manteniendo al niñito abrazado. Le dolía el modo en que le tiraba del cabello, pero no le importó.

El pequeño olía de maravilla y, además, era hermoso. Tenía los ojos azules de la madre y los rizos oscuros del padre. Jade acarició la espalda del niño y le canturreó con suavidad: el niñito la fascinaba.

Al volverse, vio a los dos hombres, y sintió que se ruborizaba.

- Tienes un hijo precioso - le dijo a Lyon, tartamudeando.

Caine se quedó junto a la puerta, mientras Lyon se acercaba a tomar al hijo. Tuvo que soltar los deditos de Dakota del pelo de Jade. La muchacha contempló a Caine y la sorprendió la expresión de este, pues allí detectó ternura, pero también algo más. Jade no pudo imaginar qué estaría pensando.

- Es el primer niñito que he tomado en brazos - le dijo a Lyon, después que este tomó al niño en sus brazos.

- Yo diría que lo hiciste con naturalidad - comentó Lyon-. ¿Qué opinas, Dakota? - preguntó.

Alzó al pequeño hasta que los ojos de ambos estuvieron al mismo nivel, y de inmediato, Dakota sonrió.

Cristina entró como una exhalación, atrayendo la atención de Jade. Con la misma prisa, se acercó a la amiga y le dio el cuchillo ya afilado. La daga estaba en una funda de cuero suave.

- Ahora está bien filoso - le dijo a Jade -. Hice la cartuchera para que no vayas a lastimarte por accidente.

- Gracias - contestó Jade.

- No necesitarás un cuchillo - intervino Caine.

Se movió de la actitud de reposo que había adoptado y se acercó a Jade.

- Déjame que yo lo guarde, cariño. Podrías lastimarte.

- No te lo daré - afirmó la muchacha -. Fue un regalo de mi tío, y le prometí que lo tendría siempre conmigo.

Al ver que Jade retrocedía, Caine desistió.

- Tenemos que irnos – le dijo el hombre -. Lyon, tú harás...

- Lo haré - repuso Lyon-. En cuanto haya...

- Bien – lo interrumpió Caine.

- Parece que estuvieran hablando en otro idioma, ¿no? - le dijo Cristina a Jade.

- No quieren que me preocupe - le explicó Jade.

-¿ Y tú entiendes lo que dicen?

- Claro. Lyon tiene que comenzar la investigación. Es evidente que Caine le hizo algunas sugerencias. En cuanto descubra algo importante, tendrá que ponerse en contacto con Caine.

Lyon y Caine la miraron, asombrados.

-¿Dedujiste todo eso de...?

Jade interrumpió a Caine con un gesto de asentimiento y luego se dirigió a Lyon.

- Tienes que averiguar si, en los últimos tiempos, alguien desapareció, ¿no es así?

- Sí - admitió Lyon.

- Necesitas una descripción, ¿verdad? Claro que la nariz del pobre hombre estaba un poco aplastada por la caída, pero diría que era bastante mayor, de unos cuarenta años. Tenía el cabello gris, cejas espesas y ojos marrones, fríos. Ni siquiera muerto tenía una expresión apacible También era grueso en la cintura. Esa es otra razón para suponer que era miembro de la alta sociedad.

-¿Por qué? - preguntó Caine.

- Porque tenía mucho para comer - replicó la muchacha -. Tampoco tenía callos en las manos. No, por cierto no era un trabajador, eso puedo asegurarlo.

- Ven, siéntate - sugirió Lyon-. Me gustaría tener también la descripción de los otros hombres.

- Me temo que no tengo mucho que decir. Casi no los vi. No sé si eran altos o bajos, gordos o delgados... - Se interrumpió con un suspiro -. Eran tres: eso es todo lo que pude ver.

Parecía perturbada, y Caine supuso que aún estaba asustada por lo vivido. A fin de cuentas, había visto matar a un hombre, y era una mujer tierna, que no debía de estar acostumbrada a semejantes horrores.

Por supuesto, Jade estaba perturbada, y, cuando Caine le pasó el brazo por los hombros, se sintió más culpable aún. Por primera vez en la vida, le disgustaba mentir. Se dijo que sus motivos eran puros, pero eso no la alivió. Estaba engañando a tres buenas personas.

- Tenemos que partir – barbotó -. Cuanto más tiempo nos quedemos, más peligro corre esta familia, Caine. Sí, tenemos que irnos ya.

Sin dar tiempo a que nadie le discutiese, corrió hacia la entrada.

- Caine, ¿tienes una casa en el campo? - preguntó, sabiendo bien que sí la tenía.

- Sí.

- Creo que tendríamos que ir ahí. Lejos de Londres, podrás mantenerme a salvo.

- Jade, no iremos a Harwythe.

-¿Harwythe?

- Es el nombre de mi propiedad en el campo – respondió -. Te llevaré a la casa de mis padres. La propiedad de ellos limita con la mía. Tal vez a ti no te importe tu reputación, pero a mí sí. Yo iré a verte todos los días, para asegurarme de que estés bien. Pondré guardias alrededor... ¿por qué sacudes la cabeza?

-¿Vendrás a visitarme? ¡Caine, ya estás rompiendo la palabra que me diste! – exclamó -. No meteremos a tus padres en esto. Me prometiste cuidarme, y te juro por Dios que no te alejarás de mi lado hasta que esto termine.

- Parece decidida, Caine - intervino Lyon.

- Yo estoy por completo de acuerdo con Jade - afirmó Cristina.

-¿Por qué? - preguntaron Lyon y Caine, al unísono.

Cristina se encogió de hombros.

- Porque es mi amiga. Tengo que apoyarla, ¿no?

Ninguno de los dos hombres tuvo argumentos en contra, y Jade se sintió complacida.

- Gracias, Cristina. Yo también te apoyaré.

Caine movió la cabeza.

- Jade - comenzó, con la idea de llevarla al tema original -. Si te sugiero ir a casa de :mis padres, lo hago pensando en tu seguridad.

- No.

-¿En verdad crees que estarás a salvo conmigo?

El tono incrédulo la molestó.

- Por cierto que sí.

- Cariño, yo no seré capaz de mantener mis manos lejos de ti por dos largas semanas. Maldición, trato de ser noble en este aspecto.

De inmediato, el rostro de Jade se puso encarnado.

- Caine – murmuró -. No debes decir estas cosas delante de nuestros invitados.

- No son nuestros invitados - replicó, casi gritando de frustración -. Nosotros lo somos de ellos.

- Este hombre siempre blasfema cuando está conmigo - le dijo Jade a Cristina -. Y no pide disculpas.

- ¡Jade! - rugió Caine -. Deja de tratar de cambiar de tema.

- Caine, creo que no tendrías que gritarle a Jade - le advirtió Cristina.

- No puede evitarlo –aclaró Jade -. Tiene un carácter tortuoso.

- No soy tortuoso - afirmó Caine, en tono mucho más bajo -. Sólo soy sincero. No quise incomodarte.

- Es tarde - repuso Jade -. Ya me incomodaste.

Tanto Cristina como Lyon estaban fascinados con la discusión. Caine se volvió hacia el amigo:

-¿No tienes otro sitio adonde ir?

- No.

- De todos modos, vete - le ordenó Caine.

Lyon alzó una ceja, pero cedió.

- Vamos, esposa. Podemos esperar en el comedor. Caine, antes de irte tendrás que explicarme algunos otros hechos, si quieres que...

- Después - afirmó Caine.

Cristina, el esposo y el hijo salieron de la habitación. La mujer se detuvo un instante para apretar la mano de Jade al pasar:

- Es mejor no debatirse - le murmuró -. Tu destino ya está decidido.

Jade no le prestó atención. Asintió, sólo para complacer a Cristina, cerró la puerta y giró para enfrentar otra vez a Caine, con los brazos en Jarras.

- Es ridículo que te preocupes por no poder sacarme las manos de encima. No te aprovecharás de mí, a menos que yo lo permita. Tengo confianza en ti - agregó, haciendo un vehemente gesto de asentimiento y llevándose las manos al corpiño del vestido -. Con todo mi corazón - concluyó, en tono dramático.

- No lo hagas.

La dureza del tono de Caine sobresaltó a la muchacha, pero no tardó en recuperarse.

- Es tarde, Caine: ya confío en ti. Tú me mantendrás a salvo, y yo no permitiré que me toques. El pacto entre nosotros es claro, señor. No intentes enturbiarlo con aflicciones de último momento. Funcionará, te lo aseguro.

Una conmoción en la entrada distrajo la atención de ambos. Caine reconoció la voz.

Tartamudeando, uno de los mozos de establo pedía ver con urgencia al patrón.

- Es Perry - le dijo Caine a Jade -. Uno de mis mozos. Quédate aquí, que yo iré a ver de qué se trata.

Por supuesto, Jade no obedeció sino que fue tras él.

Al ver la expresión sombría de Lyon, supo que había sucedido algo malo. Luego volvió la atención hacia el criado, un joven de grandes ojos almendrados y cabello oscuro erizado. Al parecer, no podía recuperar el aliento y daba vueltas al sombrero entre las manos.

- Se perdió todo, milord - barbotó Perry-. Merlin comentó que fue un milagro que no ardiese toda la manzana, que se lo dijera a usted. La casa de ciudad del conde de Haselet quedó un poco calcinada. Imaginamos que el interior estará ahumado, pero las paredes exteriores aún están intactas.

- Perry, ¿de que estas....?

- Tu residencia de la ciudad se incendió, Caine - intervino Lyon-. Perry, ¿eso era lo que tratabas de decimos?

El criado se apresuró a asentir.

- No fue por negligencia - se defendió -. No sabemos cómo empezó, milord, pero no había velas encendidas, ni fuego en los hogares. Pongo a Dios por testigo de que no fuimos descuidados.

- Nadie te está culpando. Los accidentes suceden - dijo Caine.

«¿Qué otra cosa podría ir mal?», se preguntó.

- No fue un accidente.

Todos los que estaban en el vestíbulo se volvieron hacia Jade, que miraba hacia el suelo y se apretaba las manos. Tenía un aspecto tan desolado que parte de la ira de Caine se disipó.

- Está bien, Jade - la tranquilizó -. No será difícil remplazar lo que perdí.

Dirigiéndose a Perry, le preguntó:

-¿Alguien está herido?

Mientras el criado tartamudeaba informando que todos los sirvientes habían salido a tiempo, Lyon observaba a Jade.

Caine se sintió aliviado. Estaba dispuesto a dar órdenes al mozo cuando Lyon lo interrumpió:

- Deja que yo me ocupe de las autoridades y de los criados - le propuso -. Tú tienes que sacar a *J*ade de Londres, Caine.

- Sí - respondió el aludido. Trataba de no alamar a Jade, pero ya imaginaba que el incendio tenía cierta relación con los hombres que la perseguían.

-Perry, ve a la cocina y sírvete algo de beber - ordenó Lyon-. Siempre hay cerveza y coñac sobre el mostrador.

El criado corrió a obedecer la sugerencia.

Lyon y Caine observaron a Jade, esperando que dijese algo, pero la muchacha miraba el suelo y se retorcía las manos.

- Jade - dijo Caine, al ver que seguía en silencio -. ¿Por qué crees que no fue un accidente?

Antes de responder, Jade lanzó un prolongado suspiro.,

- Porque no es el primer incendio, Caine. Es el tercero que iniciaron. Al parecer, son partidarios de los incendios.

Alzó la mirada hacia el hombre, y Caine vio que tenía lágrimas en tos ojos

- Lo intentarán una y otra vez, hasta que al fin te atrapen a ti... y a mí - se apresuró a agregar- dentro.

-¿Quieres decir que tienen intenciones de matarme por medio de...? - preguntó Lyon.

Jade movió la cabeza.

- Ahora ya no es sólo a mí a quien piensan matar - susurró. Miró a Caine y rompió a llorar- Piensan matarlo también a él.

6

Jade se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

- De algún modo, deben de haber descubierto tu verdadera identidad – murmuró -. Cuando fui a la taberna, yo creía que eras Pagan... pero ellos deben de haberlo sabido desde el principio, Caine. De lo contrario, ¿por qué quemaron tu casa de la ciudad?

Caine se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo, guiándola otra vez hacia el salón.

- No creo que Monk se lo haya dicho – afirmó -. No sé cómo habrían podido averiguarlo... no importa. Jade, basta de explicaciones a medias. Necesito saberlo todo.

- Te diré todo lo que quieras saber.

Lyon los siguió al salón. Cerró las puertas y se sentó frente al sofá. Con suavidad, Caine obligó a Jade a sentarse junto a él.

Jade miró a Lyon.

- Creo que los desorientamos la otra noche, cuando saltamos al Támesis. Quizá, si le dijeras a Perry que finja seguir buscando a Caine, quien quiera esté observando supondrá que no sabes dónde estamos.

A Lyon le pareció un plan excelente. De inmediato, estuvo de acuerdo y fue a buscar al criado.

En cuanto salió, Jade se volvió hacia Caine.

- No puedo quedarme contigo, ahora lo comprendo. En el intento de atraparme a mí, te matarán a ti. Me esforcé por que no me gustaras, pero fracasé en la empresa. Si te hicieran daño, me angustiaría.

Tras semejante explicación, trató de marcharse, pero Caine no la dejó moverse. Estrechó el abrazo y la adosó a su costado.

- Yo también me esforcé por que no me gustaras - susurró, y le besó la coronilla antes de proseguir -: Pero también fracasé. Al parecer, cariño, estamos ligados uno con otro.

Se miraron largo rato; Jade rompió el silencio.

- Caine, ¿no es extraño?

-¿Qué cosa? - preguntó el marqués, en un susurro similar al de ella.

- Acabas de perder tu casa, los dos estamos en grave peligro, y lo único que anhelo es que me beses. ¿No es extraño?

El hombre negó con la cabeza y le tomó la barbilla con la mano.

- No- respondió -. Yo también deseo besarte.

-¿En serio? - Los ojos de Jade se agrandaron -. Bueno, ¿acaso no es de lo más...?

-¿Increíble? - susurró el marqués, inclinándose hacia la mujer.

- Sí - suspiró la muchacha, ya contra la boca de Caine -. Es algo increíble.

La boca de Caine se apoderó de la de la muchacha, poniendo fin a la conversación. Al instante, Jade le rodeó el cuello con los brazos. Caine le hizo abrir la boca presionándole la barbilla y, cuando lo logró, deslizó la lengua dentro.

Sólo intentaba saborearla brevemente, pero pronto el beso quedó fuera de control. La boca del hombre arrasó la de la mujer con insistencia. No se saciaba de ella.

- Caine... por el amor de ... es hora de...

Lyon lanzó esas afirmaciones a medias desde la puerta y luego volvió a ocupar su silla. Notó que Caine se negaba a dejar de besar a Jade. La joven, en cambio, no tenía semejante renuencia, pues se apartó del compañero con asombrosa rapidez.

Al mirar a Lyon, Jade estaba del color de las remolachas, y, como el dueño de casa reía entre dientes, la muchacha fijó la vista en su propio regazo. Entonces advirtió que tenía la mano de Caine apretada contra el pecho y, de inmediato, la apartó.

- Señor, pierdes el control - afirmó.

El aludido prefirió pasar por alto el hecho de que había sido ella la que comenzara con el tema de los besos.

- Me parece que ya es hora de que escuchemos la explicación de Jade - dijo Lyon, y agregó en tono más suave, al ver que la sobresaltaba con su voz retumbante -: Jade, ¿por qué no nos cuentas lo del primer incendio?

- Lo intentaré - respondió la joven, con la vista baja -. Pero el recuerdo todavía me causa escalofríos. Por favor, no creáis que soy una mujer débil. - Se volvió hacia Caine -: No soy nada débil.

Lyon asintió.

-¿Podemos comenzar? - preguntó.

- Jade, antes de que nos cuentes lo de los incendios, ¿por qué no Dos hablas de tu ambiente familiar?

- Mi padre era el conde de Wakerfields. Ahora mi hermano Nathan tiene el título, con muchos otros, por supuesto. Nuestro padre murió cuando yo tenía ocho años. Recuerdo que mi padre iba camino de Londres a ver a otro hombre. Yo estaba en el jardín cuando vino a despedirse.

-¿Cómo puedes recordarlo, si eras tan pequeña? - preguntó Caine.

- Papá estaba muy afligido – respondió -.Me asustó, y creo que por eso recuerdo todo con tanta claridad. No dejaba de pasearse de un lado al otro por el sendero, con las manos aferradas a la espalda y me decía que, si algo le sucedía, Nathan y yo tendríamos que acudir a su amigo, Harry. Insistió tanto que presté atención a lo que me decía, pues me aferraba de los hombros y me sacudía. A mí me interesaban más las chucherías que quería que me trajese. - En tono melancólico, agregó -: Era muy pequeña.

- Todavía eres joven - intervino Caine.

- No me siento así –admitió, enderezando los hombros, y prosiguió -: Mi madre murió cuando yo era muy pequeña, y no tengo recuerdos de ella.

-¿Qué le sucedió a tu padre? - preguntó Caine.

- Murió en un accidente, en un carruaje.

-¿Eso significa que había tenido una premonición? - preguntó Lyon.

- No, tenía un enemigo.

- ¿Y crees que el enemigo de tu padre es quien te persigue ahora? ¿Eso es lo que temes? - preguntó Lyon.

Jade negó con la cabeza.

- No, no – barbotó -. Vi asesinar a una persona. Los hombres que lo mataron me vieron bien. El único motivo por el que os conté lo de mi padre fue porque me pediste que hablara de mi...ambiente familiar. Sí, Lyon, esas fueron tus palabras.

- Lo siento - dijo Lyon-. No fue mi intención sacar conclusiones.

-¿Qué sucedió después de que murió tu padre? - preguntó Caine. De pronto, se sintió muy superior al amigo, pues en ese momento Lyon parecía confuso y perturbado. Era agradable saber que no era el único confundido con respecto a Jade. Muy agradable.

- Después del entierro, Harry fue a buscamos. A fines del verano, envió a Nathan de vuelta al colegio. Sabía que mi padre hubiese querido que mi hermano terminara los estudios. Yo me quedé con mi tío. Aunque, en realidad, no es mi tío: en el presente, es más bien como un padre para mí. De cualquier manera, me llevó a su isla, donde el clima siempre es cálido y apacible. El tío Harry fue bueno conmigo. Nunca se casó, ¿sabéis? , y yo fui como su propia hija. Nos llevábamos muy bien, aunque yo echaba de menos a mi hermano. Nathan sólo pudo visitamos una vez en todo ese tiempo.

Se interrumpió y miró expectante a Caine, que la instó gentilmente a continuar.

-¿ Y qué sucedió luego?

- Volví a Inglaterra para ver a Nathan, por supuesto. También quería ver otra vez la casa de mi padre. Nathan le había hecho cambios.

-¿Y? - preguntó Lyon, cuando Jade se interrumpió otra vez.

- Me encontré con Nathan en Londres. Fuimos a su casa de campo y pasamos una semana maravillosa, poniéndonos al día con las novedades de cada uno. Luego lo convocaron para resolver una importante cuestión personal.

-¿Sabes de qué se trataba? - preguntó Caine.

Jade negó con la cabeza.

- No del todo. Un mensajero llevó una carta para Nathan, y mi hermano se inquietó mucho cuando la leyó. Me dijo que tenía que volver a Londres y que regresaría en dos semanas. Un buen amigo suyo estaba en dificultades. Eso fue todo lo que me dijo, Caine. Nathan es un hombre honorable y jamás le daría la espalda a un amigo en apuros, y yo no le pediría que lo hiciera.

-¿De modo que te dejó sola? –preguntó Lyon.

- Oh, no, por Dios. Nathan tenía el personal doméstico completo. Lady Briars... una buena amiga de mi padre... fue la que contrató al personal, y hasta ayudó a Nathan en la renovación. Quería cuidamos, ¿entendéis?, y pensaba pedir la custodia en la Corte. Pero Harry nos llevó y la mujer no pudo encontramos más. Tendré que ir a verla en cuanto este problema se resuelva. Claro que hasta ahora no me atreví a hacerlo. Si lo hubiese hecho, tal vez habrían quemado la casa hasta los cimientos y...

- Jade, estás desvariando - intervino Caine.

-¿Sí?

Caine asintió.

- Lo lamento. ¿Dónde estaba?

- Nathan partió hacia Londres - le recordó Lyon.

- Sí - repuso Jade -. Ahora sé que cometí una tontería. En mi isla podía ir y venir a mi antojo. Nunca tenía que preocuparme de llevar compañía. Olvidé que en Inglaterra no ocurría lo mismo. Aquí todos deben cerrar las puertas con llave. De cualquier modo, tenía prisa por salir. No miré y se, me enganchó el tacón de la bota en un pliegue de la alfombra, cuando bajaba las escaleras. Me caí – agregó -. Y me golpeé la cabeza con el pomo del pasamanos. - Se interrumpió, esperando expresiones de simpatía, pero los dos hombres siguieron observándola expectantes, y comprendió que no dirían nada.

Les dirigió a ambos una expresión de disgusto y prosiguió:

- Más o menos una hora después, cuando dejó de palpitarme la cabeza, salí a dar una caminata. Pronto olvidé todos mis dolores y mis penas y, como era un día maravilloso, perdí la noción del tiempo. Iba a entrar en la iglesia, cuando escuché la conmoción, y entonces fue cuando vi que arrojaban a ese pobre hombre al suelo.

Tomó aliento.

- Grité y me lancé a correr – explicó -. Pero había perdido la orientación y terminé cerca de las tumbas de mis padres. En ese momento, volví a ver a los hombres.

-¿Los mismos hombres? - inquirió Lyon, inclinándose hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

- Sí, los mismos - respondió Jade, perpleja -.Deben de haber llegado a la conclusión de que no valía la pena perseguirme y, además, estaban muy...ocupados.

-¿Qué hacían? - quiso saber Caine.

La joven no le respondió de inmediato, y al marqués lo asaltó un presentimiento. Las manos de Jade aferraban las suyas, y Caine dudó de que se diera cuenta de lo que hacía.

- Estaban cavando - dijo, al fin.

-¿Estaban cavando las tumbas? –preguntó Lyon, incrédulo.

- Sí.

Caine no pareció reaccionar, pero Lyon tenía expresión de no creer lo que Jade decía. A la muchacha le resultó extraño que pudiese mentir y que ambos le creyeran y que cuando decía la verdad sucediese lo contrario.

- Es la verdad - le dijo a Lyon-. Sé que parece raro, pero yo sé lo que vi.

- De acuerdo - dijo Caine -. ¿Qué sucedió después?

- Comencé a gritar otra vez - respondió Jade -. Oh, ya sé que no tendría que haber hecho el menor ruido, pues así atraía la atención de esos individuos, pero estaba tan furiosa que no pensé con claridad. Todos ellos se volvieron hacia mí. El hombre bien vestido llevaba una pistola. Por extraño que parezca, no pude moverme hasta que disparó. y entonces corrí con la velocidad de un rayo. Hudson, el mayordomo de Nathan, estaba trabajando en la biblioteca. Le dije lo que había sucedido, pero, cuando me había calmado y logré contarle todo, ya estaba oscuro para ir eh busca de esos sujetos. Tuvimos que esperar hasta la mañana siguiente.

-¿Avisaron a las autoridades?

Jade negó con la cabeza.

- Es aquí donde todo se vuelve un tanto confuso – admitió -. A la mañana siguiente, Hudson con varios hombres fuertes, fue a buscar el cuerpo que yo vi caer desde el tejado. No me dejó ir con ellos, pues yo todavía estaba muy perturbada.

- Claro que sí - afirmó Caine.

- Sí - admitió Jade, suspirando -. Cuando Hudson y los otros hombres regresaron, trataron de ser bondadosos como tú ahora, Caine, pero tuvieron que decirme la verdad.

-¿Qué verdad?

- No pudieron hallar el cuerpo. Tampoco las sepulturas parecían haber sido tocadas.

- De modo que creyeron que sólo fue…

-¿Mi imaginación, Lyon? - lo interrumpió la joven -. Sí, estoy segura de que eso fue lo que creyeron. Como eran empleados de Nathan, no se atrevieron a decirme que me consideraban tonta pero sus expresiones eran elocuentes. Sin demoras, fui otra vez a la tumba, para verlo con mis propios ojos. La noche anterior, había habido viento y lluvia intensos pero, aun así, en el suelo no había rastros de paladas.

- Quizás habían empezado a cavar cuando lo interrumpiste - sugirió Caine.

- Sí, acababan de comenzar - admitió Jade- Nunca olvidaré esos rostros.

- Cuéntanos todo lo demás - propuso Caine.

- Pasé el resto del día intentando entender cuáles serían los motivos de esos sujetos. Luego, pedí a Hudson qué: no preocupara a Nathan con ese problema. Le mentí al mayordomo: le dije que, sin duda, el sol poniente me había confundido, debo decir que Hudson pareció muy aliviado. Claro que todavía estaba preocupado, pues yo me había caído por las escaleras y me había golpeado la cabeza.

- Jade, ¿no podría ser tu…?

-¿Imaginación? - dijo Caine, y negó con la cabeza -. La noche pasada, había cuando menos cinco hombres persiguiéndonos. No, no es la imaginación de ella.

Jade dirigió a Lyon una mirada suspicaz.

- No me crees, ¿verdad?

- Ahora sí - contestó Lyon-. Si te siguieron será porque viste algo. ¿Qué ocurrió luego?

- No quise rendirme - le dijo. Trató de juntar las manos, pero advirtió que las tenía otra vez aferradas a las de Caine, y las apartó -. Soy muy obstinada. Por eso, a la mañana siguiente salí otra vez a buscar pruebas -

Lyon sonrió a Caine.

- Yo habría hecho lo mismo - confesó.

-¿Cuándo fue eso? - quiso saber Caine.

- Ayer por la mañana - precisó Jade. Salí a caballo, pero no me dirigí hacia las tumbas de mis padres. Le dispararon a mi caballo.

-¿Qué? - exclamó Caine.

El asombro de él la halagó.

- Mataron al magnífico caballo de Nathan - repitió, enfatizando con un gesto -. No os imagináis lo atribulado que estará mi hermano cuando descubra que su potro favorito está muerto. Le romperá el corazón.

Caine buscó el pañuelo de hilo cuando supuso que Jade lloraría otra vez.

-¿Y después, qué pasó?

- Desde luego, caí al suelo. Tuve mucha suerte de no romperme el cuello. Sólo recibí heridas leves. Sin duda, habrás notado las magulladuras de mis hombros, la otra noche, cuando te deslizaste en mi cuarto.

Se volvió hacia Caine, esperando una respuesta.

- No lo noté - susurró el aludido-. y no me deslicé en tu cuarto.

-¿Cómo es posible que no hayas notado mis magulladuras?

- No te miré los hombros.

Jade supo que se ruborizaba otra vez.

- Bueno, tendrías que haberme mirado los hombros – tartamudeó -. Un caballero habría visto de inmediato mis heridas.

Caine perdió la paciencia.

- Jade, ni un eunuco hubiese…

-¿Quieres oír lo que falta o no?

- Sí.

- Cuando mataron a mi caballo, corrí de regreso a la casa, y no sé si me siguieron o no. Estaba muy acongojada. Nunca antes me había ocurrido algo semejante: tuve una vida muy protegida. Pareció querer que se lo confirmaran, y Caine la contentó:

- Seguro que sí.

- Encontré otra vez a Hudson y le conté lo sucedido. Supe de inmediato que le costaba creerme.

Insistió en hacerme beber una taza de té. Esta vez, en cambio, tenía una prueba.

-¿Una prueba? - inquirió Caine.

- El caballo muerto, hombre – exclamó -.Presta atención, por favor.

- Claro - le respondió Caine -. El caballo muerto. ¿Y Hudson se disculpó cuando le mostraste el caballo muerto?

La muchacha lo miró largo rato, mientras se mordía el labio inferior.

- Yo diría que no - respondió, al fin.

-¿Eso qué quiere decir?

Fue Lyon el que preguntó.

- Sé que os parecerá difícil de creer, pero cuando llegamos al sitio, el caballo no estaba… había desaparecido.

- No, no me parece difícil de creer –dijo Lyon, marcando las palabras. Se reclinó otra vez en la silla -. ¿Y a ti, Caine?

Caine sonrió.

- Tiene tanto sentido como todo lo demás que nos contó.

- Hudson insistió en ir a los establos - continuó la muchacha -. Estaba seguro de que hallaríamos al caballo de regreso en la casa.

-¿Y fue una suposición correcta? –preguntó Caine.

- No. Los criados registraron los campos toda la mañana, pero no pudieron hallarlo. Lo que sí hallaron fueron huellas frescas de una carreta. Caine, ¿sabes qué creo que ocurrió? Creo que cargaron al caballo en la carreta y se lo llevaron. ¿Qué opinas?

Pareció tan ansiosa que a Caine le dio pena decepcionarla.

- Es evidente que no tienes idea de lo que pesa un caballo adulto, Jade. Te aseguro que hacen falta más de tres hombres para levantarlo.

- Difícil - intervino Lyon- pero no imposible.

- Quizás el animal sólo tenía una herida sin importancia y se escapó - dijo Caine.

-¿Una herida sin importancia entre los ojos? No lo creo.

Jade dejó escapar un gemido de frustración.

- Nathan se sentirá tan acongojado cuando sepa lo de la casa, y también del coche...

-¿La casa? ¿Qué diablos le pasó a la casa? - farfulló Caine -. ¡Demonios, Jade, quisiera que lo contaras de forma ordenada!

- Creo que, por fin, llegó al tema de los incendios - dijo Lyon.

- Ardió hasta los cimientos - replicó Jade.

-¿Cuándo se quemó la casa? - preguntó Caine, lanzando otro suspiro exasperado -. ¿Antes o después de que mataran al caballo?

- Casi enseguida después que lo mataran - precisó Jade -. Hudson había ordenado que prepararan el coche de Nathan para mí. Había decidido volver a Londres y buscar a Nathan, pues estaba harta del modo en que se comportaban los criados. Me mantenían apartada y me lanzaban miradas extrañadas. Estaba segura de que Nathan me ayudaría a resolver el enigma.

Jade no se había dado cuenta de que alzaba la voz, hasta que Caine le palmeó la mano y le dijo:

- Cálmate, cariño, y termina el relato.

- Estás mirándome del mismo modo que Hudson... oh, está bien, terminaré. Estaba en camino de regreso a Londres, cuando el cochero gritó que la casa de Nathan estaba ardiendo. Veía el humo que salía por los techos. Enseguida dimos la vuelta, por supuesto, pero cuando llegamos a la casa... era demasiado tarde. Ordené a los sirvientes que fuesen a la casa de Nathan en la ciudad.

-¿Y saliste otra vez hacia Londres? –inquirió Caine.

Distraído, frotaba el cuello de Jade, y a esta le gustaba demasiado para pedirle que cesara.

- Seguimos el camino principal, pero, cuando tomamos una curva, estaban esperándonos. El cochero estaba tan asustado que huyó.

- Qué canalla.

Lyon fue el del comentario, y Caine hizo un gesto de asentimiento. .

- No lo culpo - lo defendió Jade -. Estaba muy asustado. Las personas hacen... cosas extrañas cuando se asustan.

- Algunas -concedió Caine.

- Dinos qué pasó después, Jade - pidió Lyon.

- Trabaron las puertas y prendieron fuego al carruaje – respondió -. Yo pude arrastrarme afuera a través del marco suelto de una ventanilla. Nathan gastó mucho dinero en ese vehículo, pero no era muy sólido. Yo pude arrancar los goznes de una patada con bastante facilidad. Pero creo que no le mencionaré ese hecho a mi hermano, pues no hará más que afligirlo... a menos, por supuesto, que piense en contratar a la misma compañía.

- Estás divagando otra vez - dijo Caine.

Lyon sonrió.

- Igual que Cristina – admitió -. Jade, ¿por qué no vas a buscar a mi esposa? Iba a preparar un bolso para que lleves tus cosas.

Jade sintió como si la hubiesen regañado. Se le formó un nudo en el estómago y se sintió como si estuviese reviviendo ese horror. No perdió tiempo en salir de la habitación.

-¿Y bien, Caine? –dijo Lyon criando quedaron solos -. ¿Qué piensas?

- Anoche había hombres persiguiéndonos –le recordó Caine al amigo.

-¿Crees la historia de la muchacha?

- Creo que vio algo.

- Eso no es lo que te pregunté.

Caine movió la cabeza lentamente.

- Ni una palabra – admitió -. ¿ Y tú?

Lyon también negó con la cabeza.

- Es el relato más ilógico que escuché. Pero, si dice la verdad, tendremos que ayudarla.

-¿ Y si no? - preguntó Caine, aunque ya sabía respuesta.

- Será mejor que te cuides.

- Lyon, no creerás que...

Lyon no lo dejó terminar.

- Te contaré lo que sí sé - lo interrumpió - Uno, no eres objetivo. Pero no te culpo, Caine. Y me comporté con Cristina de un modo muy parecido al que tú lo haces con Jade. Dos, ella está en peligro y te puso en riesgo a ti también. Esos son los únicos hechos que podemos dar por ciertos.

Caine sabía que Lyon tenía razón. Se respaldó contra el sofá.

- Ahora, dime qué sientes al respecto.

- Tal vez sea algo relacionado con el padre - dijo Lyon, encogiéndose de hombros -. Comenzaré a revisar la historia del conde de Wakerfield. Richards podrá ayudarme.

Caine iba a discutírselo, pero cambió de idea.

- No creo que haga daño – dijo -. Pero comienzo a preguntarme si no será el hermano el que está detrás de todo esto. Recuerda, Lyon: Nathan fue a Londres a ayudar a un amigo en problemas. Es ahí donde comenzó todo.

- Si suponemos que la historia que contó Jade es cierta.

Lyon suspiró.

- Sólo te haré una pregunta, Caine - dijo en voz baja, insistente -. ¿Confías en ella?

Caine contempló largo tiempo al amigo.

- Si aplicamos la lógica a esta tan extraña situación...

Lyon movió la cabeza.

- Amigo, valoro tu instinto. Contéstame.

- Sí - dijo Caine.

Entonces, rió entre dientes. Por primera vez en su vida, dejó de lado el razonamiento.

- Le confío mi vida, pero no podría darte una razón valedera. ¿Qué te parece esa lógica, Lyon?

El amigo sonrió.

- Yo también confío en ella. No tienes la menor idea de por qué le tienes confianza, ¿no es cierto, Caine?

Lyon sonó condescendiente, y al oírlo, Caine alzó una ceja.

-¿Adónde quieres llegar?

- Que confío en ella sólo porque tú lo haces - aclaró Lyon-. Tu instinto nunca se equivocaba. Gracias a haberte hecho caso, me salvaste la vida más de una vez.

- Todavía no me explicaste cuál es tu opinión.

- Yo confié en Cristina casi desde el primer momento. Te juro que, de mi parte, fue una fe ciega. Ella también me obligó a una alegre persecución. Pero ahora tengo que apoyarla. Como sabes, Cristina tiene opiniones muy peculiares, pero esta vez, creo que acierta.

-¿Y de qué se trata? - preguntó Caine.

- Mi buen amigo, yo creo que acabas de encontrarte con tu destino.

Soltó una risita suave y movió la cabeza.

- Caine, que Dios te ayude, pues tu cacería acaba de empezar.

7

Las damas esperaban a Caine y a Lyon en el vestíbulo.

Sobre el suelo, entre ellas, había un gran bolso gris y blanco, a lunares. Caine intentó levantarlo, pero movió la cabeza.

-¡Por el amor de Dios, Jade, ningún caballo podría llevar esta carga! Sería demasiado peso para el animal.

Apoyándose sobre una rodilla, abrió la tapa del bolso y miró dentro. Al ver el contenido, soltó un silbido.

- Aquí adentro hay un verdadero arsenal –le dijo a Lyon-. ¿Quién empacó esto?

- Yo - respondió Cristina -. Puse unas pocas armas, pues pensé que quizá Jade necesitaría defenderos a ambos.

-¿Qué Jade podría necesitar armas para defenderme a mí? - Adoptó una expresión incrédula- . Lyon, ¿acaso tu esposa quiere ofenderme?

Lyon sonrió y asintió.

- Por cierto que sí, Caine. Será mejor que le pidas disculpas ahora mismo, y termines con esto.

-¿Por qué rayos tendría que disculparme?

- Nos ahorrará tiempo - le explicó el esposo, conteniendo la risa.

Caine, en cambio, parecía confundido.

- El matrimonio te ablandó - murmuró.

- Me volvió suave como un brindis con leche - afirmó Lyon, riendo.

Caine se concentró en deshacerse de los artículos innecesarios que había en el bolso.

Mientras ambas mujeres lanzaban exclamaciones horrorizadas, Caine arrojó al suelo varios cuchillos largos, dos pistolas, y un trozo de cadena de aspecto amenazador.

- No necesitarás nada de esto, Jade. Además, eres demasiado timorata para usarlo.

Entre tanto, la joven ya estaba juntando otra vez las armas.

- Déjalas ahí, mi pequeña guerrera.

- Oh, está bien, que sea a tu manera – murmuró -. Y deja de usar nombres cariñosos conmigo. Resérvalos para las otras mujeres de tu vida. No soy tu novia, ni tu amor y, por cierto, no soy una guerrera. ¡No adoptes ese aire inocente, Caine! Cristina me habló de las otras mujeres.

Caine trataba de entender el primer comentario de Jade.

- ¿De modo que para tu mente confundida llamarte guerrera es algo cariñoso?

- Sin duda que lo es, hombre grosero - replicó la muchacha -. No pediré que te disculpes por decirme confundida, pero sólo porque todavía debes de estar de malhumor al saber que quemaron tu casa.

Caine se irritó tanto que tuvo ganas de gruñir. Terminó de quitar del talego los objetos innecesarios y cerró la tapa.

- Gracias por el trabajo que te tomaste, Cristina, pero tal vez necesites las armas para proteger a Lyon. Vamos, Jade - ordenó.

Tomó el talego en una mano y la mano de Jade en la otra, con tanta fuerza que le hizo daño.

Pero a Jade no le importó, porque estaba muy complacida por lo bien que había pergeñado la historia, por cómo había convencido y, a la vez, confundido a Caine. La tensión de la mandíbula de Caine indicaba que no estaba de ánimo para razonar, y Jade dejó que la arrastrara hacia la puerta trasera.

El mozo de cuadra de Lyon había preparado dos cabalgaduras. En el momento en que Jade salía por la puerta, Cristina la rodeó con los brazos, la abrazó con fuerza y le murmuró:

- Cuídate.

Caine sujetó el bolso a la montura y luego arrojó a Jade sobre el otro caballo. La muchacha saludó con la mano mientras seguía a Caine por la puerta de atrás.

Jade miró atrás para ver a Lyon y a Cristina. Trataba de memorizar la sonrisa de Cristina, y también el ceño de Lyon, pues estaba segura de que nunca volvería a verlos.

Varias veces Cristina le había hablado del destino, pues estaba convencida de que Caine sería el compañero de Jade para toda la vida. Pero Cristina no comprendía la situación. Y, cuando supiera la verdad, Jade temía que la nueva amiga no querría volver a verla.

Era demasiado doloroso para pensarlo, y Jade se esforzó por pensar sólo en el motivo por el que estaba allí: tenía el deber de proteger a Caine hasta que Nathan regresara. Y eso era todo. Su destino había quedado decidido muchos años antes.

- Jade, quédate más cerca de mí - le ordenó Caine, sobre el hombro.

De inmediato, la muchacha se acercó a su cabalgadura.

Caine dio un rodeo al salir de Londres. Rodeó las afueras de la ciudad y luego volvió sobre sus pasos para asegurarse de que no los seguían.

El trayecto tendría que haberles llevado más o menos tres horas pero, por el carácter cauteloso de Caine, antes de tomar el camino principal estaban sólo a mitad del viaje. Jade reconoció la región.

- Si no lo movieron, el coche de Nathan debe de estar un poco más adelante - le dijo a Caine.

Luego recordó que era un poco más lejos. Cuando cabalgaron media hora más y no lo divisaron, se le ocurrió que lo habrían movido.

Luego doblaron en otra curva del camino y lo vieron, al costado de un barranco estrecho.

Caine no dijo palabra, pero adoptó una expresión sombría cuando pasaron junto al carruaje.

-¿Y bien? - inquirió la joven.

- Sí, estaba muy estropeado - respondió el marqués.

Como Jade percibió el tono enfadado del hombre, la afligió la idea de que la culpase a ella por la destrucción.

-¿Eso es todo lo que tienes que decir? - preguntó, acercando la cabalgadura, para que él le viese la expresión -. No me creíste, ¿verdad? Y por eso estás enfadado.

- Ahora te creo - replicó Caine.

La muchacha aguardó un minuto, hasta que comprendió que Caine no diría nada más.

-¿Y? - preguntó, suponiendo que le pediría disculpas.

-¿Y qué?

-¿No tienes nada más que decirme?

- Podría decir que, en cuanto encuentre a los canallas que hicieron esto, los mataré - repuso, en tono escalofriante.

- Y, después de haberlos matado, quizá tenga ganas de prenderles fuego a los cuerpos por puro gusto. Sí, podría decir eso, pero sé que te perturbaría, ¿no es cierto, Jade?

Oyéndolo, los ojos de la joven se agrandaron de asombro, pues no tenía la más mínima duda de que eso era lo que Caine pensaba hacer. Se estremeció.

- En efecto, Caine; me perturbaría saber que tienes semejantes planes. No se puede ir por ahí matando gente, por enfadado que uno esté con ellos.

De súbito, el hombre detuvo su caballo junto al de ella y la tomó de la nuca. Jade se asustó tanto que no intentó apartarse.

- Yo protejo lo que es mío.

A Jade ni se le ocurrió discutírselo, pues Caine parecía deseoso de estrangularla. Se limitó a mirarlo ya esperar que la soltara.

-¿Entiendes lo que estoy diciéndote? - preguntó el hombre.

- Sí - respondió la muchacha -. Protegerás lo que te pertenece. Ya entendí.

Caine movió la cabeza: esa pequeña inocente intentaba aplacarlo. De pronto, la atrajo hacia el costado de la montura, se inclinó y la besó. Fue un beso duro, posesivo. Jade se sintió más alterada que nunca. Caine se echó hacia atrás y la miró a los ojos.

- Jade, ya es hora de que comprendas que serás mía.

La joven negó con la cabeza.

- Yo no pertenezco a ningún hombre, Caine, y es hora de que tú lo entiendas.

Pareció furioso, pero en un instante, la expresión de Caine se suavizó: otra vez estaba presente el dulce protector. Jade casi suspiró de alivio.

- Ya es tiempo de que salgamos otra vez del camino principal - dijo Caine, cambiando de tema.

- Caine, quiero que comprendas...

- No discutas.

Jade asintió, y ya iba a guiar al caballo cuesta abajo, cuando Caine le quitó las riendas, la alzó y se la sentó sobre el regazo.

-¿Por qué cabalgo contigo? - preguntó Jade.

- Estás cansada.

-¿Cómo lo sabes?

Caine sonrió por primera vez en mucho tiempo.

- Lo sé.

- Estoy fatigada - confesó la muchacha - Caine, ¿nos seguirá el caballo de Lyon? Si se perdiera, tu amigo se afligiría mucho.

- Nos seguirá - la tranquilizó.

- Bien.

Jade rodeó con los brazos la cintura de Caine, y apoyó la mejilla sobre el pecho del hombre.

- Hueles tan bien... - murmuró.

- Tú también.

La voz de Caine delató que estaba muy preocupado por ella, y también, resuelto a utilizar el camino más complicado, a través del bosque. Jade soportó la incomodidad unos cuantos minutos, y por fin, preguntó:

- ¿Por qué haces un trayecto tan difícil?

Caine apartó otra rama baja con el brazo y luego le respondió:

- Nos siguen.

Semejante afirmación, dicha con aire despreocupado, dejó a la muchacha tan estupefacta como si un extraño le hubiese pellizcado el trasero.

- No – exclamó -. Si fuese así, me habría dado cuenta.

Quiso apartarse de él y mirar sobre el hombro de Caine pata ver por sí misma, pero el hombre no la dejó moverse.

- Está bien - dijo Caine -. Están a cierta distancia, detrás de nosotros.

-¿Cómo lo sabes? ¿Acaso nos siguen desde que salimos de Londres? No, claro que no. Si fuese así, yo los habría visto. ¿Cuántos crees que son? Caine, ¿en realidad, estás seguro?

Caine la apretó un poco, para que dejara de hacer preguntas.

- Estoy seguro – respondió -. Están siguiéndonos desde hace unos cinco kilómetros; ahora ya serían seis. Para ser más preciso, desde que llegamos al límite de mi propiedad. Creo que son seis o siete.

- Pero...

- Los vi la última vez que retrocedimos –le explicó, con paciencia.

- No olvides que yo retrocedí contigo y no vi a nadie.

Parecía irritada, cosa que desconcertó a Caine.

-¿Estamos muy lejos de tu casa?

- A unos quince minutos - respondió Caine.

Poco después, atravesaron un claro, y Jade tuvo la impresión de que habían ingresado en un país de fantasía.

- Este sitio es muy bello - dijo.

El verde prado estaba rodeado en dos costados por un arroyuelo que bajaba una perezosa loma adyacente a una pequeña cabaña. La luz del sol se filtraba entre las ramas que bordeaban ese paraíso.

- Quizás el guardabosques esté dentro de la cabaña - aventuró Jade -. y podría ayudarnos a atrapar a los villanos.

- La cabaña está abandonada.

- Entonces tendremos que atraparlos nosotros mismos. ¿Dejaste todas las pistolas en la casa de Lyon?

No obtuvo respuesta.

- Caine, ¿no nos detendremos?

- No - dijo el hombre -. Sólo tomaremos un atajo.

-¿Elegiste otro sitio donde esperarlos?

- Primero te llevaré a casa, Jade. No pienso correr ningún riesgo contigo. y ahora esconde la cabeza y cierra la boca. Las cosas se pondrán difíciles.

Como parecía otra vez malhumorado, Jade le obedeció. Sentía el mentón del hombre sobre su coronilla, mientras el rostro de la muchacha se apretaba contra la base del cuello de Caine.

- Algún día, quisiera volver a este lugar - murmuró la joven.

Caine no hizo comentarios. No exageraba al decir que las cosas se pondrían difíciles. En cuanto llegaron a campo abierto, Caine lanzó al caballo a galope tendido. Jade sintió que volaba otra vez por el aire. Aunque no era lo mismo que ser lanzada al Támesis, pues ahora podía aferrarse a Caine.

Fuera quien fuese el que estaba detrás de esa traición, había enviado hombres a esperarlos, en la propiedad de Caine. A Jade la preocupaba la posibilidad de que hubiesen tendido una emboscada al acercarse a la parte principal de la propiedad. Rogó que sus propios hombres estuviesen ahí para hacerse cargo de la batalla.

Estaban llegando a la cima y, por lo tanto, otra vez a la protección de los árboles, cuando se oyó el retumbar de disparos de pistola. En ese momento, Jade no supo cómo proteger la espalda de Caine. Se retorció entre sus brazos para ver desde dónde venía el peligro, y además, de manera instintiva, cubrió con las manos muy abiertas los hombros, para protegerlo tanto como pudiese.

Los tiros venían del sudeste. Jade forcejeó hacia el muslo izquierdo de Caine en el preciso momento en que el eco de otro tiro resonaba en el viento.

- Quédate quieta - ordenó Caine, en el oído, en el instante mismo en que Jade sintió un leve pinchazo en el costado derecho: Lanzó una suave exclamación ahogada, e intentó mirarse la cintura. Sintió como si un león acabara de golpearla con la garra extendida, pero el dolor se disipó tan súbitamente como había comenzado. Sintió en el costado una sensación quemante, y supuso que una de las ramas que habían quebrado al pasar la había lastimado.

Jade sintió que se entumecía, pero no concedió más importancia a ese rasguño insignificante.

- Casi hemos llegado - le dijo Caine.

A causa de la aflicción, la joven se olvidó de fingir miedo:

- Cuídate la espalda cuando nos acerquemos a la casa le ordenó.

Caine no respondió, y tomó por el camino de atrás, hacia los establos. Los hombres de Caine debieron de oír los disparos, pues cuando menos diez de ellos se precipitaron por el bosque, con las armas listas.

Caine le gritó al jefe de los establos que abriese las puertas, y entró. Detrás, iba la cabalgadura de Jade. El jefe de establos tomó las riendas y dio una palmada a la yegua para que entrase en el primer cubículo antes de que Caine hubiese ayudado a Jade a apearse.

Al sujetarla Caine de la cintura, el dolor en el costado comenzó a molestarla otra vez, y Jade se mordió el labio inferior para no gritar.

-¡Kelley! - gritó Caine.

Un hombre rubio, de mediana edad, barbudo y de contextura robusta, se acercó corriendo.

- ¿Sí, milord?

- Quédate aquí, con Jade – ordenó -. Mantén las puertas cerradas hasta que yo vuelva.

Intentó volver a montar su potro, pero Jade lo sujetó por la espalda de la chaqueta y le propinó un fuerte tirón.

-¿Estás loco? No puedes salir otra vez.

- Déjame ir, querida. Volveré pronto.

Le apartó las manos con suavidad y la empujó otra vez hacia el establo, pero Jade insistió. Lo tomó de las solapas y no lo soltaba.

-¡Pero, Caine! - gimió, al tiempo que el hombre le apartaba las manos -. Tienen intenciones de matarte.

- Lo sé, mi amor.

- Entonces ¿porqué...?

- Yo pienso matarlos primero.

Al ver que Jade se abrazaba a la cintura de él y lo apretaba con fuerza asombrosa, Caine comprendió que no tendría que haberle dicho esa verdad.

Los dos oyeron que sonaban dos tiros más, al mismo tiempo que el hombre le apartaba los brazos.

Caine supuso que sus hombres habían entablado la pelea. Jade, por su parte, deseó que sus propios hombres hubiesen intervenido y ahuyentado a los villanos.

-¡Kelley, cierra las puertas tras de mí! –gritó Caine, mientras volvía a montar de prisa y espoleaba al potro.

Un par de minutos después de que Caine saliera, sonó otro tiro. Jade corrió detrás del jefe de los establos y miró por la mirilla cuadrada: el cuerpo de Caine no yacía en \m charco de sangre. Jade volvió a respirar.

- No hay de qué preocuparse - murmuró.

- Será mejor que se aparte de esa mirilla - susurró Kelley atrás de ella.

Jade no le hizo caso, hasta que el criado comenzó a tironearle del brazo.

- Milady, por favor, espere al marqués en un sitio más seguro. Venga a sentarse aquí –continuó -. El marqués regresará pronto.

No podía sentarse. Tampoco pudo dejar de pasearse, de angustiarse. Rogó que Matthew y Jimbo se ocuparan de los intrusos. Eran dos de sus hombres más leales. Y también estaban entrenados en las trampas, pues Black Harry se había ocupado personalmente de entrenarlos.

«Esto es culpa de Caine - decidió Jade -. Yo no estaría en tal estado de nervios si él hubiese resultado ser algo parecido al sujeto acerca del cual leí en el archivo.» Al parecer, tenía dos personalidades muy diferentes. «Oh, ya sé que en el archivo se cuenta la verdad», pensó Jade. Los superiores de Caine lo describían como un hombre frío, metódico, cada vez que la tarea que tenía por delante necesitaba una atención especial.

Pero el hombre que encontró no era en absoluto frío, ni carente de sentimientos. Jade trabajó sobre los instintos protectores de Caine, pero estaba con-

vencida de que, aun así, sería bastante difícil. Era un individuo cariñoso, que ya la había tomado bajo su ala.

Desde luego, el problema era la contradicción. A Jade no le gustaban las incoherencias, pues hacían que Caine fuese impredecible. E impredecible significaba peligroso.

De súbito, las puertas se abrieron de par en par, y ahí estaba Caine, el caballo detrás, cubierto de espuma y resollando.

La muchacha sintió tal alivio al verlo sano y salvo que se le aflojaron las rodillas y le dolieron todos los músculos. Antes de poder hablar, tuvo que sentarse en la silla que le ofrecía Kelley.

-¿Estás bien? - logró preguntar.

A Caine le pareció que iba a echarse a llorar y le sonrió para tranquilizarla, para luego hacer entrar a su caballo. Después de entregarle las riendas al jefe de establos y de hacer señas a los hombres que lo seguían para que volvieran a salir, se apoyó contra la pared, con aire negligente, cerca de Jade. Quería hacerle ver a la muchacha que no había pasado nada fuera de lo común.

- Cuando llegué al bosque, la lucha ya había terminado.

-¿Que la lucha había terminado? ¿Cómo es posible? No entiendo.

- Deben de haber cambiado de idea.

- No tienes por qué mentirme - exclamó la joven -. Y además, deja de hablar como si estuviésemos tratando el tema de las cosechas. Dime qué sucedió.

El marqués soltó un prolongado suspiro.

- Para el momento en que llegué allí, la mayor parte de la pelea había terminado.

- Caine, basta de mentiras.

- No miento - replicó el aludido.

- Entonces di algo que tenga sentido - le ordenó Jade -. Tú eres lógico, ¿recuerdas?

Nunca le había oído emplear ese tono: a decir verdad, sonaba como un jefe. Caine rió entre dientes:

- Fue la cosa más increíble que he visto nunca - admitió Caine -. Atrapé a dos de los atacantes y luego me volví hacia la zona donde supuse que se ocultaban los demás, pero cuando llegué se habían ido.

-¿Huyeron?

Caine negó con la cabeza:

- Había rastros de una pelea.

- Eso quiere decir que tus hombres...

- Estaban conmigo - la interrumpió.

Jade juntó las manos en el regazo y bajó la vista, para que el hombre no pudiese verle la expresión. Temía no poder ocultar el alivio o el placer: Matthew y Jimbo habían hecho bien el trabajo.

- En efecto, no tiene ningún sentido - admitió.

- Había rastros de una pelea - repitió Caine, observándola con atención.

-¿Rastros? - preguntó la muchacha en un susurro quedo -. ¿Por ejemplo?

- Pisadas... sangre sobre una hoja, y otras señales, pero no se veía ningún cuerpo.

-¿Crees que pueden haber tenido una pelea entre ellos?

-¿Sin hacer el menor ruido? - preguntó el hombre, incrédulo.

-¿No oíste ningún ruido?

- No.

Caine siguió apoyado contra la pared, observando a Jade.

Jade también lo miraba, pensando que debía de estar filtrando la información recibida en las últimas horas, pero la extraña expresión del hombre la preocupaba. Recordó una historia que le gustaba contar a Black Harry, acerca de los maravillosos e impredecibles osos grises que merodeaban por las zonas salvajes de Norteamérica. Eran animales muy audaces. Harry decía que el oso era mucho más astuto que su perseguidor humano. A menudo, guía a su víctima a una trampa, o lo rodea por atrás y lo ataca. Por lo general, el pobre cazador, inadvertido, moría sin saber que se había convertido en presa.

¿Acaso Caine era tan astuto como el oso gris? Daba miedo pensarlo.

- Caine, me asustas cuando me miras de ese modo – murmuró -. Detesto cuando frunces el entrecejo.

Para subrayar la mentira, se retorció las manos.

- Lamentas haberte metido en este embrollo, ¿verdad? No puedo culparte - agregó, en tono melodramático -. Si te quedas conmigo, te matarán. Soy como los gatos negros - continuó, con gesto enfático -. Le doy mala suerte a la gente. Déjame aquí y vete a la casa. Cuando caiga la noche, yo regresaré a Londres.

- Creo que has vuelto a insultarme - dijo el hombre, arrastrando las palabras -. ¿Acaso no te expliqué que nadie toca lo que es mío?

- Yo no te pertenezco - le espetó ella, irritada por no haberlo impresionado con su actuación- «Tendría que estar consolándome, ¿no?» –pensó Jade -. No puedes decidir que yo... ¡oh, no importa! Eres muy posesivo, ¿no es cierto?

Caine asintió.

- Soy posesivo por naturaleza, Jade, y tú me pertenecerás.

El tono de Caine fue decididamente severo. Con valentía, Jade le sostuvo la mirada.

- Señor, no sólo estás equivocado, sino que también eres muy tozudo. Apuesto a que de niño nunca compartiste los juguetes.

No le dio tiempo de responder al comentario:

- No quise ofenderte.

Caine la hizo ponerse de pie, le pasó el brazo por los hombros y se encaminó hacia las puertas.

- Caine.

-¿Qué?

- No puedes seguir protegiéndome.

-¿Por qué, mi amor?

- No es justo que un padre pierda a dos hijos.

«Es evidente que esta mujer no confía mucho en mi habilidad - pensó Caine -. Pero, como está asustada, no se lo reprocharé.»

- Tienes razón – respondió -. Tampoco tu hermano tiene que perder a su única hermana. Ahora, escúchame. No lamento haberme metido en esto, y no pienso dejarte. Soy tu protector, ¿recuerdas?

La muchacha adoptó una expresión solemne:

- Eres más que mi protector: te convertiste en mi ángel guardián.

Antes de que pudiese responderle, se puso de puntillas y lo besó.

- No tendría que haberlo hecho - dijo Jade, sintiendo que se ruborizaba -. En general, no soy muy demostrativa, pero cuando estoy contigo... bueno, me gusta cuando me pasas el brazo por los hombros o cuando me abrazas. Este cambio en mí misma me extraña. ¿Crees que soy atrevida?

Caine no rió, pues la muchacha parecía sincera y no quería herir sus sentimientos.

- Me complace que te guste cuando te toco - dijo Caine, deteniéndose al entrar e inclinándose para besarla -. Descubrí que a mí me encanta tocarte.

La boca de Caine atrapó la de Jade en un beso largo, profundo y perezoso. Rozó los labios de ella con la lengua hasta que se abrieron y la deslizó dentro, lento e insistente.

Cuando se apartó, la expresión de Jade era de éxtasis.

- Hiciste todo lo posible para ser mi escudo cuando íbamos a caballo, ¿no es cierto, mi amor?

La pregunta la sorprendió tanto que se quedó sin explicaciones sensatas.

-¿Qué hice?

- Trataste de convertirte en mi escudo - respondió el hombre -. Cuando viste que los disparos venían de...

- No lo hice - lo interrumpió Jade.

- Y la otra noche, cuando te abalanzaste contra mí y me hiciste perder el equilibrio, en realidad, me salvaste la vida - prosiguió el hombre, como si ella no lo hubiese interrumpido.

- No lo pensé - dijo Jade -. Estaba asustada.

La expresión de Caine no le reveló lo que pensaba.

- Si hay una próxima vez, prometo no ponerme en tu camino - se apresuró a decir Jade -. Por favor, perdóname por no ser muy lógica, Caine. Hasta ahora, nadie me había perseguido, ni disparado, ni... ¿sabes?, en este momento no me siento muy bien. Sí, me siento mal, en serio.

A Caine le costó asimilar el cambio de tema.

-¿Es la cabeza, cariño? - Tendríamos que haberle pedido a Cristina que te pusiera algo en ese porrazo.

Jade asintió.

- La cabeza, el estómago, y el costado también - le dijo, mientras caminaban hacia el frente de la casa principal.

El alivio de saber que sus dolores habían captado la atención de Caine la debilitó. Jade miró alrededor y, por primera vez, notó lo hermoso del paisaje.

Cuando dieron la vuelta a una esquina, se detuvo de golpe. El sendero parecía interminable y estaba bordeado por muchos árboles, la mayoría de los cuales, a juicio de Jade, tenían por lo menos cien años. Las ramas se arqueaban en lo alto, a través del sendero cubierto de grava, formando un entoldado encantador.

La casa de ladrillos rojos tenía tres pisos. En el frente, una línea de columnas blancas le daba un toque regio. En todas las ventanas alargadas había cortinas blancas, sujetas con idénticas cintas negras. También la puerta principal estaba pintada de negro y desde lejos se notaba la atención al detalle.

- No me dijiste que eras tan rico - afirmó la muchacha, en tono irritado.

- Vivo cómodo - respondió Caine, en tono negligente.

-¿Cómodo? ¡Esta casa podría rivalizar con un palacio!

De pronto, Jade se sintió como pez fuera del agua. Le apartó el brazo de los hombros y siguió caminando sola.

- No me gustan los hombres ricos - afirmó.

- Lo lamento - repuso Caine, riendo.

-¿Por qué lo lamentas?

Caine intentaba hacer que siguiera caminando, pues Jade se había detenido en lo alto de la escalera y contemplaba la casa como si fuese una amenaza para ella. Caine veía el temor en su mirada.

- Todo estará bien, Jade. No tengas miedo.

La muchacha reaccionó como si él hubiese insultado a su familia.

- No tengo miedo - afirmó, en el tono más altivo que pudo y con el entrecejo fruncido.

Aunque fue una reacción instintiva, para regañar a Caine por haber sugerido semejante cosa, pronto comprendió que había cometido un error. ¡Diablos, era de suponer que estaba asustada! Caine la miraba otra vez con esa expresión indescifrable.

Nunca habría cometido ese error si no hubiese estado en una condición tan lamentable. ¡Cómo le dolía!

- Te ofendes a ti mismo al decir que estoy asustada - dijo.

-¿Qué?

- Caine, si todavía tuviese miedo, sería porque no tengo fe en ti, ¿verdad?

La súbita sonrisa de la muchacha distrajo la atención del hombre.

- Por otra parte - prosiguió Jade -, ya conté once hombres con las armas preparadas. y supe que trabajaban para ti porque no nos dispararon. El hecho de que hayas tomado semejantes precauciones me tranquiliza.

La sonrisa de Jade se ensanchó, al imaginar que Caine volvía a pensar que ella era una tonta. Luego se tropezó y ya no era una treta para llamarle la atención, sino un tropiezo verdadero, que hubiese dado con ella en el suelo si Caine no la hubiera sostenido.

- Tengo las rodillas flojas - se apresuró a explicar la joven -. No estoy habituada a cabalgar. Caine, suéltame la cintura pues me duele un poco.

-¿Qué es lo que no te duele, mi amor? –dijo Caine, en tono divertido, con los ojos desbordantes de ternura.

Jade trató de parecer fastidiada.

- Soy una mujer, ¿lo olvidaste? Y tú dijiste que todas las mujeres somos débiles. ¿Por eso ahora estás tan complacido contigo mismo? ¿Por qué justifiqué esa opinión tan absurda?

- Cuando me miras de ese modo, me olvido de lo mucho que me confundes. Tienes unos ojos muy hermosos, amor. Creo que ya sé qué aspecto tendría un fuego verde.

El guiño lento y provocador de Caine le indicó que estaba tratando de incomodarla. Sin duda, era un provocador. Cuando se inclinó hacia ella y le besó la frente, Jade tuvo que contenerse para no lanzar un suspiro de placer. Olvidó todos sus dolores.

La puerta principal que se abría atrajo la atención de Caine. A una suave señal de Caine, Jade también se volvió y vio a un hombre alto, de edad avanzada, que aparecía en la entrada.

Parecía una gárgola. Jade supuso que era el mayordomo de Caine. Estaba totalmente vestido de negro, con excepción de la corbata blanca, por supuesto, y con modales austeros que concordaban con el atuendo. El criado parecía como si lo hubiesen sumergido en una tina con almidón y lo hubiesen puesto a secar.

- Éste es Sterns, mi mayordomo –explicó Caine -. No te dejes intimidar, Jade - agregó, cuando la joven se acercó más a él -. Cuando está de ese humor, puede ser amenazador como un rey.

El matiz de afecto que sonaba en la voz de Caine le reveló a Jade que no se sentía intimidado en lo más mínimo.

- Si Sterns simpatiza contigo, y estoy seguro de que lo hará, te defenderá a muerte. Es de lo más leal.

El hombre al que se referían avanzó por las escaleras con paso digno. Ante el patrón, hizo una rígida reverencia. Jade vio los mechones plateados en las sienes y calculó que podría tener entre cincuenta o cinco y sesenta años. Tanto las canas como el rostro poco agraciado le recordaron al tío Harry.

A Jade ya le agradaba.

- Buenos días, milord - dijo Sterns, antes de dirigirse a Jade -. ¿Fue bien la caza?

- No estuve cazando - respondió Caine.

- Los tiros de pistola que oí ¿fueron por deporte?

El criado no miró al patrón mientras hacía el comentario, sino que siguió escrutando a Jade.

Caine sonrió, pues la conducta de Sterns lo divertía. No era un hombre fácilmente impresionable pero, en ese momento, estaba bastante impresionado, y Caine supo que hacía un esfuerzo para mantener la compostura.

- Fue una caza de hombres, no un deporte - aclaró Caine.

-¿Y le fue bien? - inquirió Sterns, en un tono que indicaba que no le interesaba en absoluto.

- No.

La falta de atención del mayordomo hizo suspirar a Caine. Pero no pudo culpar a Stems por caer bajo el embrujo de Jade, pues a él ya le había ocurrido lo mismo.

- Sí, Stems, es muy bella, ¿verdad?

El mayordomo hizo un brusco gesto de asentimiento y se esforzó por volver la atención al señor.

- Ya lo creo, señor - asintió el mayordomo -.Pero todavía no conocemos su carácter.

Se tomó las manos a la espalda e hizo un breve gesto de énfasis.

- Ya verá que el carácter de la joven también es bello - repuso Caine.

- Milord, nunca había traído a una dama a casa.

- No, es cierto.

-¿Y es nuestra huésped?

- Sí - respondió Caine.

-¿Es posible que yo esté dándole más importancia de la que tiene?

Caine movió la cabeza.

- No, Stems.

El mayordomo alzó una ceja y asintió una vez más.

- Ya era hora, milord - dijo Stems-. ¿Quiere que prepare una de las habitaciones para huéspedes, o la dama se alojará en las habitaciones de usted?

Como la pregunta indecente fue formulada en tono despreocupado, y como le molestaba la grosería de hablar de ella como si no estuviese presente, le llevó cierto tiempo captar el insulto. Reaccionó cuando comprendió la enormidad de lo que había dicho Stems. Se apartó de Caine y dio un paso hacia el mayordomo.

- Esta dama ocupará un dormitorio propio, buen hombre. Una habitación con una cerradura bien sólida. ¿Entendido?

Stems se irguió en toda su estatura.

- Entendí perfectamente, milady - afirmó.

Y, si bien el tono del criado era digno, en sus ojos castaños brillaba una chispa de picardía. Era una mirada que, hasta el momento, sólo había dirigido a Caine.

- Yo mismo revisaré la cerradura - agregó, lanzando una mirada significativa al patrón.

- Muchas gracias, Stems - respondió Jade -.Me persiguen muchos enemigos, ¿sabe?, y no descansaré bien si tengo la preocupación de que cierto caballero se deslice en mi cuarto por la noche, para ponerme el camisón. Lo entiende, ¿no es así?

- Jade, no empieces... - comenzó Caine.

- Caine sugirió que me alojara con sus padres, pero yo no puedo hacerlo, Stems - siguió, sin hacer caso de la descortés interrupción de Caine -. No quisiera meter a los queridos padres de Caine en este lamentable asunto. Cuando a una la persiguen como a un perro, una no tiene tiempo de preocuparse por su reputación. ¿No le parece, señor?

En el transcurso de la explicación de Jade, Stems parpadeó varias veces, y asintió cuando la muchacha le dirigió una mirada dulce y expectante.

A lo lejos, resonó el eco de un trueno.

- Si nos quedamos aquí, afuera, mucho tiempo, nos empaparemos - dijo Caine -. Sterns, quiero que envíes a Parks a buscar al médico, antes de que se desate la tormenta.

- Caine, ¿crees que es necesario?

- Lo es.

-¿Está usted enfermo, milord? –preguntó Sterns, con evidente preocupación.

- No - respondió el aludido -. Quiero que Winters revise a Jade. Sufrió un accidente.

-¿Un accidente? - preguntó Stems, volviéndose otra vez hacia Jade.

- Él me arrojó al Támesis - contó la joven.

Stems reaccionó levantando una ceja, y Jade afirmó con la cabeza, complacida por la atención del mayordomo.

- No me refería a ese accidente –murmuró Caine -. Jade tiene un chichón en la cabeza y está un poco aturdida.

- Ah, eso - repuso Jade -. No me duele tanto como el costado – agregó -. No quiero que tu médico me manosee. No lo aceptaré.

- Lo harás - insistió Caine -. Te prometo que no te manoseará. Yo no se lo permitiré.

- Me temo que no es posible traer a Winters para la señora - intervino Stems-. Desapareció.

-¿Winters desapareció?

- Ya hace un mes - explicó Stems-. ¿Mando a buscar a otro médico? Cuando no pudo encontrar a Wmters, su madre recurrió a sir Harwick. Creo que quedó contenta con sus servicios.

-¿Quién necesitó de la atención de Harwick? - preguntó Caine.

- Su padre, aunque protestó con vehemencia - dijo Stems-. Su madre y sus hermanas están muy preocupadas por la pérdida de peso de su padre.

- Sufre por la pérdida de Colin - dijo Caine, en tono seco y afligido a la vez -. Ruego a Dios que se reponga pronto. De acuerdo, Stems, envía a Parks a buscar a Harwick.

- No envíe a Parks a buscar a Harwick –ordenó Jade.

- Jade, no es momento de ponerse caprichosa.

- Milady, ¿qué le pasó en ese infortunado accidente? ¿Alguien la golpeó en la cabeza?

- No - respondió, con timidez, bajando la mirada -. Me caí. Por favor, no se inquiete por mí, Stems - agregó, al alzar la vista y ver la expresión de simpatía del mayordomo -. Es sólo un porrazo insignificante. ¿Quiere verlo? - preguntó, apartándose el cabello de la sien.

El movimiento le provocó otra vez dolor en el costado y, en esta ocasión, no pudo impedirlo.

Sterns se mostró muy interesado por la herida y muy compasivo. Bajo la mirada de Caine, el mayordomo se convirtió en una doncella. Balbuceó toda clase de condolencias, y Jade aceptó su brazo para que la ayudase a subir la escalera, mientras Caine se quedaba mirándolos.

- Querida señora, tiene que meterse de inmediato en la cama - afirmó Stems-. Milady, ¿cómo fue la caída, si puedo tener la audacia de preguntárselo?

- Perdí el equilibrio y caí por todo un tramo de escalones – respondió -. Fue una torpeza.

- Oh, no, estoy seguro de que usted no es para nada torpe - se apresuró a afirmar Sterns.

- Es muy amable al decirlo, Sterns. ¿Sabe?, ahora el dolor no es muy fuerte, pero en el costado... bueno, señor, no quisiera alarmarlo, ni que piense que soy una quejica... Caine cree que no hago más que quejarme y llorar. Esas fueron sus palabras. Sí, eso dijo...

Caine se acercó a ella por detrás y la aferró de los hombros.

- Miremos tu costado. Quítate la chaqueta.

- No - replicó Jade, entrando en el vestíbulo -. No harás más que apretarme, Caine.

Una fila de criados aguardaba para saludar al patrón, y Jade pasó como una exhalación ante ellos, tomada del brazo de Sterns.

- Señor, ¿mi cuarto está en el frente de la casa? Espero que así sea, pues me encantaría tener una ventana que dé al paisaje encantador del sendero y del bosque.

Como habló en tono alegre, Caine creyó que había exagerado los dolores.

- Sterns, llévala arriba y acomódala, mientras yo me ocupo de ciertos asuntos.

No esperó respuesta sino que se volvió y fue otra vez hacia la puerta principal.

- Que Parh vaya a buscar al médico –gritó Sterns, desde la cima de la escalera. No discuta con nosotros, milady. Me parece que está muy pálida. y no puedo menos que notar que tiene las manos heladas.

De inmediato, Jade retiró su mano de las del mayordomo. No se había dado cuenta de que se aferraba a él mientras subían las escaleras, pero Sterns sí lo notó. «La pobre dama está agotada - pensó el anciano -. Incluso está temblando...»

- Pronto se pondrá el sol. Cenará en la cama – agregó -. ¿Es cierto que mi señor la arrojó al Támesis? - le preguntó, pues pensó que seguiría discutiéndole.

Jade sonrió.

- Así es – respondió -. Y todavía no se disculpó. También arrojó mi bolso. Ahora soy pobre - agregó, adoptando una vez más un tono alegre -. Lady Cristina me dio algunos de sus adorables vestidos, cosa que le agradezco a Dios.

- No parece muy triste por su actual situación - señaló Sterns.

Abrió la puerta de la habitación, y retrocedió para que la joven pudiese pasar.

- Oh, no soy partidaria de la tristeza - respondió Jade -. ¡Sterns, qué cuarto tan encantador! El dorado es mi color preferido. ¿La colcha es de seda?

- Satén - respondió el mayordomo, sonriendo ante el entusiasmo de la muchacha -. ¿La ayudo a quitarse la chaqueta, milady?

Jade asintió.

- Antes, ¿puede abrir la ventana, por favor? Esto está completamente cerrado.

Se acercó a mirar hacia fuera, para calcular la distancia hasta el refugio de los árboles. Matthew y Jimbo debían de estar esperando que, al llegar la oscuridad, les hiciera una señal. Estarían observando las ventanas, para ver aparecer la vela encendida, la señal convenida para indicar que todo iba bien.

Jade giró cuando Sterns comenzó a tironearle de la chaqueta.

- Milady, haré que la limpien.

- Sí, por favor. Creo que también tiene un desgarro en el costado, Sterns. ¿Habrá alguien que pueda coserlo?

Sterns no le contestó, y Jade alzó la vista al rostro del mayordomo.

-¿Se está mareando, señor? - preguntó.

De súbito, le pareció que el rostro del criado se había puesto verdoso.

- Sterns, siéntese. No se ofenda, pero creo que está usted a punto de desmayarse.

Sterns negó con la cabeza cuando Jade le indicó la silla que estaba junto a la ventana. Por fin, el mayordomo recuperó la voz, y gritó, casi rugió, para que el patrón se presentara.

Caine comenzaba a subir las escaleras cuando oyó el grito de Sterns.

-¿Y ahora, qué habrá hecho esta mujer? - murmuró para sí.

Corrió cruzando el vestíbulo donde los criados estaban otra vez en fila, hizo un gesto de saludo en general, y corrió escaleras arriba.

Al llegar a la entrada de la habitación, se detuvo de golpe, pues lo que vio lo sorprendió. Sterns forcejeaba para salir del sillón, y Jade lo sujetaba ahí por el hombro, mientras le abanicaba con un libro delgado que tenía en la otra mano.

-¡En nombre de Dios! ¿Qué sucede... Stenrs? ¿Estás enfermo?

- Se desmayó - dijo Jade -. Ayúdame a llevado a la cama, Caine.

-¡El costado de ella, milord! - protestó el mayordomo-. Querida señora, deje de agitar ese libro en mi cara. Caine, mírele el costado.

Caine entendió antes que Jade. Corrió hacia ella, la hizo girar, y cuando echó un vistazo a la sangre que empapaba la blusa blanca, también sintió ganas de sentarse.

-¡Dios querido! – susurró -. ¡Oh, querida!, ¿qué te sucedió?

Al ver lo que tenía, Jade lanzó una exclamación, y se habría caído hacia atrás si Caine no la hubiese sostenido.

- Mi amor, ¿no sabías que estabas sangrando?

Jade pareció perpleja.

- No lo sabía. Pensé que me había arañado con una rama.

Stems se colocó del otro lado.

- Perdió bastante sangre, milord - murmuró.

- Sí - respondió Caine, esforzándose por no revelar su preocupación.

No quería que Jade se asustara más aún.

Cuando le apartó con dulzura la prenda de la cintura, le temblaron las manos, y la joven lo advirtió.

- Es grave, ¿verdad?

- No mires, mi cielo - dijo Caine -. ¿Te duele?

- En el instante en que vi la sangre, comenzó a dolerme mucho.

En ese momento, Jade vio el desgarro en la prenda de Cristina.

- Han estropeado la encantadora chaqueta de mi amiga – exclamó -. Maldición, dispararon ahí. ¡Mira ese agujero, Caine! Es del tamaño de un... de un...

-¿Disparo de pistola? - aventuró Stems.

Caine le había quitado la chaqueta, y ahora cortaba la blusa con el cuchillo.

- Está tambaleándose - susurró Stems-. Será mejor que la ponga en la cama, antes de que se desmaye.

- No me desmayaré, Stems: tendría que disculparse por pensar que lo haría. Caine, por favor, suéltame. No es decente que me cortes la ropa. Yo misma me curaré esta herida.

De pronto, Jade anheló que los dos hombres salieran de la habitación. Desde el instante en que había visto la herida, tenía el estómago revuelto. Estaba aturdida y se le aflojaban las rodillas.

-¿Y bien, Stems? – preguntó -. ¿Se disculpara, o no?

Antes de que el mayordomo tuviese tiempo de contestar, Jade dijo:

-¡Demonios, creo que finalmente voy a desmayarme!

8

Jade se despertó sobresaltada, y la sorprendió estar en la cama, pues no tenía idea de cómo había llegado allí. Después de un largo rato, comprendió la situación: ¡buen Dios, en realidad se había desmayado!

Mientras trataba de asimilar semejante humillación, percibió que la brisa que entraba por la ventana abierta le refrescaba la piel desnuda.

Abrió los ojos y vio a Sterns inclinado sobre ella desde un costado de la cama, ya Caine, desde el opuesto. La expresión de ambos era tan sombría que se habría desmayado otra vez.

- El tiro la atravesó - musitó Caine.

- Gracias a Dios - susurró Stems.

- Canallas, ¿quién de ustedes dos me quitó la ropa cuando yo no podía impedirlo? - preguntó, en tono tan cortante como una helada reciente.

Stems dio un salto, pero Caine se limitó a sonreír.

-¿Se siente mejor, milady? - preguntó el mayordomo, ya compuesto.

- Sí, gracias, Sterns. ¿Por qué me sostiene la mano?

- Para que se quede quieta, milady - le contestó el mayordomo.

- Ya puede soltarme. No obstaculizaré la tarea de Caine.

En cuanto obedeció, Jade trató de apartar las manos de Caine de su costado.

- Estás apretándome, Caine - murmuró.

- Ya casi terminé, Jade.

Aunque la voz de Caine sonaba áspera, sus movimientos eran muy suaves ya Jade no se le pasó por alto la contradicción.

-¿Estás enfadado conmigo, Caine?

Sin siquiera mirarla, el aludido respondió, cortante:

- No.

- Podrías ser un poco más convincente - protestó la muchacha -. Estás enfadado - insistió, enfatizando con un gesto -. No entiendo por qué...

Se interrumpió, y lanzó una exclamación ahogada.

Caine imaginó que la causa de la molestia era el vendaje que estaba colocándole sobre la herida.

-¿Está demasiado apretado? - inquirió, con expresión afligida.

- Crees que toda la culpa es mía, ¿no? - tartamudeó Jade-. Crees que, de manera deliberada...

- Oh, no, milady - la interrumpió Stems-. El marqués no la culpa a usted. No cree que haya querido ser herida. Lo que sucede es que mi señor siempre se pone un poquito...

-¿Malhumorado? - propuso Jade.

Stems asintió.

- Sí, cuando está afligido se pone de mal humor.

Jade volvió la atención a Caine.

- Lamento haberte preocupado - le dijo -. ¿Todavía estás preocupado?

- No.

-¿Eso significa que la herida no es tan terrible como parecía?

Caine asintió. Dio los toques finales a su trabajo, y luego se concentró por entero en Jade.

- Es sólo una herida superficial, Jade. Estarás bien en poco tiempo.

El semblante de Caine expresaba lo mismo que sus palabras, y eso representó un alivio inmediato para Jade.

-Sterns, cúbrame las piernas, y no mire mientras lo hace - ordenó.

La voz de la muchacha había recuperado parte de su brío, cosa que arrancó una sonrisa del rostro adusto del mayordomo.

Jade no tenía puesta más que la camisa, y uno de los costados de la prenda de encaje bordado había sido desgarrado para dejar la herida al descubierto y si bien la joven comprendía la necesidad de que le quitaran la ropa, ahora que ya no corría peligro de muerte, era necesario conservar las apariencias.

El mayordomo hizo lo que le pedía, y luego fue a buscar una bandeja con la cena de Jade. La muchacha y Caine quedaron solos.

- No me importa si sólo se trata de una pequeña herida superficial - dijo Jade -. Decidí que voy a haraganear, Caine.

El marqués se sentó en el costado de la cama, le tomó la mano y le dirigió una de esas sonrisas capaces de paralizar el corazón.

-¿Por qué tengo la impresión de que este anuncio oculta algo?

- Cuán astuto de tu parte, sir - replicó la joven -. Hay algo. Mientras yo haraganeo, tú te quedarás junto a mi lecho de enferma. Pues a fin de cuentas, esto es culpa tuya - agregó, con gesto enfático.

Tuvo que morderse el labio inferior para contener la risa, pues Caine parecía muy confundido.

Lo miró expectante, hasta que el hombre le preguntó:

- Oh, ¿y cómo llegaste a la conclusión de que es mi culpa?

Jade se encogió de hombros.

- Todavía no lo pensé, pero ya lo haré. Dame tu palabra, Caine, pues no podré descansar tranquila hasta que no me prometas que no te apartarás de mi lado.

- De acuerdo, amor mío - respondió, con un guiño pícaro -. No me apartaré de tu lado ni de día ni de noche.

A Jade no le pasó inadvertido el sentido de esa afirmación.

- A la noche, puedes ir a tu propia cama -replicó.

-¿Puedo?

Jade prefirió no provocarlo más, pues supuso que si seguía dándole órdenes se pondría de muy mal humor.

Además, ¿quién había ganado esa vuelta? Ella.

La molestia de haber recibido un disparo estaba convirtiéndose en una ventaja, pues ya tenía una buena excusa para mantener a Caine a su lado, ¡Así podría haraganear hasta que Nathan fuese a buscarla!

Jade no tenía conciencia de lo agotada que estaba: se durmió en cuanto terminó de cenar, con la bandeja aún apoyada sobre el regazo, y se despenó sólo una vez en toda la noche. Sobre la mesilla de noche, ardían dos velas iguales que daban una luz suave.

Recordó la señal que tenía que hacerles a Jimbo y Matthew para que supieran que todo estaba bien y apartó las cobijas.

Entonces vio a Caine, desparramado en una silla de respaldo alto, junto a la cama, con los pies descalzos apoyados sobre la cama, la camisa blanca abierta hasta la cintura, profundamente dormido.

Jade perdió la noción del tiempo, contemplándolo. «Es para asegurarme de que está realmente dormido - se dijo -.¡Señor, es tan atractivo!» Pero se convirtió en mucho más que un hombre apuesto. Era como un refugio seguro contra la tormenta, y la desbordó el anhelo de apoyarse en él, de dejar que la cuidase.

El ángel guardián de Jade comenzó a roncar, sacándola del trance, y entonces salió de la cama, tomó una de las velas y fue hacia la ventana.

El paisaje estaba bañado por una lluvia suave, y Jade sintió algo de culpa al pensar que sus hombres estaban empapándose. Si les hubiese hecho la señal más temprano, podrían haber encontrado un refugio seco.

-¿Qué estás haciendo?

La voz retumbante de Caine la sobresaltó tanto que casi dejó caer la vela. Se volvió y lo encontró a unos centímetros de ella.

- Estaba mirando por la ventana – susurró -. No quise despertarte.

Caine tenía el cabello enmarañado y, al parecer, todavía estaba más dormido que despierto. Un mechón de pelo le caía sobre la frente, dándole un aire vulnerable y, sin pensarlo, lo acomodó en su lugar.

- Mañana podrás mirar por la ventana –le replicó, con la voz áspera de sueño.

Tras hacer tal afirmación, quitó la vela de manos de Jade, volvió a ponerla sobre la mesilla y, con gesto arrogante, le indicó que volviese a la Cama.

-¿Te duele el costado? - le preguntó.

La muchacha supuso que no estaba muy preocupado por la herida, pues mientras hablaba había bostezado.

Jade comenzaba a decirle que no le dolía mucho, pero lo pensó mejor.

- Sí – dijo -. Me duele, pero sólo un poquito - agregó, al ver que Caine parecía un tanto afligido - ¿Por qué estabas durmiendo en la silla?

Antes de responderle, Caine se quitó la camisa.

- Ocupabas casi toda la cama – explicó - y no quería moverte.

-¿Moverme? ¿Por qué habrías de moverme?

Caine apagó las velas, apartó las cobijas y se tendió junto a la muchacha. Luego le dio una respuesta indirecta:

- Sólo me quedaré contigo hasta que te duermas otra vez.

- Pero Caine, eso no es correcto en absoluto…

- Duérmete, amor. Necesitas descansar.

Cuando Caine la rodeó con el brazo, Jade se puso tensa. Le puso la mano entre los pechos y, cuando intentó sacársela, Caine le tomó la mano y se la retuvo.

- En realidad, esto no es nada...

Se interrumpió en mitad de la frase, comprendiendo que era inútil, pues Caine ya roncaba otra vez, y no debía de estar oyendo una palabra de lo que Jade decía.

Jade llegó a la conclusión de que no había nada de malo en dejarlo dormir junto a ella unos minutos. A fin de cuentas, ella lo había hecho fatigarse, y el hombre necesitaba descansar. Ya había advertido que, cuando estaba cansado, se ponía de mal humor. Por extraño que pareciera, ese rasgo le resultaba atractivo.

Jade se acurrucó junto a Caine y cerró los ojos. Por instinto sabía que el hombre la respetaría. Era un caballero y le había dado su palabra de que no se aprovecharía de ella.

Sin duda, Jade estaba tan cansada como parecía estarlo Caine, pues se quedó dormida con una idea de lo más confusa dando vueltas en su cabeza.

Comenzaba a desear que, a fin de cuentas, no fuese tan caballeroso.

No pudieron localizar al médico, sir Harwick, durante dos días con sus noches. Caine envió mensajeros a la casa del médico en Londres ya la propiedad en el campo. Por fin, encontraron a Harwick en la residencia de lady McWilliams, asistiendo un parto. El médico respondió con un mensaje en el cual decía que ida a la propiedad de Caine tan pronto completara la tarea.

Caine despotricó por el inconveniente, hasta ¡que Jade le recordó que su vida ya no corría peligro, cosa que el mensajero le explicó al médico, y que, de todos modos, se sentía mucho mejor y no necesitaba ni quería que nadie estuviese apretándole la herida.

Pronto el haraganear se convirtió en una tortura para Jade: no podía soportar el confinamiento.

El clima también se hacía eco del estado de ánimo de la muchacha, pues, desde el momento en que llegaron con Caine a la casa, no había dejado de llover.

El talante de Caine era tan sombrío como el de Jade: parecía un animal enjaulado. Cada vez que iba a la habitación a conversar con ella, paseaba de un lado a otro, con las manos aferradas a la espalda y le hablaba del pasado, del hermano y de todos los sucesos que conducían al asesinato que había presenciado. Caine siempre concluía cada sesión con la afirmación de que todavía no tenía suficiente información para llegar a una conclusión sólida.

La frustración del hombre era casi palpable. Para Jade, ese juego de engaños era igual de enervante. Claro que cuidaba de no proporcionarle demasiados hechos verdaderos, pero, ¡por Dios, era un trabajo cansador!

Pasaban mucho tiempo gritándose. Jade lo acusaba de lamentar el haberse involucrado en los problemas de ella. Por supuesto, Caine se sentía ofendido por tal acusación, aunque no la negaba.

En el fondo, la muchacha creía que él ya no la consideraba atractiva: ya no la besaba ni dormía junto a ella, y casi no le dirigía una palabra amable.

La cuarta noche de confinamiento, Jade perdió el control. Se quitó la venda nueva que Stems le había cambiado pocas horas antes, pidió que le preparasen un baño y luego anunció que estaba recuperada.

Cuando terminó de lavarse el pelo, su estado de ánimo había mejorado de manera considerable. Stems la ayudó a secar los largos rizos y luego Jade se sentó frente al hogar, donde ardía un buen fuego.

Stems dio indicaciones para que cambiaran las sábanas y quitaran la bañera y luego insistió para que Jade volviese a la cama.

En cuanto oscureció, Jade les hizo la señal a sus hombres y luego volvió a la cama. Abrió uno de los libros qlIce había tomado de la biblioteca de Caine y se instaló a leer, con la música de fondo de truenos lejanos.

Pero la tormenta fue más que un amago. Un árbol gigante, tan alto como la casa de tres pisos de Caine, cayó al suelo a causa de un rayo tan fuerte que las raíces expuestas ardieron con un extrañoresplandor durante un buen rato, y luego el sisear y crujir de la madera que se quemaba estalló en el aire de la noche como carne asándose al aire libre.

Se necesitaron todos los ayudantes extra para calmar a los caballos asustados que estaban en los establos. Según Kelley, el jefe de los mozos de cuadra, era el olor del fuego que llegaba a las narices de las bestias. Llamaron a Caine, pues no lograban calmar a su potro, pero, en cuanto él entró en la cuadra, el animal dejó de alborotar.

Caine regresó a la casa principal después de la medianoche, y, aunque no estaba lejos de los establos, llegó empapado. Dejó las botas, las medias y la chaqueta en la entrada y subió la escalera. En el instante en que iba a entrar en la habitación, resonó otro trueno poderoso.

«Jade debe de estar aterrada - se dijo, cambiando de dirección -. Sólo iré a ver si está bien. Si está dormida, la dejaré en paz. Pero si está despierta... quizá podamos disfrutar de otra discusión a gritos acerca de las maldades del mundo y de la inferioridad de las mujeres.» La idea lo hizo sonreír: Jade era cualquier cosa menos inferior, y estaba haciendo pedazos las convicciones de Caine. Desde luego que Caine era capaz de bajar a la tumba antes que admitirlo ante la muchacha, pues era muy divertido verla tratar de ocultar sus propias reacciones a las opiniones de él.

A decir verdad, se sorprendió al descubrir que tenía ganas de conversar con Jade. Sin duda, había otrás cosas que también tenía ganas de hacer, pero se esforzó por apartar semejantes pensamientos.

Si bien se detuvo un instante para golpear la puerta, no le dío tiempo de que lo echara, ni de despertarse, si es que estaba dormida. Abrió la puerta antes de que la muchacha pudiese reaccionar.

Se alegró al comprobar que no dormía. Se apoyó contra el marco de la puerta y la observó largo rato. Lo colmó una cálida sensación de contento. En los últimos días, había comenzado a aceptar que le gustaba tenerla en su casa, y hasta el gesto ceñudo de Jade lo hacía sentir como si hubiese llegado al paraíso. «Debo de haberme vuelto tonto – pensó -, pues hasta me gusta esa expresión enfurruñada.» El hecho de que le resultara tan fácil irritarla le indicaba que no le era del todo indiferente.

. Esa mujer lo embrujaba. y aunque a Caine no le agradaba admitirlo... Jade era tan bella, tan suave, tan femenina. Un hombre no necesitaba mucho más para rendirse, y él estaba a punto de hacerlo... ¡que Dios lo ayudara!

No tocarla estaba convirtiéndose en una tortura, y el ánimo de Caine reflejaba la Iucha que se libraba en su interior. Se sentía lleno de nudos por dentro, y cada vez que la veía tenía deseos de tomarla en sus brazos y hacerle el amor de manera apasionada y salvaje.

Con todo, no podía mantenerse lejos de Jade. Hora tras hora iba a la habitación para observarla. ¡Dios, la miraba incluso mientras estaba dormida!

Era imposible que Jade tuviese idea del tormento que Caine sufría, pues si imaginara las fantasías que pasaban por la mente de su anfitrión no tendría un aire tan sereno.

Dos velas ardían sobre la mesilla de noche, y Jade tenía un libro entre las manos. Bajo la mirada de Caine, la muchacha cerró lentamente el libro, sin apartar, a su vez, la mirada de él, y luego lanzó un largo suspiro.

- Sabía que tendría que haber cerrado con llave – afirmó -. Caine, esta noche no estoy en condiciones de soportar otra inquisición.

- De acuerdo.

-¿De acuerdo?

Fue evidente que la inmediata complacencia de Caine la sorprendió, y dijo, con aire suspicaz:

-¿En serio, señor? ¿No me fastidiarás?

- En serio - respondió Caine, riendo entre dientes.

- Aun así, no tendrías que estar aquí - le dijo.

Jade, con esa voz ronca que a Caine le resultaba tan excitante.

- Dame una buena razón por la que no tendría que estar aquí.

- Mi reputación y tu casi desnudez.

- Son dos razones - dijo el hombre, marcando las palabras.

-¿En qué estás pensando? - preguntó, al ver que Caine cerraba la puerta -. Los sirvientes sabrán que estás aquí.

- Creí que no te importaba tu reputación, Jade. ¿Acaso cambiaste de idea?

Jade volvió a sacudir la cabeza, la luz de las velas resplandeció en su pelo y Caine quedó fascinado.

- Cuando pensé que me matarías, no me importaba mi reputación, pero ahora que me diste la esperanza de seguir sana y salva, cambié de idea.

- Jade, Sterns sabe que dormí aquí la primera noche, cuando...

- Eso fue diferente –lo interrumpió -. Estaha enferma, herida, y tú estabas preocupado. Sí, fue muy diferente. Ahora estoy recuperada, y los criados se lo dirán a tu mamá, Caine.

-¿A mi mamá? - Caine rompió a reír -. No te preocupes por los sirvientes, Jade. Están durmiendo. Además, no me impulsa la lascivia.

La muchacha intentó disimular la desilusión.

- Lo sé - dijo, lanzando otro suspiro fingido -. Pero, si no te trae la lascivia, ¿qué haces aquí a esta hora?

- No me mires con tanta suspicacia. Pensé que la tormenta te habría asustado, eso es todo.

- Hizo una pausa, mientras la miraba, ceñudo, y agregó -: No estás asustada, ¿verdad?

- No - respondió la muchacha -. Lo siento.

-¿Por qué lo sientes?

- Porque pareces un poco decepcionado. ¿Querías consolarme?

- En efecto, esa idea cruzó por mi mente - admitió Caine, en topo cortante.

Cuando comprendió que Jade contenía la risa, el ceño de Caine se hizo más profundo. Se apartó de la puerta y se aproximó a la cama. Jade apartó las piernas justo a tiempo, un instante antes de que él se sentara.

Jade hizo esfuerzos desesperados por no contemplar el pecho desnudo de Caine. La mata de vello oscuro y rizado formaba una línea que terminaba en el centro del estómago plano. Deseaba pasar los dedos por ese vello apretado, sentir el calor del hombre contra sus propios pechos...

-¡Diablos, Jade, casi todas las mujeres se asustan!

La voz de Caine la arrancó de los ensueños eróticos.

- Yo no soy la mayoría de las mujeres – repuso -. Ya sería hora de que lo comprendieras.

En ese instante, Caine no entendía nada. Contemplaba los botones superiores del camisón blanco, pensando en la piel sedosa que se ocultaba debajo.

Lanzó un suspiro entrecortado. Ya sabía que no estaba asustada por la tormenta y tendría que irse. Los pantalones empapados por la lluvia estaban mojando las cobijas.

Sabía que debería irse, pero no podía moverse.

- No me parezco en nada a la mayoría de las mujeres que conoces - afirmó la joven, para quebrar el incómodo silencio.

Gotas de lluvia perlaban los hombros y los antebrazos musculosos de Caine. A la luz de las velas, la piel bronceada resplandecía. Pasó la mirada al regazo de Caine y supo que era un error. El bulto entre las ingles era muy evidente... y excitante. Sintió que se ruborizaba.

- Estás empapado – barbotó -.¡Pedazo de tonto!, ¿estuviste caminando bajo la lluvia?

- Tenía que ir a la cuadra, a ayudar a calmar a los caballos.

- Tu cabello se riza cuando está húmedo - agregó Jade -. Debes de haberlo odiado cuando eras niño.

- Lo odiaba tanto que no compartía mis juguetes - dijo, remarcando las palabras.

Posó la mirada en el pecho de Jade y advirtió que los pezones endurecidos rozaban la tela fina del camisón.

Hizo uso de toda su disciplina para abstenerse de tocarla. Estaba a punto de perder el control, y un simple beso de buenas noches lo habría hecho olvidar las buenas intenciones.

Otro rayo inundó de luz la habitación, seguido por el estrépito ensordecedor de un trueno. Antes de que Jade hubiese apartado las mantas, Caine había saltado de la cama y estaba de pie ante la ventana.

- Seguro que eso volteó algo - afirmó Caine -. Creo que nunca vi una tormenta tan feroz.

Escudriñó la oscuridad para ver si veía algún foco de incendio y luego sintió que Jade lo tomaba de la mano. Se volvió hacia ella ocultando la preocupación.

- Se acabará muy pronto - dijo Jade.

Al ver que Caine la miraba, asombrado, le apretó la mano para tranquilizarlo e insistió:

- Ya verás.

¡Era increíble: era Jade la que intentaba consolarlo a él! Pero parecía tan sincera que no se atrevió a reír. No quería herir sus sentimientos, y, si sentía necesidad de tranquilizarlo, la dejaría hacerlo.

- Mi tío solía decirme que, cada vez que había tormenta, era porque los ángeles estaban alborotando. Lo decía como si fuese que estaban dando una gran fiesta.

-¿Y tú le creías? - preguntó Caine, sonriente.

- No.

Entonces sí, Caine rió, con un sonido retumbante y parecido a un trueno.

- Jade, he aprendido a apreciar tu honestidad. Me resulta muy cautivante.

Al parecer, a la joven no le gustó escucharlo, pues le soltó la mano y movió la cabeza otra vez.

- Para ti, todo es siempre blanco o negro, ¿no es cierto? Nunca hay posibilidad de desviaciones, ¿no? Yo traté de creerle al tío, pero sabía que mentía para calmar mi miedo. Caine, en ocasiones, una mentira es para bien. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Caine la contempló largo rato.

- Dame otro ejemplo, Jade - dijo, en un suave murmullo -. ¿Acaso me mentiste alguna vez?

La joven asintió lentamente. Unos instantes después, Caine preguntó:

-¿Y cuál fue esa mentira?

Jade no le respondió con suficiente rapidez y, de pronto Caine le puso las manos sobre los hombros y la obligó a darle la cara. Le alzó la barbilla exigiendo que lo mirase.

-¡Explícame cuál fue esa mentira!

La expresión de Caine le dio escalofríos. Jade no podía encontrar en ese semblante la menor calidez. El color de esos ojos parecía el de las mañanas de invierno.

- No soportas una mentira, sea por el motivo que fuere, ¿no?

- Dime cuál fue.

- En realidad, no me disgustas.

-¿Qué? - preguntó Caine, incrédulo.

- Dije que, en realidad, no me disgustas.

-¿Esa fue la mentira?

- Sí.

Percibió que la tensión desaparecía de las manos que le aferraban los hombros.

- Bueno, diablos Jade, pensé que era algo serio.

-¿Cómo qué? –preguntó Jade, alzando la voz.

- Como que tal vez fueses casada - respondió Caine, casi gritando -. Ya sé que no te disgusto - agregó, en voz más suave.

- ¡Eres imposible! - gritó Jade -. Y además, inflexible. Si te hubiese dicho otras mentiras, sin duda ahora lo reconocería. Te pones de muy mal humor.

- Jade.

-¿Qué?

-¿Qué otras mentiras?

- Se me ocurrió decirte que era casada – dijo -. Pero no soy buena para inventar, y pensé que no me creerías.

-¿Por qué querrías que creyese que eras casada?

Distraído, Caine le frotaba los hombros.

- Porque en la taberna - se apresuró a decir la muchacha - me parecías un tigre que planea conseguir su siguiente presa, y pensé que si me creías casada... o viuda reciente, tendrías compasión.

-¿De modo que querías mi compasión, pero no mi lujuria?

Jade asintió.

- Tendrás que admitir que nos sentimos mutuamente atraídos. Nunca quise que un hombre me tocara del modo que tú... me tocaste.

- Me agrada saberlo, mi amor.

- Oh, ya lo sabías - susurró la joven -. Deja de complacerte tanto contigo mismo. Tenía que ocurrir tarde o temprano.

-¿Qué era lo que tenía que ocurrir?

- Que yo conociera a alguien a quien quisiera acercarme un poco más - explicó Jade.

- Me alegra de que haya sido conmigo - admitió Caine.

La rodeó con los brazos y la apretó contra sí.

- Jade, ¿ahora quieres que te toque?

La muchacha forcejeó y retrocedió un paso.

- Da lo mismo si quiero o no que me toques, Caine. Eres mi protector, y tienes que dejarme en paz.

De pronto, Jade quedó apretada contra el pecho, los muslos, la dura erección de Caine. La tenue tela del camisón era inútil como protección contra ese cuerpo, contra ese increíble calor.

- No sucede así, Jade.

-¿Por qué no?

- Te deseo.

La voz ronca de Caine la desarmó. Sabía que su propia reacción ante él tendría que apabullarla pero lo que en verdad quería era derretirse en sus brazos. El ansia de dejar que la tocara era un dulce tormento. «¡Dios, estoy confundida!» Nunca, jamás permitió que nadie se le acercara tanto. Siempre había evitado los compromisos de todo tipo, pues pronto aprendió que amar a alguien causaba más penas que alegrías. El propio Nathan la había abandonado. Por eso se había

vuelto vulnerable. Sí, sólo una tonta dejaría que un hombre como Caine se le acercara... sólo una tonta.

A lo lejos se oyó un trueno. Pero en ese momento, ni Jade ni Caine se dieron cuenta. Estaban consumidos por el calor que fluía entre ellos.

Se miraron a los ojos durante lo que pareció una eternidad.

Y por fin, fue inevitable. Cuando Caine inclinó lentamente la cabeza hacia ella, Jade se acercó a su encuentro.

La boca de Caine la poseyó completamente, pues estaba tan hambriento de Jade como ella lo estaba de él. Jade recibió esa lengua, la frotó contra la propia, y lanzó un gemido de anhelo y aceptación, que se mezcló con el áspero gemido de deseos del hombre.

El beso fue hondo y salvaje. Caine era un hombre lujurioso, y su hambre no se calmaba con facilidad. No le permitiría retroceder ni entregarse a medias. y Jade tampoco quería retroceder. Le rodeó el cuello con los brazos, entrelazó los dedos en el pelo suave y rizado, y se apretó a él. Quiso que nunca se apartara de ella.

Cuando al fin Caine se apartó, Jade sintió como si le hubiese arrancado el corazón. Se acurrucó contra él con audacia, apoyando la mejilla contra el pecho cálido del hombre. Aunque la mata de vello le cosquilleaba la nariz, la sensación le gustaba demasiado para alejarse. El aroma tan masculino le recordaba el de los brezos y el almizcle. Esa fragancia tan terrena se adhería a la piel de Caine.

En voz entrecortada, Caine le preguntó:

- Jade, ¿habrá otras mentiras que quieras contarme?

- No.

La timidez en el tono de Jade lo hizo sonreír, y dijo:

-¿No, no hay otras mentiras, o no quieres contármelas?

Jade frotó la mejilla contra el pecho de Caine, intentando distraerlo, y dijo:

- Sí, hay más mentiras. - Sintió que se ponía tenso, y se apresuró a agregar -: Pero son tan insignificantes que ahora ni las recuerdo. Pero te prometo que cuando las recuerde te las diré.

Caine se relajó otra vez, y Jade comprendió que la mentira estaba, para él, entre las mayores atrocidades.

- Jade.

-¿Qué, Caine?

-¿Me quieres?

No le dio tiempo de responder:

-¡Maldición, ahora sé sincera conmigo! Basta de mentiras, Jade. Tengo que saber, ya - dijo entre dientes.

- Sí, Caine. Te deseo intensamente.

Parecía estar confesando un pecado espantoso.

- Jade, el hecho de deseamos uno al otro tendría que ser motivo de alegría, no de desesperación.

- Es ambas cosas.

Jade tembló por dentro al pensar en lo que estaba por hacer: se sentía ansiosa... y muy insegura. «No me enamoraré de él», se prometió, pero comprendió

que era una mentira al sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas. Caine ya había hallado el camino hacia su corazón. .

Cuando Jade volvió a los brazos de él, Caine la sintió temblar y la abrazó con más fuerza.

- Yo te cuidaré, Jade – murmuró -. Mi amor, ¿en qué estás pensando?

- Que sobreviviré - respondió la muchacha.

Aunque no comprendió a qué se refería, el miedo que resonaba en la voz de Jade le estrujó el corazón.

- No tenemos que...

- Te quiero - lo interrumpió Jade -. Pero antes tienes que prometerme algo.

-¿Qué cosa?

- No tienes que enamorarte de mí.

El tono serio de Jade le demostró que no bromeaba, y Caine se puso furioso. ¡Esa mujer lo confundía tanto! Decidió pedirle una explicación para esa exigencia tan absurda, pero Jade comenzó a acariciarlo de tal modo que le provocó fiebre. La besó cálidamente en el pecho, y, cuando la lengua de la muchacha rozó uno de sus pezones, el cuerpo de Caine comenzó a arder de deseo por ella.

Provocándolo, trazó una línea por el costado del cuello del hombre con su dulce boca, impulsándolo sin palabras a responder. El control de Caine se esfumó. Nunca había estado con una mujer que le respondiera con tal inocencia, con tal sinceridad. Por primera vez en su vida, se sentía querido... y amado.

Se le escapó un gemido ronco, mientras se decía que tenía que ser suave con ella. Quería saborear cada contacto, cada caricia, hacer que esa noche con ella fuese infinita. Pero, cuando del fondo de la garganta de Jade comenzaron a brotar esos gemidos eróticos, Caine desobedeció su propia recomendación. Lo enloqueció. Con brusquedad, el hombre envolvió un mechón de los rizos sedosos de la muchacha en el puño y le echó la cabeza hacia atrás, para poder darle otro beso arrasador.

La pasión de Caine la consumió. La boca del hombre le devoró los labios, y su lengua... Dios, la lengua de Caine la hizo temblar de puro deseo. Las uñas de Jade se hincaron en los músculos de los antebrazos del hombre y se entregó al cuidado de él. En el vientre de la muchacha comenzó a arder un fuego salvaje, que pronto se transformó en una dulce tortura.

Las manos de Caine aferraron las nalgas de Jade y la apretó contra su erección. De manera instintiva, la muchacha apretó el miembro duro y comenzó a frotarse contra él.

El dolor se intensificó.

Cuando la boca de Caine se apoyó en el cuello de Jade, cuando su lengua comenzó a acariciar el lóbulo de su oreja, se sintió tan débil que casi no podía tenerse en pie. Le susurró oscuras promesas prohibidas, sobre las cosas que quería hacerle. Algunas las comprendió, otras no, pero quería experimentarlas todas.

- Jade, no hay arrepentimiento posible - murmuró Caine -. Me pertenecerás.

- Sí - respondió la mujer -. Esta noche quiero ser tuya, Caine.

- No - dijo el hombre, entre dientes, y la besó de un modo lento y lánguido -. No sólo esta noche, amor: para siempre.

- Sí, Caine - susurró Jade, casi sin conciencia de lo que estaba prometiendo -. Dime qué quieres que haga. Quiero complacerte.

La respuesta consistió en tomarle la mano y llevarla a la cintura de sus propios pantalones.

- Sujétame, cariño - le indicó, en voz ronca -. Tócame, apriétame. Fuerte.

El tamaño del miembro erguido la asustó, pero la reacción de Caine a su caricia arrasó con la timidez inicial de la muchacha. Los gemidos de placer del hombre la volvieron audaz: se sentía fuerte y débil al mismo tiempo. Jade se aflojó contra él, sonriendo al oír que volvía a murmurarle indicaciones, pues la voz de Caine temblaba. y del mismo modo, la mano de ella. Los dedos de Jade rozaron el estómago plano de Caine y se deslizaron por la cintura de los pantalones. Caine aspiró con brusquedad, diciéndole sin palabras cuánto le gustaba esa invasión. Jade se tomó más audaz aun y comenzó a desabotonar la abertura del pantalón. Aunque se mostraba torpe, no cejó hasta soltar todos los botones. Entonces vaciló, y Caine continuó con la tarea. Arrastró la mano de Jade dentro de la abertura. Los dedos de Jade se extendieron hacia abajo, en la mata de vello apretado, y bajaron hasta tocar el centro mismo del calor de Caine. Era increíblemente caliente y duro, pero Jade apenas lo acarició cuando el hombre le apartó la mano.

- Terminaría antes de comenzar - dijo entre dientes, cuando Jade intentó tocarlo otra vez.

- Caine, quiero...

- Lo sé - gimió.

Mientras lo decía, le quitaba el camisón. De súbito, Jade se sintió avergonzada y trató de bajarse otra vez el camisón por las caderas.

-¿No puedo dejármelo?

- No.

- Caine, no – balbuceó -. No...

Entonces Caine la tocó ahí, en su sitio más privado. La palma de la mano se ahuecó con audacia sobre ese sitio y luego los dedos comenzaron a tejer su magia. Sabía bien dónde acariciar y frotar y cuánta presión ejercer.

Pronto, el camisón quedó a un lado, igual que los pantalones de Caine. Las manos grandes del hombre cubrieron los pechos plenos de la muchacha, y los pulgares frotaron los pezones dilatados, hasta que Jade se apretó contra él.

Otro rayo iluminó la habitación. Cuando Caine vio la pasión en los ojos de la mujer, la alzó en brazos y la llevó a la cama. Luego se tendió junto a ella. Metió una de las rodillas entre los muslos de Jade, obligándola a separarlos y, cuando obedeció, empujó su miembro erecto contra la húmeda suavidad.

-¡Oh, Dios, qué maravillosa sensación! - murmuró.

Se apoyó en los codos para no aplastarla con su peso y luego bajó la cabeza hasta el valle entre los pechos de la muchacha. La besó allí, en los costados de los pechos, y trazó lentos círculos en torno de uno de los pezones, con la punta de la lengua.

Jade sintió como si la hubiese golpeado un rayo y se removió, inquieta, contra el hombre. Cuando, al fin, tomó el pezón en la boca y comenzó a succionar, Jade le hundió las uñas en los hombros, y el gemido ronco del hombre fue una mezcla de dolor y placer.

-¿Te gusta eso, mi amor? - preguntó, antes de ocuparse del otro pezón.

Jade quiso decirle cuánto le gustaba lo que estaba haciéndole, pero la pasión le impedía hablar. La boca de Caine atrapó otra vez la de la mujer y apartó sua-

vemente los muslos de Jade con las manos, mientras sus dedos no cesaban de prepararla para él.

- Jade, rodéame con las piernas - le ordenó de pronto, en voz áspera -. No puedo esperar más, cariño. Tengo que estar dentro de ti.

Jade sintió la punta húmeda del sexo de Caine, luego las manos del hombre le alzaron las caderas. La boca del hombre cubrió la de la mujer y la lengua penetró en su boca, al mismo tiempo que su sexo penetraba el de ella. Jade gritó y trató de apartase, y Caine sintió la resistencia contra su miembro erecto. Por breves segundos, el hombre vaciló, pero la expresión de sus ojos cuando echó atrás la cabeza para mirarla, le demostró que estaba resuelto. Se impulsó otra vez dentro de ella hasta que atravesó la virginidad de Jade. La muchacha gritó y cerró con fuerza los ojos, como si quisiera defenderse de la invasión.

Caine se quedó inmóvil, con la intención de darle tiempo a que se adaptara y dárselo a sí mismo para recuperar el control.

-¡Tienes que parar, ahora! - gritó la muchacha -. N o quiero que sigas más.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Abrió los ojos y lo miró:

- Deténte, ahora.

En el semblante de Caine se reflejó la preocupación. Una fina película de sudor le cubrió la frente y apretó las mandíbulas, y Jade supuso que sufría tanto como ella. Caine negó con la cabeza.

- Ya no puedo detenerme - dijo entre dientes -. Sólo abrázate a mí, Jade. No te muevas así.. me hace desear...

Caine apoyó la frente sobre la de Jade y cerró los ojos para olvidar el dulce tormento.

-¿A ti también te duele? - preguntó Jade, casi sollozando.

- No, mi amor - murmuró Caine -. No me duele.

- Ya no soy virgen, ¿verdad? Ya terminamos, ¿no es cierto?

Las emociones confusas que se agitaban dentro de ella la abrumaron. El dolor era insistente. Quería que Caine la dejara en paz... pero también quería que se quedara en ella.

- No, cariño, ya no eres virgen - respondió al fin -. Ahora eres mía. y te aseguro que no terminamos.

Tenía la voz entrecortada, como si hubiese corrido un largo trecho. La expresión adusta de su cara cuando la miró otra vez la asustó:

Era evidente que Caine odiaba tanto como ella lo que sucedía. El fracaso abrumó a Jade.

- Sabía que no servía para esto – exclamó -. Por favor, sal de encima de mí. Estás lastimándome.

Caine se estremeció.

- Cariño, no puedo detenerme - dijo.

Quiso besarla, pero Jade apartó el rostro y comenzó a forcejear otra vez.

- Si no te detienes, voy a llorar – rogó -. Odio llorar - agregó, sollozando contra el oído de Caine.

Caine no le recordó que ya estaba llorando. ¡Diablos, lo hacía sentirse como una serpiente rastrera! Y, aunque quería consolarla, el hecho de estar por com-

pleto metido en ese estuche apretado y caliente hacía que toda voluntad lo abandonara.

- Mi amor, el dolor pasará - prometió.

Rogó al cielo no equivocarse.

Con aspereza, Caine le rodeó el rostro con las manos, y con los labios puso fin a la conversación.

La lengua de Caine se deslizó dentro, para aparearse con la de Jade y, cuando percibió que la resistencia de la muchacha comenzaba a debilitarse, llevó la mano al sitio en que se unían ambos cuerpos, para despertar otra vez a la vida al sensible capullo.

Jade no olvidó el dolor, pero y ahora no importaba. La inquietud volvió, con insistencia creciente. Caine se esforzó por permanecer inmóvil, hasta que ella se adaptase a él. Cuando Jade comenzó a arquearse hacia él, el hombre se retiró un poco y luego se impulsó otra vez dentro de ella.

Un sollozo entrecortado lo obligó a detenerse nuevamente.

-¿Todavía te causo dolor? - le preguntó, rogando que no fuese así.

El cuerpo del hombre aullaba pidiendo alivio y sabía que, aunque Jade se lo rogara, ya no podría detenerse.

-¿Estás mejor ahora?

- Un poco - respondió la mujer, con la boca contra el cuello de él, en tono tímido e inseguro-. Estoy un poco mejor.

Caine siguió vacilando, hasta que Jade le mordió el lóbulo de la oreja y empujó hacia él. No necesitó más señal, pues su cuerpo se hizo cargo. Aunque se propuso ser suave, los impulsos se hicieron cada vez más fuertes y descontrolados.

Los muslos de Jade lo oprimieron. Los dedos de los pies de la muchacha se arquearon contra el dorso de las piernas de él. Las uñas de Jade se hundieron en los omóplatos de Caine. El hombre no cejaba en su intento de hacer que Jade también perdiese el control. Penetró en ella y luego se retiró lentamente, una y otra vez. Sabía que tendría que retirarse antes de alcanzar su propio orgasmo, pues ninguno de los dos había tomado la menor precaución contra el embarazo, pero Jade era tan caliente, tan apretada, que ese noble pensamiento se volvió insostenible. y en algún rincón oscuro de la mente admitió con sinceridad que quería hacerle un hijo.

El ritmo del acoplamiento tomó el mando. La cama chirrió con cada impulso. Los truenos se mezclaron con los gemidos de placer y con los susurros amorosos del hombre. Caine no le permitió darse a medias. Por el cuerpo de Jade giraban una ola de placer tras otra, hasta que tembló de ansiedad por llegar a la satisfacción plena. Caine la hacía arder de deseo. De pronto, se sintió aterrada por lo que estaba sucediéndole. Era como si intentara robarle el alma.

- Caine, no puedo...

El hombre calmó el temor de Jade con un beso largo y embriagador.

- Deja que te suceda, Jade. Afiérrate a mí. Yo te mantendré a salvo.

A salvo. La mantendría a salvo. La confianza instintiva de la muchacha en ese hombre alejó el miedo y la sensación de vulnerabilidad. Dejó que la tormenta la atrapase, hasta que se sintió fundida con el viento. y luego sintió que se hacía

astillas y volaba hacia el sol. El cuerpo de la mujer apretó con fuerza el del hombre. Jade gritó el nombre del hombre con gozo, alivio y amor.

Caine derramó en Jade su simiente en el mismo instante y dejó caer la cabeza sobre el hombro de la muchacha, con un gemido de satisfacción.

Su propio clímax lo hizo estremecerse, maravillado. Jamás había experimentado tan completa entrega. Se sentía vacío... y renovado.

Nunca la dejaría ir. Ese súbito pensamiento le martilleó el cerebro con la misma fuerza que los latidos salvajes del corazón. No luchó contra esa verdad ni trató de moverse.

Estaba contento.

Jade estaba exhausta.

Sólo advirtió que seguía aferrada a Caine cuando comenzaron a dolerle los brazos. Se soltó con lentitud y dejó caer los brazos a los costados. Estaba demasiado estupefacta para hablar. Nadie le había dicho que sería así. ¡Dios del cielo, había perdido el control por completo! Se había entregado a Caine por completo, en cuerpo y alma, con una confianza absoluta en que la cuidaría.

Nadie había tenido semejante poder sobre ella, hasta el momento. Nadie. Jade cerró los ojos para ocultar las lágrimas y pensó: «Caine es un ladrón más audaz que yo. Tuvo la audacia de robarme el corazón. y lo que es peor, yo se lo permití.»

Aunque percibió que Jade se ponía tensa, Caine no tuvo la fuerza ni la voluntad de salir de encima de ella.

- Creo que ahora tendrías que irte –susurró la joven, con voz temblorosa.

Con la boca contra el cuello de Jade, Caine suspiró, la rodeó con los brazos y rodó de costado.

Jade no pudo resistir la tentación de acurrucarse contra el pecho de él, aunque fuese por unos instantes.

No comprendía por qué, pero sentía la necesidad de escuchar palabras de elogio antes de que Caine se retirase... unas mentiras sobre el amor y el honor, que pudiese atesorar y saborear en las noches frías que la esperaban cuando estuviese sola. Sí, serían mentiras, pero, de todos modos, quería escucharlas.

Desde luego, eso no tenía sentido, y Jade percibió que se enfadaba con él. Toda la culpa era de Caine, que la había convertido en una idiota incapaz de decidir si quería llorar o gritar.

- Dulzura, ¿ya estás arrepentida?

En el tono de Caine, en cambio, no se advertía la menor señal de arrepentimiento, sino todo lo contrario: parecía divertido.

Como no respondió, Caine le tironeó del pelo, obligándola a mirarlo.

Lo que vio lo satisfizo en gran medida. El rostro de Jade estaba sonrosado por el amor, la boca hinchada por los besos y los ojos todavía nublados de pasión. Caine se sintió como si la hubiese marcado a fuego. Le inundó una oleada de posesividad salvaje, e hizo un vehemente gesto de asentimiento. Brefirió ignorar la expresión enfurruñada de la muchacha, pues imaginó que era puro alarde, para impresionarlo a él.

No pudo resistir la tentación de besarla otra vez, y, cuando inclinó lentamente la cabeza para adueñarse de la boca de Jade, ella trató de apartarse. Caine se limitó a tirar más fuerte del pelo para mantenerla quieta.

El beso sólo tenía la intención de disipar el ceño de Jade, pero, en cuanto la boca del hombre cubrió la de la mujer, la lengua se hundió en el calor dulce y embriagador de la muchacha. El juego erótico provocó la reacción de Jade. Fue un beso prolongado, intenso, y, cuando al fin Caine alzó la cabeza, Jade estaba aferrada a él.

- Tú me deseaste tanto como yo a ti, Jade. Tú decidiste, amor, y ahora tendrás que aceptarlo.

Ese hombre era un pillo. Una vez más, los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas por la actitud insensible de Caine. Además, ¿tenía que sonreírle mientras hacía una afirmación tan dolorosa?

Jade se prometió que nunca le permitiría saber lo mucho que esas palabras la habían herido.

- Sí, Caine, yo decidí entregarte mi virginidad, y aceptaré las consecuencias de mis acciones. y ahora, si no te importa, tengo mucho sueño y me gustaría...

- No estoy hablando de eso - la interrumpió, en voz tan áspera como un rayo -. La elección que hiciste fue la de pertenecerme, Jade. Nos casaremos, querida.

-¿Qué?

- Ya me oíste - repuso, en voz más suave - No adoptes ese aire apabullado. No es tan malo.

- Caine, yo nunca decidí semejante cosa - dijo la joven en tono vacilante.

Caine no estaba dispuesto a tolerar una negativa, quería que Jade lo aceptara. ¡Por Dios, no pensaba salir de esa cama hasta que no lo lograra! La acostó de espaldas y apartó los muslos de la mujer con una rodilla. Sujetó las manos de Jade sobre la cabeza de ella y aplastó su pelvis contra la de la muchacha.

- Mírame - le exigió. Cuando le obedeció, dijo -: Lo que acabamos de compartir no puede deshacerse. Ahora eres toda mía. Acéptalo, Jade, y será muchísimo más fácil para ti.

-¿Por qué tengo que aceptarlo? - preguntó-. Caine, no sabes lo que estás pidiéndome.

- Soy un hombre muy posesivo.

El tono de Caine tuvo un matiz cortante.

- Ya lo advertí - musitó Jade -. Eso es un pecado.

- No compartiré lo que es mío, Jade, ¿entiendes?

- No, no entiendo - murmuró, sintiendo que la expresión de los ojos de Caine la helaba -. ¿Es porque yo era virgen y te sientes culpable? ¿Por eso quieres casarte conmigo?

- No, no me siento culpable –respondió el hombre -. No obstante, te casarás conmigo. Hablaré con tu hermano en cuanto regrese de...

- Eres el hombre más arrogante e inflexible que jamás tuve la desgracia de conocer.

Una sonrisa se insinuó en la boca de Caine.

- Pero a ti te gustan los hombres arrogantes e inflexibles, mi amor. De lo contrario, no me habrías permitido que te tocara.

Por extraño que pareciera, Jade no pudo discutirle.

- Por favor, sal de encima; estás asfixiándome.

De inmediato, Caine se apartó, y luego se apoyó sobre un codo para poder contemplar las expresiones de Jade. La muchacha cubrió a ambos con la sábana, cruzó las manos sobre los pechos, y fijó la vista en el cielo raso.

- Jade.

- ¿Qué?

-¿Te lastimé?

Jade no lo miró, y Caine le tironeó del pelo, impaciente.

- Respóndeme.

- Sí, me lastimaste - murmuró.

Sintió que se ruborizaba.

- Lo siento, Jade.

La ternura en la voz del hombre la hizo estremecerse, y comprendió que necesitaba controlar sus emociones. Tenía ganas de llorar, y no sabía por qué.

- No, no lo sientes – afirmó -. Si lo sintieras, te habrías detenido cuando te lo pedí.

- No podía detenerme.

-¿No podías?

Giró para mirarlo.

- No, no pude.

La ternura que vio en los ojos de Caine la ablandó. También vio en esos ojos una chispa divertida, y no supo qué pensar.

- Me alegro de que no te sientas culpable, pues no tienes motivo.

-¿Por qué? – dijo Caine, remarcando las palabras.

-¿Por qué? Porque no me obligaste a hacer nada que yo no quisiera. Esto fue todo mi responsabilidad.

-¿Al menos estuve aquí? – preguntó -. Según recuerdo, fui un participante activo.

Jade no hizo caso del tono divertido de Caine.

- Claro que estuviste presente. Pero yo fui la que te permitió ser… activo.

Caine habría reído a carcajadas si Jade no hubiese tenido una expresión tan seria, si no se retorciese las manos. Estaban en juego los sentimientos de la muchacha, y por eso se contuvo.

- De acuerdo – admitió -. Tú fuiste más activa que yo. ¿Estás conforme?

- Sí, gracias.

- No hay de qué. Y ahora, dime por qué querías que te hiciera el amor.

Antes de responder, Jade clavó otra vez la vista en el techo. A Caine lo fascinó el rubor que le cubría el rostro: su pequeña inocente estaba otra vez avergonzada. Sólo unos minutos atrás, mientras hacían el amor, había sido una salvaje. La naturaleza apasionada de Jade igualó a la de Caine, pero, por otra parte, para la muchacha fue la primera vez y todavía se sentía avergonzada y confundida por lo ocurrido.

- Porque lo deseaba – respondió -. Siempre supe que nunca me casaría y quería… Oh, no lo entenderás. Apuesto a que muy pronto, después que me haya ido, ni siquiera me recordarás.

Se volvió para juzgar la reacción de Caine, segura de que se habría enfadado.

Pero Caine comenzó a reír.

- Eres muy grosero –le espetó, volviendo la mirada al cielo raso -. Quiero que te vayas.

Los dedos de Caine le rozaron el costado del cuello, haciéndola estremecerse.

- Jade, fue inevitable.

Jade movió la cabeza.

- No lo fue.

Caine tiró lentamente de la sábana, hasta que los pechos de Jade quedaron expuestos.

- Lo fue – susurró -. Dios, te deseé tanto tiempo…

Tiró de la sábana hasta que descubrió el estomago de la mujer.

-¿Sabes una cosa, amor?

-¿Qué? - preguntó, sin aliento.

- Te deseo otra vez.

Se inclinó y la besó, antes de que ella pudiese discutirle. Jade lo dejó hacer, hasta que la boca de Caine se tomó más insistente, y luego lo empujó. Rodó con él y, cuando quedaron cara a cara, mantuvo la mirada fija en el pecho de él.

- Caine. - Los dedos de la muchacha juguetearon con el vello del pecho de Caine, mientras intentaba armarse de valor para hacer la pregunta.

-¿Qué? - preguntó, sin saber por qué parecía tímida otra vez.

-¿Eso significa que estuvo bien?

El hombre le alzó la barbilla con el pulgar.

- Oh, sí, estuvo muy bien.

-¿No te decepcionaste?

La vulnerabilidad de la muchacha lo conmovió.

- No, no me decepcioné.

La expresión de Caine se volvió tan sombría, que Jade supo que decía la verdad.

- Yo tampoco.

- Lo sé - respondió, mostrando otra vez esa sonrisa arrogante.

-¿Cómo lo sabes?

- Por el modo en que reaccionaste a mis caricias, por cómo llegaste a tu propio orgasmo, cómo gritaste mi nombre.

- Oh.

La sonrisa de Caine derritió los restos de preocupación que le quedaban.

- Fue un poco impactante, ¿no es así, Jade?

La muchacha asintió.

- No tenía idea de que sería tan… espléndido.

Caine la besó en la coronilla.

- Huelo mi aroma en ti – dijo -. Me gusta eso.

-¿Por qué?

- Me provoca una erección.

- Tendría que lavarme.

- Yo lo haré por ti - se ofreció.

Jade se alejó y saltó de la cama antes de que pudiese alcanzarla. .

- No harás tal cosa - dijo, para luego darle la espalda y ponerse la bata.

La sonrisa hechicera de Jade se disipó cuando vio las manchas de sangre sobre las sábanas.

- Me hiciste sangrar- Lo acusó, balbuceante.

- Mi amor, era la primera vez para ti.

- Lo sé.

- Es normal que sangraras.

La afirmación la apabulló.

-¿Lo dices en serio?

Caine asintió.

-¿Pero sólo la primera vez, Caine? No quiero decir que vaya a haber una segunda vez - se apresuró a decir -. Pero no quisiera...

- Sólo la primera vez - respondió el hombre.

Prefirió no hacer caso de la afirmación de que no habría una segunda vez, y, en cambio, preguntó:

- Jade, ¿nadie te explicó estas cosas?

- Bueno, claro que lo hicieron - repuso la muchacha, sintiéndose como una tonta.

Caine no le creyó.

-¿Quién? Tus padres murieron antes de que fueses lo bastante grande para entender. ¿Fue tu hermano? ¿Nathan te explicó?

- Nathan me abandonó.

En realidad, esa verdad se le escapó.

- Quise decir que estaba lejos, en la escuela, todo el tiempo, y lo veía poco.

Caine vio que Jade se agitaba y retorcía el cinturón de la bata, formando nudos.

-¿Cuándo te dejó Nathan?

- Estaba en la escuela - repitió.

-¿Cuánto tiempo?

- Por qué me haces estas preguntas? Mi tío Harry se encargaba de mi educación mientras Nathan estaba ausente. Y lo hizo bien, Caine.

- Es evidente que dejó de lado ciertos aspectos importantes - señaló Caine.

- Mi tío es un hombre muy reservado.

-¿Acaso no había ninguna mujer que...?

Interrumpió la pregunta al ver que Jade negaba con la cabeza.

- No había mujeres, pero yo jamás habría comentado un tema tan personal con nadie, Caine. No sería correcto.

Antes de que pudiese seguir interrogándola, pasó detrás del biombo y se lavó con los restos de jabón con perfume de rosas y el agua de la palangana. Sólo entonces advirtió lo inflamada que estaba. Cuando regresó a la cama, estaba profundamente irritada contra Caine y contra sí misma.

Al parecer, Caine se había acomodado para pasar la noche. Tenía las almohadas metidas bajo la cabeza y se lo veía muy cómodo. Jade se ajustó el cinturón de la bata y lo miró con severidad.

- Caine, realmente tienes que entender una cosa - comenzó, en tono firme.

-¿Qué cosa, mi amor?

Jade odiaba cuando le sonreía con tanta inocencia, pues hacía que le golpeara con fuerza el corazón y su mente quedara vacía de todo pensamiento. Tuvo que fijar la vista en el piso para poder continuar.

- Esto no puede ocurrir otra vez. Nunca. Será inútil que discutas conmigo, Caine. Estoy resuelta. Ya es hora de que te vayas.

En respuesta a orden tan terminante, Caine le hizo señas de que se acercara.

- Ven a la cama, Jade. Necesitas descansar.

La muchacha lanzó un gemido.

-¿Me darás dificultades?

- Me temo que sí, mi amor.

- Por favor, ponte serio - le exigió, al ver que le guiñaba un ojo.

- Estoy serio – repuso -. Pero también soy realista.

-¿Realista?

Se acercó más a la cama, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba en el mejor modo de lograr que se fuera.

Tarde comprendió que su error consistió en acercarse demasiado. Caine la atrapó con facilidad y de pronto estuvo acostada de espaldas, junto a él. El muslo tibio y pesado del hombre le inmovilizaba las piernas y con una de las manos le rodeaba la cintura. Jade advirtió que, pese a lo brusco de la acción, Caine procuró no tocarle la herida. Era un hombre increíblemente cuidadoso. También arrogante. Pero Jade estaba atrapada, y el hombre tuvo el atrevimiento de sonreírle.

- Veamos. Soy realista porque sé que esto sólo acaba de empezar - le explicó -. Jade, deja de pellizcarme. No puedes creer que no volveré a tocarte, ¿no es cierto Los matrimonios...

- No te atrevas a mencionar otra vez el matrimonio -lo interrumpió.

- Está bien – aceptó -. Como este tema es tan inquietante para ti, esperaré antes de volver a mencionarlo. Pero estás de acuerdo en que te quedarás aquí, al menos dos semanas, ¿verdad?

Era otra vez razonable y, en verdad, para Jade esa cualidad resultó consoladora en ese momento.

- Sí, pero ya no serán dos semanas. Ya hace más de media semana que estoy aquí.

- Magnífico. ¿Acaso crees que en todo el tiempo que queda yo viviré como un monje?

- Sí.

- No es posible - repuso el hombre -. Ya estoy dolorido.

- No es cierto.

- Lo estoy - murmuró Caine -. Maldición, Jade, te deseo otra vez. Ahora.

La voz del hombre sonó ronca, y Jade se dijo: «Lo hace deliberadamente». Mientras la miraba a los ojos, Caine le desanudaba lentamente el cinturón de la bata. Luego rozó con los dedos las puntas de los pezones. Sin dejar de sostenerle la mirada, deslizó los dedos por el vientre, con ademanes lentos. Los dedos bajaron hasta los rizos suaves en la unión de los muslos.

Caine besó el valle que se extendía entre los pechos, mientras con los dedos encendía el fuego en la mujer.

Jade cerró los ojos y, de manera instintiva, se movió contra la mano del hombre. La lengua del hombre le endureció los pezones, y, cuando introdujo los dedos en ella, dejó escapar un gemido, mitad de placer, mitad de dolor.

Caine ascendió para besarle la boca, exigiendo respuesta. La lengua humedeció los labios de Jade. Cuando obtuvo la cooperación de la muchacha, se echó hacia atrás.

- Estás excitada, ¿no es verdad, mi amor?

- Caine.

Musitó el nombre, intentando apartarle la mano, pero no lo logró. Casi no podía pensar.

- Tienes que cesar este tormento. Tienes que luchar contra esta atracción. ¡Oh, Dios, no hagas eso!

- No quiero luchar contra ella - replicó el hombre, mientras le mordía el lóbulo de la oreja -.

Me gusta esta atracción, Jade.

¡Era incorregible! Jade soltó un suspiro entrecortado y permitió que los besos de Caine la dejaran otra vez sin sentido. Casi no protestó cuando él le quitó la bata y se acomodó entre sus muslos. El vello de las piernas del hombre le hacía cosquillear los dedos de los pies y, de pronto, la abrumaron las maravillosas diferencias que había entre los cuerpos de ambos. Caine era, todo él, duro, firme. Los dedos de los pies de Jade se frotaban contra el dorso de las piernas del hombre y los pezones le dolían, anhelando que los tocara otra vez.

- Caine, ¿puedes prometerme algo?

- Lo que quieras - respondió el hombre, con voz estrangulada.

- Podemos pasar este tiempo juntos, pero, cuando regrese Nathan, esto tiene que terminar. Nosotros...

- No haré promesas que no soy capaz de cumplir - la interrumpió.

Parecía enfadado.

- Cambiarás de opinión –susurró Jade.

- Pareces muy segura. ¿Por qué? ¿Qué es lo que me ocultas?

- Sé que te aburrirás de mí - se apresuró a decir Jade, abrazándolo -. Bésame.

En el tono de Jade se advertía un matiz desesperado, y Caine respondió del mismo modo. El beso fue como un fuego desatado y pronto quedó fuera de todo control.

Caine se concentró en complacerla. Se tomó tiempo en excitarla, volviéndola loca. Besó cada porción de los pechos y le succionó los pezones hasta que Jade sollozó, suplicando alivio.

Entonces se movió lentamente, descendiendo por el cuerpo de la mujer. La lengua acarició el vientre plano y, cuándo bajó más aun, los gemidos se convirtieron en exclamaciones de placer carnal.

Con los dientes, raspó suavemente los rizos. La lengua acarició los pétalos sedosos hasta que quedaron completamente húmedos, siempre sin dejar de rozarla con los dedos, con eróticas caricias.

No le bastaba nada de lo que Jade le entregaba. La lengua no cesaba de incitarla, mientras los dedos se deslizaban adentro y afuera.

Las manos de Jade retorcían las sábanas. El placer que Caine le provocaba la dejaba estupefacta. No tenía idea de que un hombre pudiese hacer el amor de ese modo. Era evidente que Caine sabía lo que hacía. Enloquecía de ansiedad por él.

Cuando sintió él primer ramalazo de éxtasis, cuando se apretó en torno de él en un rapto de placer y agonía, Caine se movió hacia arriba, y el embeleso la consumió, sin que pudiera evitarlo. Caine la penetró con su miembro duro, caliente, pleno, en el mismo instante en que lograba el orgasmo. Lo apretó con fuerza y se aferró a él en gozosa rendición.

Caine intentó retroceder, pero se sintió incapaz de detenerse. Jade lo hacía anhelar su propia liberación. La simiente del hombre se derramó en la muchacha en un orgasmo flagrante, que le quitó el aliento.

Hasta esa noche, nunca se había entregado de un modo tan completo. Siempre había retenido una parte. Siempre fue capaz de mantener un rígido control. Pero con esta mujer especial no pudo contenerse. Era extraño, pero no consideraba esa aceptación como una rendición. A decir verdad, era una victoria de ambos, pues en el fondo sabía que tampoco Jade había actuado con reservas.

Se sintió limpio de cuerpo y alma. El increíble don que acababan de compartir lo colmó de contento.

Tuvo que apelar a toda su fuerza para hacerse a un lado, y se sintió complacido cuando ella se acurrucó contra él. La rodeó con los brazos y la apretó contra él.

- Todavía siento tu sabor.

-¡Oh, Dios!

La voz de Jade reveló que se sentía mortificada.

Caine rió.

- Me gusta tu sabor. Eres toda miel y sexo, mi amor. Es una combinación atractiva, y puede hacer que un hombre se convierta en adicto.

-¿Sí?

- Sí - gruñó -. Pero yo seré el único que te saboree. ¿No es justo, acaso?

Le pellizcó el trasero, para que le respondiese.

- Sí, Caine - admitió la joven.

-¿Te lastimé otra vez?

- Un poco.

- No lo lamento.

Jade fingió un suspiro.

- Lo sé.

- No podía detenerme.

Jade metió la cara bajo la barbilla de Caine. Pasaron largos momentos, hasta que habló otra vez.

- Nunca, jamás te olvidaré, Caine.

Supo que Caine no la había oído, pues la respiración profunda y regular del hombre le reveló que ya estaba dormido.

Sabía que tendría que despertarlo y exigirle que volviera a su propia habitación. Sterns se decepcionaría si los encontraba juntos.

Cuando Jade intentó apartarse, Caine la estrechó más: hasta en sueños era un hombre posesivo.

Jade no tuvo ánimos para despertarlo. Cerró los ojos y dejó que el viento le disipara las ideas. Minutos después, estaba dormida.

El hombre soñó con ángeles.

La mujer, con tiburones.

9

A la mañana siguiente, llegó el médico, sir Harwick, para revisar a Jade. Era un anciano con cabello gris y ojos azules que chispeaban como el mar en un día tranquilo. Tanto la vestimenta como los modales' del hombre eran impecables. A juicio de Jade, tenía la apariencia de un mapache artero, pues el cabello de las sienes estaba peinado formando curvas que terminaban a escasos centímetros de los bordes de la nariz puntiaguda.

Tal como Jade le había predicho a Caine, sir Harwick le hurgó y la pinchó. Caine, de pie a los pies de la cama, con las manos a la espalda, actuaba como un centinela cuidando su tesoro. Cuando el médico concluyó el examen, indicó que el descanso era el mejor remedio para el estado de la joven. Como Jade no estaba convencida de estar en una situación especial, ignoró todas las sugerencias.

Por su expresión Caine parecía estar memorizando cada una de las indicaciones. «Está decidido a convertirme en una inválida», se dijo Jade. Cuando Harwick indicó la necesidad de poner una compresa fría en el chichón que ya estaba desapareciendo, Caine fue de inmediato a buscarla.

Jade se alegró de quedar a solas con el médico.

- Me enteré de que lo llamaron para atender al padre de Caine – comenzó -. Me apenó sabe que no se sentía bien. ¿Está mejor?

El médico negó con la cabeza.

- Ya no puedo hacer mucho más por él. Es una pena. Desde que le arrebataron a Colin, se dio por vencido. Colin era su preferido, ¿sabe?, y la pérdida lo quebró.

-¿Por qué dice que Colin es el preferido?

- Es el primer hijo que tuvo con su segunda esposa - respondió Harwick -. La madre de Caine murió cuando él era pequeño, de no más de cinco o seis años.

Era obvio que Harwick disfrutaba de una buena sesión de chismorreo. Acercó una silla al costado de la cama, se acomodó y dijo, con un susurró entusiasta:

- El primer matrimonio fue obligado, ¿entiende? , y, según lo que sé, fue una unión bastante desdichada, aunque Henry hizo lo mejor que pudo.

-¿Henry?

- El padre de Caine - aclaró Harwick -. Henry aún no se había convertido en el duque de Williamshire, pues su propio padre todavía vivía. Por eso tenía más tiempo para dedicarse a su matrimonio. Pero fue inútil, pues la madre de Caine era una arpía. Convirtió la vida en un infierno para el esposo y el hijo. ¡Si hasta trató de volver al hijo contra el padre! ¿Puede creer semejante blasfemia? Cuando murió, nadie la lloró mucho tiempo.

-¿Conoció usted a esa mujer?

- En efecto - respondió el médico -. Era atractiva, pero su belleza escondía un corazón negro.

- Y el segundo matrimonio del duque, ¿es feliz?

- Oh, sí - respondió Harwick, haciendo un gesto elocuente con la mano -. Gweneth es una mujer estupenda. En cuanto comenzó sus funciones de anfitriona con el esposo, tuvo a la alta sociedad atrapada por la oreja. ¡La elite la sigue casi con tanto fervor como siguen la moda que impone Brummel en la vestimenta y los modales! Debo decir que Gweneth es una buena esposa y madre. Los hijos están muy unidos, prueba de que hizo bien su tarea.

- Cuando se refiere a los hijos, sir Harwick, ¿incluye a Caine? .

- Así es - respondió Harwick -. Los otros recurren a Caine, por ser el mayor, pero él tiende a separarse del resto de la familia. A menos que alguien intente hacerle daño a alguno de sus hermanos o hermanas, desde luego. En ese caso, Caine interviene. - Hizo una pausa, se inclinó hacia delante y dijo en tono conspiratorio -: Algunos hablan de venganza.

Movió las cejas, para enfatizar el comentario.

-¿Por qué hablan de venganza? - preguntó.

A Jade le pareció que en su voz resonaba la preocupación, pero Harwick no lo notó y no quería que terminara la conversación en ese mismo momento. Compuso una expresión un tanto desinteresada, y hasta sonrió.

- Me despertó la curiosidad, señor - agregó.

El interés de Jade satisfizo a Harwick.

- Querida mía, Caine difundió que estaba tras de Pagan. Hasta hizo que sus hombres pegara anuncios en toda la ciudad. Los jugadores hicieron apuestas, diez a uno a favor de Caine, por supuesto. Atrapará al pirata – predijo -. Y, cuando lo haga, que Dios se apiade de él.

- Sí, que Dios se apiade - se hizo eco Jade -¿Dijo usted que el padre de Caine está enfermo - preguntó, llevándolo al tema inicial -. ¿Muy enfermo?

- Grave - afirmó Harwick.

-¿No se puede hacer nada?

Harwick movió la cabeza.

- Gweneth está tan afligida por Henry que casi se volvió loca. Ese hombre no come ni duerme- No puede seguir así. No, me temo que, si no es capaz de aceptar la muerte de Colin, será el próximo en morir.

- Quizá necesite ayuda - dijo Jade.

-¿Quién necesita ayuda? - preguntó Caine, desde la puerta.

- Tu papá - dijo Jade.

Se volvió otra vez hacia sir Harwick:

-¿Qué es eso que oí de que un amigo de usted desapareció?

- Oh, sí, pobre sir Wmters. Era un buen médico - dijo Harwick, con gesto enfático.

Como el médico le dirigió una mirada expectante , Jade dijo:

- Habla como si estuviese muerto.

- Estoy seguro de que lo está - afirmó sir Harwick.

De pie al otro lado de la cama, Caine intentaba, sin mucho éxito, colocarle la compresa sobre la herida. Jade tenía más interés en escuchar las opiniones del médico que en atender ese pequeño chichón. Seguía apartando la mano de Caine, y este insistía en colocarle la compresa. , Harwick observó la lucha silenciosa

unos minutos, conteniendo la sonrisa: no cabía duda de que esos dos eran toda una pareja. La siguiente pregunta de Jade lo retrotrajo al tema principal:

-¿Por qué cree que Winters está muerto?

- Tiene que estarlo - repuso Harwick-. El cocinero fue el último en verlo con vida. Winters paseaba por los jardines traseros. Dobló en una esquina y se esfumó.

-¿Cuánto hace de esto? - preguntó Caine.

- Hace ya unos tres meses - respondió el médico -. Todos sabemos qué le sucedió.

-¿En serio? - preguntó Jade, sobresaltada por la dureza del tono del médico - ¿Y qué fue lo que le sucedió?

- No tendría que comentarlo –respondió Harwick.

Aunque la expresión de su rostro indicaba precisamente lo contrario: parecía tan ansioso como un niño que estuviese a punto de abrir los regalos de cumpleaños.

Sir Harwick se inclinó hacia delante y dijo, en un susurro dramático:

- Esclavos blancos.

Jade creyó que no había entendido bien.

-¿Cómo dice?

- Esclavos blancos - repitió Harwick.

Enfatizó la afirmación con un gesto y se respaldó en la silla.

Jade tuvo que morderse el labio inferior para contener la risa. No se atrevió a mirar a Caine, pues estaba segura de que, si veía en él la más mínima señal de diversión, no podría controlarse.

- No lo sabía - murmuró.

El aspecto de Harwick demostraba que disfrutaba de la reacción de la joven.

- Claro que no lo sabía - se apresuró a agregar -. Es usted una dama gentil y es imposible que haya oído hablar acerca de asuntos tan desagradables. Tras esta trampa, también debe de estar Pagan. Es el que atrapó a Winters y lo vendió a los esclavistas.

Jade ya no se divertía, y hasta sintió que enrojecía.

-¿Por qué será que se culpa a Pagan por cada uno de los pecados que se cometen en Inglaterra? - preguntó, sin poder evitarlo.

- Vamos, vamos, no se altere así –murmuró sir Harwick. Le palmeó la mano y dijo -: No tendría que haberle contado estos rumores que circulan por ahí.

- No estoy alterada - mintió Jade -. Lo que sucede es que me exaspera el modo en que todo el mundo usa a Pagan como chivo emisario. Tampoco estoy preocupada por su amigo, sir Harwick; pues en el fondo estoy convencida de que sir Winters aparecerá sano y salvo cualquier día de estos. El médico le oprimió la mano con cariño.

- Tiene usted un corazón muy tierno.

- El padre de Caine ¿tiene un corazón fuerte?

El que respondió fue el propio Caine:

- Sí.

El enfado en la voz del hombre sorprendió a Jade, y giró para mirarlo.

- Es bueno saberlo – dijo -. ¿Por qué frunces el entrecejo? ¿Porque yo pregunté por tu padre o porque tiene un corazón fuerte?

- Por ninguna de las dos cosas –respondió Caine, volviendo su atención al médico -. Mi padre comenzará a sentirse mejor cuando Pagan sea castigado. La venganza será un bálsamo para él.

- No, Caine - repuso Jade -. La justicia será su salvación.

- En esta situación, son la misma cosa - arguyó Caine.

La línea tensa de la mandíbula revelaba el disgusto y también la obstinación del hombre.

La muchacha sintió ganas de gritarle, pero cambió de idea.

- Fuiste muy amable al traerme la compresa.

Tocó el paño frío que tenía en la sien y luego se volvió hacia sir Harwick.

- Y gracias a usted, señor, por atenderme. Ahora me siento mucho mejor.

- No fue nada - repuso sir Harwick. Le tomó la mano otra vez y añadió -: En cuanto se sienta mejor, tendrá que mudarse con el duque y la duquesa. Estoy seguro de que los padres de Caine se sentirían más que dichosos de tenerla como huésped, hasta que esté recuperada por completo.

Giró la mirada hacia Calle.

- Desde luego que guardaré el secreto. No habrá ningún chisme desagradable relacionado con esta dama encantadora.

-¿Qué secreto? –preguntó Jade, confundida.

Sir Harwick lanzaba a Calle una mirada tan punzante que inquietaba.

- Está preocupado por tu reputación –le aclaró Caine.

- Ah, eso.

La muchacha lanzó un suspiro prolongado.

- Ella no está demasiado preocupada - afirmó Calle, con sequedad.

Sir Harwick adoptó un aire horrorizado.

-¡Pero, querida, eso sencillamente no se hace! No tendría que quedarse aquí sola, con un hombre soltero.

- Sí, supongo que tiene razón.

- Pero estuvo enferma, querida, y estoy seguro de que no pensó con claridad. No los culpo ni a usted ni a Caine - agregó, haciendo un ademán hacia el marqués -. El anfitrión actuó de buena fe.

-¿En serio? - preguntó Jade.

- Sin duda - respondió sir Harwick -. Aquí vive todo el personal doméstico completo y, aun así, los chismosos se harían un festín con estas noticias. y los rumores lastimarían a muchas personas. La madre de Caine...

- Mi madrastra - corrigió Calle.

- Sí, claro, su madrastra - admitió Harwick, y prosiguió -: Sufriría daño y ya que estamos, también sufriría su prometida.

-¿Su qué?

No quiso alzar la voz, pero el comentario casual de sir Harwick la dejó estupefacta. De pronto, se sintió descompuesta y palideció.

-¿Dijo usted la prometida de Caine? - preguntó en un susurro áspero.

- Jade - comenzó Caine -, creo que sir Harwick se refiere a lady Aisely.

- Entiendo - repuso, obligándose a sonreírle al médico -. Ahora recuerdo: lady Aisely, la mujer con la que vas a casarte.

Hacia el final de la frase, la voz de Jade era casi un chillido. Ni conocía a esa Aisely, pero ya la detestaba y, cuanto más pensaba en el asunto, más se enfurecía con Caine. Para ser sincera, también lo odiaba a él.

- Lady Aisely no tomará a la ligera la novedad de que usted se hospede aquí - predijo Harwick.

- No es mi prometida - intervino Caine -. Es la prometida que mi madrastra quisiera para mí - precisó.

No pudo evitar que la risa resonara en su voz. La forma en que reaccionó Jade al oír hablar de lady Aisely fue muy reveladora y le demostraba que le importaba.

- Pero su querida madrastra está...

- Está empecinada en unirnos a lady Aisely y a mí - la interrumpió -. Eso no ocurrirá, Harwick.

Jade sintió la mirada fija de Caine e hizo un esfuerzo desesperado para mostrarse desinteresada. Vio que retorcía la compresa entre las manos y cesó de inmediato.

- A mí no me interesa con quién te cases - afirmó.

- Debería.

Jade negó con la cabeza.

- Sólo habría preferido que me hablaras anoche de tu compromiso.

- No estoy comprometido - le espetó Caine -. Y anoche habría...

-¡Caine! - gritó la joven, y bajó la voz para agregar -: No olvides que tenemos un invitado.

Harwick soltó una risita y fue caminando con Caine hasta la puerta.

- Tengo un presentimiento en relación con ustedes dos. ¿Estoy en lo cierto?

- Depende de cuál sea ese presentimiento - respondió Caine.

- Es su prometida, ¿verdad?

- Lo es - contestó Caine -. Lo que sucede es que todavía no lo admitió.

Los dos rieron.

- Muchacho, puedo decirte que será difícil.

- Difícil o no - replicó Caine, en un tono lo bastante alto como para despertar a los muertos -, será mi esposa.

La puerta se cerró, cubriendo el grito de negativa de la muchacha. Jade arrojó la compresa a través de la habitación y se dejó caer sobre las almohadas, rechinando los dientes de exasperación.

«¿Qué me importa a mí con quién se case?- pensó -. En cuanto Nathan regrese, no volveré a ver a Caine. Además, ¿por qué diablos todo tiene que ser tan complicado? Sólo Dios sabe que proteger a Caine de por sí es bastante trabajoso, y ahora también tengo que ocuparme del padre de Caine.»

¿Sería bonita lady Aisely?

Jade apartó ese pensamiento de su mente. En realidad tendría que hacer algo por el duque de Williamshire. Sin duda, cuando Colin regresara, si veía que el padre había muerto de pena, se sentiría muy perturbado.

¿Caine se habría acostado con lady Aisely?

«En este momento no puedo pensar en ella - se dijo Jade -. Tengo muchos otros problemas de qué preocuparme.»

Haría algo con respecto al padre de Colin. Una nota no sería eficaz. Tendría que ir a verlo y tener una firme conversación con él.

¿Acaso habría hecho ya la madrastra de Caine arreglos para la boda? «¡Oh, Dios, espero que Caine me haya dicho la verdad! Espero que no quiera a lady Aisely». «Esto es ridículo», murmuró para sí. Claro que Caine se casaría, y por supuesto que no lo haría con Jade. Cuando descubriese la verdad acerca de ella, no la querría más.

Con un gemido de frustración, Jade desistió de hacer planes. Sus emociones eran como los mástiles del *Emerald*, soportando el viento más intenso. En ese momento, era inútil que intentara concentrarse. El padre de Caine tendría que soportar un poco más la desesperación.

Evitó a Caine la mayor parte del día. Cenaron juntos, en silencio. Para sorpresa de Jade, Sterns apartó una silla y se sentó a cenar con ellos. Casi todo el tiempo prestaba atención a Caine, pero, cuando la dirigía hacia Jade, adoptaba una expresión amable y cariñosa.

Jade llegó a la conclusión de que, a fin de cuentas, Sterns no había descubierto que habían dormido juntos, y sintió un gran alivio. Ya había advertido que la relación entre Sterns y Caine iba mucho más allá de la de un empleado con su patrón. Eran como una familia, y Jade no quería que un hombre encariñado con Caine pensara que ella era una ramera.

Jade lanzaba al mayordomo miradas afligidas, hasta que el hombre se estiró y le palmeó la mano.

Durante la cena, el que hizo todo el gasto de la conversación fue Caine. Se refirió a los problemas del manejo de una propiedad grande. Jade estaba muy interesada, y también sorprendida, pues Caine mostraba verdadero interés por los habitantes de sus tierras. En verdad, se sentía responsable por el bienestar de ellos.

-¿Ayudas a los necesitados? - le preguntó.

- Por supuesto.

-¿Les das dinero?

- Sólo cuando es la única solución – explicó -. Jade, el orgullo de un individuo es más importante que el hambre. Cuando tiene el estómago lleno, el paso siguiente es ayudarlo a mejorar. Jade pensó largo rato y por fin dijo:

- Sí, la autoestima de un hombre es importante. Y también la de la mujer - agregó.

- Si le quitas el respeto por sí mismo, existe la posibilidad de que él... o ella se den por vencidos.

Se puede hacer sentir a un hombre que se lo manipula o que es un fracasado.

- Hay diferencia entre manipulación y fracaso - arguyó Jade.

- En realidad, no - repuso Caine -. Si permite cualquiera de las dos cosas, es un tonto, ¿no es verdad, Stems?

- Por cierto que lo es - admitió Stems.

El mayordomo tomó la tetera y continuó:

- El orgullo de un hombre es lo más importante. Tiene que estar sobre todo lo demás.

- Pero admitirán que hay ocasiones en que es preciso dejar el orgullo de lado - intervino Jade.

-¿Por ejemplo?

- Un buen ejemplo sería cuando está en juego la vida de un hombre - respondió la joven.

- Pero la vida de un hombre no es tan importante como su autovaloración - dijo Sterns-. ¿No lo cree así, milord?

Caine no respondió, pues, una vez más, miraba a Jade con expresión indescifrable. Jade no supo qué pensar. Le sonrió para ocultar su propia inquietud y luego, alegando fatiga, regresó al dormitorio.

Stems ordenó que le preparasen el baño. En el hogar ardía un fuego entibiando el aire. Jade se demoró en la bañera y luego fue a acostarse. Se removió y dio vueltas casi una hora, hasta que al fin cayó en un sueño intermitente.

Poco después de medianoche, Caine fue a la cama de Jade. Se desnudó, apagó las velas y se metió en la cama, junto a la muchacha. Jade dormía de costado, el camisón enrollado en tomo de los muslos. Lentamente Caine se lo subió y luego apretó el trasero sedoso de la muchacha contra sí.

Dormida, la muchacha suspiró, y Caine sintió como una fiebre. ¡Dios, era tan tibia, tan dulce! Metió la mano debajo del camisón. Le acarició la piel, los pechos, frotó los pezones hasta que se irguieron, y la muchacha respondió moviéndose inquieta y gimiendo en sueños.

«Quizá crea que está teniendo un sueño erótico», pensó Caine. Le mordisqueó el cuello, le acarició el lóbulo de la oreja con la lengua, y, cuando el trasero de la mujer se apretó contra él con más insistencia, el hombre deslizó la mano hacia el calor que surgía entre los muslos de Jade.

Encendió en ella el fuego, hasta que estuvo caliente y húmeda, preparada para él. Con el otro brazo, le rodeaba la cintura. Jade trató de girar hacia él, pero no se lo permitió.

- Ábrete para mí, Jade – murmuró -. Déjame entrar en ti.

Con la rodilla le hizo separar los muslos desde atrás, hasta que quedó metido entre esos muslos.

- Dime que me quieres - exigió.

Jade pudo sentir la punta aterciopelada del sexo del hombre y se mordió el labio inferior, para no gritarle que detuviese ese tormento.

- Sí, te quiero – murmuró -. Por favor, Caine, ahora.

Caine no necesitaba más estímulo. Con suavidad, la acostó boca abajo, sosteniéndola con la mano extendida a la altura de la pelvis, y la penetró con un solo impulso poderoso. La apretada funda lo recibió, lo oprimió, y el hombre estuvo a punto de derramar su simiente en ese mismo instante. Aquietó los movimientos e hizo una profunda inspiración.

- Quieta, mi amor - murmuró él, gimiendo, cuando ella se apretó contra él.

Las manos de Jade retorcían las sábanas, y Caine unió sus manos a las de ella. Metió la cabeza en el hueco fragante entre el cuello y el hombro de la muchacha.

- Caine, quiero...

- Lo sé - respondió.

Esa vez, estaba resuelto a ir despacio, a prolongar esa dulce agonía, pero los ruegos insistentes de la mujer lo descontrolaron. La penetró una y otra vez, hasta que olvidó todo, salvo lograr la satisfacción plena de los dos. Cuando supo que estaba por echar su simiente, deslizó la mano por el vientre de Jade y la acarició hasta que alcanzó el orgasmo.

El clímax de los dos fue glorioso. Caine cayó sobre ella, exhausto y completamente saciado.

- Mi amor ¿todavía respiras? - le preguntó, cuando el corazón dejó de latirle en los oídos.

Aunque estaba bromeando, al ver que no le respondía se apartó de inmediato:

-¿Jade?

La muchacha se dio la vuelta y lo miró.

- Me hiciste suplicar.

-¿Qué?

- Me hiciste rogar.

- Sí, lo hice, ¿no es cierto? - respondió el hombre, con amplia sonrisa.

- No estás para nada arrepentido - afirmó la joven, acariciándole el pecho tibio con las yemas de los dedos -. Eres un canalla. No entiendo por qué me resultas tan atractivo.

La expresión soñadora y apasionada permanecía aún en los ojos de la muchacha. Calle le besó la frente, la punta de la nariz pecosa y luego la boca, con un beso largo, húmedo en el que también participó la lengua.

-¿Quieres más, mi amor?

No le dio tiempo a responder.

- Yo sí - anunció, en un murmullo ronco.

Mucho tiempo más tarde, los amantes cayeron dormidos, uno en brazos del otro.

10

Para Jade, los siguientes ocho días fueron mágicos: Caine era un hombre tierno y amoroso. También era muy considerado hacia los sentimientos de la muchacha, y tenía una habilidad particular para detectar los estados de ánimo de Jade, antes que ella misma. Lo que más le gustaban eran las veladas compartidas. Sterns encendía el fuego en el hogar del estudio de Caine, y los tres se sentaban a leer en cómodo silencio.

A lo largo de los años, Sterns se había convertido en un padre sustituto para Caine. Jade se enteró de que el criado estaba en la familia desde el nacimiento de Caine.

Cuando este fijó su residencia, Sterns se fue con él. Sterns le reveló que ya conocía el nuevo acuerdo acerca de dormir: juntos, y Jade se ruborizó, pero el mayordomo le aclaró que no la juzgaba. También le dijo que hacía mucho tiempo que no veía a Caine tan despreocupado. Jade había sido la que le levantara el ánimo, determinó el mayordomo.

Llegó un mensajero de la madre de Caine, pidiendo la ayuda de este para sacar al padre del ánimo lamentable en que se encontraba.

De inmediato, Caine fue a visitar al padre, pero, cuando regresó, dos horas después, estaba de pésimo humor. De la conversación con el padre no había resultado nada bueno.

Esa noche, cuando Caine se durmió, Jade se encontró con Matthew y Jimbo, y les dio órdenes.

Matthew la esperaba a escasos centímetros, al abrigo de los árboles. Era un marino alto, muy delgado y tenía la piel tan oscura como la de una pantera y una personalidad similar a la del magnífico animal, pero sólo cuando se enfadaba. Por otra parte, cuando estaba de buen humor, tenía una sonrisa encantadora.

En ese momento, no sonreía. Con los brazos sobre el pecho, miraba a Jade con el entrecejo fruncido, como un sujeto que hubiese sorprendido a un ladrón revolviendo sus cajones.

- Matthew, ¿por qué tienes esa expresión? –le preguntó la muchacha, en un susurro quedo.

- La otra noche, lo vi a él de pie ante la ventana contigo, muchacha - refunfuñó Matthew -. ¿Acaso ese dandi estuvo tocándote?

Si bien Jade no quería mentir, tampoco estaba dispuesta a compartir esa verdad con su amigo.

- Estaba herida – replicó -. No me mires así, Matthew. Recibí un tiro de pistola en el costado; fue una herida leve. Caine estaba… preocupado y esa noche se quedó en mi habitación, cuidándome.

- Cuando Black Harry se entere, va a alimentar a los tiburones con mi trasero…

- Matthew, no le dirás nada a Harry - lo cortó la joven.

El tono irritado de Jade no impresionó al marino.

- Tienes una boca atrevida – repuso -. Vi hombre ese rodearte con el brazo cuando entras caminando por la puerta principal, el primer día, se lo diré a Harry. Y ya puedes empezar a asustarte. Jimbo quería clavarle un cuchillo en la espalda La única razón fue que tú te enfadarías con él.

- Sí, me habría enfadado - respondió la muchacha -. Si alguien le toca un cabello a Caine, las verá conmigo. Deja ya de enfurruñarte, Mathew. Tenemos que hablar de un tema importante.

Matthew no quería cambiar de tema.

-¿Pero te molesta en serio?

- No, no me molesta, en realidad –respondió la muchacha -. Matthew, sabes que puedo cuidar me sola. Por favor, tenme más confianza.

De inmediato, Matthew se mostró triste, pues no quería que la señorita se decepcionara de él.

- Claro que sabes cuidarte sola - se apresuró a decir -. Pero no tienes conciencia de tu propio atractivo. Eres demasiado bonita para tu bien. En este momento, se me ocurre que Jimbo y Harry tenían razón: tendríamos que haberte cortado la cara cuando eras pequeña.

El brillo de los hermosos ojos castaños le reveló que estaba bromeando.

- Ninguno de vosotros se habría animado a hacerme daño – replicó -. Somos una familia, Matthew, y tu me quieres tanto como yo a ti.

- No eres más que una pequeña rapaza –dijo otra voz profunda. Jade se volvió al oírla, y vio a su amigo Jimbo que avanzaba en silencio hacia ella.

El tamaño de Jimbo armonizaba con lo atemorizante de su ceño. Como Matthew, estaba vestido del mismo castaño descolorido que los campesinos, pues los colores brillantes se habrían distinguido entre los árboles. A la luz de la luna, el semblante de Jimbo parecía feroz.

- Matthew me dijo que ese dandi te tocó. Sólo por eso, lo mataría. Nadie...

- Apuesto a que es tan menudo como Colin - arguyó limbo.

Jade no le ocultó que estaba irritada.

- Hace un buen tiempo que no ves a Colin, y, en aquel momento, estaba aturdido por las heridas recibidas. Quizás ahora esté muy bien. Además, si crees que alguno de los hermanos es débil, te equivocas. Jimbo, no olvides que yo fui la que leyó el archivo de Caine. Sé de qué hablo.

- Si tiene sangre en las venas, el tipo sangrará - afirmó Matthew.

Al parecer, a ninguno de los dos le afectó el entrecejo fruncido de Jade, que lanzó un suspiro de irritación.

Se volvió haciaMatthew, y dijo:

- Tengo que ir a conversar con el padre de Caine. Mientras yo estoy fuera, tú tienes que mantener ocupado a Caine, distraerlo con algo.

- No veo qué necesidad hay de que hables con el padre de Caine - protestó Matthew -. Colin y Nathan regresarán en cualquier momento.

-¿Con lo que están demorándose? No, no me atrevo a esperar más. El padre de Caine ya podría estar en su lecho de muerte. No come ni duerme: no puedo permitir que muera.

- Ya veo que estás decidida - munnuró Matthew-. ¿Qué clase de distracción pensaste?

- Lo dejo en tus manos - repuso Jade.

-¿Cuándo quieres que lo haga? –preguntó Jimbo.

- Mañana, lo más temprano posible.

Por fin, Jade volvió a la cama, contenta de saber que Matthew y limbo no la abandonarían.

La diversión comenzó escasos minutos antes del amanecer siguiente.

Entonces comprendió que tendría que haber dado instrucciones más específicas. Y cuando todo terminara, desollaría a Matthew. ¡Dejarlo en sus manos...! ¡Había incendiado el establo! Por fortuna, al menos había tenido el sentido común suficiente para sacar primero a los caballos.

Lo que no podía negar, era que Caine estaba ocupado: los caballos corrían, desbocados. Tres yeguas estaban a punto de dar a luz sus crías, y se necesitó a todos los trabajadores para apagar el fuego y recoger a los animales.

Fingió estar dormida hasta que Caine salió del cuarto. Luego, se vistió rápidamente y salió a hurtadillas por la puerta trasera. Caine había apostado guardias en todo el perímetro, pero, en medio del caos, no tuvo dificultades para escurrirse.

-Jimbo acaba de salir para Shallow's Wharf - le dijo Matthew a Jade, al tiempo que la ayudaba a montar el caballo que había elegido para ella -. Mañana al atardecer, estará de regreso, con noticias para nosotros. Si soplan vientos intensos, ¿no crees que Nathan regresará pronto? ¿Estás segura de que no quieres que cabalgue contigo?

- De lo que estoy segura es de que quiero que le cuides las espaldas a Caine – contestó -. Es él quien está en peligro. Volveré en una hora. Otra cosa, Matthew: no enciendas ningún fuego mientras yo no estoy.

Matthew le dirigió una amplia sonrisa.

- Resultó, ¿verdad?

- Sí, Matthew - respondió la joven, pues no quería herir el orgullo del hombre -. Resultó.

Matthew quedó sonriendo, y Jade llegó a su destino media hora después. Dejó el caballo en el bosque vecino al límite de la casa y se encaminó con paso rápido hacia la puerta principal. Aunque la casa era monstruosa para las normas de una ladrona, la cerradura era pequeña, y Jade la abrió en escasos minutos. Por las ventanas entraba suficiente luz para que la joven pudiese ver el camino hasta la escalera de caracol. Desde el fondo de la casa, llegaban ruidos que denotaban que el personal de cocina ya estaba trabajando.

Silenciosa coma un gato, Jade espió dentro de cada uno de los numerosos dormitorios, pero no encontró al duque de Williamshire en ninguno de ellos. Había supuesto que estaría en el más grande, pero el gigantesco cuarto estaba vacío. El dormitorio contiguo estaba ocupado por una mujer madura, atractiva, rubia, que roncaba como un marinero, y Jade adivinó que era la duquesa.

Al final del largo corredor, en el ala sur, encontró la biblioteca. Estaba alejada, en una situación poco común para una sala semejante. Ahí estaba el padre de Caine, profundamente dormido en una silla, tras el escritorio de caoba.

Después de cerrar la puerta con llave para evitar a los intrusos, Jade contempló al apuesto hombre largo rato. Tenía un aspecto muy distinguido, con el cabello canoso, los altos pómulos patricios y un rostro angular, muy parecido al

de Caine. Tenía hondas ojeras y la piel amarillenta. Hasta en sueños, se percibía su angustia.

Jade no sabía si regañarlo con una severa admonición o pedirle perdón por haberle causado tanta pena innecesaria.

Sintió compasión. Claro, le recordaba a Caine, aunque el padre no era tan musculoso, pero sí alto. Al tocarle el hombro, se despertó sobresaltado y saltó de la silla con una rapidez que la sorprendió.

- Por favor, señor, no se alarme – murmuró -. No quise asustarlo.

-¿No? - Se burló el hombre.

Poco a poco, el duque de Williamshire recobró la compostura. Se pasó los dedos por el pelo y sacudió la cabeza para aclararse la mente.

-¿Quién es usted?

- No importa quién soy, señor – respondió -. Por favor, siéntese, pues tengo que darle una información muy importante.

Esperó, paciente, que el hombre la obedeciera y se inclinó contra el borde del escritorio, cerca de él.

- Este duelo tiene que terminar, ya que usted está enfermo.

-¿Qué?

El hombre parecía confundido. Jade notó que tenía ojos grises, del mismo tono que los de Caine. También su ceño era parecido.

- Dije que tiene que dejar de sufrir – repitió -. Sir Harwick considera que hasta puede estar muriéndose. Si no termina con este absurdo...

- Vamos, jovencita...

- No me levante la voz - lo interrumpió.

- En nombre de Dios, ¿quién es usted? ¿Y cómo entro...?

La bravata se esfumó, y movió lentamente la cabeza. Para Jade, pareció más incrédulo que enfadado y eso le resultó un buen comienzo.

- Señor, sucede que no tengo tiempo para discutir. Primero tiene que prometerme que no le contará nunca a nadie esta conversación. ¿Me da su palabra?

- La tiene - contestó el hombre.

- Bien. Ahora tengo que pedirle perdón aunque, a decir verdad, no soy buena para hacerlo. Odio disculparme ante cualquiera. - Se encogió de hombros y agregó -: Lamento no haber venido antes. Le causé una pena innecesaria, y en realidad podría habérsela evitado. ¿Me perdona?

- No tengo idea de a qué se refiere, pero si eso la pone contenta la perdonaré. y ahora dígame qué es lo que pretende de mí.

- Señor, su ladrido es tan exasperante como el de su hijo.

-¿A qué hijo se refiere? - preguntó, con un atisbo de sonrisa en la mirada.

- Caine.

-¿Esta visita tiene que ver con Caine? ¿Acaso hizo algo que pudiera ofenderla? Debería saber que Caine hace lo que quiere. Yo no intervendré, a menos que haya un motivo real.

- No - respondió Jade -. No se trata de Caine, aunque me alegra saber que tiene tanta confianza en la capacidad de su hijo mayor para tomar decisiones. Al no intervenir, demuestra que está orgulloso de él.

-¿Y de quién quiere hablar?

- Soy amiga de Colin.

-¿Lo conoció?

Jade asintió.

- Sí, lo conozco. ¿Sabe? Él está...

- Muerto - interrumpió el duque, en tono áspero -. Pagan lo mató.

Jade le puso la mano en el hombro.

- Míreme, por favor - le ordenó en un susurro quedo, al ver que el hombre dirigía la mirada hacia la ventana.

El padre de Caine le obedeció, y Jade asintió.

- Lo que voy a decirle le resultará difícil de creer. En primer lugar, entienda esto: tengo pruebas.

Jade asintió otra vez.

- Pagan no mató a Colin.

- Sí, lo hizo.

- Estoy harta de oír hablar de los crímenes de Pagan - murmuró Jade -. Colin.

-¿Acaso Pagan la envió?

- Por favor, baje la voz - respondió la muchacha -. Pagan no mató a su hijo – repitió -. Lo salvó: Colin está vivito y coleando.

Pasó largo rato antes de que el duque pudiese reaccionar. Sin que apartara la vista de Jade, el rostro del duque se llenó de manchones rojos. Los ojos adquirieron una expresión tan helada que era capaz de congelar.

Antes de que volviese a gritarle, la joven dijo:

- Le dije que tengo pruebas. ¿Está dispuesto a escucharme o está tan empecinado que...?

- La escucharé - respondió el hombre -. Pero, si es una broma cruel, le juro que perseguiré a Pagan y lo mataré con mis propias manos.

- Me parecería justo que lo hiciera por semejante crueldad - aceptó Jade -. ¿Recuerda la ocasión en que Colin había trepado a ese gran árbol y no podía bajar? Tenía cuatro o cinco años. Como lloraba y se sentía un cobarde, usted le prometió que nunca se lo contaría a nadie. Además, lo convenció de que no tenía nada de malo estar asustado, que el miedo no era un pecado, que...

- Lo recuerdo - dijo el duque-. Nunca se lo dije a nadie. ¿Cómo es que usted...?

- Como le dije, fue Colin el que me contó esa anécdota. y también muchas otras.

- Pudo haberle contado esas anécdotas antes de morir - afirmó el duque.

- Sí, pero no fue así. Pagan sacó a Colin del mar. Su hijo estaba en condiciones lamentables. ¿Conoce a sir Winters, el médico?

- Es mi médico personal - musitó el duque.

-¿No le parece extraño que haya desaparecido?

El enfado iba borrándose lentamente del rostro del hombre.

- En efecto, lo creo extraño - admitió.

- Nosotros lo secuestramos - confesó Jade -.Lo necesitábamos para que atendiese a Colin.

Consideré importante que su hijo tuviese a su lado al médico de la familia para atenderlo. Sufría mucho, señor, y quería que tuviese todo el consuelo posible.

Jade se mordió el labio inferior, al tiempo que pensaba en otro modo de convencerlo. El duque todavía parecía escéptico.

- Colin tiene una marca de nacimiento en el trasero - soltó, de pronto-. Lo sé, porque yo lo cuidé hasta que Jimbo y Matthew tomaron cautivo a Winters. ¡Eso! ¿Le basta con esa prueba?

En respuesta, el duque se apoyó en el respaldo de la silla.

- Recibí una prueba de la muerte de Colin.

-¿Quién se la envió?

- La Oficina de Guerra.

- Exacto.

- No entiendo.

- Se lo explicaré después de que Colin regrese - respondió Jade -. Antes de que siga intentando convencerlo, ¿me explicará usted algo a mí?

-¿De qué se trata? - preguntó el duque, en tono cauteloso.

-¿Sabe por qué Colin me hizo prometer que no le diría a Caine que estaba vivo? Llegué a cobrar confianza en su hijo mayor y no comprendo el motivo de esa exigencia. De cualquier modo, en aquel momento estaba desorientado y quizá lo que farfullaba acerca de los hermanos Bradley no era...

El padre de Caine volvió a saltar de la silla.

- Colin está vivo.

- Por favor, baje la voz - ordenó la joven -. Nadie debe saberlo.

-¿Por qué? Quisiera gritárselo a los cielos. ¡Mi hijo está vivo!

- Veo que, por fin, lo convencí - afirmó Jade, sonriendo -. Por favor, señor, siéntese. Tengo la impresión de que fuera a desmayarse.

Esperó hasta que el duque se sentó y luego preguntó:

-¿Qué lo convenció de que yo decía la verdad?

- Cuando dijo que Colin no quería que Caine supiera... - Tartamudeó, hasta quedar callado, y luego dijo -: ¡Señor, los hermanos Bradley! Había olvidado ese incidente.

Fue el turno de Jade de parecer confundida.

-¿Por qué? - preguntó, sin disimular la preocupación -. ¿No confía en su propio hermano?

- Oh, no, usted lo interpretó mal - repuso el duque -. Colin idolatraba a Caine. Quise decir, lo idolatra. ¡Mi Dios, es difícil aceptarlo!

El duque de Wtlliamshire soltó una risita.

- Cuando Colin tenía ocho o nueve años, vino corriendo a casa con la nariz sangrando y el labio cortado. Sucedía que Caine estaba en casa y quiso saber quién lo había lastimado. En cuanto Colin dijo que habían sido los hermanos Bradley, Caine salió corriendo por la puerta, aunque Colin intentó detenerlo. No

le había dicho cuántos eran los hermanos, ¿entiende? Media hora después, Caine volvió a casa tan ensangrentado como el hermano.

-¿Cuántos hermanos eran? - preguntó Jade.

- Ocho.

-¡Cielos! ¿Eso quiere decir que los ocho hermanos atacaron a Colin, y que...?

- No, sólo uno atacó a Colin: Samuel, si no recuerdo mal. De cualquier modo, Samuel debió de haber sabido que Caine se vengaría y corrió a su casa a buscar refuerzos.

- Podrían haber matado a Caine - murmuró.

- En realidad, querida mía, tendría que reservar su compasión para los hermanos Bradley. Lo único que pretendía Caine era asustar al muchacho que había lastimado a Colin, pero... ¡cuando aparecieron todos juntos, les dio su merecido! Mi muchacho les dio lo que merecían.

Jade movió la cabeza; para ella, la historia no tenía nada de divertido. ¡Pero el duque sonreía como un padre orgulloso!

- Y ya ve, querida, que no es por desconfianza que Colin la obligó a hacer esa promesa. Lo que sucede es que Colin conoce muy bien a Caine. Sin duda, pensaba en proteger a Caine, hasta poder explicarle la situación. No quiere que el hermano vuelva a atacar a otro grupo de Bradley. Colin siempre fue el más precavido de los dos. Caine no sabía que Colin trabajaba para el gobierno. Y; ya que estamos, yo tampoco lo sabía. Jamás lo habría permitido, en especial cuando supe que sir Richards no era su superior.

-Richards - susurró Jade -. Sí, era el superior directo de Caine, ¿no es cierto?

La afirmación sorprendió al padre de Caine.

- Consiguió usted bastante información, ¿no es así? No puedo menos que preguntarme cómo lo logró. ¿Me dirá quién le pasó esos secretos?

La pregunta ofendió un poco a la joven.

- Nadie me dio nada – dijo -. Los descubrí sola. Tengo muchos recursos, señor. Mi hermano Nathan ayudaba a Colin a resolver un problema complicado para el gobierno, pero había alguien que no quería que tuviesen éxito. Les tendieron una trampa. Si aún están vivos es porque... Pagan comenzó a sospechar y pudo intervenir a tiempo.

-¿Sabe Colin quién está detrás de esa trampa?

Jade negó con la cabeza.

- Sólo sabemos que es una persona de un nivel elevado en la Oficina de Guerra. Nathan y Colin están a salvo en tanto se los crea muertos. No puedo decirle nada más: Cuando Colin regrese...

-¿Me llevará a verlo?

- Espero que esté de regreso en pocos días más, señor. Claro que no puede quedarse aquí, a menos que usted haya echado a todos los criados.. de los detalles hablaremos luego. - Hizo una pausa y le sonrió -. Me pregunto si sería usted capaz de reconocer a su hijo: tiene el cabello largo hasta los hombros. Tanto él como Nathan ahora parecen verdaderos piratas.

- Eso debe de complacer a Pagan.

-Oh, sí, le complace mucho.

-¿Las heridas eran graves?

- Los ataron, amordazaron, les dispararon y por último los arrojaron al agua. Y, aun así, los enemigos sabían que todavía no estaban muertos.

- Los arrojaron para que se ahogaran.

- No: los arrojaron a los tiburones. Las aguas estaban infestadas de ellos, y la sangre fresca... los atrajo.

-¡Dios mío!

- Sin embargo, los tiburones no los atraparon, aunque admito que estuvieron cerca. Durante el rescate, Pagan perdió a uno de sus mejores hombres.

-¿Pagan se metió al agua con ese hombre?

- Sí. Pagan es el mejor nadador. Además, el pirata jamás ordena a otros... lo que no es capaz de hacer por sí mismo.

Jade se encaminó hacia la puerta pero otra pregunta del duque la detuvo:

-¿Está usted enamorada de mi Colin?

-¡Oh, no! - respondió la joven. Abrió la puerta, y se volvió hacia su flamante confidente -: Cuando volvamos a encontrarnos, usted debe fingir que no me conoce. En este momento, mantengo ocupado a Caine. La persecución lo puso en riesgo, pero eso no tardará en resolverse.

- Pero Pagan no...

- Pagan protege a Caine - dijo Jade -. Culparon al pirata por la muerte de Nathan y Colin, y vuestro gobierno le puso precio a su cabeza. Como sin duda usted ya sabrá, Caine duplicó esa suma. Piense lo que ocurriría si Caine pudiese hallar a Pagan y hablar con él antes de que...

- Pagan lograría convencer a Caine de que no mató a Colin.

- Exacto - respondió la muchacha -. ¿Comprende? Cualquiera que sea el responsable de la trampa, querrá asegurarse de que Pagan no sea hallado.

- O de matar a Caine antes de que averigüe la verdad.

- Sí.

-¡Dios mío, ahora Caine está en peligro! ¡Tengo que...!

- No tiene que hacer nada, señor - le aseguró Jade -. Le repito que Pagan está vigilando a Caine.

- ¡Buen Dios, Pagan no es nuestro enemigo! - susurró el duque -. Contraje una deuda con ese individuo que nunca podré pagar. Querida señora, ¿hay algo que pueda hacer por usted?

- Ahora tengo que irme a cuidar a Caine - respondió Jade -. Y, si bien es muy terco, también es protector por naturaleza. En este momento, está ocupado, pensando que se hace cargo de mis problemas. Cuando. regrese, ustedes tres tendrán que decidir qué hacer.

- Entonces ¿Pagan la envió a cuidar de Caine?

- Sí - contestó la muchacha, sonriendo.

- Caine no se rendirá - dijo el hombre -.¡Ojalá Colin regrese pronto!

- No se preocupe tanto - dijo Jade -. Si le dijera a Caine que abandonase la persecución, lo único que lograría es que se empecinara más. Ya está demasiado resuelto como para detenerse.

- En ese caso, tiene que confiar en él.

- No puedo, señor, pues le di mi palabra a Colin. Además, faltan pocos días para que se descubra la verdad.

-¿Y si Colin y su hermano se retrasan?

- Tendremos que trazar otro plan –afirmó Jade, asintiendo.

- ¿En particular, qué...?

- Tendremos que hallar una forma de apartar a la presa del cazador: Caine se pondría furioso, pero seguiría vivo. Tengo que pensar en esto con mucho cuidado - agregó, al tiempo que abría la puerta.

-¿Cuándo volveré a verla? Usted dijo que tenía que fingir que no la conozco, pero...

- Oh, estoy segura de que volverá a verme. Y hay algo con lo que podría recompensarme. ¿Dijo usted que haría cualquier cosa? - le recordó Jade.

- Sí, cualquier cosa.

- Como Caine es su hijo mayor, si hubiese un preferido, tendría que ser él.

El comentario de la muchacha dejó atónito al duque.

- Yo amo a todos mis hijos. No sabía que prefiriese a uno de ellos.

- Según sir Harwick, Colin es su preferido - dijo Jade -. También dice que Caine se aparta de la familia. Señor, no permita que eso continúe, Caine necesita su cariño: asegúrese de que lo obtenga.

La puerta se cerró.

El duque de Williamshire permaneció largo tiempo sentado al escritorio antes de confiar que las piernas lo sostuviesen. Por las mejillas del hombre corrían lágrimas de dicha y pronunció una plegaria de agradecimiento por el milagro que acababa de recibir.

¡Su Colin estaba vivo!

De pronto, Henry se sintió famélico y fue en busca del desayuno. Sería difícil, pues el duque no estaba habituado al engaño, pero tendría que disimular las sonrisas: ninguno de los criados tendría que sospechar la verdadera razón de su recuperación.

Se sintió renacido: fue como si alguien hubiese bajado al negro abismo de desesperación en que el duque se debatía y lo hubiese elevado a las estrellas.

La joven dama a la que consideraba su salvadora tenía unos ojos verdes poco comunes. Sin duda Pagan le habría puesto el nombre a su barco el homenaje a ella. El *Emerald.* «Sí - se dijo el duque, con gesto enfático -. También estoy seguro de la verdadera identidad del pirata, pero juro que moriré antes que revelar a nadie esa verdad.»

No obstante, se preguntó qué diría Caine cuando supiera que la mujer a la que albergaba era. en realidad, la hermanita de Pagan.

Por cierto, habría cantidades de fuegos artificiales, y el duque rogaba estar presente para proteger a la muchacha cuando Caine explotara.

El duque de Williamshire estaba seguro de haberlo adivinado todo.

Se servía una segunda porción de huevos y riñones, cuando Gweneth, su esposa, entró corriendo en el comedor.

- La cocinera me dijo que estabas comiendo - balbuceó la mujer.

El duque se volvió hacia la esposa con una sonrisa en el rostro: la pobre Gweneth parecía aturdida. Tenía el corto cabello rubio enmarañado y no acertaba a anudarse el cinturón de la bata.

-¿Por qué, Henry? - le preguntó, mirándolo con fijeza.

- Es la costumbre de todas las mañanas - respondió el hombre -. Y tenía hambre.

Los ojos castaños de la mujer se llenaron de lágrimas.

-¿Tenías hambre? - murmuró.

Henry colocó el plato sobre el bar, a un costado, y se acercó a la esposa. La abrazó y le besó la coronilla.

- En los últimos tiempos, te causé muchas preocupaciones, ¿no es así, mi amor?

-¿Y ahora te sientes mejor? - preguntó la esposa.

- Me aconsejaron que dejara de lado el duelo - afirmó el duque.

-¿Quién?

- Mi conciencia - mintió el duque -. Gweneth, a su debido tiempo, te explicaré este cambio repentino. Pero, por ahora, sólo puedo decirte que lamento toda la aflicción que te causé a ti y a los niños. Ya sufrí suficiente.

- Es un milagro - murmuró la esposa.

«Sí - pensó el duque -, un milagro de hechiceros ojos verdes.» -

- Ven a comer algo, querida. Te veo un tan demacrada.

-¿Yo te parezco demacrada?

La mujer lanzó una risa temblorosa.

- Querido, tú eres el que parece un muerto.

El hombre la besó con ternura y la llevó hacia la mesa.

- Creo que cuando termine iré a la casa de Caine.

- Tu recuperación lo sorprenderá –afirmó Gweneth -. Oh, Henry, es magnífico tenerte de nuevo con nosotros.

-¿Quieres cabalgar conmigo hasta la propiedad de Caine?

- Oh, sí, me encantaría - respondió la mujer con un brillo decidido en los o jos-. Aunque no es correcto tener invitados, creo que invitaré a lady Aisely ya su querida madre a pasar un largo fin de semana. Tienes que decirle a Caine que esperamos que... ¿por qué sacudes la cabeza?

- Gweneth, será mejor que te ahorres el esfuerzo. Date por vencida. Caine no se casará con lady Aisely.

- Es un buen casamiento, Henry - arguyó la esposa -. Dame dos buenos motivos para no alentar esta unión.

- Muy bien una, no tiene el cabello rojo.

- Claro que no tiene cabello rojo. Tiene un hermoso cabello rubio, lo sabes.

- Y dos - prosiguió el hombre, sin hacer caso de la mirada confundida de la esposa - no tiene ojos verdes.

- Henry, ya no te sientes bien, ¿verdad?

La risa de Henry resonó en todo el comedor.

- Lo que Caine necesita es una hechicera: tendrás que aceptarlo, querida mía.

-¿Aceptar qué cosa?

El guiño perezoso del duque la confundió más todavía.

- Gweneth, creo que tu desayuno tendrá que esperar un poco más. Tienes que volver a la cama de inmediato.

-¿Tengo? - se extrañó la mujer -. ¿Por qué?

El duque se inclinó y susurró algo al oído de la esposa. Cuando terminó, la mujer estaba sonrojada.

- Oh, Henry –murmuró -. En verdad, te sientes mejor.

11

Poco tiempo después, Jade regresó a casa de Caine. Entregó las riendas a Matthew y corrió por la escalera de atrás, hasta su dormitorio. Cuando dobló la esquina, encontró a Stems como un centurión, vigilando la puerta de la habitación.

Cuando la vio, el mayordomo hizo una doble reverencia y luego cruzó los brazos sobre el pecho.

- Milady, se supone que tendría que estar en el dormitorio.

Jade optó por tomar la ofensiva e hizo que fuese Stems quien diera explicaciones.

- ¿Y qué se supone que está usted haciendo aquí?

- Vigilando la puerta.

-¿Por qué?

- Para que usted no se marche.

- Pero ya me marché - replicó la muchacha, sonriendo con suavidad -. Stems, estoy convencida de que su tiempo es demasiado valioso para estar vigilando a la puerta de un dormitorio vacío.

- Pero, milady: yo no sabía que estaba vacío - protestó el anciano.

Jade le palmeó el brazo.

- Me lo explicará luego, señor. Ahora, por favor, déjeme pasar. Tengo que cambiarme esta ropa de montar e ir a ayudar a Caine.

Pasó junto al enfurruñado mayordomo y cerró la puerta, interrumpiendo las protestas. En pocos minutos, se puso un vestido verde oscuro y bajó corriendo por la escalera principal.

Ahora, Stems vigilaba la puerta del frente, y la expresión de esa mandíbula tensa le indicaba que no cedería con facilidad.

- No tendría que salir - afirmó, en tono lo bastante helado para congelar a un oso polar.

Jade ni se inmutó y le brindó una amplia sonrisa.

- Puedo y lo haré.

- Mi señor insistió en que se quedara usted dentro.

- Yo insisto en que saldré.

En respuesta al desafió, Stems se apoyó contra la puerta y negó con la cabeza.

Jade optó por distraerlo.

- Stems, ¿cuántos criados viven aquí?

La pregunta lo sorprendió.

- En estos momentos, está sólo la mitad del personal. En total, somos cinco.

-¿Dónde están los demás?

- En Londres, ayudando a limpiar la casa de la ciudad.

- Pensé que la había destruido el fuego –dijo Jade.

- No del todo. El costado fue reparado con tablas, y ahora sólo quedan los rastros del humo.

Mientras los obreros reparan la estructura, los criados limpian el interior.

- Sterns, me pregunto si se puede confiar en los sirvientes que hay aquí.

Antes de responder, el mayordomo se irguió en toda su estatura.

- Milady, todos los criados son de confianza. Son leales al patrón.

-¿Está seguro?

El mayordomo se alejó un paso de la puerta.

-¿Por qué tiene tanto interés en...?

- Dentro de un par de días, tendrá dos invitados, Sterns, pero nadie tiene que saber que están aquí. El personal deberá guardar silencio.

- El marqués no me habló de ningún invitado - repuso el criado, algo ofendido.

Jade corrió, pasando junto a él y abrió la puerta de par en par.

- Caine todavía no sabe nada de esas visitas – dijo -. Por eso no se lo dijo a usted. Será una sorpresa, ¿sabe?

La expresión confundida del anciano le demostró que no entendía nada.

- Me pareció que le gustaría estar sobre aviso, para poder preparar las habitaciones de los huéspedes.

Se alzó las faldas y comenzó a bajar los escalones.

- Y deje de fruncir el entrecejo, Sterns: le diré a Caine que intentó mantenerme dentro.

- Y yo le diré a milord que usted no estaba en la habitación - gritó Sterns.

Jade encontró a Caine andando entre los restos de los establos: sólo quedaban rescoldos humeantes. La destrucción era absoluta.

Jade advirtió que ahora los caballos estaban alojados en un gran corral donde los trabajadores acababan de reunirlos.

La camisa blanca de Caine estaba cubierta de suciedad.

- Ya reuniste todos los caballos? – preguntó Jade, al llegar junto a él

El hombre se volvió con lentitud y, sin duda, el ceño de Caine habría sido capaz de iniciar otro incendio. Sin embargo, habló en tono bastante moderado:

- Todos, menos el que te llevaste prestado.

-¿Prestado? –exclamó la muchacha, con inocencia fingida.

- Ve a esperarme en el salón - le ordenó el hombre.

- Pero, Caine, quiero ayudar.

-¿Ayudar?

Caine estuvo a punto de explotar en ese mismo instante.

- Tú y tus hombres ya me ayudaron bastante.

Hizo varias inspiraciones y luego agregó:

- Entra ya.

El bramido hizo que Jade le obedeciera. La muchacha giró de inmediato y se apresuró a volver a la casa. Sentía la mirada fija de Caine en la espalda y no se habría asombrado si se le hubiese quemado el vestido: ese hombre estaba furioso.

En ese momento, habría sido inútil tratar de razonar con él. Tendría que esperar a que se calmara un poco.

Al llegar al primer escalón, se volvió.

- Caine, si tienes que quedarte fuera, trata de es no ser un blanco tan fácil.

Sterns se precipitó escaleras abajo, la aferró por el codo y susurró:

- Lady Jade, haga lo que le ordena. No querrá irritarlo más, ¿no? Vamos, entre - agregó, ayudándola a subir la escalinata -. Creo que nunca lo vi tan furioso.

- Sí, está furioso - susurró Jade, irritada por el temblor en la voz del criado -. Sterns, ¿Podría beber una taza de té? Al parecer, este día se estropeó por completo. Y todavía no llegó ni a la mitad.

- Claro, le haré preparar té - se apresuró a decir Sterns-. Milady, estoy seguro de que el marqués no tuvo intención de gritarle. Cuando se le pase el enfado, sin duda se disculpará.

- Tal vez nunca se le pase - murmuró Jade.

Sterns abrió la puerta principal y luego entró tras ella. ,

- Hacía menos de un mes que construyeron los establos - dijo el criado.

Jade intentó prestar atención a lo que decía Sterns, pero las palabras de Caine seguían resonando en la mente de la muchacha. «Tú y tus hombres ayudaron bastante.» Sí, esas fueron las palabras. Sabía algo acerca de Matthew y Jimbo.. «¿Cómo? - se preguntó -, y, lo que es más importante aún, ¿qué más sabe?»

Mientras Sterns iba a ocuparse del té, Jade recorría los confines del salón. Abrió la contraventana al extremo del cuarto para que entrase el aire fresco de la primavera. También era una medida de precaución, pues, si Caine estaba dispuesto a matarla, tendría por dónde escapar.

- Pamplinas – murmuró, volviendo a pasearse.

Caine jamás le levantaría la mano, por más que se enfadara. Además, era imposible que supiera toda la verdad.

De pronto, la puerta del frente se abrió y rebotó dos veces contra la pared interior antes de cerrarse de un golpe.

Había entrado Caine.

Jade se apresuró a acercarse al sofá de brocado, se sentó y cruzó las manos sobre el regazo, componiendo una sonrisa serena. «Sabrá que estoy temblando – se dijo -. No, moriré antes que dejarle adivinar que estoy asustada.»

Luego se abrieron las puertas del salón y Caine apareció en el vano. Cuando le vio la expresión, Jade no pudo conservar la sonrisa: parecía deseoso de matar. Estaba tan furioso que temblaba.

-¿Adónde fuiste esta mañana? - rugió.

- Señor, no me alce la voz, o me dejará sorda.

- Respóndeme.

Como Caine, haciendo caso omiso de la observación de Jade, había vuelto a gritar, la muchacha lo miró, ceñuda.

- Fui a visitar a tu querido papá.

La afirmación desinfló un tanto a Caine, que sacudió la cabeza.

- No te creo.

- Digo la verdad.

Caine entró en el cuarto y no se detuvo hasta cernirse sobre Jade. Las puntas de sus botas rozaron el ruedo del vestido de la muchacha. Parecía un dios vengador, y Jade se sintió atrapada. En el fondo, la joven sabía que Caine quería que se sintiera así.

- Lamento que no me creas, Caine, pero fui a ver a tu padre. Estaba muy preocupada por él, ¿sabes? Sir Harwick me comentó que no se sentía bien, y me pareció que una charla agradable lo reanimaría.

Mientras lo confesaba, Jade se contemplaba las manos.

- Jade, ¿cuándo iniciaste el fuego?

Jade lo miró de frente.

- Yo no inicié ningún fuego - afirmó.

- ¡Claro que sí! - rugió el hombre.

Se alejó de Jade y fue hacia el hogar, pues estaba tan furioso, que no se atrevía a estar cerca de ella. De pie, con las manos sujetas por delante, Jade dijo:

- Caine, yo no incendié los establos.

- Entonces ordenaste a uno de tus hombres que lo hiciera, y yo quiero saber por qué.

-¿Qué hombres?

- Los dos miserables que están rondando por aquí desde el día en que llegamos.

Caine esperó que Jade lo negara, pues desde que se conocieron no había hecho más que mentir. Ahora lo comprendía.

- Ah, esos dos hombres - respondió la muchacha, alzando los hombros en un gesto muy femenino -. Debes de referirte a Matthew y a Jimbo. Te topaste con ellos, ¿no?

Ya la angustia del hombre llegaba a límites intolerables.

- Sí, me topé con ellos. Ésas fueron dos mentiras más, ¿cierto?

Jade no podía mirarlo. «'Que Dios me ayude por fin, veo al sujeto del que hablaba el archivo! – pensó -. Frío, metódico, mortífero. La descripción encaja a la perfección.»

-Matthew y Jimbo son dos hombres excelentes - murmuró la muchacha.

- Eso significa que no niegas...

- No niego nada - lo interrumpió Jade -. Me colocas en una posición imposible. Di mi palabra y no puedo faltar a ella. Simplemente tendrás que confiar en mí un tiempo más.

-¿Confiar en ti?

Lo dijo casi rugiendo, como si pronunciara blasfemias. ,

- Nunca volveré a confiar en ti. Si creíste que lo haría, debes de pensar que soy un tonto.

Jade estaba aterrada. Hizo una inspiración profunda y dijo:

- Mi problema es muy delicado.

- No me importa cuán delicado sea tu problema – vociferó -. En nombre de Dios, ¿cuál es tu juego? ¿Por qué estás aquí?

Estaba gritando otra vez, y Jade sacudió la cabeza.

- Sólo te diré que estoy aquí por ti.

- Respóndeme.

- De acuerdo - murmuró Jade -. Estoy aquí para protegerte.

A juzgar por la atención que le dio, Jade podría haberle dicho que venía del cielo.

- Quiero el motivo real, maldición.

- Ése es el motivo real: estoy protegiéndote.

Stems apareció en la entrada con una bandeja de plata en las manos. Echó un vistazo al semblante del patrón y se dio la vuelta, de inmediato.

- Al salir, cierra la puerta, Stems –ordenó Caine.

- No le alces la voz a Stems - exigió Jade, casi gritando -. No tiene nada que ver con esto, y no tendrías que tomártela con él.

- Siéntate, Jade.

Ya la voz de Caine era mucho más suave y menos amenazadora, y Jade tuvo que apelar a toda su resolución para no hacer lo que le ordenaba.

- Seguramente patearás a tus mascotas cuando estás de mal humor, ¿no es cierto?

- Siéntate.

Jade echó una mirada hacia la puerta, calculando la distancia para ponerse a salvo, pero la siguiente afirmación de Caine la hizo cambiar de opinión.

- No llegarías.

Jade giró hacia Caine.

- No estás dispuesto a mostrarte razonable, ¿verdad?

- No - respondió el hombre -. No pienso ser razonable.

- Esperaba que, cuando te calmaras, sostuviéramos una conversación tranquila, y...

- Ahora - la interrumpió -. Jade, la conversación será ahora.

Sintió ganas de aferrarla y sacudirla para que le respondiese todas las preguntas, pero sabía que si la tocaba la mataría. Caine sentía como si acabaran de desgarrarle el corazón por la mitad.

- Te envió Pagan, ¿no es así?

- No.

- Sí - insistió Caine -. ¡Dios mío, ese canalla mandó a una mujer para hacer lo que él tendría que hacer! ¿Quién es, Jade? ¿Tu hermano?

Jade negó con la cabeza y retrocedió.

- Caine, por favor, trata de escuchar...

Caine comenzó a avanzar hacia ella, pero luego, con un esfuerzo, se detuvo.

- Todo... mentiras, ¿no es cierto, Jade? No estabas en peligro.

- No todas fueron mentiras - respondió la joven -. Pero el blanco primitivo eras tú.

Caine negó con la cabeza, y Jade comprendió que no le creería nada de lo que dijese. Detectaba el dolor y la cruda agonía en los ojos del hombre.

- Mandó a una mujer - repitió Caine -. Tu hermano es un cobarde. Morirá. Será estricta justicia, ¿no crees? Ojo por ojo o, más bien, en estas circunstancias, un hermano por otro.

- Caine, tienes que escucharme - exclamó Jade.

Tuvo ganas de llorar por la tortura que le causaba.

- Tienes que comprender. Al comienzo, yo no sabía qué clase de, hombre eras tú... ¡Oh, Dios, lo lamento tanto...!

-¿Que lo lamentas? - preguntó él, en tono neutro.

- Sí – murmuró -. Si quisieras escucharme...

-¿Acaso crees que puedo creer algo de lo que me digas?

Jade no le contestó. Caine parecía atravesarla con la mirada y, por largo tiempo, no dijo nada. Jade casi podía ver cómo crecía la furia dentro de él. Cerró los ojos para no ver esa expresión lúgubre, airada, colmada de odio.

-¿Dejaste que te hiciera el amor porque Pagan te lo ordenó?

Jade sintió como si la hubiese golpeado.

- Caine, si hubiese hecho algo semejante, sería una ramera, y yo no me prostituyo, ni siquiera por mi hermano.

Caine no le dio la razón con bastante rapidez para apaciguarla, y los ojos de Jade se llenaron de lágrimas.

- No soy una prostituta - exclamó.

El súbito rugido que llegó por la contraventana los distrajo a los dos. Ese sonido que helaba los huesos era como un grito de batalla. Jade lo reconoció: había llegado Nathan. Por fin, el engaño terminaba.

-¿Acaso llamaste ramera a mi hermana?

La indignación en la voz profunda de Nathan hizo temblar las paredes. Jade nunca lo había visto tan enfadado.

Dio un paso hacia el hermano pero, de súbito, Caine la alzó contra su costado.

- No te pongas en mi camino - le ordenó, en tono espantosamente calmo.

-¿En tu camino hacia dónde? - preguntó la joven -. Caine, no permitiré que lastimes a mi hermano.

-¡Quítale las manos de encima! –vociferó Nathan-. ¡Si no, te mato!

- Nathan - gritó Jade -. Caine no sabe nada.

Quiso apartar a Caine, empujándolo por los hombros, pero fue imposible: su apretón era tenaz como el de las algas marinas.

Jade no supo quién de los dos estaba más furioso: el ceño de Nathan era tan horrible y amenazador como el de Caine. Esos dos adversarios gigantes, eran igualmente formidables. Si tenían oportunidad, se matarían.

Nathan también tenía aspecto de pirata. El cabello largo, castaño, le llegaba más abajo de los hombros anchos. Estaba vestido con unos calzones negros ajustados, y la camisa blanca abierta casi hasta la cintura. Si bien Nathan no era tan alto como Caine, era igual de musculoso. Sí, podrían matarse. Desesperada, Jade intentó pensar en un modo de calmar la tensión,- mientras los dos hombres se medían con la mirada.

- Te hice una pregunta, canalla - volvió a gritar Nathan, dando un paso adelante con aire amenazador -. ¿Llamaste ramera a mi hermana?

- Él no me lo dijo - gritó Jade, al ver que Nathan estaba a punto de tomar el cuchillo que llevaba en la cintura -. No sabe nada de Colin: mantuve mi palabra de no decírselo.

Nathan dudó, y Jade aprovechó la vacilación.

- Cree que tú mataste a... Lo adivinó todo, Nathan.

La mano de Nathan se apartó del cuchillo, y Jade, aliviada, se aflojó.

- Conque lo imaginó, ¿eh? - dijo Nathan, marcando las palabras.

Caine observaba al intruso, y al hacerlo supo que no podía haber duda alguna de que fuese el hermano de Jade: tenía los mismos ojos verdes.

- Es cierto: lo adiviné todo - rugió de pronto Caine -. Tú eres Pagan y asesinaste a mi hermano.

Jade empujó a Caine y se acercó a Nathan, pero Caine la empujó con rudeza detrás de su espalda.

- Jade, no intentes acercarte a él.

-¿Acaso intentas protegerme de mi propio hermano?

Caine no le respondió.

-¿Acaso te tocó? - gritó Nathan, como si maldijera.

- Guarda silencio - ordenó Caine.

Cuando intentó avanzar, Jade lo aferró por la espalda de la camisa, pero no logró detenerlo. Caine pateó fuera del camino el carrito del té y siguió avanzando hacia su presa.

- Ya lo creo que la toqué – vociferó -. ¿Acaso eso no formaba parte del plan, canalla?

Nathan lanzó un grito y se precipitó hacia delante. Eran como dos toros que cargaran uno contra otro.

¡No! –gritó Jade -. ¡Por favor, Nathan, no lastimes a Caine! Caine, tú tampoco tienes que herir a Nathan...

Al ver que no le prestaban la menor atención, dejó de suplicarles.

Caine conectó el primer golpe, que casi arrojó a Nathan contra la pared. Una encantadora pintura que representaba al Támesis de años atrás, cuando estaba limpio, cayó al suelo con ruido sordo. Nathan completó la destrucción de la obra de arte al pisarlo, cuando intentó clavar la rodilla en la ingle de Caine.

Estaba decidido a castrarlo. Pero Caine eludió el golpe sin dificultad y arrojó otra vez a Nathan contra la pared. El hermano de Jade le asestó el primer golpe fuerte, aunque fue por medio de tretas sucias. Caine sujetó a Nathan por el cuello y ya iba a incrustarle el puño en la parte trasera de la cabeza, cuando atrajo su atención un hombre, de pie en la entrada, y, de inmediato, aflojó el apretón. Nathan aprovechó y dio un puñetazo en la mandíbula de Caine.

Caine se sacudió, como si hubiese recibido un golpe insignificante, y empujó otra vez a Nathan hacia la pared.

-¿Colin?

Lo pronunció en un susurro estrangulado y escéptico, pues su mente se negaba a aceptar lo que veían sus ojos. Colin, apoyado contra el marco de la puerta,

exhibía esa sonrisa torcida que le resultaba tan familiar, tan infantil... tan propia de Colin. Estaba muy delgado, pero bien vivo.

Caine estaba tan estupefacto que no se dio cuenta que estaba estrangulando a Nathan, hasta que oyó sus jadeos ahogados. En cuanto lo soltó, Nathan se libró de Un tirón y lo golpeó nuevamente. Caine no hizo caso del golpe y, por fin, lo dejó ir.

Casi como de pasada, Caine incrustó el codo en las costillas de Nathan y luego dio un paso hacia Colin.

-¡Colin, te juro que voy a matar a tu hermano! - gritó Nathan -. ¿Sabes qué le hizo a mi hermana? Le...

- Nathan, no tienes por qué decírselo a Colin - gritó Jade -. ¡Por favor! – agregó -. Por una vez, trata de ser un caballero.

Lentamente Colin se alejó de la puerta y, con ayuda del bastón, se acercó a su hermano. Caine temblaba de emoción cuando rodeó al hermanito con sus brazos.

-¡Dios mío, en verdad estás aquí! ¡No puedo creerlo!

- Me siento muy feliz de verte - dijo Colin -. Sé que estás sorprendido, y te lo explicaré todo. No te enojes demasiado conmigo. No quise que nadie te lo dijera. Quería ser yo el primero en decírtelo. Son hombres malvados, y tú los habrías atacado...

A Colin ya no le quedaban fuerzas para continuar. Se dejó caer sobre Caine, apoyando el peso en el hermano. Caine lo sostuvo mientras esperaba que el hermano se recobrara.

- No te apresures, Colin – murmuró -. Tómate tu tiempo.

Colin asintió, y Caine dio un paso atrás para contemplar al hermano. El hoyuelo había reaparecido en la mejilla de Caine y tenía los ojos llenos de lágrimas.

- Colin, tú también pareces un pirata. Tienes el cabello tan largo como Pagan - agregó, ceñudo, mirando a Nathan.

Nathan le devolvió la mirada ceñuda.

- No le conté nada, Colin - dijo Nathan -. Pero el astuto de tu hermano lo adivinó todo. Sabe que soy Pagan y que envié a mi hermanita a hacer de ramera en mi favor.

Jade deseó que se abriese el suelo y la tragara. Sintió que le ardía el rostro.

- Nathan, si Caine no te mata, creo que lo haré yo - lo amenazó.

Colin la contemplaba. Cuando rompió en carcajadas, Jade supo exactamente qué era lo que estaba pensando.

- No te dije que - comenzó.

- Colin, siéntate - le ordenó la muchacha -. No debes apoyar el peso en esa pierna. Es demasiado pronto para que comiences a caminar.

Colin no quería olvidar el horrible comentario de Nathan.

- Sabía que tú y Caine... – Suspiró -. Te lo advertí, ¿no es cierto?

- Colin, no quiero oír una palabra más acerca de Caine y yo – gritó -. Se acabó, terminó. ¿No entiendes? ¿Dónde está Winters? - agregó precipitadamente, esperando distraerlo -. El médico tendría que estar contigo.

- ¿Winters estaba contigo? - Pagan lo convenció de que me cuidara a bordo del *Emerald* - le explicó Colin. Fue cojeando hasta el sofá y se sentó -. Al comienzo, dudaba un poco, pero Pagan es muy persuasivo. Y, al final, creo que Winters se divirtió como nunca.

- Bueno, ¿dónde está? - preguntó Jade.

- Lo dejamos ir a su casa - respondió Colin -.Deja de afligirte. Tomará cierto tiempo que la pierna se cure. .

Jade colocó una almohada tras la espalda de Colin y le apoyó el pie sobre un taburete grande, redondo.

- Creo que pediré unos refrescos para ti, Colin – dijo -. Te veo muy pálido. La caminata desde el camino te fatigó, ¿no es cierto?

Sin darle tiempo de responder, se alzó las faldas y se encaminó hacia las puertas del salón, pero Caine le cerró el paso.

- No vas a ningún lado.

Sin mirarlo, Jade trató de pasar de largo, pero Caine la tomó del brazo, con tanta fuerza que le hizo daño.

- Siéntate, Jade.

- ¿Jade?

Colin pronunció el nombre con un susurro asombrado.

- Permití que Caine me llamara por el nombre que me dieron.

-¿Permitiste? - preguntó Nathan.

-¿Cómo la llamas? - le preguntó Caine al hermano.

- Tiene varios sobrenombres –respondió Colin -. Casi siempre la llamaba Roja, ¿no es cierto, Jade?

La aludida asintió, y Colin continuó:

- Nathan la llama Chiquilla, casi siempre. Ese sobrenombre le encanta.

Guiñó un ojo, y Jade se sonrojó todavía más.

- Black Harry me llama Delfín - siguió explicando el joven -. También es un insulto.

Caine lanzó un suspiro fatigado.

-¿Quién es Black Harry?

De súbito, lo impactaba con toda su fuerza ese milagro asombroso, y sintió que las fuerzas lo abandonaban. Caine arrastró a Jade hasta el sillón de respaldo alto que estaba frente al sofá, se sentó y la obligó a sentarse sobre un brazo del mueble. Todo ello sin apartar la vista del hermano.

- Todavía no puedo creer que estés vivo - dijo.

- Eso tienes que agradecérselo a Pagan - repuso Colin-. Y yo no puedo creer que estés tan tranquilo. Estaba seguro de que te pondrías furioso cuando supieras que le hice prometer a Jade que no te dijera nada. Caine, tengo mucho que explicarte. Pero antes creo que la hermana de Nathan tiene algo que decirte.

Jade sacudió la cabeza con vehemencia.

- No tengo nada que decirle, Colin. Si tú quieres aclararle los hechos, hazlo después de que yo me haya ido.

Caine no prestaba atención a las protestas de Jade. Le soltó el brazo, se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y dijo:

- Quiero que me digas quién te hizo esto. Dime el nombre, Colin, y yo haré el resto.

Jade aprovechó la distracción de Caine e intentó marcharse otra vez. Pero Caine, sin apartar la mirada del hermano, la sujetó por la mano.

- Creo que te dije que no te vas.

Nathan pareció asombrado.

-¿Por qué todavía no le clavaste un cuchillo?

Jade se encogió de hombros y respondió:

- Colin se habría afligido.

-¿Por qué Black Harry tarda tanto? - preguntó Nathan a CoIin.

Caminó hasta el sofá, se sentó junto a CoIin y apoyó los pies en el mismo taburete.

- Aún tardará un poco - dijo CoIin-. Perdió las gafas.

Los dos rieron, pero Jade estaba horrorizada.

-¿Black Harry está aquí, en Inglaterra?

Le tembló la voz, y sólo Nathan comprendió el motivo de su inquietud.

- Sí, está aquí - afirmó, en tono duro -. Y cuando le diga...

- No, Nathan, no tienes que decirle nada - exclamó la joven, tratando de soltarse de Caine, a lo que éste la sujetó con más fuerza.

-¿Quién es Black Harry? - preguntó Caine, ignorando los forcejeos de Jade.

- Es su tío - respondió Colin-. Cuidó de Jade después que el padre murió.

Caine intentaba asimilar la información. La reacción de Jade al enterarse de que Harry estaba allí le demostró que la muchacha le temía.

-¿Cuánto tiempo estuvo con él? - le preguntó a Colin.

- Años - respondió el hermano.

Caine se dirigió a Nathan.

-¿Dónde diablos estabas tú mientras tu hermana crecía? ¿Robando?

- ¡Maldición, Colin, un hombre no puede tolerar tanto! - musitó Nathan -. Si sigue así, lo mataré, aunque eso signifique perder nuestra amistad.

Colin aún estaba demasiado agotado por la caminata para participar en la conversación y quería descansar unos minutos más antes de comenzar a explicarlo todo. Lanzando un sonoro bostezo para llamar la atención, dijo:

- Nadie matará a nadie hasta que todo haya sido aclarado.

Se recostó otra vez contra los almohadones y cerró los ojos.

Un fuerte estrépito llamó la atención de todos. Caine levantó la vista justo para ver que una enorme maceta con flores caía desde las ventanas sobre la terraza. La maceta se hizo pedazos contra la pared de piedra y, tras el estrépito, se oyó una fuerte blasfemia.

- Llegó Harry- dijo Colin, entre dientes.

Caine continuó contemplando la entrada y pensó que, en ese momento, ya estaba preparado para cualquier cosa. Ya nada podría sorprenderlo.

Por fortuna, estaba equivocado. El individuo que, por fin, cruzó el umbral tenía un aspecto tan singular, que Caine estuvo a punto de reír.

Harry se detuvo, con las grandes manos en las caderas, y miró con severidad a los presentes. Estaba todo vestido de blanco, con una ancha faja roja en tomo de la cintura gruesa. Tenía la piel bronceada por el sol y el cabello plateado como las nubes. Caine calculó que tendría unos cincuenta años, tal vez más.

Este sujeto podría provocar pesadillas a los niños durante meses. Era muy feo, con una nariz bulbosa que le ocupaba gran parte de la cara. Los ojos eran meras ranuras, porque guiñaba con ferocidad.

Caine tenía que admitir que el hombre tenía estilo. Casi tropezó al entrar en el salón. Dos hombres se precipitaron delante de él, apartando los obstáculos del camino, y otros dos lo seguían. Caine reconoció a estos últimos: eran Matthew y Jimbo. Los dos tenían los rostros cubiertos de las magulladuras que Caine les había infligido cuando tuvo aquella amable conversación con ellos.

- Esto está llenándose de gente - afirmó Caine.

Jade soltó la mano de un tirón y corrió al encuentro de Black Harry. Se arrojó en brazos del hombre y lo estrechó con fuerza. En ese momento, Caine notó los dientes de oro. Cuando le sonrió a Jade, uno de los dientes de adelante brilló bajo la luz.

- Oh, tío Harry, te eché de menos - musitó la muchacha.

- Claro que me echaste de menos - refunfuñó el hombre mayor -. De todos modos, te daré una paliza - agregó después de estrecharla otra vez, con cariño -. Chica, ¿acaso te volviste tonta por completo? Escucharé toda esta historia podrida y luego te golpearé hasta dejarte ciega.

- Vamos, Harry - le dijo Jade, en tono tranquilizador -. No quise inquietarte.

Harry lanzó un resoplido.

-¡Lo que no quisiste fue que te encontrara, eso fue lo que no quisiste! - contraatacó el hombre.

Se inclinó y la besó con ruido en la coronilla.

-¿Ese es Caine? - preguntó, guiñando en dirección al aludido.

- Sí.

- No está muerto.

- No.

- Eso significa que hiciste las cosas bien –la elogió Harry.

- Si se cruza en mi camino, pronto estará muerto -dijo Nathan, entre dientes.

-¿Qué es esta rebelión que llega a mis oídos?

-Harry - le dijo Jade, tironeándolo para que le prestara atención.

-¿Qué?

La muchacha se puso de puntillas y le murmuró algo al oído, mientras Harry fruncía el entrecejo.

Cuando terminó, el tío asintió.

- Quizá sí, quizá no. ¿Confías en este hombre?

Jade no pudo mentir:

- Confío en él.

-¿Qué significa para ti, chica?

- Nada –barbotó Jade.

- Mírame a los ojos - le indicó -. Cuando le hablas al suelo, imagino qué hay algo raro.

- No hay nada raro - rnurmuró la muchacha -. Sólo que me alegro de que haya finalizado el engaño.

Harry no pareció convencido.

- Y, si no significa nada para ti, ¿por qué te tornaste tanto trabajo para cuidarlo? - la instó el tío, percibiendo que Jade no le decía toda la verdad.

- Es el hermanó de Colin - le recordó al fin.- Por eso lo cuidé.

Harry decidió esperar a que estuviesen solos para obligarla a que le dijese la verdad.

- Todavía no entiendo - bramó, rnirando en dirección a Caine, con los ojos entrecerrados -. A mi entender, tendrías que estar besando los pies de Pagan – agregó -. Tu hermano está vivo, ¿no es así?

- Ahora que estás aquí, podremos aclarar todo esto, Harry - exclarnó Colin.

Harry refunfuñó y miró otra vez a Jade.

- Todavía estoy dispuesto a darte una buena paliza, muchacha. ¿Lo dudas?

- No, Harry, no lo dudo - respondió la joven.

Le costó disimular la sonrisa. En todo el tiempo que estuvieron juntos, Harry nunca, jamás la había lastimado. Era un individuo tan bondadoso, tan tierno, con un alma tan pura y blanca que sin duda Dios debía de sonreírle, orgulloso. Pero, cuando tenía público, a Harry le agradaba lanzar toda clase de amenazas espantosas. A menudo le recordaba que, a fin de cuentas, era un pirata, y tenía que guardar las apariencias.

Cuando Harry lanzó la primera amenaza, Caine se había levantado de la silla, pero Colin le hizo señas de que volviese a sentarse.

- Es una fanfarronada - le murmuró al hermano.

- Hombres, conseguidme una silla –gritó Harry.

Siguió mirando a Caine con los ojos entornados, mientras se acercaba al hogar. Colin y Nathan sacaron los pies y el banquito del camino justo a tiempo.

Mientras Jade ayudaba a volver a acomodar a Colin, Harry se paró frente al hogar, con las manos tomadas a la espalda.

- No te pareces en nada al Delfín - afirmó.

Sonrió, exhibiendo otra vez ese diente encantador, y dijo:

- Tú y tu debilucho hermano sois domésticos como el pecado, y esa es la única semejanza familiar que puedo ver.

Aunque Caine no creía que pudiese ver mucho de ninguna cosa, se guardó la opinión para sí y miró a Colin, para ver cómo tomaba el insulto. Colin estaba otra vez con los ojos cerrados, pero sonreía, y Caine llegó a la conclusión de que la bravata de Harry era en beneficio del dueño de casa.

Uno de los hombres llevó una silla junto al hogar, y, cuando al fin se sentó, Jade se acercó, se quedó de pie, detrás del tío y le apoyó una mano en el hombro.

- Muchacho, ¿tú usas gafas? - le preguntó a Caine.

Caine negó con la cabeza.

-¿Alguien las usa en esta casa? Por casualidad, ¿alguno de los criados?

- No - respondió Caine.

- Tío, ¿sabes dónde perdiste el último par?- preguntó Jade.

- Vamos, preciosa, sabes que no lo recuerdo - respondió el tío -. Si lo hiciera, no las habría perdido, ¿no te parece?

Harry se dirigió a Caine:

-¿Hay alguna aldea cerca?

Colin comenzó a reír, y hasta Nathan esbozó una sonrisa.

Caine, en cambio, no tenía la menor idea de la causa de tanta diversión.

- Hay una aldea cerca - dijo Colin.

- A ti nadie te preguntó nada, pedazo de bobo. Duérmete otra vez, Delfín. Es mejor para ti - añadió, con un guiño.

Harry se volvió hacia sus compinches y bramó:

- Hombres, ya sabéis qué hacer.

Los dos sujetos de aspecto fiero que merodeaban cerca de las puertas de la terraza, asintieron. En el instante en que se disponían a salir, Jade apretó el hombro de Harry.

- Oh, está bien, muchacha, - musitó -. Hombres, nada de pillaje - les gritó -. Estamos demasiado cerca de la patria.

- Está bien, Black Harry - gritó uno de los hombres.

-¿Saltaron a cumplir mis órdenes? - le preguntó Harry a Jade, en voz baja.

- Sí, fueron, veloces como el rayo.

Harry asintió. Apoyó las manos sobre las rodillas y se inclinó hacia delante.

- Bueno, cuando entré, estaba oyendo palabras de rebelión. Uno pensaría que es hora de regocijo, pero lo que yo escuché no lo parecía. Chica, ¿escuchaste tú voces de regocijo?

- No, Harry.

-¿Puede ser que, como el Delfín es tan molesto, no te alegres de verlo de regreso? - le preguntó a Caine -. Yo lo entendería: este muchacho no es capaz ni de jugar una buena partida de ajedrez.

- La última vez que jugamos, yo estaba bastante aturdido - le recordó Colin.

Harry resopló.

- Tú eres un aturdido, bobo.

Colin sonrió.

- Caine, ¿sabes por qué a este lamentable sujeto lo llaman Black Harry?

- Yo lo diré - afirmó Harry-. Es porque tengo un corazón negro.

Hizo la afirmación en tono jactancioso y esperó un minuto entero para darle tiempo a Caine de que la apreciara.

- Yo mismo me puse ese sobrenombre. ¿No es adecuado, chica?

- Sí, tío, es muy adecuado. Tu corazón es negro como la noche.

- Qué bueno que lo digas - comentó Harry, para luego estirarse y palmearle la mano -. En cuanto mis hombres regresen de cumplir su cometido, partiré hacia el Wharf. Me vendría bien una cena para mantenerme en pie.

- Me ocuparé de inmediato –dijo Jade.

Al instante se encaminó hacia la puerta, haciendo un rodeo lejos de la silla de Caine. Cuando llegó a la entrada del vestíbulo, se volvió hacia el tío:

- Por favor, Harry, no permitas que Nathan y Caine vuelvan a pelear mientras me ausento.

- Yo, en tu lugar, no me preocuparía - exclamó el tío.

- Pero yo sí - le replicó Jade -. Por favor, Harry.

- Está bien, no dejaré que peleen.

En cuanto se cerró la puerta, Harry murmuró:

- Es una joya. Tendría que haberle cortado la cara hace años. Es demasiado bonita para su propia seguridad. Por eso tuve que dejarla sola muchas veces. No podía confiar en mis hombres cuando les daba la espalda.

- Es tan hermosa - explotó Nathan - que cualquier tipo poco honrado se aprovecharía de ella.

- Nathan, déjalo pasar, por ahora –intervino Colin. Abrió los ojos y dijo, mirando a Caine -: Mi hermano es un hombre honrado.

- ¡Sí, claro! - refunfuñó Nathan, con ironía.

En ese momento, Caine no prestaba atención a la conversación, pues se quedó pensando en el comentario de Harry referido a que tenía que dejar sola a Jade. ¿Dónde la dejaba? ¿Quién la cuidaba mientras él estaba ausente? Sin la menor duda, no debía de haber ninguna mujer en aquel sitio, pues de lo contrario le habría enseñado algo de las cosas de la vida.

-¿Qué es toda esta charla? - preguntó Harry, atrayendo otra vez la atención de Caine.

- Aunque no es propio de ti, te pido que tengas paciencia, Harry - dijo Colin -. Ha habido un pequeño malentendido, nada más.

- Acláralo, pues - exigió Harry.

- ¡Maldición, Colin, yo sé todo lo que necesito saber! - dijo Nathan -. Sé que tu hermano es un canalla...

-¿Naciste fuera del lecho matrimonial, hijo? - lo interrumpió Harry, aparentemente encantado con esa posibilidad.

Caine suspiró.

- No, no nací fuera del lecho conyugal.

Harry no intentó ocultar su decepción, cosa que tampoco tenía sentido para Caine.

- Entonces no puedes usar ese sobrenombre - le indicó el tío -. Sólo pueden lucirlo los que nacieron con ese estigma. Un hombre es tan bueno como su apodo - agregó, con un gesto enfático.

- O una mujer - intervino Colin.

Caine adoptó una expresión incrédula, y Colin contuvo la risa.

- Harry, cuéntale lo de Bastard Bull - propuso.

- Por el amor de Dios, Colin - comenzó Caine.

- A su tiempo, Caine - murmuró el hermano -. Necesito un poco más de tiempo para ordenar las ideas.

Caine asintió.

- De acuerdo - dijo, y volviéndose hacia Harry, le pidió -: Cuéntame lo de Bastard Bull.

- A fin de cuentas, no era ningún canalla - afirmó Harry, frunciendo el entrecejo -. Sólo lo dijo para poder alistarse con nosotros, pues sabía cuánta importancia le atribuyo a los apodos. Pero cuando descubrimos que había mentido, lo arrojamos por la borda, junto con la basura.

- Daba la casualidad de que, en ese instante, estaban en medio del océano - dijo Colin, marcando las palabras -. Pero, Pagan no habría dejado que se ahogara.

- Qué considerado de tu parte - le murmuró Caine a Nathan.

- Y estaba ese otro tipo, un buen hombre, fuerte...

Caine soltó un prolongado suspiro. Se reclinó en la silla, cerró los ojos y aceptó el hecho de que tendría que esperar hasta que concluyese toda esa ridícula charla acerca de los apodos. Al parecer, Colin disfrutaba de, la conversación y había pedido tiempo. El hermano parecía dormido... y estaba tan pálido... Durante unos diez minutos, Harry siguió con su disertación. Cuando al fin terminó, Nathan dijo:

- Jade también tiene un sobrenombre muy especial.

- Yo lo diré - afirmó Harry-. Después de todo, fui yo el que lo inventó.

Nathan asintió.

- Está bien, Harry, dilo tú.

En ese momento, todos miraron a Caine y, si se hubiese molestado en abrir los ojos, habría visto que todos sonreían.

A Caine le resultaba difícil conservar la paciencia.

-¿Cuál era ese apodo especial, Harry? - preguntó al fin, en tono cauteloso.

- Bien, muchacho - dijo Harry, marcando las palabras -. Nos gusta llamarla Pagan.

12

No tomó muy bien la novedad. Durante un prolongado momento, sencillamente se negó a creer que Jade pudiese ser Pagan. «Sólo un hombre podría cometer actos tan atrevidos – pensó -. Sólo un hombre.»

Colin, Harry y Nathan lo observaban con atención. Caine negó con la cabeza, y los otros tres asintieron al unísono.

- Veo que te cuesta creerlo - dijo Colin, con expresión de simpatía -. Pero es cierto, Caine. Harry le puso ese apodo hace años, porque...

- Yo se lo diré - interrumpió Harry -. Fue por el color del pelo, hijo. Cuando era pequeña, era rojo como el fuego. La expresión de Caine indicaba a las claras que todavía no podía creerlo. Harry creyó que no entendía el motivo para un sobrenombre tan especial.

- En aquel entonces, también era salvaje como el demonio – explicó -. Como una pequeña infiel, era.

La expresión de Caine pasó lentamente del escepticismo a la furia, y Colin y Harry se inquietaron. Sólo Nathan disfrutaba de la situación.

- Caine, ¿acaso a un hombre se le ocurriría dejar una rosa cuando se marchara? - dijo, con la intención de frotarle sal en la herida -. Es el trabajo de una mujer. A mí me asombra que nadie, hasta ahora, se haya dado cuenta. ¿No te parece, Colin?

- Sí - respondió Colin, con la mirada fija en el hermano - . Es asombroso.

Después de esa afirmación, nadie dijo palabra por un buen tiempo. Harry y Nathan esperaron a que Caine comenzara a digerir la verdad. Colin conocía mejor a su hermano que sus amigos, y esperó, sin impacientarse, a que Caine explotase.

Jade estaba en el comedor, ayudando a Stems a tender la mesa. En cuanto el mayordomo echó un vistazo al semblante de la muchacha, comprendió que algo malo sucedía: estaba pálida como el mantel.

Lo único que Jade dijo a Stems fue que había llegado el tío, y que él y cuatro de sus hombres querrían tomar la cena antes de marcharse. También insistió en que usaran la mejor cristalería. Stems fue a la cocina a ordenar la comida, cosa que provocó en la cocinera y en Bemice, la ayudante, un frenesí de actividad, y luego el mayordomo volvió al comedor.

Encontró a Jade observando una bandeja ovalada de plata.

- Al tío le gustaría – comentó -. El diseño es magnífico.

Stems asintió.

- Es un obsequio del rey – explicó -. Cuando el marqués recibió su título, Colin dio una fiesta estupenda en su honor. Asistió el rey y le dio esa bandeja. Si le da la vuelta, verá la inscripción. Jade negó con la cabeza y lanzó la bandeja a Stems.

- Escóndala.

-¿Cómo dice?

- Escóndala, Stems - repitió, mirando alrededor, y luego preguntó -: ¿Hay otras cosas que Caine tendría especial interés en conservar?

- El juego de té de plata, al costado del bar – dijo -. Creo que tiene un sentido especial para milord.

-¿También se lo regaló el rey?

- No, ese juego se lo regaló la abuela.

- Ocúltelo también, Stems. Ponga esas cosas bajo la cama de Caine: ahí estarán seguras.

- Milady, ¿se siente mal?

- No.

- Lo parece - afirmó Stems-. Y anda como si estuviese en trance. Sé que sucede algo malo.

Jade fue hacia la puerta, y una vez allí, se volvió hacia Stems.

- Ha sido usted muy bondadoso conmigo. Nunca lo olvidaré:

Stems se sobresaltó. Jade estaba a punto de cerrar la puerta, cuando Caine llegó en su busca.

- ¡Jade!

El bramido hizo temblar las copas de cristal. Jade no reaccionó, pero Stems dio un brinco.

- Creo que su patrón acaba de oír noticias inquietantes - dijo la muchacha -. Esperaba que mi tío aguardara... bueno, no importa.

Stems la siguió hacia la entrada, y, cuando comenzó a subir las escaleras, la llamó:

- Creo que a milord le agradaría que usted fuese junto a él, lady Jade.

Jade siguió subiendo.

- Yo me quedaría gustoso a su lado - le prometió el mayordomo -. Sé que, en ocasiones, su carácter puede asustar.

Stems esperó a que Jade desapareciera de la vista, y luego corrió al salón.

Al ver a Colin, el mayordomo tuvo dificultades para mantener su rígida compostura.

-¡Dios mío, Colin, eres tú! - balbuceó.

- Hola, Stems - dijo Colin -. Me alegra volver a verte. ¿Sigues dándole órdenes a tu señor?

Stems demoró en recobrarse.

- Lo hago lo mejor que puedo.

- Caine, ¿éste es un criado? - preguntó Harry.

- Es un dictador, no un sirviente –afirmó Colin, sonriendo.

Stems giró hacia el hombre mayor que, evidentemente, no veía muy bien, y trató de no lanzar, una exclamación. .

-¿Todavía no está lista mi cena? –vociferó Harry.

Stems llegó a la conclusión de que ese debía de ser el tío de Jade. El extraño sentado junto a Colin era demasiado joven.

-Ya está casi lista –dijo al fin, girando hacia Caine -. Milord, tengo que hablar con usted, de inmediato, en el vestíbulo. Es una cuestión muy importante.

- Ahora no, Stems - dijo Caine, en tono fatigado -. Hablaremos luego.

- Tal vez no me haya escuchado –insistió Stems-. Hay un problema que requiere solución inmediata. Se trata de lady Jade.

Caine no se sorprendió en absoluto.

-¿Qué quemó ahora? ¿La cocina?

- Milord, no es hora de bromear - le espetó el mayordomo.

-¿Acaso te parece que bromeo, Stems?

El mayordomo cruzó los brazos sobre el pecho.

- En este momento, lady Jade no está quemando nada: está marchándose.

Esa noticia obtuvo la reacción que Stems esperaba. Al ver que el señor se ponía de pie, se apartó del camino e hizo un gesto de satisfacción, cuando Caine vociferó:

-¡No saldrá de aquí!

El mayordomo esperó a que el patrón saliera de la habitación, y se dirigió otra vez al tío de Jade:

- La cena será servida en un momento –anunció, ya recuperado el tono altivo.

Caine subió de dos en dos los escalones. El corazón le golpeaba con fuerza. Por primera vez en la vida, sentía pánico, y ese sentimiento no le agradaba en lo más mínimo.

En cuanto abrió la puerta del dormitorio de Jade, la vio y el pánico lo abandonó de inmediato. Dio un portazo y se apoyó contra la puerta.

Hizo una profunda inspiración, tratando de, calmarse. Jade fingía no verlo y, de pie junto a la cama, plegaba un vestido de color dorado. El bolso estaba abierto y lleno casi hasta el tope.

- Ya puedes dejar de empacar - dijo, asombrado de que su voz sonara tan enérgica -. No irás a ningún lado.

Jade giró para enfrentarlo. Estaba resuelta a cantarle cuatro frescas antes de marcharse, pero, cuando le vio la expresión, el corazón le dio un vuelco y olvidó todo lo que quería decirle.

Estaba tan colérico que se le contraía un músculo de la mandíbula. Mientras intentaba recuperar el valor, Jade lo contemplaba fascinada.

- Nunca dejaré que me abandones, Jade - dijo Caine -. Nunca. ¿Me oyes?

A juicio de Jade, lo habían oído en toda la aldea, y a ella le zumbaban los oídos del grito de Caine.

Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para enfrentarlo y movió con lentitud la cabeza.

- Me llamaste ramera - murmuró.

La angustia que resonaba en la voz de la muchacha sacudió a Caine y parte de la ira se disipó.

- No, no te llamé ramera.

- Lo pensaste - replicó la joven -. Estabas a punto de decirlo.

- No es así - repuso el hombre -. Jade, en este momento tenemos un asunto más importante que tratar.

Jade ahogó una exclamación:

-¿Más importante que llamarme ramera?

Caine se alejó de la puerta y se encaminó hacia la muchacha y, de inmediato, Jade retrocedió.

- No te me acerques. No quiero que vuelvas tocarme otra vez.

- En ese caso, serás desdichada el resto de tu vida, Jade, pues estaré tocándote todo el tiempo.

- En realidad, no me quieres - gritó Jade -. A la que quieres es a la mujer vulnerable y débil que fingí ser, Caine. No conoces a la verdadera Jade. No, no la conoces - insistió, al ver que el hombre negaba con la cabeza -. En realidad, soy muy fuerte y decidida. Sólo fingí necesitarte, pedazo de tonto, para que te sintieras obligado a quedarte junto: a mí, por honor. Además, usé todas las tretas que usan las mujeres débiles. ¡Sí, eso hice! Me quejé con frecuencia y lloré cada vez que quería salirme con la mía.

Caine la aferró y la sujetó con brusquedad contra sí.

- Me marcharé - exclamó Jade -. ¿Acaso no puedes meterte eso en la...?

- Te quedarás.

- Te odio - murmuró Jade, para luego estallar en lágrimas.

Caine apoyó la barbilla sobre la cabeza de la muchacha.

- No, no me odias - susurró.

- Odio todo lo que tiene que ver contigo - gimió, entre sollozos -. Pero, sobre todo, odio la forma en que me contradices.

- Jade.

-¿Qué?

- En este momento, ¿tus lágrimas son una treta?

Jade no pudo dejar de llorar el tiempo suficiente para responder con claridad.

- Por cierto que lo son – balbuceó -. Yo nunca, jamás lloro - agregó, un instante después -. Las únicas que lloran son las mujeres débiles.

- Pero tú no eres débil, ¿verdad, mi amor?

La sonrisa de Caine era tan tierna como su voz, pero seguía apretándola con manos de hierro, aunque Jade ya no forcejeaba para soltarse.

Sintió deseos de tenerla abrazada el resto de su vida.

- Jade.

-¿Y ahora, qué?

- Te amo.

La única respuesta de Jade fue ponerse a temblar. Caine comprendió que la aterrorizaba.

- Eres la mujer más confusa que conozco - murmuró, suspirando -. ¡Sin embargo, que Dios me ayude, pues te amo!

- Yo no te amo - balbuceó Jade -. Ni me gustas, ni confío en ti.

Concluyó la enumeración con un hipo. El rechazo de Jade no inmutó siquiera a Caine.

- Te amo – repitió -. Ahora y para siempre.

Le gustaba abrazarla mientras lloraba. ¡Por Dios, cuántas lágrimas tenía almacenadas!

Debieron estar ahí, abrazados, cerca de diez minutos, antes de que Jade pudiera recobrarse.

Se enjugó las mejillas con las solapas de la chaqueta del hombre, y se apartó de él.

- Será mejor que bajes - murmuró.

- Sin ti, no.

- No - replicó Jade -. Nathan y Harry se darán cuenta de que estuve llorando. Me quedaré aquí.

- Jade, no puedes... - Se interrumpió en mitad de la frase, y le preguntó -: ¿Qué importa si lloras o no?

- Si llorara, no sería lo que esperan de mí - respondió.

- Trata de explicarme lo que quisiste decir - le pidió él, con gentileza.

Jade lo miró, enfurruñada:

- Caine, hay que cuidar las apariencias.

Jade fue hasta la cama y se sentó.

- No quiero hablar de esto. - Suspiró y luego agregó -: Oh, está bien, nos veremos abajo...

Caine ya meneaba la cabeza.

- Te esperaré.

-¿No confías en mí?

- No.

Caine esperaba que Jade explotara, pero la muchacha lo sorprendió, pues se limitó a encogerse de hombros.

- Bueno – dijo -. No confíes en mí, Caine. Me marcharé a la primera oportunidad. No me quedaré aquí, a esperar que me abandones. No soy tan tonta.

Por fin, el hombre entendió: Jade ya no podía ocultar que se sentía vulnerable frente a él.

- Y estás totalmente segura de que voy a abandonarte, ¿no es cierto?

- Por supuesto.

La réplica fue tan candorosa que Caine no supo cómo proceder.

- Aunque acabo de decirte que te amo, de todos modos...

- Nathan y Harry también me aman - lo interrumpió.

Caine desistió de hacerla entrar en razones, pues supuso que sería inútil. Comprendió que tendría que esperar y buscar otro modo de sortear las barreras de Jade.

De súbito, Caine sintió deseos de bajar y matar a Nathan y a Harry. Pero no podía deshacer el pasado de la mujer que amaba. No, sólo podía brindarle un futuro seguro y sólido.

- Nunca abandonaría... - se interrumpió, y luego dijo -: Muy bien, Jade, puedes irte cuando quieras.

Al oírlo, los ojos de la muchacha se abrieron, sorprendidos. Pareció a punto de llorar otra vez, y Caine se sintió como un ogro.

- En cualquier momento que quieras marcharte, puedes hacerlo.

Jade bajó la mirada.

- Gracias.

- No hay por qué - respondió Caine, marcando las palabras.

Caminó hacia ella, la hizo poner de pie y le alzó la cabeza.

- Sólo un pequeño detalle - agregó.

-¿Qué cosa?

- Cada vez que te marches, yo iré a buscarte. No habrá lugar donde puedas esconderte, Jade. Yo te encontraré y te traeré otra vez aquí. Este es tu lugar.

La muchacha trató de apartarle la mano de su barbilla.

- Nunca me encontrarías - murmuró.

El hombre percibió el pánico en la voz de la mujer. Se inclinó para besarla, pero no encontró su boca, pues Jade apartó el rostro. Entonces Caine atrapó la cara de Jade entre las manos y capturó los labios suaves con los suyos.

La lengua tomó posesión. Cuando Jade lo pellizcó, Caine gimió y luego profundizó el beso. Por fin la lengua de la muchacha se frotó contra la de él, ya evaporada toda resistencia.

Le rodeó la cintura con los brazos y pareció derretirse sobre él.

- Te amo - repitió Caine, al alzar la cabeza.

Jade comenzó a llorar otra vez.

-¿Cada vez que te diga que te amo te pondrás a llorar? - le preguntó el hombre.

Más que irritado, estaba divertido. Jade negó con la cabeza.

- Todavía no lo has comprendido, Caine. No te entró en la cabeza.

-¿Qué es lo que no entiendo? - preguntó, con voz colmada de ternura.

- No entiendes quién soy –exclamó Jade.

Caine suspiró otra vez. Le tomó la mano y la sacó de la habitación. Sólo cuando estaban a mitad de camino hacia el vestíbulo, se dignó responderle:

- Lo entiendo muy bien: eres mía.

- También detesto tu posesividad - le dijo Jade, a la espalda de Caine.

Caine se detuvo en la puerta del salón y entonces le soltó la mano.

- Si tratas de alejarte de mí mientras estoy aquí dentro, te juro que te avergonzaré del peor modo. ¿Entendiste?

Jade asintió. Cuando Caine comenzó a abrir la puerta, captó el cambio que se produjo en la muchacha: ya no existía la mujer vulnerable que había tenido en los brazos instantes atrás. Jade tenía un aire sereno, y Caine quedó tan atónito que movió la cabeza.

- Ya estoy preparada - anunció Jade -. Pero, si le cuentas a Harry que dormimos juntos...

- No lo haré - la interrumpió Caine, antes de que comenzara otra vez a asustarse -. A menos que me abandones, por supuesto.

Jade le lanzó una breve mirada de reproche, luego compuso una sonrisa y entró en el salón. En cuanto ella y Caine entraron, la conversación cesó. Jade se sentó en el brazo del sillón junto al fuego y le hizo señas de que se sentara.

-¿Falta poco para que esté lista mi cena? –le preguntó Harry.

- En uno o dos minutos - respondió Jade -. Tío, insistí en que prepararan lo mejor para ti, y eso lleva un poco más de tiempo.

Harry la miró, radiante.

- Soy afortunado, Pagan, al tenerte a ti para que me cuides - gorjeó.

- No la llames Pagan.

El áspero murmullo de Caine hizo estremecer a Jade, por la ira que vibraba en él.

Nathan rió entre dientes, mientras que Harry miraba a Caine con los ojos entornados.

-¿Por qué no? Ése es su nombre.

- No, su nombre es Jade - espetó Caine.

- Mi nombre es Pagan.

La voz de la muchacha parecía de hielo.

- Lamento que no te agrade, Caine, pero es...

Cuando Caine le tomó la mano y comenzó a oprimírsela, Jade interrumpió la explicación.

- Todavía no lo cree - dijo Harry.

Jade no le contestó al tío pero, para sus adentros, creyó que estaba en lo cierto. Si lo hubiese comprendido, Caine no le habría sostenido la mano de esa forma.

- Tío, él está convencido de que todas las mujeres son débiles - murmuró Jade.

Harry resopló, y estaba a punto de lanzarse a contar algunas de sus anécdotas preferidas acerca de las habilidades de Jade, cuando regresaron de su tarea los hombres que había mandado a la aldea.

Los hombres se acercaron a Harry con paso torpe.

-¿Y bien? ¿Qué conseguisteis, muchachos?

- Once pares - respondió el más bajo de los dos marinos.

Bajo la mirada cada vez más atónita de Caine, comenzaron a aparecer gafas de todos los tamaños y formas, que caían sobre el regazo de Harry. El viejo se probó el primer par, miró de reojo a Caine, se quitó las gafas y las arrojó sobre el hombro.

- No sirven - musitó.

La ceremonia se repitió una y otra vez, hasta que se hubo probado ocho, y lanzó un suspiro feliz.

- Estas sirven - afirmó.

- Tío, pruébate las otras - propuso Jade -.Tal vez haya otro par que te vaya bien.

Harry hizo lo que le proponía y metió otro par de gafas en su bolsillo.

- Muchachos, cumplisteis bien la tarea; estoy orgulloso de vosotros.

Caine dejó caer la cabeza. La imagen de cómo habían conseguido las gafas los hombres de Harry lo obligó a sonreír sin ganas.

- Antes de que Harry llegue a su casa, media Inglaterra estará entornando los ojos –predijo Colin, riendo por lo bajo.

-¿Tratas de ofenderme, muchacho? - preguntó Harry.

- No, me limito a ser sincero –respondió Colin.

Sterns abrió las puertas y anunció que la cena estaba servida.

Harry saltó de la silla. Nathan y Colin se apartaron de su camino justo en el momento en que el tío pateaba el banquito.

-¿Vienes conmigo, muchacha? –preguntó Harry, pasando junto a Jade como una tromba.

Caine le apretó la mano con más fuerza.

- No, tío, me quedo aquí. Tengo algo que explicar. Que tú y los muchachos disfrutéis la comida.

En cuanto Harry salió; Jade indicó a los hombres que lo siguieran. Jimbo pareció a punto de discutir la indicación. La expresión del hombre lindaba con la hostilidad, y su blanco era Caine.

Jade se limitó a mirarlo. El mensaje sin palabras logró su objetivo, y el grandote se apresuró a salir del cuarto.

- Cierra las puertas - le indicó Jade.

- Si me llamas quizá no te oiga –arguyó Jimbo.

- Me oirás - le prometió Jade.

- A mí también - dijo Nathan, entre dientes -. Soy capaz de cuidar a mi hermana, Jimbo.

- Eso habría que verlo - murmuró Jimbo, lo bastante alto para que se oyera. Lanzó una última mirada ceñuda a Caine, y salió, cerrando las puertas.

-¿Estás lo bastante tranquilo para explicarle el problema a Caine? En realidad, Colin, quisiera terminar con esto para poder irme.

Caine le dio otro apretón.

- Sí, estoy tranquilo - dijo Colin.

Se volvió hacia Nathan, que le hizo, un gesto afirmativo, y luego se concentró en Caine.

- Cuando yo cursaba mi último año en Oxford, me abordó un hombre llamado Willburn. Era de la Oficina de Guerra, y estaba reclutando hombres para hacer un trabajo de inteligencia para Inglaterra. Nuestro país aún no estaba en guerra oficial con Francia, pero todos sabíamos que se avecinaba. De cualquier modo, Willbum sabía que tú trabajabas para Richards. Yo todavía estaba bajo secreto. En aquel momento, tendría que haberme preguntado por qué no podía comentar mis tareas contigo, Caine, pero no lo hice. Tú nunca hablabas de tu trabajo, y yo saqué en conclusión que así era como debía ser. Para ser sincero, creo que estaba enamorado de esta cuestión del espionaje. - Agregó, con expresión humilde -: De todos modos, me veía como el salvador de Inglaterra.

-¿Cómo conociste a Nathan? –preguntó Caine.

- Casi un año después de haber comenzado a trabajar para Willburn: nos puso juntos. Fue reclutado casi del mismo modo que yo. Después, Nathan y yo nos hicimos buenos amigos. - Se interrumpió, para sonreírle al amigo -. Nathan no es fácil de querer.

- Lo advertí - dijo Caine.

- Continúa, Colin - exigió Nathan.

- Llevó mucho tiempo conquistar la confianza de Nathan, de hecho, casi otro año trabajando juntos. Hasta entonces, no confió en mí. Luego, en un viaje de regreso desde Francia, me contó lo de las cartas que había encontrado Pagan.

Colin cambió de posición, haciendo muecas de dolor. Nathan se dio cuenta antes que nadie, y de inmediato le acomodó el taburete. Con delicadeza sorprendente en un hombre tan corpulento, alzó la pierna herida de Colin, le deslizó un almohadón bajo el talón y preguntó:

-¿Así está mejor?

Caine observaba a Nathan y vio la preocupación reflejada en sus ojos. De pronto comprendió que, a fin de cuentas, no podría odiarlo.

Semejante revelación fue una decepción amarga, pues Caine quería odiarlo. Ese canalla había abandonado a su propia hermana, la dejó para que se las arreglara sola. Por su culpa, Jade tenía tantos escudos ante su corazón, por ese motivo guardaba dentro tanto dolor.

Pero Colin estaba vivo.

- Caine - dijo Colin, guiando otra vez al hermano a la conversación -. ¿Te parece posible que un gobierno opere dentro de ese gobierno?

- Cualquier cosa es posible - respondió Caine.

-¿Oíste alguna vez hablar del Tribunal? - preguntó Colin, apenas en un susurro.

Colin y Nathan intercambiaron un gesto de acuerdo, preparándose para escuchar la negativa de Caine, y luego lo dejarían estupefacto cuando le contaran los hechos que habían descubierto.

- Sí, oí hablar del Tribunal.

Colin quedó atónito.

-¿En serio?

-¿Cuándo? - quiso saber Nathan -. ¿Cómo?

- Nathan, poco después de la muerte de tu padre, hubo una investigación y se vinculó al conde con toda clase de actividades subversivas. Se confiscaron sus tierras, los hijos quedaron en la pobreza...

-¿Cómo sabes todo eso? - preguntó Nathan.

Antes de responder, Caine miró a Jade.

- Cuando ella me dijo quién era su padre, le pedí a Lyon que hiciera averiguaciones.

-¿Quién es ese Lyon? - preguntó Nathan.

- Un amigo nuestro - respondió Colin.

-¿Se puede confiar en él? - preguntó Nathan.

- Sí - respondió Colin, antes que el hermano -. Caine, esa fue una elección prudente: Lyon no habría interrogado a las personas equivocadas, como hice yo.

A Jade comenzó a dolerle la espalda por lo incómodo de la posición, y soltó su mano de la de Caine, sorprendida porque él no se la retuvo. Pero sabía que no debía irse. Si algo se podía asegurar de Caine era que no amenazaba en vano: la haría avergonzarse, tal como había dicho. Se sentó en la silla que dejó vacía.

- Lyon no interrogó a nadie - explicó Caine -. Se limitó a buscar la información en los archivos.

- No pudo haberlo hecho - intervino Jade- pues el archivo de mi padre no está.

Ante una afirmación tan significativa, Caine alzó una ceja.

-¿Y tú cómo sabes que falta?

Jade se encogió de hombros con delicadeza.

- Porque yo lo saqué - admitió.

-¿Que tú qué?

- Caine, en este momento el archivo no es el tema - se precipitó la muchacha, tratando de apaciguarlo.

-¿Cómo fue que Lyon...? - comenzó Nathan.

Mientras le respondía al hermano, Caine siguió mirando, ceñudo, a Jade.

- Richards también era director de Lyon, además de mío, y tenía sus propios registros. Esos fueron los que Lyon leyó.

- Después de la investigación, ¿mi padre fue reivindicado? - preguntó Nathan.

- No - respondió Caine -. Tampoco fue condenado, Nathan, pues no había pruebas suficientes.

- Ahora las hay - murmuró Jade.

-¿Pruebas para reivindicar a tu padre? - preguntó Caine.

- No, para condenarlo. Leí las cartas de papá.

La tristeza que se adivinaba en el tono de Jade oprimió el corazón de Caine. Todavía sentía deseos de estrangularla por haberlo engañado pero, al mismo tiempo, quería besarla.

- Caine, ¿cómo puedes sonreír en este momento? - preguntó Colin-. Esto no es...

- Perdón - dijo Caine, que no sabía que estaba sonriendo -. Estaba distraído.

Mientras lo decía, miraba a Jade que, a su vez, se contemplaba las manos.

- Continúa, Colin - ordenó entonces Caine, concentrándose otra vez en el hermano.

- Después del funeral del padre, Pagan...quiero decir, Jade, se marchó con Black Harry. El conde confiaba por entero en Harry.

- Eso es difícil de creer - comentó Caine.

- Harry es un buen hombre - dijo Jade -.Tiene buen corazón.

- Estoy seguro de que es así - afirmó Caine -.Pero tú hablaste de otra amiga íntima, de una mujer llamada lady Briars, que hubiese estado más que dispuesta a llevaros a Nathan y a ti a su casa. No entiendo por qué tu padre prefirió a un ladrón, en lugar de...

- Fue una cuestión de confianza –explicó Nathan -. Mi padre había vuelto su corazón contra Inglaterra, Caine, y creía que ninguno de nosotros estaría a salvo aquí. Harry era la mejor posibilidad.

-¿Por qué creyó que no estaríais seguros?

- Las cartas - respondió Colin-. El conde conservaba todas las que recibió de los otros dos.

El nombre operativo del padre de Nathan era zorro, y era uno de los tres integrantes del Tribunal. Los otros dos eran Hielo y Príncipe.

- Mi padre era muy idealista - intervino Nathan -. Al comienzo, creo que guardó las cartas para las generaciones futuras. Estaba convencido de que hacía algo... heroico por Inglaterra. No obstante, las cosas se deterioraron con mucha

rapidez. Pronto, lo hacían sólo por el bien del Tribunal. Cualquier cosa era válida si contribuía a reforzar el poder de ellos.

- Fue una lenta metamorfosis - dijo Colin-. La primera carta, se cerraba con la frase «por el bien de Inglaterra». Luego, tras la décima carta, o quizá la undécima, la frase cambió.

-¿Qué ponían? - preguntó Caine.

- Comenzaron a usar la frase «por el bien del Tribunal» - respondió -. Hielo fue el primero en usar ese saludo, y los otros dos lo siguieron. Para ese entonces, la corrupción era completa.

- Colin, mucho antes de eso comenzaron a actuar de forma independiente - señaló Nathan.

- El fin justificaba los medios - explicó Colin a Caine -. Siempre que creyeran que lo que hacían ayudaba a la patria, eran capaces de justificar cualquier cosa.

- Una actitud muy similar a la tuya, Jade - afirmó Caine.

El comentario la sorprendió tanto, que abrió grandes los ojos.

- No, no se parece a mi actitud – replicó -. Caine, yo no me parezco a mi padre, no apruebo lo que hizo. Aunque sea pecaminoso admitirlo, tampoco abrigo ningún sentimiento hacia él. Mi padre eligió su propio camino.

- Las tierras de tu padre fueron confiscadas, y le quitaron su fortuna - dijo Caine.

- Sí - admitió Jade, preguntándose adónde querría llegar.

- Por eso les robas a los ricos, Jade. Yo diría que así quedas a mano.

-¡No es cierto!

La exclamación indicó a Caine que la opinión la disgustaba.

- El poder corrompe – señaló -. Y el poder absoluto corrompe de modo absoluto.

- No necesito que me cites a Machiavello, Caine. Admito que el Tribunal pretendía el poder absoluto.

- Estabas en el mismo camino.

-¡No! - exclamó la muchacha.

-¿Estaba, Caine? - preguntó Colin.

- Estaba - confirmó Caine, en tono bastante áspero.

- Eso significa que tú... - comenzó Colin.

- Ahora no, Colin - le ordenó.

-¿De qué habláis? - preguntó Jade -. Yo jamás perseguí el poder absoluto.

Caine no le hizo caso.

- Cuéntame lo que falta - le ordenó a Nathan.

- Nuestro padre cambió de ideales –dijo Nathan -. Cuando su director, un sujeto llamado Hammond, fue sancionado, la conciencia comenzó a importunarlo.

-¿Sancionado? - se burló Colin-. ¡Qué palabra tan amable para un hecho tan feo!

-Hammond era el director de los tres - intervino Nathan -. Eran Hielo, Príncipe y Zorro. De todos modos, al principio hacían todo lo que se les ordenaba. Pero no pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a actuar de manera independiente. Hammond comenzó a enterarse de lo que hacían, y los tres estaban segu-

ros de que cada vez se tornaba más suspicaz. A Hielo se le ocurrió la idea de sancionarlo.

- Mi padre no quería matar a Hammond - dijo Jade -. Iba camino de Londres, a advertir al director, cuando lo mataron. Al menos, eso fue lo que pudimos deducir.

-¿Quién fue asesinado? ¿Tu padre o Hammond? - preguntó Caine.

- Nuestro padre - respondió Nathan -. Había enviado una nota a Hammond, diciéndole que tenía que verlo lo antes posible, que era urgente, una cuestión de vida o muerte.

-¿Y cómo pudisteis deducirlo? –preguntó Caine.

- En el funeral de mi padre, Hammond me mostró la nota - contestó Nathan -. Me preguntó si yo sabía algo acerca de ese problema urgente. Desde luego, yo no sabía nada: había estado en la escuela, y Jade era demasiado pequeña.

- Nuestro padre confió en Harry y le dio las cartas que había guardado.

- Y cuando fuiste mayor, ¿Harry te contó todo? - le preguntó Caine a Jade.

La joven asintió, pero sin mirarlo, con la vista fija en su propio regazo.

-Harry quería que Nathan fuese con nosotros. Papá tenía un barco, y Harry tenía inclinación por convertirse en pirata. Nathan quería terminar los estudios. Pensó que Harry me llevaría a una isla del sur, y que yo estaría segura hasta que él pudiese ir a buscarme.

- Cuando comencé a oír acerca de las incursiones de un pirata llamado Pagan, confieso que jamás se me habría ocurrido que podría ser Harry - comentó Nathan.

-¿Por qué no fuiste a buscar a Jade? - preguntó Caine.

- No podía - respondió Jade, sin darle tiempo al hermano -. Harry y yo no estábamos nunca el tiempo suficiente en un sitio. Por otra parte, en aquel entonces Nathan tenía sus propios problemas. Los enemigos de papá sabían que él había conservado las cartas, y estaban desesperados por encontrarlas. Después de haber registrado las habitaciones de Nathan, lo dejaron en paz... al menos por un tiempo, hasta que comenzaron una nueva investigación en nuestra ciudad.

-¿Tú tenías las cartas? - preguntó Caine -. ¿O Harry las ocultaba en lugar seguro?

- Las teníamos en el *Emerald* - respondió la muchacha.

- Las quiero - exigió Caine -. ¿El navío está lo bastante cerca para enviar a uno de mis hombres?

Se interrumpió al ver que Jade movía la cabeza. ,

- No hay necesidad de ir a buscarlas: yo puedo decirte el contenido.

- Palabra por palabra - confirmó Colin-. Pagan sólo necesita leer algo una vez, y se le graba en la memoria para el resto de su vida.

Si a Caine le pareció un extraño talento, no lo dijo, y Jade agradeció que guardara silencio.

- Pagan, recita las cartas para Caine - propuso Nathan.

- Si la llamas Pagan una vez más, te golpearé hasta desmayarte.

Nathan dirigió a Caine una larga mirada furibunda, y luego se rindió.

- Está bien –refunfuñó -. La llamaré Jade, pero sólo porque no quiero que nadie oiga el apodo.

- Me importa un ardite por qué lo haces: tú hazlo - dijo Caine, rechinando los dientes.

-¡Diablos, Colin, trato de ser complaciente, pero te juro que cuando esto termine, lo golpearé hasta quitarle esa arrogancia!

Jade creyó que la pelea era inminente, y atrajo la atención de todos al comenzar a recitar el contenido de las cartas. Le llevó más de media hora, pero no se le escapó una sola palabra. y cuando terminó, todos guardaron silencio largo tiempo. Cada uno intentaba asimilar la información que acababa de recibir.

Por fin, habló Colin.

- Muy bien - comenzó, con voz llena de entusiasmo -. Esa primera carta estaba dirigida a Thorton... o sea, al padre de Nathan y Jade, por supuesto, y estaba firmada por un tal William.

- Aún no les habían asignado los nombres operativos - informó Jade.

- Sí - admitió Colin -. Luego, Thorton se convirtió en Zorro, y William en Príncipe. Hielo, en cambio, es otra cuestión. No tenemos ninguna clave de su.

- Colin, luego podremos especular acerca de la identidad de ese sujeto - lo interrumpió Nathan.

Colin asintió.

- Fui a ver a Willburn y le conté lo de las cartas. Nathan y yo decidimos que teníamos que confiar en él. A fin de cuentas, era nuestro director y nos había cuidado bien. Hasta hoy, no creo que esté involucrado con el Tribunal.

- Eres un inocente - musitó Nathan -. Claro que tenía que ver con esos canallas.

- Para convencerme, tendrás que demostrármelo - argumentó Colin -. Entonces te creeré.

Nathan negó con la cabeza y se volvió otra vez hacia Caine.

- Nos enviaron al sur, en lo que ahora sabemos era un arreglo. Teníamos que encontrarnos con dos informantes en el puerto. Por supuesto, era una trampa. Antes de que supiéramos qué estaba pasando, estábamos los dos atados, amordazados, y nos habían arrojado a esas aguas cálidas.

- No lo dirás todo, ¿no es cierto? –preguntó Jade -. No es necesario.

Ni Nathan ni Colin detectaron el temor en la voz de Jade, pero Caine sí, y de inmediato la miró.

- Continúa, Colin - murmuró Nathan.

Caine vio que Jade se retorcía las manos y supuso que debía de haber presenciado algo que la aterraba.

- Yo fui el primero en caer al agua - dijo Colin, atrayendo otra vez la atención de Caine -. Primero me hicieron cortes largos y superficiales con los cuchillos en las piernas y luego me arrojaron del muelle. Nathan comprendió lo que se proponían, pero yo doy gracias a Dios que, en aquel entonces, no lo comprendí. Yo creí que todavía tenía una posibilidad, ¿sabes?

El semblante de Colin se había tornado grisáceo, y el de Nathan también era sombrío.

- Como Shallow Wharf estaba cerca, pasamos varios días con Jade y Black Harry. En aquel momento, Colin no sabía que ella era Pagan, y se enamoró perdidamente de mi hermanita –continuó Nathan.

- Sí, es cierto - dijo Colin, girando hacia Jade y guiñándole un ojo -. Todavía lo estoy, Jade, y si me dieses la mínima oportunidad...

La muchacha se ruborizó y negó con la cabeza.

- Eras imposible.

- Colin la seguía como un perrito - dijo Nathan -. Cuando comprendió que ella no tenía interés, estaba tan decepcionado que tuve que llevarlo a emborracharse.

- Nathan, esa noche me enamoré de otras dos damas –señaló Colin.

- No eran damas - comentó Jade.

- No, no lo eran - admitió Nathan -. No sé cómo puedes recordarlo, Colin: estabas tan ebrio, viejo.

Colin rió:

- Recuerdo todo – se jactó.

Caine se contuvo, pues las expresiones lígubres de los dos jóvenes le indicaban que necesitahan bromear para poder superar ese recuerdo. Jade no tuvo tanta paciencia.

-Tommy y yo seguimos a Nathan y a Colin cuando fueron a la cita. Guardaban tanto secreto sobre sus planes, que me despertaron la curiosidad. También tenía la sensación de que algo estaba mal.

-¿Quién es Tommy? - preguntó Caine.

Jade saltó de la silla y corrió al otro extremo de la habitación.

- Nathan, termina tú la historia mientras yo voy a buscar unos refrescos. Estoy cansada de hablar de esto.

Nathan comenzó a llamarla, pero Colin lo detuvo, apoyando una mano en el brazo del amigo.

- Todavía resulta difícil para ella - murmuró.

Nathan asintió.

- Claro que es difícil para ella –intervino Caine, en tono duro -. ¡Dios mío, tiene que haber presenciado cómo tú...!

- No lo vio - susurró Nathan -. Como explicaba Colin, en cuanto le hicieron tajos en las piernas, yo comprendí lo que pretendían. Cuando intentaron hacerlo conmigo, yo forcejeé, y terminaron disparándome un tiro. Cuando caí al agua, sentí como un fuego en el hombro.

- Desde luego, nos cortaron para atraer a los tiburones. La bahía está llena de esos depredadores, por toda la basura que arrojan ahí. En efecto, la sangre los atrajo como un cadáver a las moscas.

Colin advirtió que la paciencia de Caine estaba agotándose; el hermano se inclinaba hacia delante en la silla, con una expresión torva en el rostro.

- Ten paciencia, Caine: éste no es un recuerdo agradable para nosotros.

Nathan asintió.

- Acababa de terminar el crepúsculo - comenzó.

- Pero yo todavía veía las aletas –intervino Colin.

Caine estaba sentado en el borde de la silla. Ahora comprendía la causa de las pesadillas de Jade; soñaba con los tiburones. ¡Por Dios, el terror que soportó estrujaba el corazón de Caine!

- Pagan le ordenó a Tommy que buscara un bote, tomó un cuchillo y se tiró al agua tras nosotros. Los hombres que nos tiraron estaban seguros de que estábamos perdidos, y ya habían partido. Pagan... quiero decir, Jade, llegó primero a mí, supongo que porque estaba más cerca. Sea como fuere, me alzó hasta el bote. Mientras estaban subiéndome, un tiburón se llevó un buen bocado de mi pierna. Tommy perdió el equilibrio y cayó sobre la borda. Nunca reapareció.

Colin se interrumpió, se volvió hacia Nathan, y éste retornó el relato.

- Todavía no entiendo por qué, pero los tiburones se mantuvieron lejos de mí. Estaban frenéticos, y Tommy se convirtió en su presa. Para ese momento, Jade ya había subido a Colin al bote.

- Yo intenté ayudar - murmuró Colin, en voz ronca -, pero me desmayé. Cuando volví a abrir los ojos, estaba a bordo del *Emerald*. El hombre de apariencia más extraña que yo hubiese visto nunca, insistía para jugar conmigo al ajedrez. Para serte sincero, Caine, creí que estaba en el Cielo o en el Infierno. Entonces, vi a Nathan durmiendo en un catre, junto a mí. También vi a su hermana, y de pronto recordé todo. Me parecía que todo acababa de suceder, pero descubrí que había estado inconsciente bastante tiempo.

Tratando de aliviar la tensión de los hombros, Caine se reclinó en la silla. Hizo varias inspiraciones profundas, y vio que Colin y Nathan hacían lo mismo.

- Cuando se metió en el agua... ¿ella sabía que había tiburones?

- Oh, sí –susurró Nathan -. Lo sabía.

-¡Dios mío, cuánto coraje tuvo que tener...!

- No quiere hablar de eso - intervino Colin.

- Sueña con eso.

-¿Qué? - exclamó Nathan.

- Tiene pesadillas - aclaró Caine.

El hermano de Jade asintió con lentitud.

- Por supuesto, Matthew y Jimbo querían ir tras los miserables que intentaron matarnos –dijo Colin-. Pero Jade no los dejó: tenía buenos motivos. Quería que le informaran a su superior que estábamos los dos muertos. Según ella, era el único modo de mantenernos a salvo. Creo que fue una decisión acertada. Nathan y yo estamos de acuerdo en pasar por muertos un tiempo más, hasta que descubramos quién diablos está detrás de todo esto.

-¡Demonios, Caine, nos sancionó nuestro propio gobierno!

- No - replicó Caine -. Vuestro gobierno no sabía que trabajabais para ellos. ¿Os presentaron alguna vez ante Richards, o sus superiores? ¿Acaso estabais enterados de...?

- Vamos, dilo - lo interrumpió Colin.

- De acuerdo - contestó Caine -. Vosotros trabajabais para el Tribunal.

- Sabía que dirías eso - murmuró Colin.

- No puedes estar seguro - arguyó Nathan.

- Hasta que se le informó de vuestras muertes, ni Richards sabía que trabajabais para ese departamento, Nathan. Ahora está investigando.

- Entonces, lo matarán - predijo Nathan.

- Lo hace con discreción - precisó Caine.

- Maldición, sé que cometí errores - murmuró Nathan -. Colin, casi hice que te mataran: nunca debí meterte en esto.

Colin negó con la cabeza.

- Éramos compañeros, ¿recuerdas? - Volviéndose hacia el hermano, agregó -: ¿En realidad crees que se puede confiar en Richards?

- Por completo. Jade tendrá que darle las cartas lo antes posible, o recitarle el contenido.

- Podemos escribirlas - propuso Colin -.Así, las originales permanecerán a salvo. Nadie encontrará al *Emerald*.

- El nombre del barco fue por ella, ¿no? - preguntó Caíne, con un atisbo de sonrisa -. Tendría que haberlo adivinado antes. Los ojos de Jade son del color de las esmeraldas, más aun cuando está enfadada.

- Sí, Harry bautizó al barco en honor de Jade - dijo Colin -. ¿Ahora comprendes por qué te convertiste en el blanco?

Caine asintió.

- Sí: yo buscaba a Pagan, y el Tribunal no podía correr el riesgo de que yo descubriese al pirata y supiera la verdad.

- Todavía corres riesgo, Caine - le recordó Colin.

- Pero no por mucho tiempo - repuso el aludido -. Tengo un plan.

Colin sonrió a Nathan:

- Te dije que se le ocurriría un plan.

El alivio fue inocultable en la voz del joven. Jade regresó a la habitación, con un aspecto mucho más calmo, casi serena. Caine notó que no lo miraba, no le dirigía ni una mirada y se situaba otra vez en la silla que estaba junto al hogar.

- Sterns ordenó que preparasen dos habitaciones para ti y para Nathan - le dijo a Colin -. En cuanto la tuya esté lista, tienes que ir arriba a descansar.

-¿Estás segura de que tenemos que quedarnos aquí? - preguntó Nathan, dando un codazo a Caine -. Mi casa de campo está en una zona muy aislada, y antes de nuestra última tarea había terminado de remodelarla - agregó, lanzando una mirada en dirección a Colin -. Estaríamos muy cómodos allí.

Colin rió entre dientes.

- Oí hablar tanto de ese palacio tuyo que conozco de memoria cada habitación. No hablabas de otra cosa.

- Entonces, estarás de acuerdo conmigo. Caine, debo decirte que es la casa más bella de toda Inglaterra en este momento...Jade, ¿por qué mueves la cabeza? ¿Acaso no estás de acuerdo en que mi casa es grandiosa?

La hermana se apresuró a sonreírle:

- Oh, sí, Nathan, tu casa era grandiosa.

Nathan se sobresaltó:

-¿Dijiste «era»?

- Me temo que tengo que darte una noticia decepcionante, Nathan.

El hermano se inclinó hacia delante:

-¿Cuán decepcionante?

- Verás, hubo un fuego...

-¿Un fuego?

Pareció que se ahogaba, y Colin tuvo que resistir la tentación de golpearle la espalda.

- Fue un incendio bastante grande, Nathan.

La voz de Jade desbordó de simpatía, y Nathan se encogió.

-¿Cuán grande Jade?

- El edificio principal ardió hasta el sótano.

Al tiempo que Nathan murmuraba una sarta de obscenidades, Jade se volvió hacia Caine:

- Te dije que se decepcionaría.

A juicio de Caine, Nathan parecía algo más que decepcionado: parecía dispuesto a matar a alguien. Caine simpatizó con él, pues cuando supo que habían destruido sus establos, tuvo el mismo tipo de reacción. Nathan hizo una aspiración profunda, y se volvió hacia Colin, diciendo con tono plañidero:

- Acababa de terminar la última maldita habitación.

- Sí, es cierto - intervino Jade, apoyando al hermano -. La última maldita habitación.

Caine cerró los ojos.

- Jade, yo creí que todo era mentira.

-¿Qué era todo mentira? - preguntó Colin.

- No mentí acerca de todo - dijo Jade, al mismo tiempo.

- Sé precisa: ¿en qué cosa no mentiste? - exigió Caine.

- Señor, no me hable en ese tono - repuso la joven -. Sólo mentí en lo referido a que presencié un asesinato - agregó, con un gesto de afirmación -, En la precipitación del momento, fue lo mejor que se me ocurrió. Al menos, creo que sólo mentí en eso. Si recuerdo algo más, te lo diré, ¿de acuerdo? y ahora, por favor, deja de fruncir el entrecejo, Caine. No es momento para críticas.

- Vosotros, ¿podríais dejar la discusión para después? - exigió Nathan -. Jade, dime cómo empezó el incendio. ¿Acaso fue un descuido de alguien?

- Fue deliberado, no por descuido –aclaró Jade -. Quienquiera que haya incendiado tu casa sin duda sabía lo que hacía. Fueron muy meticulosos: destruyeron hasta el sótano, Nathan.

-¡Demonios, la bodega de los vinos! - exclamó Nathan.

- Creo que intentaban destruir las cartas - dijo Jade -. Cuando saquearon la casa no pudieron hallarlas, y entonces...

-¿Saquearon mi casa? - preguntó Nathan -.¿Cuándo?

- El día antes de incendiarla - respondió la hermana -. Oh, acabo de recordar - exclamó, lanzando una mirada en dirección a Caine - Mentí también al decirte que me caí por la escalera. Sí, yo...

Nathan suspiró, atrayendo otra vez la atención de la hermana.

- Cuando esto termine, reconstruiré la casa – anunció -. Jade, ¿qué me dices de los establos? ¿Los dejaron intactos?

- Oh, sí, no los tocaron, Nathan. Es una preocupación menos.

Como Caine observaba a Jade, vio que la aflicción en el semblante de la muchacha era evidente; no comprendía por qué Nathan no se daba cuenta de que aún le faltaba recibir otras decepciones.

- Es una pena lo de tu casa - dijo Colin.

- Sí - respondió Nathan -. Pero los establos están bien. Colin, tendrías que ver mis animales. Un caballo en particular, un potro árabe que me costó una fortuna, pero que vale cada centavo. Lo llamé Rayo.

-¿Rayo? - rió Colin, divertido por el nombre -. Tengo la impresión de que Harry tuvo algo que ver en la elección del nombre.

- Así es - confesó Nathan, sonriendo -. Pero le va bien: es veloz como el viento. Espera y verás...

Nathan dejó de alardear al ver que Jade negaba otra vez con la cabeza.

-¿Qué pasa, Jade? ¿No estás de acuerdo en que Rayo es rápido como el viento?

- Oh, sí, Nathan, Rayo era rápido como el viento.

Nathan parecía a punto de llorar.

-¿Era?

- Me temo que tengo más noticias decepcionantes para ti, Nathan. Hubo un asalto y le dispararon a tu espléndido caballo en medio de esos encantadores ojos castaños.

Caine se echó otra vez hacia delante. Sólo en ese momento captó todas las implicaciones de la que Jade le contaba al hermano.

-¿Eso significa que tampoco mentías acerca de eso?

La muchacha negó nuevamente con la cabeza.

-¡Diablos! - gritó Nathan -. ¿Quién le disparó a Rayo?

Jade dirigió a Caine una mirada indignada.

- Te dije que se decepcionaría.

- Sin duda, eso no es mi culpa - musitó Caine -. De modo que deja de mirarme así.

-¿Acaso le disparó Caine? - rugió Nathan.

- No - se apresuró a decir Jade -. Sólo que no creía que tú te decepcionarías tanto. En aquel momento, yo no conocía a Caine.

El hermano se reclinó sobre los almohadones y se cubrió los ojos con la mano.

-¿Acaso no hay nada sagrado? - bramó.

- Al parecer, Rayo no lo era - comentó Caine, con sequedad.

Nathan lo miró, ceñudo.

- Era un caballo magnífico.

- Estoy seguro de que lo era –afirmó Caine, para luego dirigirse a Jade -. Si lo que me dices es verdad, eso significa que...

- Te agradecería que dejaras de insultarme, Caine - le espetó Jade.

- Jade siempre dice la verdad - la defendió el hermano.

-¿En serio? - dijo Caine, entre dientes -. Todavía no conozco ese aspecto de Jade. Desde que la conocí, no hizo otra cosa que mentir. ¿No es así, cariño? Pero ahora eso cambiará, ¿verdad?

Jade no le respondió.

- Cariño, ¿por qué no le das a Nathan el resto de las malas noticias?

-¿El resto? ¡Dios mío!, ¿hay más?

- Sólo un poco más –respondió la hermana -. ¿Te acuerdas de tu hermoso carruaje nuevo?

-¡Mi carruaje no, Jade! - refunfuñó Nathan.

Mientras Nathan repasaba la lista de blasfemias, Jade se dirigió a Colin.

- Deberías haberlo visto, Colin. Era espléndido, su interior era amplio y cómodo. Nathan hizo hacer los respaldos de los asientos en un cuero muy blando.

Colin intentó demostrar simpatía:

-¿Era?

- Alguien le acercó una antorcha –informó Jade.

-¿Cómo hay personas capaces de destruir un vehículo tan bueno?

Caine fue el que respondió:

- Tu hermana olvidó mencionar un importante detalle: sucede que ella estaba dentro cuando lo incendiaron.

Colin fue el primero en reaccionar:

-¡Dios mío, Jade, cuéntanos qué sucedió!

- Caine acaba de decirlo.

- No, dinos exactamente qué pasó –insistió Colin -. Podrían haberte matado.

- Ésa era la intención - dijo Jade, exasperada -. Querían matarme. Después de que destruyeron tu casa, el coche estaba preparado para partir hacia Londres. Quería encontrarte, Nathan...

-¿Cuántos hombres iban contigo? - interrumpió Caine.

- Hudson mandó a dos hombres para acompañarme - respondió la joven.

Caine movió la cabeza.

- Creo que me dijiste que hacía sólo dos semanas que regresaste a Inglaterra.

- Bueno, en realidad era un poco más - respondió Jade, con evasivas.

-¿Cuánto tiempo?

- Dos meses - confesó la muchacha -. En eso, te mentí.

- Podrías haberme dicho la verdad.

Caine estaba enfadándose, pero Jade estaba demasiado irritada para que le importase.

- Ah, ¿y me habrías creído si te decía que yo era Pagan y que acababa de raptar a Winters y entregárselo a Nathan, y que en ese momento intentaba...? ¡Oh!, ¿de qué sirve? No me habrías escuchado.

- Espera un minuto - interrumpió Nathan -. ¿Quién es Hudson, Jade? Dijiste que Hudson mandó a dos hombres contigo, ¿recuerdas?

- Es el mayordomo que lady Briars contrató para ti.

Nathan asintió.

-¿Y qué sucedió luego? - preguntó.

- Estábamos en las afueras de Londres, cuando esos tres hombres nos atraparon. Obstruyeron el camino con ramas gruesas. Cuando oí los gritos, me asomé por la ventana a ver qué pasaba, y alguien me golpeó en el costado de la cabe-

za, Nathan. Me quitó el resuello. Aunque me avergüenza admitirlo, debo de haberme desmayado. - Se volvió hacia Caine -. Desmayarme no es propio de mí.

- Jade, estás divagando - le señaló Caine.

Jade lo miró, indignada, y se volvió otra vez hacia el hermano.

- El interior del coche quedó hecho trizas. Los asaltantes destrozaron el tapizado con los cuchillos. Yo olí el humo y, por supuesto, salí enseguida.

-¿Buscaban las cartas? - preguntó Colin.

-¿Te limitaste a abrir la puerta y salir? - preguntó Nathan. al mismo tiempo.

- Sí, y no - respondió Jade -. Sí, creo que pensaron que yo podría haber escondido las cartas tras el tapizado. No. Nathan, no abrí la puerta, pues había ramas bloqueando los dos costados. Pasé con esfuerzo por la ventanilla. Gracias a Dios. El marco no era tan sólido como pensabas. En realidad, Nathan, ahora que tengo tiempo de pensarlo, creo que pagaste demasiado por ese vehículo. Los goznes no eran nada sólidos, y...

- Jade.

- Caine, no me levantes la voz - le reconvino Jade.

- Escapaste de ese peligro por un pelo - comentó Colin.

- Estaba muy asustada - murmuró Jade, volviéndose a Caine -. No me da ninguna vergüenza admitirlo.

Caine asintió: el tono de Jade lo desafiaba a que la contradijese.

- No, no es una vergüenza sentir miedo.

Jade pareció aliviada. «¿Eso significa que necesita mi aprobación?». se preguntó Caine. Pensó un buen rato en esa posibilidad. y señaló:

- Ahora entiendo cómo te hiciste esas magulladuras en los hombros. Fue cuando pasaste con dificultad por la ventana, ¿no?

-¿Cómo diablos sabes que tiene magulladuras en los hombros?

Nathan lo preguntó vociferando, pues acababa de comprender el significado del comentario de Caine.

- Los vi.

Si Colin no le hubiese puesto una mano en el pecho, Nathan se habría arrojado al cuello de Caine.

- Después, Nathan – afirmó -. Más tarde, Caine y tú podréis resolver la disputa. Al parecer, vamos a ser sus invitados durante bastante tiempo.

Nathan tenía una expresión como si le hubiesen dicho que tenía que nadar otra vez con los tiburones.

- Si os marcháis, tú y Colin estaréis en peligro - dijo Jade -. Sería demasiado peligroso.

- Tenemos que permanecer juntos –agregó Colin.

Nathan asintió, a desgana.

- Caine - dijo Colin-. Cuando comenzaste a perseguir a Pagan, te pusiste en peligro. Los miembros restantes del Tribunal no podían arriesgarse a que encontraras al pirata.

- Existía la posibilidad de que Pagan te convenciera de que no tenía nada que ver con la muerte de tu hermano. Sí, era demasiado riesgo.

- Y por eso, me mandaste a Jade - dijo Caine.

Nathan negó con la cabeza.

- No la mandamos. Fue ella la que concibió el plan desde el principio al fin, y nosotros nos enteramos después de que se marchó. No tuvimos participación en esa cuestión.

-¿Cómo haremos para alejar de ti a los sabuesos? - preguntó Colin-. En tanto seas perseguido, no puedes ayudarnos a encontrar a los culpables. - Lanzó un prolongado suspiro, y murmuró -: ¡Diablos, es todo un embrollo! ¿Cómo haremos para encontrar a esos canallas? No tenemos nada en qué basarnos.

- Te equivocas, Colin - dijo Caine -. Tenemos bastante información para empezar. Sabemos que Hammond, el director del Tribunal, era un jefe de departamento legítimo. Los tres hombres que reclutó eran Hielo, Zorro y Príncipe. Ahora sólo viven uno o dos, ¿cierto? y uno, o ambos, son directores de Willburn. De paso, Willbum debe de estar llevando una doble vida. Debe de estar trabajando tanto para el gobierno como para el Tribunal.

-¿De qué lo deduces? - preguntó Nathan.

- Cuando nos enteramos de vuestras muertes, mi padre y yo enviamos archivos en los que figuraban algunas hazañas menores que, supuestamente, habíais realizado en favor de Inglaterra. Colin, Willburn se guardaba las espaldas, y ninguno de los archivos tenía información importante que pudiese comprobarse. Por supuesto, se dio como excusa la seguridad. De paso, a vosotros dos se os concedieron medallas al valor.

-¿Para qué? - preguntó Colin.

- Parar apaciguar - respondió Caine -. Colin, nuestro padre es duque. Willburn no podía simplemente dejar que desaparecieras, pues se harían demasiadas preguntas.

-¿Y qué hubo con respecto a Nathan? - preguntó Colin -. ¿Por qué se tomaron la molestia de honrarlo después de muerto? El padre ya estaba muerto, y no había ningún otro Waikefield con título. ¿Querían apaciguar a Jade?

Caine hizo un gesto negativo.

- Olvidas que Nathan tiene muchos otros títulos: también es marqués de St. James, ¿recuerdas? El Tribunal debe de haber considerado todas las consecuencias que habría si esa pandilla entraba en sospechas.

- Olvidé a los St.James - dijo Colin, volviéndose hacia Nathan con una sonrisa -. No hablaste mucho de esa rama de la familia, Nathan.

-¿Tú lo harías? - repuso, con sequedad.

Colin rió.

- No es momento para ligerezas –musitó Jade -. Además, estoy segura de que todos esos rumores acerca de los St.James son pura exageración. Bajo toda esa rudeza, son hombres muy bondadosos. ¿No crees, Nathan?

Fue el turno de Nathan de reír.

- Si los miras con un ojo cerrado...

Jade lo miró, ceñuda, por el exceso de sinceridad, y volvió su atención a Caine.

-¿Fuiste a la ceremonia en la que se honraba a Colin y a Nathan? – preguntó -. ¿Fue agradable? ¿Había flores? ¿Había un público numeroso...?

- No, no asistí a la ceremonia - la interrumpió Caine.

-¡Qué vergüenza! Homenajeaban a tu propio hermano, y te perdiste...

- Jade, yo estaba demasiado indignado - volvió a interrumpirla -. No quería escuchar discursos, ni recibir medallas en nombre de Colin. Dejé que se ocupase mi padre. Yo quería...

- Venganza - intervino Colin -. Como cuando fuiste a buscar a los hermanos Bradley.

Tras ese comentario, Colin le relató el incidente a Nathan. Jade se impacientó una vez más:

- Me gustaría volver al tema original. Caine, ¿se te ocurrió ya alguna solución?

El aludido asintió.

- Creo que tengo un buen plan para apartar a esos chacales de mi huella. De cualquier modo, vale la pena probar, aunque existe una dificultad: todavía tenemos que preocuparnos por Jade.

-¿Qué quieres decir? - preguntó Colin.

- Colin, estamos considerando dos temas diferentes. De acuerdo: yo soy uno de los blancos.

Tenemos que tener en cuenta que lo saben: yo no dejaré de buscar a Pagan, que es para ellos un chivo emisario.

-¿Y eso qué tiene que ver con Jade? - preguntó Colin-. No es posible que sepan que es Pagan.

Antes de responder, Caine suspiró:

- Comencemos desde el principio. Es obvio que los otros dos miembros del Tribunal saben que Zorro conservó las cartas. Como no pudieron hallarlas, hicieron lo mejor que se les ocurrió a continuación. Emplearon a su hombre, Willburn, para reclutarte a ti, Nathan, pues era el mejor modo de mantener vigilado a tu padre.

No esperó respuesta de Nathan, y continuó:

- Me imagino que tus habitaciones en Oxford fueron registradas más de una vez, ¿no es cierto?

Nathan asintió.

- Tenían que asegurarse. bien de que tenías las cartas y, por un tiempo, tú fuiste el candidato lógico. Tu hermana era muy pequeña, y Harry ya se la había llevado. Ahora bien - agregó, con un gesto afirmativo -. Nadie podía creer que Zorro le hubiese confiado las cartas a Harry: su mismo aspecto llevaría a cualquiera a esa conclusión. Tampoco podían saber que hacía tiempo que Zorro conocía a Harry.

Jade quiso lanzar un suspiro de alivio, pues Caine razonaba con una lógica impecable. Sintió como si les hubiesen sacado a todos ellos un peso de encima, y por la expresión de Colin, supuso que Colin sentía el mismo alivio.

-¿Y? - lo instó Nathan, al ver que Caine guardaba silencio.

- Esperaron –respondió Caine -. Sabían que, llegado el momento, las cartas saldrían a la superficie. Y eso es precisamente lo que sucedió. Harry le entregó las cartas a Jade, ella se las mostró a Nathan, y éste compartió la información contigo.

- Todo eso ya lo sabemos - exclamó Nathan.

- Cálmate, Nathan - susurró Jade -. Caine analiza las cosas de manera metódica y no tenemos que estorbar su concentración.

- Cuando Colin le contó a Willburn lo de las cartas, este, desde luego, fue al Tribunal.

- Y por eso nos sancionaron - dijo Colin -. Confié en el hombre equivocado.

- En efecto: confiaste en el hombre equivocado.

- Todavía están buscando las cartas –dijo Nathan.

Caine se apresuró a asentir:

- Exacto.

Colin se irguió en el asiento.

- Nathan, ahora que creen que estamos muertos, sólo puede haber otra persona que posea la maldita evidencia.

Giró hacia Jade:

- Saben que tú las tienes.

- No tienen modo de estar seguros - argumentó Jade -. En caso contrario, ya me habrían matado – agregó -. Por eso todavía buscan, por eso destruyeron tu hermosa casa, Nathan, e hicieron trizas tu coche…

- Jade, ya no tienen dónde buscar. Les queda sólo un camino - intervino Nathan.

- Intentarán atraparla - predijo Colin.

- Sí - acordó Nathan.

- No dejaré que nadie se le acerque –afirmó Caine -. Pero no estoy convencido de que estén seguros de que ella tiene las cartas. Existe la posibilidad de que supongan que uno de vosotros las escondió, antes de que os atraparan. Con todo, debe de volverlos locos esperar que las cartas reaparezcan. Me imagino que se desesperarán.

-¿Y qué podemos hacer? - preguntó Colin.

- Primero, lo primero - dijo Caine, volviéndose hacia Jade -. ¿Recuerdas lo que me pediste cuando fuiste esa noche a la taberna?

Jade asintió con lentitud:

- Te pedí que me asesinaras.

-¿Qué? - exclamó Nathan.

- Me pidió que la asesinara - repitió Caine, sin apartar la vista de la muchacha.

- Pero él se negó - explicó Jade -. Por supuesto, yo sabía que se negaría. Pero ¿esto qué tiene que ver con tu plan?

Caine le sonrió, y el hoyuelo reapareció en su rostro:

- Es muy simple, mi amor. Cambié de idea: decidí complacerte.

13

- Pagan debe morir - dijo Caine, en voz baja pero enfática.

- Es el único modo.

Mientras lo decía, observó a Nathan, y vio que el hermano de Jade se apresuraba a asentir.

Jade saltó de la silla.

- No quiero morir – exclamó -. No lo aceptaré, Caine.

- Vamos, Jade... - comenzó Nathan.

- Se refiere al pirata - explicó Colin -. No piensa matarte a ti, mi amor.

Jade le lanzó una mirada furibunda.

- Sé exactamente a qué se refiere - le espetó -. Y no lo acepto. ¿Tenéis una idea de los años que me llevó construir mi reputación? Cuando recuerdo...

Los hombres no le hacían caso. A decir verdad, Nathan y Colin sonreían. Jade se dio por vencida, se sentó otra vez y dedicó a Caine una mirada ceñuda:

- Si no te hubieses lanzado a la caza de Pagan, nada de esto sería necesario. Es tu culpa, Caine.

- Jade, no hay otra manera - argumentó Nathan -. Si Pagan muere o, más bien, si todos creen que ha muerto, Caine tendrá que desistir de la persecución, ¿no es cierto? El Tribunal sabe que, para él, Pagan es el responsable de la muerte de su hermano, ¿recuerdas?

Aunque a desgana, Jade asintió.

- Luego, dejarán a Caine en paz, ¿no es cierto? Estará otra vez a salvo.

Nathan sonrió y se dirigió a Caine.

- Tu plan resuelve varios problemas –señaló lanzando a la hermana una mirada significativa.

Caine asintió.

- Jade, tú tendrás que cambiar ciertas costumbres. Cuando Pagan muera, ya no podrás...

- Es mi trabajo - exclamó la muchacha -. Es lo que mejor sé hacer.

Caine cerró los ojos.

.-¿Qué es exactamente lo que sabes hacer bien?

.El que respondió fue Nathan:

- Harry era el que ejercía la piratería - explicó -. Jade siempre estaba a bordo, pero él era el jefe. Mi hermana estaba a cargo de los ataques en tierra. Tiene un talento especial, Caine: no existe una caja fuerte o una cerradura que no pueda abrir.

- En otras palabras, era una perfecta ladronzuela - dijo Caine, entre dientes.

Mientras lo pronunciaba, miraba a Jade. Tanto la opinión como la expresión de Caine disgustaron a Jade:

- No me importa lo que opines de mí, Caine. El engaño terminó, y no volverás a verme, de modo que en realidad no tiene importancia que...

Al oír el bramido de Harry, Jade se interrumpió. Luego se oyó un grito de mujer, y supuso que el tío estaba aterrorizando a una de las criadas.

- Disculpadme un instante - pidió.

No esperó a que la dispensaran, y salió corriendo de la habitación. En cuanto cerró la puerta tras de sí, Caine se volvió hacia Nathan:

- Pronto se hará a la idea – afirmó -. Y espero que, para entonces, hayamos fingido la muerte de Pagan y sea demasiado tarde.

Colin asintió.

- Sí, tendrá que comprender que ellos saben que está contigo, y que matar a Pagan ya no les servirá de nada. Aún estáis ambos en peligro. Qué extraño, por lo general Jade es mucho más rápida. ¿Cuánto tiempo crees que le llevará asimilar esto?

Fue Nathan el que respondió:

- Ya lo asimiló, Colin. ¿No viste en sus ojos el alivio? Fue fugaz, pero cierto. Creo que, en el fondo, quiere que eso se termine.

-¿Y tú? - le preguntó Caine a Colin-. ¿Cómo es posible que ninguno de vosotros desee volver al océano? En este preciso momento, Jade no puede pensar con demasiada lucidez. Cree que tiene que reasumir sus... sus anteriores deberes – murmuró -. Quizá sea una manea de probarse a sí misma, aunque ya no importan sus motivos. Necesita que alguien le quite esa posibilidad, le exija que se retire.

-¿Y ese eres tú, Caine?

- Sí.

En ese instante, Jade volvió al salón, y Nathan se dirigió a ella:

- Jade, creo que todavía no tendrías que irte con Jimbo y Matthew. Espera hasta que resolvamos este problema.

-¿Quieres decir que espere hasta que encontréis al Tribunal? - dijo, en tono atribulado – No puedo quedarme aquí, después de que...

Caine la miró con severidad, para que dejase de protestar. Jade se acercó a la silla que él ocupaba y se quedó ahí, con las manos unidas en el frente.

-¿Y qué me dices de Harry? - preguntó Caine a Nathan -. ¿Crees que nos causará problemas?

-¿Por qué? - preguntó Colin, bostezando otra vez -. Ya está retirado. Sin duda habrás advertido que hace tiempo que ningún barco sufre ataques piratas.

- Lo advertí - respondió Caine -. No obstante, quizá se enfade si le queman el barco.

-¡No!

La propuesta apabulló a Jade de tal modo que tuvo que sentarse: se acercó a la silla y se dejó caer. Nathan expresó su simpatía:

- Para Jade, el *Emerad* fue un hogar – dijo -. Quizá pudiésemos usar otro buque, pintarlo para que parezca el *Emerald* e incendiarlo. Harry guardaría el auténtico en lugar seguro.

Caine asintió.

-¿Podrá ocuparse de esa tarea? Tiene que haber testigos del hundimiento del buque que aseguren que vieron morir a Pagan.

- Si se lo explicamos bien, sí - admitió Nathan.

- Si usa las gafas –intervino Colin, sonriendo.

- Iré a hablar con él ya mismo - afirmó Caine.

Nathan se puso de pie antes que Caine.

- Colin, es hora de que descanses.

Antes de que Caine o el hermano comprendieran la intención de Nathan, alzó a Colin en brazos y, tambaleándose bajo el peso del amigo, se irguió y comenzó a salir de la habitación. Colin protestó.

- Nathan, por el amor de Dios, bájame: no soy un niñito.

- No se nota - replicó Nathan.

Jade observó a los amigos desaparecer tras la esquina y murmuró:

- Nathan cuidó bien a tu hermano, Caine.

Éste se volvió hacia ella, que se contemplaba el regazo:

- Tú también, Jade - le dijo.

La muchacha no hizo caso del cumplido.

- Mi hermano es muy bondadoso, aunque lo disimula tras una expresión malhumorada casi todo el tiempo. Caine, tiene la espalda llena de cicatrices, por los latigazos que recibió. No siempre estaba en la escuela, aunque no quiere hablar de ese lapso prolongado en que estuvo ausente, no quiere decirme dónde estuvo. Sólo sé que había una mujer involucrada en el sufrimiento de mi hermano. Pienso que tiene que haberla amado mucho, y que ella debe de haberlo traicionado, y por ese motivo él se finge siempre frío y cínico. Pero Colin fue el que logró conmoverlo, pues tu hermano le brinda su amistad sin restricciones. Él también salvó a Nathan más de una vez. Mi hermano no confía en muchas personas, pero Colin es una excepción.

-¿Tu hermano confía en ti?

La pregunta la sorprendió.

- Oh, sí - se apresuró a decir.

Alzó la vista y lo miró, vio la ternura en los ojos del hombre y se preguntó por qué.

- Colin no hubiese podido subir las escaleras, y Nathan lo sabía. Mi hermano no le dio tiempo a que sufriera el orgullo de tu hermano.

- Quizás haya sufrido un poquito - dijo Caine, remarcando las palabras.

Todavía se oían los gritos de protesta de Colin. Jade esbozó una sonrisa vacilante. Se levantó, y se tomó las manos a la espalda, sin dejar de mirar a Caine.

- Como todavía no puedo partir de Inglaterra, creo que le enviaré una nota a lady Briars, pidiéndole que me invite a quedarme con ella.

- No.

-¿No? ¿Por qué?

- Jade, en realidad, estoy cansado de repetirlo: te quedas conmigo.

- Lady Briars me recibirá con mucho agrado. Sería mucho más fácil para ti si yo me marchara.

-¿Por qué?

-Porque tendrás ocasión de reconsiderar todo con esa mente lógica que tienes, y llegarás a la conclusión de que nunca podrás perdonarme. Por eso.

-¿Tú quieres que te perdone?

- No demasiado.

- Mientes otra vez.

-¿Acaso importa?

- Sí, Jade, importa. Te dije que te amaba. ¿Acaso eso no importa?

Caine avanzó un paso, y Jade se alejó de la silla y Comenzó a retroceder hacia las puertas. La preocupaba la expresión de Caine, y la retirada le pareció lo más sensato en ese instante.

-¿Por qué me miras de ese modo?

- Me engañaste, me manipulaste, me hiciste correr en círculos, pero todo será distinto ahora, ¿no es así?

- De modo que al fin lo comprendes, ¿no es cierto? - Jade retrocedió otro paso -. Cuando apliques la lógica, comprenderás que todo lo que hice lo hice para protegeros a ti y a tu hermano. Pero antes tendrás que sobreponerte al enfado... y al orgullo.

-¿Te parece bien eso?

- Caine, pronto, algún día, creo que en realidad estarás agradecido por este engaño. Además, ya terminó, acabó.

Caine movió con lentitud la cabeza y sonrió. Jade no entendió ese gesto. Como no se atrevía a despegar la mirada de él, no miró para atrás y, de pronto, se encontró con la espalda contra un rincón. Falló por varios centímetros la distancia a la entrada.

Estaba atrapada. La sonrisa de Caine se amplió, revelando que tenía conciencia de lo complicado de la situación de Jade, y lo disfrutaba.

- Está acabado - tartamudeó la joven.

- No, más bien acaba de comenzar, cariño.

Estampó las manos contra la pared, a ambos lados del rostro de la muchacha.

- Te refieres a la persecución del Tribunal, ¿verdad?

Caine se inclinó sin prisa.

- No, me refiero a ti ya mí. ¿Acaso dejaste que te tocara porque estabas protegiéndome?

- Qué pregunta tan ridícula.

- Respóndeme.

- No, claro que no - murmuró Jade, con la vista fija en el pecho de Caine.

-¿Fue por la culpa que te provocaba engañarme?

- ¡No! - exclamó Jade, comprendiendo que así revelaba el temor, y cambió de tono de inmediato -: Nunca me sentí culpable por mentir. Lo hago muy bien. Me siento orgullosa de mi talento, no culpable.

Caine cerró los ojos y elevó una plegaria pidiendo paciencia.

- Entonces ¿por qué me dejaste que te tocara?

- Tú sabes por qué.

- Dímelo.

- Porque quería que lo hicieras –susurró Jade.

-¿Por qué?

Jade movió la cabeza y trató de apartarle la mano, pero Caine no se movió.

- No te irás de esta habitación hasta que me hayas dicho toda la verdad. Basta de mentiras, Jade.

Jade fijó la vista en el mentón del hombre.

- Me pides demasiado.

- Pido sólo lo que estoy dispuesto a dar - replicó Caine -. Y nos quedaremos todo el día aquí, hasta que...

- Oh, está bien - dijo Jade -. Quería que me tocaras porque eres un hombre bondadoso, gentil y comprendí que me... que me importas mucho.

Lo miró a los ojos, pues quería saber si Caine se reiría. Si exhibía al menos un atisbo de diversión, le daría un puñetazo.

Caine no reía. Si bien tenía una expresión complacida por la admisión de Jade, y también arrogante, Jade admitió para sí que tenía derecho.

- Caine, no te pareces en absoluto al hombre acerca del cual leí en el archivo. Ni el director te conoce como eres en realidad.

-¿Leíste mi archivo?

Jade supo que no tendría que habérselo dicho, al ver que Caine la aferraba de los hombros y la apretaba, creándole nuevas magulladuras.

- Sí, leí tu archivo –afirmó -. Me llevó toda la noche, pues tienes una historia bastante larga.

Caine sacudió la cabeza, más atónito que enfadado.

- Jade, el archivo tendría que haber estado sellado... bajo llave, tendrían que haber borrado el nombre.

- Oh, lo estaba, Caine. Sí, en verdad la seguridad es bastante eficaz. Todas las puertas tenían buenos pasadores, las cerraduras de los gabinetes eran todas sólidas...

- Es obvio que la seguridad no era suficiente - musitó Caine -. Tú pudiste entrar, hallaste mi archivo y lo leíste. ¡Dios mío, ni yo lo leí!

-¿Por qué querías leerlo? - preguntó la muchacha -. Tú viviste cada suceso. En el archivo sólo figuraban las tareas que te asignaron. No se decía mucho acerca de tu vida personal. Ni siquiera se mencionaba el incidente con los hermanos Kelly. Caine, ¿por qué te alteras así? -preguntó.

Creyó que en ese momento era capaz de quebrarle los huesos.

-¿Lo leíste todo? ¿Sabes todo lo que hice?

Jade asintió.

- Caine, estás lastimándome. Por favor, suéltame.

El hombre volvió a apoyar las manos contra la pared, reteniendo a Jade ahí.

- Y aun sabiendo todo eso... fuiste a buscarme. ¿No tenías miedo?

-Un poco -confesó-. Tu historia es muy...pintoresca. Y, además, estaba preocupada, pero, después que te conocí, dudé de la precisión de...

- No dudes - la interrumpió Caine -. No había la menor exageración.

La vivacidad del tono de Caine hizo estremecer a Jade.

- Hiciste lo que tenías que hacer - murmuró.

Caine todavía no estaba del todo seguro de creerle.

-¿Cuál era mi nombre operativo?

- Cazador.

- ¡Diablos!

- Caine, intenta entender mi profesión. Yo necesitaba averiguar todo lo posible sobre ti.

-¿Para qué lo necesitabas?

- Estabas en peligro.

-¿No se te ocurrió que yo podía ocuparme de las amenazas contra mí?

- Sí - respondió la joven -. Se me ocurrió. Pero le había hecho una promesa a tu hermano, y el honor me obligaba a cumplirla.

- La palabra empeñada es muy importante para ti, ¿no es así, Jade?

- Claro que lo es.

- Todavía no entiendo por qué creías que tenías que leer mi archivo.

- Necesitaba descubrir tu... punto débil. No me mires así, Caine. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles, hasta tú.

-¿Y qué averiguaste? ¿Sabes cuál es mi punto débil?

- Tienes la reputación de ser el protector de los débiles, como tu padre, No es que eso constituya una debilidad, pero yo utilicé esa característica tuya en mi favor.

-¿Fingiendo estar en peligro? Jade: estabas en peligro. Esos hechos sucedieron. Tú...

- Yo podría haberme ocupado de eso - se jactó -. Cuando pude salir del coche de Nathan, fui a Shallow's Wharf, donde Jimbo y Matthew estaban esperándome. Entre los tres, podríamos habernos hecho cargo del problema.

- Quizá - dijo Caine.

Al ver que estaba en tan buena disposición, y distraído, Jade intentó pasar por debajo del brazo del hombre, pero Caine se limitó a acercarse más para no dejarla pasar.

- Creíste que era más débil de lo que en realidad soy, y por eso te convertiste en mi protector, en mi ángel guardián - concluyó.

- Y resultó que tú también fuiste mi ángel guardián - dijo Caine.

-¿Acaso eso hiere tu orgullo?

- No - respondió el hombre -. Ya perjudicó bastante a mi orgullo el hecho de haber sido manipulado.

- Tu enorme arrogancia te permitirá soportar un daño tan insignificante - murmuró Jade, con un atisbo de risa en la voz -. Habrías dado tu vida por mantenerme a salvo. Te oí susurrarlo cuando creíste que estaba dormida.

- Maldición, Jade, ¿hubo algún momento en que no estuvieras engañándome?

Jade no respondió.

- Jade, te di mi protección. ¿Sabes qué es lo que tú me diste a mí?

- Mentiras.

- Sí, mentiras, pero también otra cosa.

El rubor de la muchacha le reveló que sabía a qué se refería.

-¿Qué otra cosa me diste?

- Bueno, fue... eso –susurró -. Yo era virgen.

- Me diste tu amor, Jade.

La mujer negó con la cabeza. El hombre asintió.

- No te lo di, Caine.

- Sí - insistió Caine - . ¿Recuerdas lo que te dije la primera noche que hicimos el amor?

Jade lo recordaba palabra por palabra.

- No - dijo.

- Eso también es mentira, Jade. Tienes una destreza especial para recordar todo lo que lees u oyes.

- Sólo lo que leo - murmuró.

Comenzó a forcejear para alejarse de Caine: de pronto, se sentía desbordada por el pánico.

Caine se acercó más, hasta que sus muslos rozaron los de la muchacha.

- Déjame recordarte, mi pequeña mentirosa, que yo te dije que me pertenecerías. Ahora, y para siempre, Jade.

- No lo dijiste en serio – exclamó -. No te obligaré a cumplir una promesa tan tonta.

Cerró los ojos, eludiendo el recuerdo del amor compartido.

- Ya es tiempo de... Caine, basta - dijo precipitadamente, al sentir que el hombre se inclinaba hacia ella y le besaba la frente -. Te engañé, te mentí. Además, tú no sabías que yo era Pagan. Tenemos que olvidar todo lo que dijiste esa noche.

- No quiero olvidarlo.

- Caine, es imposible que me quede contigo. Ni siquiera te agrado. No olvides que soy una ladrona.

- No, mi amor: lo eras. Pero eso se terminó. Se producirán ciertos cambios, Jade.

- Imposible. Nunca serás capaz de hacer tantos cambios, Caine: eres demasiado rígido.

-¡Me refería a ti! - gritó Caine -. Tú serás la que cambiará.

- No lo haré.

- Lo harás. Dejarás todo eso de lado, Jade.

-¿Por qué?

- Porque yo no lo toleraré: por eso.

Jade no quería entender.

- Lo que yo haga no es asunto tuyo – argumentó -. Mis hombres dependen de mí, Caine, y no pienso abandonarlos.

- En ese caso, tendrán que depender de alguna otra persona – vociferó -. Tus días de ladrona acabaron.

A Jade le zumbaron los oídos, pero de pronto se sintió demasiado irritada y asustada para preocuparse.

- Cuando me marche, no me verás nunca más. No te preocupes: no regresaré para robarte.

Decidió dar por terminada la conversación, se apartó de Caine y vio a Nathan y a Black Harry que la observaban. Supuso que habían oído gran parte de la conversación y entonces comprendió que había gritado casi tanto como Caine. Y, de todos modos, esa fue la perdición de Caine, pues la había convertido en una arpía gritona.

-¿Qué te importa lo que ella haga? - preguntó Nathan.

En honor a Jade, Caine mantuvo una expresión controlada.

- Nathan, creo que ya es hora de que tú y yo tengamos una pequeña conversación. Jade, espera en el comedor, con Harry. Stems - agregó Caine, al ver que aparecía el mayordomo -. Encárgate de que no nos molesten.

Black Harry era el único que comprendía lo que estaba a punto de suceder.

- Espera un momento, muchacho - le dijo a Caine, pasando junto a Nathan.

Se precipitó al salón, arrebató el tazón de plata que estaba sobre la chimenea y volvió a la entrada.

- Sería una pena que se arruinara, ¿no os parece? Lo llevaré conmigo – agregó, al ver que Jade estaba a punto de protestar -. Caine quiere dármelo, de modo que deja de fruncir el entrecejo.

Nathan entró en el salón. Sterns le murmuró sus deseos de buena suerte, arrastró a Jade fuera de la habitación y cerró las puertas.

-¿De qué tenéis que conversar? - le preguntó Jade a Black Harry -. Si ni os conocéis...

Un crujido le aclaró las dudas.

-¡Dios mío, van a matarse! – exclamó -.¡Harry, haz algo!

Mientras lo decía, intentaba empujar a Sterns fuera del paso. Harry se acercó de prisa y rodeó los hombros de Jade con un brazo.

- Vamos, chica, estaban ansiosos de pelearse desde el instante en que se conocieron. Déjalos tranquilos. Ven conmigo al comedor. La cocinera va a servir el postre.

La muchacha comenzó a gritar, y el tío desistió de intentar que fuese con él al comedor. Y, teniendo en cuenta el barullo que venía del salón, el que hacía Jade no le molestaba demasiado.

- Siempre fuiste un poco terca, muchacha - murmuró el tío, volviendo al comedor.

Llevaba el precioso tazón de plata metido bajo el brazo.

En la puerta principal comenzaron a oírse golpes, en el mismo instante en que Harry cerró tras él las puertas del comedor, y Stems se sintió desgarrado entre dos deberes.

- Milady, por favor, ¿puede ir a ver quién golpea? - gritó, para que lo oyese por encima del estrépito.

Stems tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda apoyada contra las puertas. Jade se acercó a él e imitó la postura.

- Milady vigilará estas puertas mientras usted va a ver quién es.

El mayordomo negó con la cabeza.

- No intente engañarme, lady Jade. Quiere entrar donde está el marqués.

- Claro que quiero entrar - arguyó la joven - Caine está peleando con mi hermano. Uno de los dos puede matar al otro.

Otra fuerte sacudida hizo temblar los muros, y Stems supuso que uno de los dos había arrojado el sofá contra la pared. Se lo comentó a Jade, y ella movió la cabeza.

- Más bien suena como si un cadáver hubiese dado contra la pared, Stems. Oh, por favor…

Al ver que el mayordomo movía la cabeza, no continuó. De súbito, se abrió la puerta principal, y Jade y Stems miraron quiénes eran los dos invitados que acababan de entrar.

- Son el duque y la duquesa de Williamshire - musitó Sterns, consternado.

De inmediato, la actitud de Jade se transformó.

- Stems, no se atreva a moverse de aquí.

Atravesó corriendo el vestíbulo e hizo una reverencia ante los padres de Caine. El duque de Williamshire le sonrió. La duquesa casi no le prestaba atención, pues sólo miraba la entrada al salón. Por las puertas se filtró otra injuria en voz muy alta. La madrastra de Caine ahogó una exclamación.

-¡Le arrebataste la inocencia, miserable!

El bramido de Nathan resonó en todo el vestíbulo, y Jade sintió ganas de gritar. En ese instante, deseó que Caine asesinara al hermano. Luego recordó a los invitados.

- Buenos días - barbotó.

Gritó para que los duques la oyesen, y se sintió como una tonta.

-¿Qué está sucediendo aquí? - quiso saber la duquesa -. Sterns, ¿quién es esta dama?

- Mi nombre es lady Jade - balbuceó la muchacha -. Mi hermano y yo somos amigos de Caine.

- Pero ¿qué sucede en el salón? - insistió la duquesa.

- Una pequeña disputa - dijo Jade -. Caine y Nathan, mi hermano, sostienen un debate un tanto acalorado acerca de…

Echó una mirada a Sterns en busca de ayuda, al tiempo que pensaba desesperada en una explicación razonable.

- Las cosechas - gritó Sterns.

-¿Las cosechas?

El duque de Williamshire pareció confundido.

- Qué absurdo - exclamó la duquesa.

Cuando sacudió la cabeza, sus rizos cortos se balancearon.

- Sí, las cosechas - aseguró Jade -. Caine opina que el centeno y el trigo deben plantarse en años alternados, y Nathan, en cambio, no cree que haya que dejar los campos en barbecho. ¿No es así, Sterns?

- Sí, milady - vociferó Sterns, haciendo una mueca cuando llegó hasta ellos el estrépito de cristales rotos -. Mi señor es muy terminante en esta cuestión.

- Sí - confirmó Jade -. Muy terminante.

El duque y la duquesa los miraban, atónitos. Debían de suponer que Jade estaba loca, y la muchacha, derrotada, dejó caer los hombros.

- Subamos al piso alto, por favor.

-¿Cómo dice? - preguntó la duquesa.

- Por favor, vayamos arriba - repitió Jade.

-¿Quiere subir? - preguntó la duquesa.

- Sí - respondió la joven -. Hay alguien esperándolos. Creo que está en el segundo dormitorio, a la derecha, aunque no estoy muy segura.

Como el barullo subía de punto, tuvo que gritar las últimas palabras. El duque salió de su estupor, y aferró las manos de Jade.

- Que Dios te bendiga, querida mía. Me alegra volver a verte. Cumpliste tu palabra: nunca lo dudé.

Al comprender que estaba divagando, hizo esfuerzos para calmarse.

- Vamos, Jade quiere que subamos, ahora.

- Henry, ¿tú conoces a esta mujer?

- Oh, ¿te descubrí?

Jade movió la cabeza.

- Ya le dije a Caine que había ido a verle.

El duque hizo un gesto afirmativo y se volvió hacia la esposa.

- Esta mañana, temprano, conocí a esta joven encantadora.

-¿Dónde? - preguntó, sin permitir que el esposo la arrastrara hacia la escalera -, quiero oír tu explicación ya mismo.

- Vino a verme a mi estudio – dijo -. Tú aún dormías. Vamos, ya, mi cielo. Lo entenderás cuando hayas...

-¡Henry, es pelirroja!

- Sí, querida - admitió, impulsándola hacia la escalera.

El duque rompió a reír.

- Y tiene ojos verdes, - gritó, para que el marido la oyese -. De inmediato vi que tenía ojos verdes.

- Qué perspicaz eres.

Jade observó a los padres de Caine hasta que llegaron al pasillo del piso alto.

- Las cartas están echadas, ¿no es eso cierto, Stems?

- Creo que es una manera muy exacta de decirlo, milady - afirmó Stems -. ¿Se dio cuenta de que al fin acabó el barullo?

- Sí - repuso la muchacha -. Se mataron entre sí.

Sterns negó con la cabeza.

- Mi patrón no sería capaz de matar a su hermano - dijo Creo que iré a buscar el botellón de coñac para los dos caballeros. Estoy seguro de que deben de estar bastante sedientos.

- Sedientos, no, Stems - gimió Jade -. Muertos. Están los dos muertos.

- Vamos, milady. Uno siempre tiene que buscar el lado bueno de las cosas.

- Ése es el lado bueno - musitó la joven -.Oh, vaya a buscar el coñac. Yo cuidaré las puertas.

- Confío en que mantendrá su palabra - afirmó el mayordomo.

Jade no entró. Estaba furiosa con Caine y con el hermano y se sentía tan humillada porque el duque y la duquesa hubiesen entrado en mitad de la refriega que tenía ganas de llorar.

Y, a fin de cuentas, ¿qué le importaba lo que opinaran de ella los padres de Caine? Se marcharía, yeso era todo. Tendría que ir arriba a empacar el bolso, en ese mismo instante, pero no quería toparse otra vez con los duques.

Cuando Stems regresó con el botellón de cristal y dos copas, Jade le abrió las puertas. Al ver la destrucción, tanto la muchacha como el mayordomo se quedaron inmóviles. El hermoso cuarto estaba en ruinas. Por lo que Jade veía, no debía de quedar un solo mueble intacto.

Stems encontró a los dos hombres antes que Jade. También su sorpresa inicial se disipó más rápidamente. El mayordomo irguió los hombros y se encaminó a la pared opuesta, donde Caine y Nathan estaban sentados en el suelo, lado a lado, con las espaldas apoyadas contra la pared.

Jade siguió al mayordomo y, al ver a los dos guerreros, se apresuró a cubrirse la boca. Ninguno parecía vencedor. Caine tenía un corte desgarrado en la frente, encima de la ceja izquierda, y le chorreaba sangre por ese costado de la cara, pero no parecía preocupado por la herida. A decir verdad, sonreía como un imbécil.

Nathan también tenía un aspecto atroz. Tenía un corte profundo en la comisura de la boca. Sostenía el pañuelo contra la herida y ¡él también sonreía! La zona que rodeaba alojo izquierdo ya comenzaba a hincharse.

Jade sintió tal alivio al ver que ni Caine ni Nathan estaban a las puertas de la muerte que comenzó a temblar. Luego, en el lapso de un relámpago, la oleada de alivio se convirtió en furia total y absoluta.

- Caballeros, ¿han resuelto la disputa? - preguntó Sterns.

- Así es - afirmó Caine, girando hacia Nathan y asestándole un puñetazo en la mandíbula -. ¿No es así, Nathan?

Nathan le devolvió el golpe y luego respondió:

- Sí, la resolvimos.

El tono alegre del joven erizaba los nervios.

- Chicos, tendría que enviaros a vuestras habitaciones respectivas –les espetó Jade, en voz temblorosa.

Los dos la miraron y luego se miraron entre sí. Sin duda, el insulto de Jade les pareció muy divertido, pues los dos estallaron en carcajadas.

- Tu hermano sí que golpea como un chico - dijo Caine, marcando las palabras.

- Para nada - replicó Nathan -. Dame el coñac, Sterns.

El mayordomo se apoyó sobre una rodilla y entregó un vaso a cada hombre. Luego les escanció dos buenas dosis.

- Sterns, ¿acaso se propone embriagarlos? - preguntó Jade.

- Sería un notable progreso, milady - replicó Sterns, con sequedad.

El mayordomo se incorporó, hizo una reverencia e inspeccionó las ruinas.

- Creo que yo tenía razón, lady Jade: fue el sofá lo que golpeó contra la pared.

Jade contempló en silencio los restos de lo que fuera un carrito para servir el té.

- Sterns, deja la botella - ordenó Caine.

- Como guste, milord. Antes de irme, ¿quiere que lo ayude a ponerse de pie?

-¿Siempre es tan correcto? - preguntó Nathan.

Caine rió.

-¿Correcto? Sterns nunca lo es. Si llego un minuto tarde a la cena, se come mi porción.

- La puntualidad es una cualidad que todavía tengo que enseñarle, milord - dijo Sterns.

- Será mejor que lo ayude a levantarse –dijo Nathan -. Está débil... como un chico.

Los dos hombres rieron otra vez.

- Mejor, ayúdelo a él, Sterns - dijo Caine -. Recibió más golpes que yo.

- Nunca te das por vencido, ¿verdad, Caine? - dijo Nathan -. Sabes bien que yo gané la pelea.

- Para nada - arguyó Caine, usando la expresión preferida de Nathan -. Apenas me arañaste.

Jade se hartó. Se giró, decidida a alejarse lo más posible de ese par de imbéciles, pero Caine la sujetó por el ruedo del vestido.

- Siéntate, Jade.

-¿Dónde? – gritó -.¡Si destruisteis todas las sillas que había en la habitación!

- Jade, nosotros dos vamos a sostener una pequeña conversación. Nathan y yo hemos llegado a un acuerdo.

Caine se volvió hacia Nathan:

- Tu hermana se pondrá difícil.

Nathan hizo un gesto afirmativo:

- Siempre lo es.

Caine apoyó la copa en el suelo y se levantó sin prisa.

- Nathan - dijo, sin quitar la vista de la mujer que lo miraba, ceñuda -: ¿crees que estás en condiciones de arrastrarte fuera de aquí y concedernos unos minutos de intimidad?

-¡Arrastrarme, jamás! - refunfuñó Nathan, , poniéndose en pie con dificultad.

- No quiero quedarme sola contigo –protestó Jade.

- Lo lamento - repuso Caine.

- Tus padres están arriba - dijo, cuando el hombre intentó tomarla entre sus brazos.

La joven esperó que la información causara una reacción adecuada, pero tuvo la desdicha de comprobar que Caine ni se inmutaba.

- Oyeron todo el barullo - dijo luego -. Stems les dijo que estabais discutiendo el tema de las cosechas.

-¿EI tema de las cosechas? - le preguntó Caine a Stems.

El mayordomo asintió y se dio la vuelta, para salir del salón junto con Nathan.

- Para ser más precisos, la rotación de las cosechas, milord. Dadas las circunstancias, fue lo mejor que se me ocurrió.

- No le creyeron - murmuró Jade, como quien confiesa un pecado grave.

- Me imagino - respondió Caine, con sequedad.

Advirtió que, de pronto, Jade estaba al borde de las lágrimas.

- Jade, ¿eso te angustió?

- No, no fue eso - exclamó la muchacha.

Estaba tan furiosa con él que no se le ocurrió un insulto suficiente.

- Me iré arriba, a mi habitación – murmuró -. Necesito unos minutos de intimidad.

Pero no mencionó que pensaba empacar sus cosas, pues estaba segura de que Caine o Nathan intentarían disuadirla. Sencillamente no se sentía capaz de enfrentar otra discusión.

Sin una mínima señal de despedida, Jade se volvió y salió corriendo de la habitación. ¡Señor, cuánto deseaba llorar! Claro que no podía hacerlo hasta no haber tenido una larga conversación con el tío. Era necesario que Harry comprendiese, pues no quería que el tío se afligiera por ella.

Encontró a Harry en el comedor, examinando con minuciosidad la colección de plata. Cuando Jade lo llamó, metió un tenedor en su mochila, y luego giró y le sonrió.

- Me llevo toda la plata, muchacha. Caine querrá que la tenga, para formar mi colección.

- Sí - respondió la joven -. Estoy segura de que Caine querrá que la tengas. Tío, necesito hablar contigo a solas, por favor.

De inmediato, los hombres salieron en fila hacia el vestíbulo. Jade se sentó cerca del tío, le tomó la mano y le dijo en voz queda lo que pensaba hacer. También le contó lo sucedido las últimas dos semanas, aunque omitió las pesadillas y su intimidad con Caine, pues las dos cosas habrían inquietado a Harry. Por otra parte, tampoco podía hacer nada al respecto, en los dos casos. No, no podía librarla de las pesadillas, ni hacer que dejara de querer a Caine.

Durante el relato, el tío refunfuñó varias veces, pero al fin asintió. No tenía la menor duda de que Jade sería capaz de cuidar de sí misma. A fin de cuentas, era su protegida y estaba entre los mejores.

- Te esperaré en la cabaña - le prometió. Le dio un beso en la mejilla y agregó -: Cuídate la espalda, chica. A los gusanos les gusta sorprender a las personas: acuérdate de McKindry.

Jade asintió. Harry se refería al pirata que había marcado la espalda de Jade con el látigo, y al tío le gustaba recordárselo, a modo de lección.

- Lo recordaré - prometió la muchacha.

Jade dejó al tío haciendo el inventario de las posesiones de Caine y fue arriba, a empacar. De camino hacia su cuarto, pasó ante el de Colin: la puerta estaba cerrada, pero se oía la risa resonante del duque, mezclada con los poco elegantes sollozos de su esposa. Era evidente que la mamá de Colin estaba desbordada por la emoción y debía de estar llorando por el reencuentro con el hijo.

Ya no tenía que preocuparse por la seguridad de Colin. «Terminé mi tarea - se dijo -. Está concluida.»

Jimbo y Matthew la esperaban en el pasillo. Jimbo le dio el regalo de despedida que Jade le había pedido a Harry que enviara a buscar.

- Nos iremos contigo, ¿verdad? –preguntó Matthew, en un susurro quedo.

Jade asintió.

- Nos encontraremos fuera, atrás.

- Prepararé los caballos de Caine para cabalgar - murmuró Jimbo.

- Te pueden colgar por robar un caballo - comentó Matthew.

Pero, como sonreía, fue evidente que, de todos modos, le parecía bien.

- Caine no se lo dirá a nadie –argumentó Jimbo.

Tomó el bolso de Jade y siguió al amigo.

- Es una pena. Así, ¿cómo se pueden mantener las apariencias?

La frase se perdió cuando dobló en la esquina. Jade fue al dormitorio de Caine y colocó una rosa blanca de tallo largo sobre la colcha. .

- Yo soy Pagan - murmuró.

Ya estaba. Giró para marcharse y vio la bata negra de Caine sobre el respaldo de una silla, cerca de la ventana. Obedeciendo a un impulso, plegó la prenda y se la metió bajo el brazo. La bata tenía el aroma de él, débil pero inconfundible, y Jade quiso conservar algo que la sostuviese en las noches por venir, cuando tuviese esas siniestras pesadillas, para consolarse.

Era hora de partir.

Caine y Nathan supusieron que Jade estaba descansando en su cuarto. Caine quiso ir a buscarla, pero Nathan lo convenció de que la hermana necesitaba estar un tiempo a solas para calmarse.

- Tal vez aún no lo hayas advertido, Caine, pero Jade no acepta las órdenes con facilidad –le explicó Nathan.

Caine no le respondió, pues por cierto que sí lo había advertido.

La conversación viró hacia los problemas que tenían por delante. Sacaron a Harry del inventario para que aportara sus sugerencias. El tío de Jade tenía mente rápida. Caine lo observó con atención y llegó a la curiosa conclusión de que Harry era civilizado. Por supuesto, se guardó la conclusión para sí mismo, pues supuso que a Harry le molestaría mucho que lo obligasen a enfrentar la verdad.

El tío Harry protestó por tener que quemar un barco:

- Es un desperdicio de buena leña – murmuró -. Aunque podría ser peor: tendría que haber quemado mi encantador *Emerald* – agregó -. Sí, podría ser peor. Preferiría clavarme una estaca en el corazón que dañar a mi adorado barco. Para Jade y para mí, el *Emerald* fue un hogar todos estos años.

Antes de que Caine pudiese hacer algún comentario sobre las afirmaciones de Harry, el tío lo sorprendió agregando que estaba de acuerdo en que su niña quedara al margen del tipo de tarea que había hecho hasta el momento.

Hasta que los planes quedaron organizados a satisfacción de todos pasaron más de dos horas. Harry volvió al, comedor.

- El tío Harry está dispuesto a despojarte de todo lo que hay en tu casa - dijo Nathan, marcando las palabras -. Te dejará sin nada - agregó, riendo entre dientes -. A Harry le agrada mantener las apariencias.

- Puede llevarse lo que quiera - repuso Caine -. Jade ya tuvo tiempo suficiente para calmarse, Nathan. Ya es hora de que tu hermana y yo sostengamos nuestra conversación.

- Si la sermoneas, sólo lograrás…

- No pienso sermonearla - lo interrumpió Caine -. Sólo le diré cuáles son mis expectativas.

- A mí me parece un sermón - dijo Nathan, con tono significativo.

Los dos entraron en el vestíbulo en el mismo momento en que la duquesa bajaba la escalera. Los dos hombres se detuvieron a mirarla. La madrastra de Caine sonreía pero, al mismo tiempo, se enjugaba las comisuras de los ojos con el pañuelo de encaje. No cabía duda de que había disfrutado de un buen llanto.

Al ver a Nathan, Gweneth casi perdió el equilibrio: se aferró del barandal y lanzó una exclamación de sorpresa. Pero pronto recobró la compostura y siguió bajando la escalera. Cuando llegó al vestíbulo, se acercó a Caine.

-¿Él es el pirata amigo de Colin? - murmuró.

Nathan la oyó:

- No soy el pirata Pagan, señora, soy amigo de su hijo.

Al ver que la dama se aferraba al brazo de Caine y se acercaba más a él, Nathan comprendió que había hablado en un tono algo áspero. También los ojos castaños de la mujer se dilataron, pero mantuvo la sonrisa, en un alarde de valor.

- Pues tiene aspecto de pirata - afirmó.

Esperando respuesta, la dama se acomodó los pliegues del vestido rosado.

-¿Vio usted muchos, señora? - le preguntó Caine.

- No, nunca vi a ningún pirata - confesó la mujer -. Pero sin duda este caballero se ajusta a la imagen que tengo de ellos. Debe de ser por el cabello largo - explicó, después de girar otra vez hacia Nathan -. Y por la cicatriz en el brazo, desde luego.

- Además, está cubierto de sangre,- dijo Caine, remarcando las palabras.

- También - admitió la madrastra.

Caine tuvo la intención de bromear, pero al ver la expresión solemne de la mujer, supo que no la había captado.

-A los piratas les agrada reñir - agregó la mujer, con gesto enfático.

- Madam, ¿acaso Colin no le explicó que...? - comenzó Caine.

- Mi hijo insiste en mantener secreta la verdadera identidad de Pagan - lo interrumpió -. Pero yo no soy ninguna tonta - agregó, lanzando a Nathan una mirada significativa -. Tengo cierta experiencia en la vida. Sé quién es Pagan. Henry también lo sabe.

-¿Henry? - preguntó Nathan.

- Mi padre - aclaró Caine.

- Querido, Henry nunca se equivoca.

Esa afirmación fue dirigida a Nathan, que respondió con un gesto de asentimiento.

- En ese caso, yo debo de ser Pagan - anunció, sonriente -. Si Henry nunca se equivoca...

La rápida aquiescencia del joven la hizo sonreír:

- No se preocupe, señor, pues guardaré el secreto. Caine, ¿dónde está esa joven encantadora con la que fui tan grosera?

- Usted jamás es grosera, señora - dijo Caine.

- No me presenté –arguyó la dama -. ¿Dónde está?

.- Arriba, descansando - respondió Nathan -. ¿Por qué lo pregunta?

- Sabe bien por qué - dijo la mujer, con evidente irritación.

-¿Sí?

- Debo disculparme por mi comportamiento, pero también tengo que agradecerle lo que hizo por esta familia.

- Nathan es el hermano de Jade - dijo Caine.

- Lo sabía: sus ojos verdes lo delataron.

La duquesa caminó hasta el hombre que, según ella, era el infame pirata.

- Inclínese, querido muchacho. Quiero darle un beso por ser un amigo tan leal.

Nathan quedó un tanto desconcertado. La madrastra de Caine habló como un jefe que da una orden. De súbito, se sintió como un escolar, sin tener idea del motivo. .

Sin embargo, hizo lo que le pedía. La duquesa besó a Nathan en ambas mejillas.

- Querido mío, tiene que lavarse la sangre. Luego, Henry le dará la bienvenida a la familia.

-¿Mi padre también lo besará? - dijo Caine, disfrutando de la incomodidad de Nathan.

- Claro que no - respondió la madrastra.

-¿Por qué quiere darme la bienvenida a la familia? - preguntó Nathan.

La duquesa sonrió, pero no dio explicaciones.

Se volvió hacia Caine:

- Tendría que haber sabido que lo de lady Aisely no resultaría.

-¿Quién es lady Aisely? - preguntó Nathan, tratando de captar el giro de la conversación.

- Una mujercita hueca - respondió Caine.

La duquesa no hizo caso de la ofensa.

- Henry lo comprendió bien. Fue por los ojos verdes, ¿sabe? y también por el cabello rojo, claro.

Se tocó los rizos rubios y miró a Nathan sobre el hombro:

- Henry nunca se equivoca.

Para su propia sorpresa, Nathan volvió a asentir. No tenía idea de qué parloteaba la mujer, pero la lealtad hacia el esposo le pareció admirable.

- Henry es infalible - dijo Caine, reflejando el pensamiento de Nathan.

- Mi niñito está muy débil - señaló la duquesa -. Y delgado como un junco. - Se encaminó hacia el comedor -. Iré a buscar a Sterns, pues Colin necesita una buena comida caliente.

Como Caine estaba ansioso por buscar a Jade, olvidó todo lo concerniente a Harry y sus hombres. Nathan, en cambio, fue más precavido. Pensó en advertirle a Caine, o en mencionárselo a la madre, pero resolvió esperar a ver qué pasaría. Además, Caine ya estaba en la mitad de las escaleras, y la duquesa había doblado la esquina.

Nathan comenzó a contar: sólo había llegado a cinco cuando se escuchó un grito agudo que rasgó el aire.

El grito detuvo a Caine, que se volvió y vio a Nathan apoyado en el marco de la puerta, con una amplia sonrisa en el rostro.

-¿Qué diablos...? - comenzó a decir Caine.

- Harry - dijo Nathan.

- Demonios - exclamó Caine, bajando otra vez la escalera -. ¡Harry!

La duquesa gritaba como una salvaje.

- ¡Maldición, Nathan! - vociferó Caine -. Podrías habérmelo recordado.

- Sí - le dijo Nathan -. Podría haberlo hecho.

En el instante en que Caine llegaba al último escalón, el padre apareció en lo alto de la escalera.

-¡Por Dios!, ¿qué está pasando? – gritó -. ¿Quién hace tanto barullo?

Nathan se apresuró a contestar:

- Su esposa, señor.

Caine dirigió a Nathan una mirada ceñuda, y se volvió hacia el padre. Estaba indeciso entre ir a auxiliar a la madrastra o evitar que el padre cometiese un crimen.,

La expresión helada de los ojos del padre lo convenció de que tenía que ocuparse primero de él. Por otra parte, si bien Harry era capaz de enloquecer de susto a la duquesa, Caine sabía que en realidad no le haría el menor daño.

Caine aferró el brazo del padre.

- Padre, en verdad, no pasa nada.

Henry no pareció convencido.

- Sucede que su esposa acaba de conocer a Black Harry - intervino Nathan.

El padre de Caine se libró de la mano del hijo en el mismo momento en que las puertas del comedor se abrían de golpe. Todos se dieron la vuelta y vieron a una fila de sujetos de aspecto desagradable que salían.

Black Harry era el último y arrastraba consigo a la duquesa. Nathan rompió a reír, y Caine, en cambio, movió la cabeza. Pero la atención del duque estaba centrada en el gigante del diente de oro, que caminaba con torpeza hacia la puerta. Bajo el brazo llevaba un gran tazón de plata.

Henry lanzó un rugido y se abalanzó hacia él, pero Nathan y Caine le obstruyeron el paso.

- Padre, deja que yo me ocupe de esto, por favor - le pidió Caine.

-¡Dile que quite las manos de encima a mi esposa! - vociferó el padre.

- Henry, haz algo - gimió Gweneth-. Este...hombre está convencido de que me iré con él.

Nathan se adelantó.

- Vamos, Harry, no es posible que te lleves a...

- Hijo, sal de mi camino - gritó el padre de Caine.

- Padre, Harry es amigo - repuso Caine -. Es el tío de Jade. Estás en deuda con este hombre por ayudar a Colin.

Henry dirigió al hijo una mirada estupefacta:

-¿Y Gweneth es el pago de esa deuda?

- Deja que yo me encargue de esto –insistió Caine.

Antes de que el padre pudiese discutirle, Caine se volvió:

- Harry - exclamó.

Black Harry giró y alzó a la duquesa contra su costado. Si bien Caine vio la expresión adusta del hombre, también distinguió la chispa divertida de los ojos. «Las apariencias – pensó -. Y también el orgullo, que hay que preservar.»

- Me la llevaré conmigo - anunció Harry a los presentes, obteniendo el asentimiento de sus hombres -. Caine quiere que me la lleve.

- No - replicó Caine -. No quiero que te la lleves.

- Muchacho, ¿te atreves a ser tan poco hospitalario?

- Harry, es imposible que te la lleves.

- Es un intercambio justo - afirmó Harry-. Tú estás resuelto a quedarte con mi chica, ¿no es así?

Caine asintió.

- En efecto.

- Entonces, yo me llevo a esta otra –replicó Harry.

- Harry, ella ya tiene dueño - arguyó Caine, volviéndose hacia la madrastra -. Señora, por favor, deje de gritar. Ya es bastante difícil negociar con este pirata tan obstinado. Nathan: si no dejas de reírte, te haré sangrar otra vez la nariz.

- Caine, ¿qué significa esta mujer para ti? - preguntó Harry-. La llamaste «señora». ¿Eso qué diablos significa?

- Es la esposa de mi padre.

- ¿Y no es tu mamá?

- Es mi madrastra - precisó Caine.

- Entonces no te importará si me la llevo.

Caine se preguntó cuál sería el juego de Harry.

- Fue como una madre para mí.

Harry frunció el entrecejo y se volvió hacia su bella cautiva:

-¿Lo llama usted «hijo»?

La duquesa abandonó la expresión ultrajada y movió la cabeza lentamente.

- Creo que no le gustaría que lo llamase hijo.

- No es el preferido de usted - afirmó Harry.

El duque de Williamshire dejó de intentar que Caine se apartara de su camino y adoptó una postura más relajada. En su rostro asomó un atisbo de sonrisa: al fin comprendía a qué apuntaba la escena, pues recordó las indicaciones de Jade con respecto a amar a sus hijos por igual. Sin duda, le habría comentado a Harry esa preocupación.

- No tengo un hijo preferido - chilló Gweneth-. Los amo a todos ellos.

- Pero él no es hijo de usted.

- Por supuesto que es mío - exclamó la mujer.

La duquesa ya no parecía asustada, sino furiosa.

- Cómo se atreve a insinuar...

- Bueno, si lo llama hijo - dijo Harry, remarcando las palabras- y si él la llama «madre», yo no puedo llevármela.

-¡Gweneth, por el amor de Dios, llámalo hijo! - bramó Henry, fingiendo ira.

En realidad, estaba tan dichoso por lo sorpresivo de los hechos que quería reír.

- Hijo - barbotó Gweneth.

-¿Qué, madre? - respondió Caine.

Miró a Harry, esperando la siguiente negativa. Harry soltó a la señora, y lanzó unas profundas carcajadas, mientras se volvía y caminaba hacia la salida. Mientras Gweneth se arrojaba en brazos del esposo, Caine salió junto con Harry.

- Muy bien, Harry, ¿a qué venía todo esto?

- Fue por mi reputación - afirmó Harry con énfasis, después que sus hombres se marcharon - No olvides que soy pirata.

-¿Y qué más? - insistió Caine, percibiendo que había algo más.

- A mi chica le preocupaba que Colin fuese el preferido - admitió al fin Harry.

La afirmación dejó atónito a Caine.

-¿De dónde sacó semejante idea?

Harry se encogió de hombros:

- No importa de dónde la sacó – repuso -. No quiero que se preocupe, sea por el motivo que fuere. Tendrás que pedirme su mano a mí, ¿sabes? Y lo harás como corresponde, frente a mis hombres. Hijo, ese es el único modo en que la obtendrás. - Dirigió a Caine una sonrisa, y añadió -: Claro que antes tendrás que hallarla.

Caine sintió que lo calaba hasta los huesos una sensación de pánico.

-¿Cómo, Harry, no está arriba?

Harry negó con la cabeza.

-¿Dónde está?

- No es necesario que grites, hijo - respondió Harry-. Además, no puedo decirte dónde está.

Al ver que sus hombres se acercaban, les hizo señas de que se fueran, y dijo:

- Sería desleal de mi parte.

-¡Dios mío! ¿No habrás...?

- No sé cómo no advertiste que Jimbo y Matthew no están –lo interrumpió el tío -. Eso es significativo, ¿no crees?

- Jade aún está en peligro.

- No tendrá problemas.

- Dime dónde está - exigió Caine.

- Supongo que está huyendo de ti.

Caine no quiso perder más tiempo discutiendo con Harry. Giró y entró con tal violencia que casi arrancó la puerta de sus goznes.

-¿Adónde vas, muchacho? - le gritó Harry.

En el tono del anciano había un intenso matiz de burla, y Caine sintió deseos de matarlo.

- A rastrearla, Harry.

-¿Eres bueno para eso?

Caine no se preocupó en responderle.

- Te obligó a perseguirla con su pequeño engaño, ¿no es cierto? Yo diría que logró impresionarte - dijo Harry, hacia la espalda de Caine.

Caine se volvió.

-¿De qué se trata, Harry?

- Bien, estaba pensando que ya sería tiempo de que tú hicieras algo para impresionarla, suponiendo que te interese, por supuesto.

Caine subió las escaleras de dos en dos. Cuando Nathan lo alcanzó, estaba quitándose la camisa.

-¿Y ahora qué sucede? - preguntó Nathan.

- Jade se fue.

- Maldición - musitó el joven -¿ Vas a buscarla?

- Sí.

- Voy contigo.

- No.

- Mi ayuda te vendría bien.

- No - dijo Caine, con firmeza -. Yo la hallaré.

Aunque a desgana, Nathan asintió.

-¿Eres bueno para rastrear?

Caine asintió.

- Lo soy.

- Te dejó un mensaje.

- Ya lo vi.

Nathan caminó hasta el costado de la cama de Caine y alzó la rosa blanca de tallo largo que estaba sobre la almohada. Inhaló la dulce fragancia, y se acercó a la ventana para mirar afuera.

-¿Está enamorada de ti? - preguntó Nathan.

- Sí - respondió Caine, dulcificando el tono -. Pero todavía lo ignora.

Nathan arrojó la rosa otra vez sobre la cama.

- Yo diría que, al dejarte la rosa, Jade estaba despidiéndose de ti.

- No.

- Quizá quiera recordarte quién es, Caine.

- En parte - dijo Caine.

Terminó de cambiarse, se calzó las botas y se encaminó hacia la puerta.

-¿Y lo demás? - preguntó Nathan, siguiéndolo.

- Harry tiene razón - murmuró Caine.

-¿Qué?

- Jade trata de impresionarme.

Nathan rió.

- Eso también –concordó.

Mientras bajaba la escalera, Caine llamó a gritos a Stems, y el criado apareció en la entrada del salón.

- Lyon encontrará a Richards - dijo Caine -. Cuando lleguen, que esperen hasta que yo regrese, sea lo que fuere lo que haga que me retrase.

-¿Y si tu amigo no puede encontrar a Richards? - preguntó Nathan.

- Lo encontrará - respondió Caine -. Es probable que yo regrese antes de mañana a la mañana. Cuida todo mientras esté ausente, Stems. Ya sabes lo que tienes que hacer.

- Milord, ¿se refiere a los guardias?

Caine asintió y se dirigió hacia la puerta, pero Stems lo detuvo.

- Milord, ¿adónde va?

- De caza.

Salió, cerrando de un portazo. .

14

Para cuando llegaron a su destino, Matthew y Jimbo tenían el mismo aspecto fatigado que Jade. Se había decidido que pasarían la noche en la aislada posada que Harry solía frecuentar cuando estaba en carrera: Jade insistió en que hicieran un rodeo para llegar, demorando el viaje en dos horas más, como precaución por si acaso los seguían.

El posadero era amigo de Black Harry, y se podía afirmar que estaba más del lado de la delincuencia que del honrado, por lo tanto, nunca hacía preguntas inútiles. Si le parecía extraño que una joven dama bien vestida viajara con dos sujetos que tenían apariencia patibularia, por cierto que no lo dijo.

A Jade le dieron la habitación del centro, en el piso de arriba, y Jimbo y Matthew tomaron un cuarto a cada lado. Como las paredes eran delgadas como el papel, ninguno de los dos se preocupó de que alguien pudiese irrumpir en esa fortaleza temporal. Los escalones eran tan viejos y estaban tan flojos que hasta un ratón hubiese hecho ruido. Jade se sumergió en un baño caliente, y luego se envolvió en la bata de Caine. Para el momento de acostarse, estaba rígida y aturdida. Si bien la herida del disparo estaba casi por completo curada, todavía le escocía bastante.

Jade se durmió rogando que esa noche no la visitara la pesadilla, preocupada de gritar en sueños y alarmar a Matthew y a Jimbo.

Durante la noche, el aire se enfrió. Jade se sumergió bajo las mantas, y en ningún momento advirtió cuando Caine se metía en la cama, junto a ella. Cuando la rodeó con el brazo y la estrechó con suavidad junto a él, lanzó un suspiro quedo y se acurrucó contra la tibieza familiar.

La luz de la luna penetró por la pequeña ventana. Caine sonrió al ver que Jade tenía puesta su bata. Se la quitó lentamente. Cuando terminó, sacó el cuchillo de la muchacha de debajo de la almohada y comenzó a mordisquearle el cuello.

Jade tardó en despertarse.

-¿Caine? - dijo, en un murmullo soñoliento.

-¿Sí, mi amor? - murmuró Caine, provocándola luego con la lengua en la oreja.

Jade comenzó a temblar, que era precisamente lo que Caine quería.

Deslizó la mano hacia el pecho de la muchacha, trazó un círculo en torno del ombligo y luego, hacia uno de los pechos.

Jade suspiró otra vez: él era tan cálido, tenía un aroma tan maravilloso, y... ¡oh, hacía que el frío desapareciera!

Caine siguió acariciándola, mientras esperaba que comprendiese quién era, dispuesto a hacerla callar si gritaba.

El despertar fue como un relámpago, y la palma de la mano de Caine cubrió la exclamación.

- Cariño, si gritas, tendré que herir a Matthew ya Jimbo cuando vengan a defenderte - susurró.

Hizo acostar a la muchacha de espaldas y la cubrió con su cuerpo.

- No quieres que eso suceda, ¿verdad?

Jade negó con la cabeza y Caine le quitó la mano de la boca.

- Estás desnudo.

- Tú también – respondió Caine, con igual susurro. - Muy conveniente, ¿no crees?

- No.

- Sí - repuso él -. Y es agradable, ¿no es cierto?

Era maravilloso, pero Jade no podía admitirlo.

-¿Cómo entraste?

En respuesta, Caine le besó la barbilla, y Jade le tocó el hombro.

- Caine, ¿qué estás haciendo aquí?

- Impresionándote, querida.

-¿Qué?

- Habla en voz baja, mi amor - le previno -. No querrás despertar a los muchachos, ¿verdad?

- No son muchachos - balbuceó, sin aliento.

El vello del tórax del hombre le hacía cosquillas en los pechos, endureciéndole los pezones. Pero no quería que el hombre se apartara, y esa confesión sincera la hizo fruncir el entrecejo. «¡Señor, estoy confundida!», pensó.

-¿Estás impresionándome, Caine? - le murmuró -. No entiendo.

- Claro que entiendes, cariño - respondió el hombre, besándole el puente de la nariz -. Dios, adoro tus pecas - dijo, con un gemido quedo.

La besó con fuerza, largo rato, y cuando terminó, la muchacha se aferraba de sus hombros. Pero se recuperó mucho más rápido que él.

-¿Viniste a despedirte? - le preguntó, en un susurro entrecortado.

La pregunta tenía la intención de irritarlo, y Caine supuso que una vez más alzaba sus defensas.

- No, no vine a despedirme - respondió, decidido a no enfadarse -. Vine a hacerte el amor.

Tras la promesa, Caine rió entre dientes, y el corazón de Jade comenzó a golpear con fuerza. «¡Es ese. maldito hoyuelo! – pensó -. ¡Es irresistible: tan atrayente y tan... de muchachito...!»No, tenía el cuerpo de un hombre vigoroso, de un guerrero de músculos duros y esbeltos. No podía dejar de frotar los dedos de los pies contra las piernas de él.

- Mi amor, un día comprenderás cuánto me importas. Eres mi luz, mi calor, mi otra mitad. sólo me siento vivo cuando estoy contigo. Te amo.

La besó otra vez, y murmuró:

- Un día, tú también me dirás que me amas. Por ahora, me contentaré con oírte decir que me quieres.

La muchacha movió la cabeza, y Caine percibió en los ojos de ella el miedo, la confusión. Le sonrió con ternura, mientras le separaba las piernas y se coloca-

ba entre los muslos sedosos de la mujer. Frotó la dura erección contra la suavidad de ella.

- Tú me deseas, amor.

Jade cerró los ojos, y lanzó un suspiro revelador. Caine le mordisqueó los labios, tironeando del de abajo hasta que logró que lo abriese, y la penetró con la lengua para entablar un duelo amoroso con la de ella.

- Caine, ¿qué estas...?

La acalló con otro beso prolongado, y luego susurró:

- Se llama pillaje, Jade.

- No.

- Harry estaría orgulloso - dijo, marcando las palabras.

Fue dejando una lluvia de besos húmedos sobre la piel sensible y suave de debajo de la barbilla, y Jade no pudo evitar estremecerse.

- Eres mía, Jade. Cuanto antes lo entiendas, mejor para ti.

-¿Y después, qué, Caine?

El hombre alzó la cabeza y la miró a los ojos, y vio en ellos temor y vulnerabilidad.

- Aprenderás a confiar en mí. Y entonces, seremos felices para siempre.

- Nadie vive feliz para siempre.

- Nosotros sí.

Jade movió la cabeza.

- Sal de encima de mí, Caine. Eres...

- Sólido, mi amor -.la interrumpió -. Firme. No te dejaré.

Pronunció la promesa en un murmullo ferviente, y Jade fingió no entender.

- Claro que no me dejarás: yo te dejaré a ti.

- Te amo, Jade.

Los ojos de Jade se llenaron de lágrimas.

- Te cansarás de mí, y yo no cambiaré por ti, ni por nadie.

- Está bien.

Los ojos de Jade se dilataron de asombro:

-¿Está bien?

Caine asintió.

- Si quieres seguir siendo ladrona, está bien. Y no me cansaré de ti, hagas lo que hagas, y nunca te dejaré.

- No podrás evitarlo.

La besó en la frente y dijo:

- Ya veo que me llevará tiempo convencerte. ¿Me concederías al menos dos meses?

- Caine, no creo que...

- Me lo debes, Jade.

-¿Que yo qué? - El tono de la muchacha fue indignado -. ¿Qué te hace creer que te debo algo?

- Me engañaste - explicó el hombre -. Además, me causaste infinitas preocupaciones. Y esa noche, en la taberna, yo estaba ahí, ocupándome de mis propios asuntos, cuando tú...

- También salvé a tu hermano - lo interrumpió luego.

- Claro, hay que tener en cuenta la cuestión del orgullo herido - dijo Caine, subrayando las palabras -. No hay que hacerle sentir a un hombre que ha sido manipulado.

-¡Caine, por el amor de Dios...!

- Prométeme que te quedarás conmigo dos meses más, o haré tanto barullo cuando te ataque, que Matthew y Jimbo vendrán corriendo.

Esa amenaza odiosa logró que Jade le prestara toda su atención, y la expresión decidida en los ojos de Caine le demostró que hablaba en serio.

- Tendría que darte vergüenza.

- Promételo, Jade. Ahora.

Lo dijo alzando la voz y, en venganza, Jade le cubrió la mano con la boca.

-¿Puedes explicarme por qué se te ocurrió que fueran dos meses, en lugar de uno, o tres, o...?

Caine se encogió de hombros, y Jade se fingió irritada:

- Y en esos dos meses, es probable que me arrastres a tu cama todas las noches, ¿verdad?

- Sí - afirmó el hombre, sonriendo - ¿Sabes?: cada vez que te veo tengo una erección. - Cambió de posición y se apretó contra ella -. ¿Sientes cuánto te deseo? Es tan grande mi deseo que me duele.

La sinceridad del hombre la hizo sonrojarse. .

- No deberías decir esas cosas – murmuró -. Y yo no tendría que escucharte.

- Te gusta - afirmó Caine.

Le cubrió la boca con la suya y deslizó la lengua en la boca de la muchacha para saborearla una vez más. Jade no protestó: lo deseaba demasiado para pedirle que se detuviese. Se movió contra él, pero, al sentir que la cama crujía, se paralizó.

- No podemos... - dijo, en un gemido.

- Podemos - murmuró Caine, en una ronca caricia.

Otro beso silenció la inquietud de la mujer, al tiempo que encendía en ella el fuego del amor. Jade se olvidó de la existencia de Matthew y Jimbo, pues Caine la hacía arder y sólo podía pensar en hallar alivio para esa dulce agonía.

Los dedos de Caine la enloquecieron. Ya estaba húmeda, caliente, dispuesta, y sentía que moriría por la presión que aumentaba en su interior. Clavó las uñas en los omóplatos de Caine, y, si la boca del hombre no hubiese cubierto la de ella, habría gritado, llamándolo. Caine no dejó de atormentarla hasta que Jade lo sujetó con las manos e intentó introducirlo en ella. Entonces el hombre arrojó a un lado la manta y cayó junto con ella al suelo, con Jade a salvo entre sus brazos. Amortiguó la caída absorbiendo la mayor parte del golpe con su propia espalda. Jade cayó encima de él y trató de rodar hacia el costado, pero Caine la sujetó.

- Recíbeme en ti ahora, amor - le murmuró, apartándole los muslos para que se colocara a horcajadas de él.

Pero la mujer temblaba demasiado para cooperar, y Caine se hizo cargo. La sostuvo de las caderas y lentamente la hizo montarlo. Al mismo tiempo que el hombre lanzaba un gemido ronco, Jade exhalaba un gritito de placer.

Cuando quedó profundamente metido en ella, el hombre enrolló el pelo de la mujer en las manos y la atrajo hacia él para besarla con ardor.

El ritmo del acoplamiento se adueñó de la situación, y Caine sintió que todo control lo abandonaba. Sus embestidas se tomaron más poderosas y resueltas.

- Jade, llévame otra vez al paraíso - murmuró, cuando estaba por derramar en ella su simiente cálida -. Yo te cuidaré.

Segundos después, Jade alcanzó su clímax. Se arqueó contra Caine, lo apretó con fuerza mientras se mordía el labio para no gritar y luego se dejó caer sobre el hombre.

Jade hundió el rostro en el hueco del cuello de Caine. Los dos estaban cubiertos de transpiración. Mientras aguardaba que su corazón aquietara los latidos, la muchacha saboreó la piel del hombre con la punta de la lengua: se sentía demasiado exhausta y contenta para moverse. Caine la abrazaba con fuerza y Jade sentía los latidos del corazón de él contra el propio.

- Jade, ¿en qué estás pensando?

Como no le respondió, le tiró del pelo.

- Sé que llegaste a la plenitud. ¿Serás capaz de negarlo?

- No - murmuró la joven, con timidez.

Con un movimiento fluido, Caine se puso de pie, con Jade en los brazos. Una vez que ambos estuvieron otra vez en la cama, bajo las mantas, la joven trató de darle la espalda, pero el hombre no se lo permitió y la obligó a mirarlo de frente.

-¿Y bien? - exigió.

- Bien, ¿qué? - preguntó Jade, contemplando esos ojos oscuros que le aceleraban los latidos.

- Soy bueno, ¿no es cierto?

Ahí estaba, otra vez, ese hoyuelo en la mejilla de Caine, y Jade no pudo ocultar una sonrisa.

-¿Bueno para qué? - preguntó, fingiendo inocencia.

- Para el pillaje.

Jade asintió con gesto lento.

- ¿Y te impresioné?

- Puede ser, un poquito - respondió.

Ahogó una exclamación cuando la palma de la mano de Caine se ahuecó sobre la unión de sus muslos.

-¿Qué estás haciendo?

- Impresionándote otra vez, cariño.

«Ese hombre cumple su palabra - pensó Jade mucho tiempo después -. Y tiene muchas más energías que yo.»

Cuando por fin se apartó de ella, Jade se sentía como un trapo. Se durmió abrazada a Caine, que le murmuraba palabras de amor.

Esa noche no tuvo pesadillas.

Hacia el mediodía, estaban de regreso en la casa de Caine. Matthew y Jimbo partieron hacia Shallow's Wharf a una velocidad imposible, pues la falta de la noche anterior los mortificaba a ambos. Era obvio que habían subestimado al marqués. Y aunque Jade le prometió que no contaría que lo habían sorprendido, Matthew estaba seguro de que no superaría la desgracia.

¡Diablos: Caine lo había sacudido para despertarlo y todavía no comprendía cómo un hombre tan corpulento había podido entrar en la habitación sin hacer un solo ruido!

En cuanto volvieron a casa de Caine, Jade se cambió el vestido y fue al estudio a copiar las cartas. Caine le explicó el plan, y la muchacha discutió con cierto fervor sobre la conveniencia de confiar en Richards, pero estuvo de acuerdo en que Lyon podía guardar un secreto.

- Cuando conozcas a Richards, te agradará tanto como Lyon - le dijo Caine -. y también confiarás en él.

Jade negó con la cabeza.

- Caine, si bien me agrada Lyon, no es por eso que confío en él. No, no: que alguien te guste y que confíes en él son dos cosas bien diferentes.

-¿Y por qué, pues, confías en Lyon? - dijo, sonriendo ante el tono de censura de Jade.

- Leí el archivo de él - respondió la muchacha -. ¿Sabes? en comparación, tú llevaste la vida de un monaguillo.

Caine movió la cabeza:

- En tu lugar, yo no le contaría que leíste su archivo - le aconsejó.

- Por supuesto. Se erizaría tanto como tú cuando te lo dije - comentó Jade -. Aunque el archivo de Lyon es tan grueso como el tuyo, él no tiene un nombre secreto.

Caine adoptó una expresión indignada:

- Jade, ¿cuántos archivos leíste?

- Pocos - respondió Jade -. Caine, necesito concentrarme en estas cartas; por favor, no me interrumpas más.

Se abrió la puerta de la biblioteca, y Caine se distrajo: era Nathan.

- Caine, ¿por qué todavía nadie trató de llegar a ti, desde que llegaste aquí? Este sitio es muy aislado, y se me ocurre que...

- Alguien trató de atrapar a Caine el día en que llegamos, Nathan - dijo Jade, sin alzar la vista.

Como Jade no continuó, Caine le contó a Nathan los detalles de aquel intento fallido.

- Nathan, qué elegante estás - dijo Jade, cambiando por completo el tema, al levantar la vista y ver la camisa y los pantalones que lucía el hermano.

- Esa camisa me resulta muy familiar - dijo Caine, entre dientes.

- Es tuya - respondió Nathan, sonriente -. Me queda perfecta. Colin también tomó algunas prendas tuyas prestadas. Cuando nos tiraron al y mar, no llevábamos suficiente equipaje. ¿Por qué nadie trató de atacarte desde aquel primer día? - añadió, ceñudo.

Nathan comenzó a pasearse por la habitación como un tigre enjaulado. Caine siguió apoyado contra el borde del escritorio.

- Lo hicieron.

-¿Qué? - exclamó Nathan -. ¿Cuándo?

- No lo hicieron –intervino Jade -. Si fuese así, yo me habría enterado.

- En los últimos diez días, hubo cuatro intentos más.

-¿Y? - preguntó Nathan, exigiendo más explicaciones.

- Fracasaron.

-¿Por qué no me lo habíais contado?

- No quería preocuparte - dijo Caine.

- Eso significa que sabías que Matthew y Jimbo estaban aquí - dijo Nathan.

- Lo sabía - respondió Caine -. Por otra parte, no me metí con ellos hasta que incendiaron los establos. En ese momento, tuve una pequeña conversación con ellos. ¿No podrías haber pensado en otra clase de plan para mantenerme ocupado mientras ibas a ver a mi padre?

Comenzaba a enfadarse otra vez, y Jade supuso que aún no había superado lo del incendio. Sterns le dijo que los establos eran flamantes.

- Tendría que haber sido más específica con Matthew - afirmó la muchacha -. Dejé que él se encargara, y debo reconocer que fue muy creativo, y también eficaz: te entretuvo.

- Corriste un riesgo innecesario al salir sola de ese modo - le espetó Caine -. ¡Maldición, Jade, podrían haberte matado!

Al terminar la frase, Caine ya estaba gritando.

- Tuve mucho cuidado - murmuró la muchacha, intentando apaciguarlo.

- ¡No tuviste ningún cuidado! - bramó el hombre -. Sólo que fuiste muy afortunada.

Jade comprendió que tenía que distraerlo.

- Si no me dejáis en paz, nunca podré terminar.

Se echó el cabello sobre el hombro y prosiguió con la escritura de las cartas. Sintió sobre sí la mirada ceñuda de Caine.

-¿Por qué no vais á ver cómo está Colin? Estoy segura de que le encantará vuestra compañía.

- Vamos, Caine. Mi hermana nos está echando.

Caine movió la cabeza.

- Prométeme que no volverás a correr riesgos innecesarios - le ordenó a Jade -. Sólo entonces me iré.

Jade se apresuró a asentir:

- Lo prometo.

Fue evidente que el enfado de Caine se disipó. Asintió, y se inclinó para besarla. Jade intentó eludirlo.

- Nathan está aquí - murmuró.

- Ignóralo.

Cuando apartó la boca de la de ella, el rostro de Jade estaba encarnado y le temblaban las manos.

- Te amo –s usurró Caine, antes de enderezarse y seguir a Nathan fuera de la habitación.

Jade se quedó con la vista fija sobre el escritorio largo rato. ¿Sería posible? ¿En realidad la amaba? Tuvo que dejar de pensarlo, para que se calmara el temblor de sus manos. Si no, Richards y el amigo no podrían leer las cartas. Por otra parte, no importaba si la amaba, pues, de todos modos, tendría que dejarlo. ¿No?

Para cuando terminó la cena, Jade estaba con los nervios erizados. Nathan prefirió cenar arriba, con Colin. Jade, Caine y, por supuesto, Sterns cenaron sentados a la mesa larga, mientras sostenían un acalorado debate acerca de la separación entre la Iglesia y el Estado. Al comienzo, cuando Caine abogó con fervor por la separación, Jade sostuvo lo contrario. Y cuando, adrede, Caine sostuvo el punto de vista opuesto, Jade le discutió con la misma vehemencia.

Fue una discusión muy vigorizante, y Sterns terminó actuando como árbitro. A Caine, el debate le provocó hambre otra vez y trató de tomar la última tajada de cordero, pero Stems se la arrebató.

- Yo la quería, Stems - musitó Caine.

- Yo también, milord - respondió el mayordomo.

Aferró los cubiertos y procedió a devorar la comida. Jade se compadeció y compartió su porción con Caine. Cuando, de súbito, resonaron en el comedor unos. golpes en la puerta principal, Stems y Caine se miraron.

- Iré yo - dijo Caine.

- Como guste, milord - dijo Stems, entre bocado y bocado.

- Ten cuidado - lo previno Jade.

- No hay problema - dijo Caine -. Nadie puede llegar hasta la puerta sin que mis hombres lo adviertan.

Pasaron más de diez minutos hasta que Stems finalizó la segunda taza de té.

- Creo que iré a ver quién vino - le dijo a Jade.

- Quizá sea el padre de Caine.

- No, milady - repuso Stems-. Les ordené a los duques que se mantuvieran al margen. Si vinieran todos los días, despertarían sospechas.

-¿En serio, se lo ordenaste?

- Pero, por supuesto, lady Jade.

Haciendo una reverencia formal, el mayordomo salió de la habitación. Jade tamborileó con los dedos sobre la mesa hasta que Sterns volvió.

- Llegaron sir Richards y el marqués de Lyonwood - anunció el mayordomo desde la puerta - Mi señor los espera a usted y al coñac, en la biblioteca.

-¿Ya? - preguntó la muchacha, asustada.

Se puso de pie, se alisó los pliegues del vestido, dorado y se acomodó el cabello.

- No estaba preparada para recibir a nadie - dijo.

Sterns sonrió:

- Tiene un aspecto encantador, milady – afirmó -. Estos visitantes le agradarán: son buenas personas.

- Oh, ya conocí a Lyon. Y estoy segura de que Richards también me agradará.

- En realidad, no hay nada de qué preocuparse, milady.

Jade le dirigió una sonrisa radiante:

- No estoy preocupada, Sterns: estoy preparándome.

-¿Cómo dice? - preguntó Stems, siguiéndola -. ¿Para qué se prepara, milady?

- Para tener aspecto de afligida –le respondió la joven, riendo:-. Y débil, por supuesto.

- Claro –admitió Stems, suspirando -. Lady Jade, ¿se siente mal?

Al llegar a la puerta de la biblioteca, Jade se volvió:

- Apariencias, Sterns.

-¿En serio?

- Hay que preservar las apariencias. Hacer lo que se espera de uno, ¿entiende?

- No, no entiendo.

Jade sonrió otra vez.

- Me dispongo a restaurar el orgullo de Caine - susurró.

- No sabía que lo echaba de menos.

- Yo tampoco, hasta que él mismo me lo dijo - repuso Jade -. Además, son sólo hombres, a fin de cuentas.

Hizo una inspiración profunda y esperó a que Stems le abriese la puerta. Se quedó en la entrada con la cabeza gacha, las manos unidas al frente.

Stems quedó tan sorprendido por el cambio que abrió la boca.

Cuando Caine la llamó, Jade casi saltó, como si la orden la hubiese aterrado, y luego entró con lentitud en el estudio. El tal Richards se puso de pie de un salto. Era un hombre mayor, de cabello gris, sonrisa bondadosa y vientre redondo. También tenía ojos bondadosos. Al ser presentada, Jade hizo una impecable reverencia.

Luego se volvió para saludar a Lyon, que, al erguirse en toda su estatura, la sobrepasaba.

- Me alegro de volver a verte, Lyon - murmuró Jade, en un murmullo quedo.

Lyon alzó una ceja, sorprendido. Sabia que la muchacha era tímida, pero estaba convencido de que ya había superado la reacción inicial que pudo sufrir al conocerlo. Sin embargo, en ese momento actuaba como si estuviese aún asustada. Semejante contradicción lo confundía.

Caine estaba sentado al escritorio, con el respaldo de la silla apoyado contra la pared. Jade se sentó en el borde de una silla, cerca del escritorio, con la espalda recta como un mástil y las manos unidas sobre el regazo.

Richards y Lyon volvieron a sentarse frente a ella.

Caine observaba a Jade, que parecía muy asustada. Pero no le creyó ni por un instante y comprendió que algo se traía entre manos, aunque no tenía más remedio que esperar para preguntárselo.

Richards carraspeó para que le prestaran atención y dijo, mirando a Jade:

- Querida, no puedo menos que advertir que está usted muy afligida. Leí las cartas que su padre conservó, pero antes de hacerle preguntas quisiera aclararle que no la estimaré a usted menos por las transgresiones que pueda haber cometido su padre.

Aún con aire de presa atrapada, Jade se las ingenió para esbozar un tímido gesto de asentimiento.

- Gracias, sir Richards - contestó, en un murmullo casi inaudible -. Es amable de su parte el no echarme la culpa, pues yo temía que me condenara.

Caine puso los ojos en blanco. Richards, un hombre poco inclinado a demostraciones de afecto, estrechaba la mano de Jade. Por su aspecto, el director parecía dispuesto a tomar a Jade entre sus .brazos para consolarla.

La apariencia de Jade era muy vulnerable. De pronto, Caine recordó que la noche que lo buscó en la taberna la muchacha tenía la misma expresión: en aquel momento, también parecía muy vulnerable.

¿Cuál era el juego de la joven?

- Ninguno de nosotros te condena –terció Lyon, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas -. Para ti fue difícil, Jade.

- Sí, lo fue - convino sir Richards.

Caine contuvo una sonrisa: tanto Lyon como el superior habían sucumbido ante el embrujo de Jade. Creyó que Lyon tendría que haber estado prevenido, pues ya conocía a Jade. Y, sin embargo, la actitud de la muchacha en ese momento y la idea de que era tímida convencieron a Lyon de que no fingía.

-¿Está usted en condiciones de contestar unas preguntas? - preguntó sir Richards.

Jade asintió.

-¿No sería mejor que las respondiese Nathan? Los hombres son más lógicos. Por cierto, yo haré un embrollo.

- Jade - dijo Caine, en tono de advertencia.

La muchacha giró hacia él y lo miró con sonrisa trémula:

-¿Qué, Caine?.

- Compórtate.

Richards dirigió a Caine una mirada ceñuda y luego se concentró otra vez en Jade.

- Luego le haremos preguntas a Nathan. Si no le resulta demasiado doloroso recordarlo, por favor, cuéntenos qué pasó exactamente desde el momento en que llegó usted a Londres.

Jade asintió.

- Todo comenzó con las cartas, ¿sabe usted? Mi padre le entregó a mi tío Harry un fajo de cartas y, dos días después, mi padre era asesinado. Entonces Harry me llevó a su barco. Guardó las cartas y, cuando consideró que había llegado el momento, me las dio. Por supuesto, yo las leí y luego se las di a Nathan. En aquel entonces, mi hermano trabajaba con Colin y confió en él. Bien - continuó, en tono más vivaz -: Como sin duda Caine ya le dijo, Colin y Nathan sufrieron un... ataque. Los villanos supusieron que los habían liquidado, y... Pagan resolvió dejar que los asesinos a sueldo fuesen a Londres a informar del éxito obtenido.

- Una decisión sensata - comentó sir Richards.

- Sí - dijo Jade, lanzando a Caine una mirada ceñuda-. El plan era muy simple. Pagan secuestró a un médico para que cuidase a los heridos, y se decidió

que, cuando Colin estuviese lo bastante recuperado para viajar, le contaría a su hermano Caine lo de las cartas y le pediría ayuda.

-¿Por qué este plan no funcionó? –preguntó Richards.

Jade miró otra vez a Caine con indignación.

- Él lo estropeó – afirmó -. Pagan se había convertido en el chivo emisario para las muertes de Nathan y Colin, como usted sabe, y Caine resolvió tomar venganza. Pero tuvo un pésimo sentido de la oportunidad. Los miembros del Tribunal que quedaban no podían correr el riesgo de que Caine hallara al pirata y hablase con él. Por lo tanto, sin saberlo, Caine se puso en peligro a sí mismo.

- No fue sin saberlo - intervino Caine.

Jade se encogió de hombros.

- Colin obligó a Pagan a prometer que no le diría nada a Caine, pues sabía que Caine... atacaría de inmediato, y Colin, en cambio, quería explicar todo. A decir verdad, estoy convencida de que Colin estaba repasando todo, pero en aquel momento estaba muy dolorido y parecía obsesionado en proteger a Caine. Pagan aceptó, sólo para aplacar a Colin.

- En ese plan, ¿qué tenías que ver? - preguntó Lyon.

- Nathan es mi hermano - contestó Jade -. Regresé a Inglaterra y fui a instalarme en su propiedad campestre. Conmigo iban varios de los hombres de Pagan que se turnaron para vigilar a Caine. Se hicieron varios intentos contra él y se decidió que yo encontraría un modo de apartar a Caine de la persecución. Dos días antes de mi supuesta partida, ocurrió una serie de incidentes. La primera mañana, mientras yo daba mi paseo habitual, me topé con tres hombres que excavaban en la tumba de mis padres. Me indigné tanto por lo que hacían que grité, ¿sabe? Y así atraje la atención de esos sujetos. Uno de los villanos me disparó, y yo corrí hacia la casa de Nathan en busca de ayuda.

-¿Los hombres de Pagan ya no la cuidaban? - preguntó Richards.

Jade negó con la cabeza.

- Todos eran necesarios para mantener a salvo a Caine. Además, yo contaba con Hudson, el mayordomo de Nathan, y los otros criados, para ayudarme.

-¿Y qué sucedió luego? - preguntó Lyon.

- Estaba demasiado oscuro para que los criados fuesen a las tumbas, y se decidió esperar hasta la mañana. Esa noche, la casa fue saqueada - continuó la joven -. Pero yo dormía y no me enteré de nada. Hasta mi dormitorio fue registrado.

- Deben de haberla drogado - sentenció sir Richards.

- No sé cómo pudieron haberme drogado - dijo Jade -. A la mañana siguiente, monté uno de los caballos de Nathan para ir otra vez hasta las sepulturas, a ver si hallaba alguna evidencia. Hudson, el mayordomo de Nathan, no me creía, ¿sabe usted? , y quería convencerlo. Pero, en realidad, nunca fui hasta las tumbas pues los villanos estaban ahí, con la evidente intención de interceptarme. Mataron al caballo de Nathan y yo caí.

-¡Dios mío, podría haberse muerto en la caída! - exclamó Richards.

- Fui muy afortunada, pues sólo sufrí unas magulladuras - contó Jade -. Volví corriendo a la casa y le conté a Hudson lo sucedido. El mayordomo envió a algunos hombres en persecución de los villanos. Cuando volvieron, dijeron que no habían hallado la menor prueba de los incidentes. El caballo había desapare-

cido. Caine dijo que harían falta más de tres hombres para alzarlo y meterlo en un carro.

Hizo una pausa, se encogió de hombros y prosiguió:

- Resolví ir a Londres con urgencia y ordené que me prepararan de inmediato el carruaje. Pero, en cuanto había llegado hasta la falda de la primera colina, el cochero gritó: «¡Fuego!» Veíamos el humo, y volví a la casa a tiempo para ver el incendio en pleno. La casa del pobre Nathan se quemó hasta los cimientos. Ordené a Hudson ya los otros criados que fuesen a la residencia de mi hermano en Londres y luego me dispuse otra vez a partir hacia mi propio destino.

-¿Cuál era? - preguntó Lyon -. ¿También ibas a la casa de Nathan en Londres?

Jade sonrió.

- No, iba a una taberna llamada Ne'er Do Well. Tenía un plan para sacar a Caine de la persecución, ¿sabe?

Lyon asintió.

- No entiendo - dijo Richards -. ¿Cuál era el plan? Caine no es un sujeto fácil de engañar, querida mía.

- Lo explicaré después - dijo Caine -. Ahora, dejemos que termine con esto. :

- En el camino a Londres, el carruaje fue atacado. A mí me golpearon en la cabeza. El golpe me durmió y, cuando desperté, vi que el coche estaba hecho trizas. Tuve que agrandar la abertura de la ventanilla con el tacón de mi bota, y sólo entonces pude salir.

-¿Y luego? - preguntó sir Richards.

- Caminé.

-¿Hasta Londres? - preguntó Lyon.

- No - respondió Jade -. No todo el camino. Pude... tomar prestado un caballo en una posada del camino. Estaba abandonado. Tal vez, el dueño estaba dentro, cenando.

Jade concluyó el relato minutos después. No mencionó que ella fuese Pagan, y Caine supuso que él tendría que decírselo.

¿Cuál sería el juego? ¡Cuando terminó el relato, Jade se enjugaba las lágrimas con el pañuelo de Richards!

Era obvio que el director estaba impresionado por el relato: se había reclinado en la silla y meneaba la cabeza.

-¿Sabe quiénes son los miembros del Tribunal? - le preguntó Jade.

- No.

- Pero usted conocía a Hammond, ¿no es cierto? Tenía entendido que usted y él habían comenzado juntos.

- Sí, comenzamos juntos - convino Richards -. Pero después de unos años, querida mía, nos asignaron a cada uno una división diferente del Departamento de Guerra. Hammond tenía a muchos jóvenes bajo su dirección, y él llevaba adelante su propia sección. Yo conocí a algunos de esos jóvenes y ansiosos salvadores, pero no a todos.

- Tenemos varias claves importantes - intervino Lyon -. No creo que nos lleve demasiado tiempo descubrir la verdad.

- La primera carta estaba firmada por un tal William. Todavía no se les habían asignado nombres operativos. ¡Diablos, es uno de los nombres más comunes en Inglaterra! - dijo Caine -. ¿Cuántos William trabajaban para la Oficina de Guerra?

Jade fue la que respondió:

- En realidad, en los archivos de Hammond sólo había tres.

Todos se volvieron a mirarla.

- Pagan leyó los archivos - murmuró, sonrojándose, y después añadió -: Estaban William Pryors, William Terrance y William Clayhill. Los tres trabajaban para su departamento, sir Richards. Dos de ellos aún viven, aunque están retirados, pero William Terrance murió hace cuatro años.

-¿Estás segura de esos hechos? –preguntó Lyon.

-¿Cómo fue que Pagan accedió a nuestros archivos? - exclamó Richards, desconcertado -. Por Dios, nadie puede atravesar nuestra seguridad.

- Pagan lo hizo - dijo Carne.

Entonces participó de la conversación, explicando con más detalle cómo el pirata lo había protegido. Les contó como Nathan y Colin estuvieron a punto de morir, devorados por los tiburones. Cuando terminó, durante un buen lapso nadie dijo nada. Jade se retorcía las manos, y ya no era un gesto fingido, pues el recuerdo de los tiburones siempre la alteraba.

- Tres jóvenes ansiosos, resueltos a salvar al mundo - murmuró Richards-. Pero la avidez de poder se tomó más importante.

Jade expresó su acuerdo con un gesto de asentimiento.

- Señor, ¿advirtió usted que las primeras cartas iban firmadas con la frase: «por el bien de Inglaterra», pero, a medida que pasó el tiempo, se volvieron más audaces y cambiaron esa frase?

- Lo noté - musitó sir Richards-. Ponían:«Por el bien del Tribunal», y eso lo dice todo, ¿no es verdad? No hay modo de interpretarlo mal.

- El padre fue asesinado por los otros dos cuando se negó a aceptar los planes de ellos, y luego fue asesinado Hammond - dijo Caine.

Richards asintió.

- Tenemos que hallar a los otros dos – murmuró -. Señor, son muchas cosas para asimilar.

- Lanzó un suspiro de fatiga y añadió -: Bueno, al parecer, gracias a Dios Pagan está de nuestro lado. Cuando imagino todo el mal que podría hacer con esos archivos, se me hiela la sangre.

- Oh, Pagan es muy honorable - se apresuró a decir Jade -. Casi todos los ladrones lo son, señor. No se preocupe de que esa información caiga en las manos equivocadas.

-¿Acaso ese miserable leyó mi archivo? - preguntó Lyon.

Caine no le respondió, pues no consideró que hubiese ningún motivo para compartir esa información con el amigo. No haría más que alterarlo.

- El solo hecho de que hubiese tiburones en esas aguas... - murmuró Richards, cambiando de tema -. ¿Comprenden ustedes el coraje que se requiere para...?

-¿Terminó con sus preguntas? - interrumpió Jade.

De inmediato, el director se estiró y le palmeó la mano.

- La hemos agotado, ¿no es así, querida? Me imagino lo abrumador que debe de ser para usted.

- Gracias por su consideración –murmuró Jade.

Se levantó y no protestó cuando sir Richards la abrazó.

- Le prometo que hallaremos a los culpables - le dijo.

Jade ocultó las manos en los pliegues del vestido y se acercó a Lyon. Este se puso de pie al instante, y la muchacha se apoyó contra él.

- Gracias por ayudamos, Lyon. Por favor, saluda de mi parte a Cristina. Estoy impaciente por visitarla otra vez.

Se volvió hacia Richards y lo abrazó otra vez.

- Me olvidé de darle las gracias a usted también - le dijo.

Se apartó del director, hizo una reverencia y giró para salir de la habitación.

- Jade.

-¿Qué, Caine?

-¿De qué se trató todo esto?

Jade se dio la vuelta y le sonrió:

- Dijiste que el orgullo es importante para un hombre, ¿no es así?

- Así es.

- Además, dijiste que el orgullo de un hombre sufre desmedro cuando se lo manipula o engaña.

- Lo dije - afirmó Caine, inclinándose hacia delante -. ¿Y?

- Bueno, si otros también fueron... engañados... amigos que representaban leyendas y que gozaban del respeto de Inglaterra, el golpe sería menos doloroso, ¿no?

Al fin, Caine entendió y le dirigió un guiño perezoso y una sonrisa arrogante.

- Iré a decirles a Colin ya Nathan que se reúnan con ustedes ahora - anunció Jade, antes de salir del estudio. Luego salió y cerró la puerta con suavidad.

-¿A qué se refería? - preguntó sir Richards.

- Un asunto personal - respondió Caine.

Luego, se volvió hacia Lyon:

El amigo llenó la copa de coñac y luego respondió:

- Sigue siendo muy bella – dijo -. Pero pienso que es demasiado tímida. Debe de ser el resultado de estar contigo.

Caine rió.

-¿Otra vez piensas que es tímida?

-¿Qué es lo que no sé? - preguntó Lyon, en verdad perplejo -. ¿Qué es lo que te parece tan divertido?

- Dejad ya esta conversación sobre mujeres - ordenó Richards-. Y ahora, hijo, tienes que prometerme algo.

-¿Señor? - preguntó Carne.

-¿Ya conoció usted a este compañero de Pagan?

- Sí.

- Cuando esto termine, tendrá que hallar el modo de que yo lo conozca.

Caine se reclinó en la silla. Jade tuvo razón: le había devuelto su orgullo.
- Tengo que conocer a Pagan - insistió sir Richards.
Caine asintió.
-Sir Richards, acaba de conocerlo.

15

- Jade, ven aquí - gritó Caine, mientras los amigos intentaban reaccionar ante la novedad que acababa de darles.

Como no respondió, Caine llamó a Stems. El mayordomo debía de estar al otro lado de la puerta, pues de inmediato se precipitó en la biblioteca. Hizo una reverencia al patrón, cosa que jamás hacía cuando estaban solos, y preguntó:

-¿Quería algo, milord?

- Trae a Jade de vuelta aquí - ordenó Caine.

- Pienso que debe de haber escuchado su grito, milord - afirmó Stems, en ese tono altivo -. Pero la señorita declinó la invitación. ¿Quería algo más?

Caine sintió ganas de estrangular a Stems, pero se contuvo:

- Tráela. Arrástrala aquí, si es necesario, pero tráela. Eso es lo que quiero, Stems.

El mayordomo asintió, y partió a cumplir su cometido. Caine se volvió hacia los amigos. Parte de su irritación se disipó al ver la sonrisa de Lyon. Al parecer, el amigo tomaba la novedad de la identidad de Pagan mucho mejor que sir Richards: el director parecía atónito.

-¡Diablos, Caine, tendría que haberlo adivinado! - dijo Lyon -. Era tan tímida... sí, tendría que haberlo sabido. No eres hombre para dejarte atraer por... y Cristina dijo que tendría que observar debajo de...

- Hijo - interrumpió sir Richards la divagación de Lyon -. No es momento para bromas. Estamos reunidos por un asunto serio.

Jade abrió la puerta en mitad de la perorata de Richards.

- Estaba buscando a Nathan y Colin, Caine: ¿Qué querías?

- Devuélveselos.

El tono de Caine parecía un disparo de pistola. Jade fingió inocencia:

-¿De qué rayos hablas? - preguntó, apretando la mano contra el pecho en una parodia de susto, y agitó las pestañas.

Caine no se sintió impresionado en lo más mínimo.

- Sabes muy bien de qué estoy hablando – rugió -. Devuélveselos.

- Caine, no es muy cortés que me levantes la voz delante de las visitas - le indicó, en un tono una octava más agudo -. Es bastante grosero..

- Saben quién eres.

-¿Lo saben?

Se encaminó al escritorio y lo miró con expresión indignada, con los brazos en jarras:

-¿Qué es exactamente lo que saben?

- Que eres Pagan.

Jade lanzó una exclamación ahogada.

-¿Por qué no lo publicas en los periódicos? – gritó -. Así no tendrías que perder tanto tiempo...

- Tenía que decírselo - dijo Caine.

- Podrías haber aguardado a que yo me marchase.

- Pero como no vas a marcharte, eso no es posible, ¿no crees?

- ¡Dios mío!, ¿de modo que es cierto? - exclamó Richards, casi gritando también.

Jade miró sobre el hombro al director, con expresión ceñuda.

- No - le espetó -. No es cierto.

- Sí - replicó Caine -. Lo es.

- Maldición, Caine, ¿acaso no sabes guardar un secreto?

Sin darle tiempo a responder, se dio la vuelta para salir.

- Jade, te dije que se los devolvieses.

-¿Por qué?

- Ocurre que estos hombres son amigos míos – respondió -. Por eso.

- Caine, si no puedes robarles a tus amigos, ¿a quién le robarás?

Caine no halló respuesta para una pregunta tan absurda.

- Dijiste que no tenías inconveniente en que siguiera con mi trabajo - le recordó -. ¿Acaso rompiste tu palabra?

A Caine le pareció increíble que tuviese la audacia de adoptar ese aire indignado, y no se atrevió a levantarse, por temor a que el deseo de aferrarla y sacudirla para que recobrase un poco la sensatez fuese demasiado intenso para ignorarlo.

Jade se volvió hacia Lyon.

- Cuando doy mi palabra, jamás la rompo.

Caine hizo una inspiración profunda, y se reclinó en la silla, dirigiendo a Jade una mirada severa y prolongada.

La muchacha se la devolvió. Con un dedo, Caine le hizo señas de que se acercara y, cuando lo hizo, le dijo:

- Hablé en serio. Puedes continuar con tu trabajo.

Jade quedó perpleja.

- Entonces ¿quiero saber por qué haces tanto escándalo por...?

- Puedes seguir robando - la interrumpió -. Pero, cada vez que robes algo, yo tendré que devolverlo.

Jade quedó tan abrumada que casi se cayó.

- No lo harás.

- Lo haré.

- ¡Pero eso es... ridículo! – balbuceó -. ¿No?

Caine no le respondió, y Jade se dirigió a Lyon en busca de ayuda. Pero la sonrisa del hombre le demostró que no podía esperar nada de él. Sir Richards, en cambio, parecía demasiado abrumado para intervenir.

Jade comprendió que estaba sola, como siempre.

- No.

- Sí.

Pareció a punto de llorar.

- Ahora dales sus...

- Los cambié - anunció Jade -. Ahora ¿puedo irme?

Caine asintió. Esperó a que Jade llegara hasta la puerta y exclamó:

- Jade, puedes irte de esta habitación, pero no te atrevas a irte de esta casa. Si lo haces, iré tras de ti. No querrás hacer que me moleste otra vez, ¿verdad?

Jade no respondió, si bien Caine sabía que estaba furiosa con él. Cuando cerró la puerta tras ella, casi la sacó de sus goznes.

- ¡Tiene un carácter...! –dijo Caine, con una sonrisa reveladora de que no le importaba en absoluto -. Richards, ¿ya se recobró?

- Sí - convino Richards.

- Pero ¿jamás se le ocurrió que...?

- No, no - repuso Richards.

Caine asintió, complacido.

- Es grato saber que mi superior también resultó engañado. Creo que he recuperado por completo mi orgullo.

En ese momento, entraron Nathan y Colin en la biblioteca. Colin se apoyaba en un bastón y en el brazo de Nathan.

- Deja de tratarme como a un niño –protestó Colin, mientras Nathan lo ayudaba a sentarse.

- Eres un niño - dijo Nathan, arrastrando las palabras.

Colocó un taburete frente a la silla y apoyó sobre él el pie de Colin.

Nathan midió con la vista a los dos hombres que lo observaban, y Caine hizo las presentaciones. Se estrecharon las manos, y luego Nathan se sentó sobre el brazo de la silla del amigo.

- Jade me pidió que os preguntara la hora - dijo Nathan.

Al director le extrañó la petición y se encogió de hombros:

- Yo diría que van a ser las nueve, ¿no crees, Lyon?

Lyon fue más astuto que el superior y sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Al hacerlo, una carcajada profunda resonó en la habitación:

- Creo que este es tuyo, Richards. Tú tienes el mío: ella nos abrazó a los dos.

Richards quedó debidamente impresionado.

- Por cierto, la juzgué mal. Caine, tú la viste hacer el cambio, ¿no? Por eso la llamaste.

Caine negó con la cabeza.

- No, no la vi –admitió -. Pero, cuando os abrazó a los dos, supe que algo se traía entre manos. Por lo general, no se muestra tan afectuosa con los extraños.

- No, es cierto - admitió Nathan.

Caine miró a Lyon.

- Esa mujer me hizo dar tantas vueltas. Está decidida a volverme loco.

- Yo diría que ya lo logró - dijo Nathan, marcando las palabras.

- Esto me suena familiar - dijo Lyon.

Sonrió al recordar las extrañas circunstancias que le habían conducido a su propio matrimonio.

- Cristina también me hizo dar vueltas. Dime algo, Caine: ¿qué te pasó a ti mientras ella te hacía dar vueltas?

- Lo mismo que a ti - respondió Caine -: me enamoré de ella.

Lyon asintió.

- Amigo mío: que Dios te ayude. Una vez que te cases, las cosas no serán más fáciles. De paso, ¿cuándo es la boda?

- Sí, Caine, ¿cuándo es la boda? –preguntó Nathan.

- Por cierto que habrá boda - afirmó Colin, mirando al hermano con expresión severa.

- Sí - confirmó Caine -. La habrá.

- Tengo la impresión de que no tienes alternativa, hijo - terció sir Richards -. ¿Darás el sí con una pistola apuntando a tu espalda?

- Si es necesaria una pistola, tendrá que apuntar a la espalda de Jade, no a la mía - replicó Caine -. Todavía tengo que convencerla de que hablo en serio. ¡Diablos, quizá tenga que arrodillarme ante sus hombres!

Hasta Nathan sonrió ante semejante imagen.

Colin se burló:

- Jade no te haría arrodillarte ante ella.

- No, pero Black Harry sin duda lo haría - repuso Caine.

-¿Quién es Black Harry? - preguntó Richards.

- Nathan, explícalo tú, mientras yo voy a buscar a Jade - dijo Caine.

-¿Se fue? - preguntó Nathan.

Caine se levantó y fue hacia la puerta.

- Claro que se fue. Nathan, nunca cometo dos veces el mismo error. Pronto estaré de regreso.

Como ya tenía los pantalones y las botas de montar, Caine fue directamente al corral donde estaban alojados los caballos. Faltaba la yegua manchada.

-¿Cuántos hombres la siguieron? - le preguntó al jefe de los establos.

- Tres la siguieron por la parte del fondo - respondió el criado.

Caine le colocó las bridas al potro, pero no se molestó con la montura: sujetó las crines negras y montó con un rápido movimiento.

La rastreó hasta la cabaña que estaba en el límite de la propiedad y la halló de pie junto al arroyo, dando de beber al caballo.

Caine pasó entre los árboles y se lanzó al galope.

Jade oyó el golpeteo de los cascos, se volvió y se metió corriendo en el bosque. Sin detener la marcha del caballo, Caine se inclinó y alzó a la mujer en los brazos. Con rudeza, apoyó el trasero de Jade frente a sí, hizo girar al animal y se dirigió de regreso a la casa.

No hablaron una palabra, y no aminoró el paso hasta que llegaron a su destino.

Sterns los esperaba en la puerta del frente. Caine arrastró a Jade por los escalones de entrada.

-¡Enciérrala en el dormitorio! – vociferó -. Aposta dos guardias bajo las ventanas y otros dos fuera, junto a la puerta.

Mantuvo la expresión feroz, hasta que estuvo otra vez en la biblioteca, y, cuando al fin se sentó junto al escritorio, se permitió sonreír.

- Deduzco que la encontraste - dijo Nathan.

- Así es - respondió Caine -. Además, la impresioné mucho. Ponme al tanto de lo que hablaste con mis amigos - ordenó.

La conversación volvió a las cartas y los hombres no terminaron la conversación hasta pasadas las once. A Richards ya Lyon les asignaron las habitaciones del ala norte, y los dos se mostraban renuentes a irse a dormir.

Richards insistió en llevarse las copias de las cartas a la cama con él.

- Todavía tengo información para extraer de ellas - afirmó.

Nadie le discutió al director. Caine fue sin rodeos al dormitorio de Jade. Despidió a los guardias, abrió la cerradura y entró.

Jade estaba en la cama, leyendo. No miró a Caine, sino que mantuvo la vista fija en el libro que tenía entre las manos.

- Si quieres leer, necesitas más luz - dijo Caine -. También hay que avivar el fuego. Aquí hace mucho frío.

Jade siguió sin mirarlo.

- Es ridículo fingir que no estoy - le dijo Caine, con evidente irritación.

-¿Como devolver todo lo que robo? - preguntó, concentrada en el libro.

Caine encendió dos velas más sobre la mesilla de noche y luego se acercó al hogar.

-¿Dónde está Stems? - preguntó.

-Sterns fue a acostarse - respondió la joven -. Serías un buen mayordomo, Caine. Stems te entrenó bien.

Caine no picó el anzuelo.

- Estás buscando pelea, cielo, pero no te daré el gusto.

- No estoy buscando pelea - le espetó.

Cerró el libro de golpe, mientras observaba cómo el hombre colocaba otro leño grueso sobre las brasas.

A la luz de las llamas, la piel de Caine parecía de bronce, como una estatua. Llevaba la camisa abierta hasta la cintura y las mangas enrolladas. La tela estaba tensa sobre los hombros, exhibiendo los músculos cuando él se estiró para tomar el atizador y avivar el fuego, hasta hacerlo arder en plenitud.

Jade pensó que era el hombre más atractivo del mundo.

Caine se volvió, todavía apoyado en una rodilla, y le sonrió. La ternura de esa mirada le estrujó el corazón. ¡Era un hombre tan bueno, tan confiado y amoroso...!

Merecía a alguien mejor que a una muchacha como ella. ¿Cómo no comprendía algo tan obvio?

Los ojos de Jade se llenaron de lágrimas y comenzó a temblar. Fue como si las mantas se hubiesen convertido en nieve. Se sentía helada... y aterrada.

De súbito, la muchacha pensó: «Nunca permitas que te deje. ¡Haz que me quede contigo para siempre!»

¡Oh, Dios, cuánto deseaba amarlo, apoyarse en él!

Y, si así ocurría, ¿en qué se convertiría cuando él la dejara? ¡En el nombre de Dios!, ¿cómo haría para sobrevivir?

El cambio que se produjo en Jade fue asombroso: su rostro se tornó del color del camisón blanco.

- Cielo, ¿qué te pasa? - preguntó el hombre, levantándose y acercándose a la cama.

- Nada - susurró Jade -. No pasa nada malo. Sólo tengo frío - tartamudeó.

«Y pánico», quiso agregar.

- Ven a la cama, Caine.

Necesitaba con desesperación tenerlo cerca. A las palabras, Jade sumó el gesto de apartar las mantas, pero Caine la ignoro. Se acerco al guardarropa, halló otra manta y la puso encima de Jade, arropándola.

-¿Está mejor así?

- Sí, gracias - respondió la muchacha, intentando que su voz no traicionara la decepción.

- Si no estás muy cansada, quisiera hacerte unas preguntas - dijo el hombre.

- Haz las preguntas desde la cama, Caine – propuso -. Estarás más cómodo.

Caine movió la cabeza, se sentó en la silla, y apoyó los pies sobre la cama.

- Así estará bien - afirmó, conteniendo con esfuerzo la sonrisa.

Jade lo deseaba, quizá tanto como él a ella. ¡Y por Dios, tendría que decírselo!

Jade trató de ocultar su irritación. Ese hombre era bastante terco. ¿Acaso no comprendía lo mucho que ella necesitaba que la abrazara? Tendría que haberla tomado entre los brazos, haberla besado, y después...

Exhaló un prolongado suspiro. Al parecer, Caine no comprendió lo que necesitaba cuando comenzó a hacerle preguntas sobre esos estúpidos archivos.

Jade tuvo que apelar a toda su capacidad de concentración, y necesitó mirarse las manos para que esa sonrisa arrasadora no la distrajese.

- Jade.

-¿Qué? - preguntó, sobresaltada.

- Te pregunté si leíste los archivos de nuestros Williams - dijo.

- No son nuestros Williams - replicó.

La muchacha esperó la siguiente pregunta con una sonrisa expectante. La sonrisa de Caine se ensanchó.

-¿Me responderás?

-¿Qué cosa?

- Pareces preocupada.

- No.

- ¿Con sueño, entonces?

- En absoluto.

- Entonces, responde a mi pregunta – insistió -. ¿leíste los archivos...?

- Sí - lo interrumpió -. Quieres oírlos, ¿no es cierto?

- Sí, quiero. ¿Acaso quieres hacer alguna otra, cosa?

Los pómulos de Jade se sonrojaron otra vez.

- No, claro que no. Está bien, Caine. Te lo diré...

En ese momento, los interrumpió un golpe en la puerta. Caine giró para ver a Nathan que asomaba. Al ver a Caine acomodado en la silla, el hermano de Jade frunció el entrecejo.

- Caine, ¿qué estás haciendo aquí?

- Hablando con Jade - respondió Caine -. ¿Qué quieres?

- No podía dormir - confesó el joven.

Se dirigió hasta la chimenea y se apoyó en ella. Nathan estaba descalzo y sin camisa, y Caine vio las cicatrices en la espalda del joven. No las mencionó, pero se preguntó cómo fue posible que sobreviviese a semejante castigo.

- Nathan, por si tienes frío, aquí está la bata de Caine - dijo Jade, señalando la silla vacía, al otro lado de la cama -. Si no te abrigas, pescarás un enfriamiento.

Nathan estaba de un humor complaciente: se puso la bata de Caine y se repantigó en la silla.

- Nathan, vuelve a la cama - le ordenó Caine.

- Quiero hacerle unas preguntas a mi hermana.

Nathan había dejado la puerta abierta, y por eso sir Richards no se molestó en golpear. El director estaba ataviado con una bata azul intenso que le llegaba hasta los pies descalzos. Al ver la reunión, quedó atónito.

Jade se subió las mantas hasta la barbilla y miró a Caine, para ver cómo reaccionaba ante la invasión. Parecía resignado:

- Acerque una silla, sir Richards.

- Con gusto - repuso el aludido y luego le sonrió a Jade -. No podía dormir, ¿sabe usted? , y pensé en venir a verla y...

- Si estaba despierta, le haría preguntas - adivinó Caine.

- Esto no es muy correcto - dijo Richards, mientras arrastraba una silla hasta la cama.

Pero rió entre dientes, indicando que no le importaba en absoluto.

- Nathan - añadió luego -. Por favor, ¿quieres ir a buscar a Lyon? Él también debe de tener algunas preguntas para hacer.

- Tal vez esté durmiendo - dijo Jade.

- Lo oí pasearse por el cuarto vecino al mío. Querida mía, ese Tribunal nos tiene a todos desasosegados. Hay mucho que asimilar.

Nathan regresó con Lyon. De pronto, Jade se sintió ridícula: a fin de cuentas, estaba en la cama, y sólo tenía puesto el camisón.

-¿Por qué no vamos todos a la biblioteca a conversar de esto? – propuso -. Yo me vestiré y...

- Así estamos bien - afirmó Caine -. Lyon, Jade nos dirá sobre los archivos de los William.

- Caine, ¿tengo que repetirlos palabra por palabra? - preguntó la muchacha -. Llevaría días enteros.

- Comience sólo con los hechos más importantes - indicó Richards-. Mañana Lyon y yo volveremos a Londres y ahí leeremos los archivos del principio al fin.

Jade se encogió de hombros.

- En ese caso, comenzaré por Terrace – afirmó -. El difunto.

- Sí, el difunto - concordó Lyon.

Se apoyó contra la repisa de la chimenea y le sonrió para darle ánimos.

Jade se apoyó contra las almohadas y comenzó el recitado.

Lyon y Richards estaban impresionados.

Cuando superaron la sorpresa inicial, se turnaban para interrumpirla, en busca de detalles acerca de ciertas misiones en las que William Terrace participó.

Cuando terminó con ese archivo, eran las dos de la madrugada. Estaba tan exhausta que no podía dejar de bostezar.

- Es hora de que nos vayamos a nuestras respectivas camas - anunció sir Richards-. Mañana comenzaremos otra vez.

El director salía tras Lyon y Nathan, cuando Jade lo llamó:

- Sir Richards, ¿y si el William que busca no es ninguno de los tres que están registrados?

Richards se volvió hacia ella.

- Es sólo un comienzo, querida mía - le explicó -. Luego comenzaremos a cotejarlos, a leer todos y cada uno de los archivos que conservaron los jefes de cada departamento. Claro que llevará tiempo, pero indagaremos hasta llegar al fondo de la cuestión.

-¿No existe la posibilidad de que estén muertos? - preguntó Jade.

Parecía tan esperanzada que a Richards le dolió decepcionarla.

- Me temo que no – dijo -. Alguien quiere esas cartas, querida. Al menos uno de los dos miembros del Tribunal que quedan está bien vivo.

Jade se sintió aliviada al quedar otra vez a solas con Caine. Estaba agotada, y también preocupada, y lo único que quería era que la tomara en los brazos y la estrechara fuerte. Apartó las mantas y palmeó la sábana.

- Buenas noches, Jade - dijo Caine.

Se acercó a la cama y le dio un horrible beso, muy casto, apagó las velas y se encaminó hacia la puerta.

- Dulces sueños, mi cielo.

La puerta se cerró, y Jade comprobó, atónita, que se había ido.

Ya no la quería más. El pensamiento era tan odioso, que lo desechó.

«Lo que sucede es que aún está enfadado conmigo porque tuvo que salir otra vez a buscarme –se dijo -. Y él también está muy fatigado», agregó para sí, con un gesto de afirmación. Había sido un día largo y agotador.

¡Maldición, se suponía que podía confiar en ese hombre!

No tuvo sueños agradables. Se ahogaba en medio de la negrura, sentía a los monstruos que la rodeaban, mientras caía más y más hacia el fondo…

La despertaron sus propios sollozos. De manera instintiva, se volvió hacia Caine, sabiendo que él aliviaría el terror.

No estaba. Cuando llegó a esa conclusión, ya estaba del todo despierta y temblaba tanto que no podía quitarse las mantas.

No podía quedarse en la cama, de modo que fue hasta la ventana y contempló la noche sin estrellas, mientras sopesaba su lúgubre situación.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, afligida y acongojada, hasta que por fin se rindió: tendría que ir hacia él.

Caine se despertó en cuanto se abrió la puerta y, como estaba oscuro, no tuvo que disimular la sonrisa.

- No sé bailar, Caine - anunció la muchacha.

Tras semejante afirmación, cerró la puerta de golpe y se acercó al costado de la cama donde estaba Caine.

- Es conveniente que lo sepas desde ahora. Tampoco sé hacer labores de aguja.

El hombre estaba acostado de espaldas, con los ojos cerrados. Jade lo contempló largo rato y luego presionó en el hombro:

-¿Y bien? - preguntó.

La respuesta de Caine consistió en apartar las mantas. Jade se quitó el camisón y se dejó caer en la cama, junto al hombre que, al instante, la rodeó con los brazos.

Los temblores desaparecieron. Se sentía segura otra vez. Jade se durmió esperando la respuesta de Caine.

La despertó poco después del alba para hacerle el amor, y, cuando quedaron satisfechos, Jade tenía demasiado sueño para conversar. Se quedó dormida escuchándolo decir cuánto la amaba.

La vez siguiente que despertó, era casi mediodía. El que la sacudía era Caine, completamente vestido, y le pedía con dulzura que abriese los ojos y se levantara.

Jade se negó a abrir los ojos y trató de apartar las mantas con los pies para que Caine volviese a la cama, pero este insistía en cubrirla hasta la barbilla. La muchacha no comprendía por qué la contrariaba así, hasta que al fin abrió los ojos y vio a Sterns, junto a los pies de la cama.

Entonces fue la muchacha la que procuró cubrir su desnudez, sintiendo que el rostro se le ponía encarnado. Habría sido inútil disimular la incomodidad por medio de alardes.

- Oh, Sterns, está avergonzado de mí, ¿no es cierto?

Su voz fue un gemido pero Sterns se apresuró a mover la cabeza.

- Por supuesto que no, milady – afirmó - .Estoy seguro de que mi patrón la arrastró a la cama de él - agregó, enfatizando sus palabras con un gesto en dirección del aludido.

-¿Del pelo, Sterns? - preguntó Caine, en tono seco.

- Tratándose de usted, milord, no lo descartaría.

- Eso hizo - confirmó Jade, resuelta a que toda la culpa recayese sobre Caine -. No debe decírselo a nadie - agregó.

Sterns le dirigió una sonrisa amable.

- Me temo que no queda nadie a quien decírselo.

-¿Eso significa que sir Richards y Lyon ya lo saben?

Stems asintió, y Jade dirigió a Caine una mirada exasperada.

- Tú se lo dijiste, ¿no? ¿Por qué no lo publicas también en los periódicos?

- No se los dije - replicó Caine, con evidente irritación -. No cerraste la puerta cuando... – Se interrumpió, miró a Stems, y dijo -: Cuando yo te arrastré aquí. Al bajar las escaleras, ellos vieron tu cama vacía.

Jade quiso esconderse bajo las mantas el resto del día.

- Jade, ¿por qué mi platería está debajo de la cama?

- Pregúntale a Sterns: él la puso allí.

- Me pareció un sitio apropiado, milord - afirmó el mayordomo -. Uno de sus huéspedes, el grandote del diente de oro, evidentemente se encariñó con su platería, y cuando yo le expliqué lo que significaban para usted, milady sugirió que buscase un lugar seguro para las piezas.

Jade pensó que le daría las gracias por salvarle los tesoros, pero en cambio él rió.

- Jade, en cuanto te hayas vestido, baja. Richards quiere volver a interrogarte.

Stems no salió del cuarto junto con el patrón.

- La duquesa mandó varios vestidos que eran de una de sus hijas. Creo que su talla será similar a la de usted, milady.

-¿Por qué...?

- Yo le pedí, los vestidos - afirmó Sterns-. Cuando desempaqué sus cosas, no pude menos que advertir que sólo había dos vestidos.

Jade pareció dispuesta a protestar, pero Sterns no le dio tiempo.

- Están colgados en el guardarropa. La cocinera será su doncella. Iré a buscarla de inmedia to.

Sería en vano discutir con el mayordomo, pues se había convertido de criado en jefe. También eligió el vestido que Jade se pondría: uno de color marfil, con puños de encaje bordado. Tenía un aspecto tan elegante, que Jade no pudo resistirse.

También había ropa interior, aunque Sterns no la mencionó, sino que se limitó a dejar las prendas de seda a los pies de la cama, junto con medias delgadas como el aire y zapatos haciendo juego con el color del vestido.

Quince minutos más tarde, Jade estaba aseada y vestida con esa ropa tan elegante. Se sentó en una silla de respaldo recto, mientras la cocinera le arreglaba el cabello. La mujer era alta y rotunda y se había cortado el cabello entrecano en rizos cortos. Atacó el cabello de Jade como si fuese una costilla. Pero Jade hubiese preferido soportar esos tirones el resto del día antes que enfrentarse otra vez a Lyon ya sir Richards.

Pero no podía evitar el encuentro.

- Está usted hecha un cuadro –le aseguró la criada cuando terminó de peinarla.

Le alcanzó un espejo a Jade:

- No es más que una trenza, pero esos pequeños rizos a los costados del rostro, le suavizan la expresión. Podría haberlo sujetado en lo alto, milady, pero temí que el peso la aplastase a usted.

- Muchas gracias - dijo Jade -. Hizo un trabajo espléndido.

La cocinera aceptó el elogio y luego volvió a la planta baja. Jade ya no podía demorar el encuentro, pues Caine vendría a buscarla si se quedaba encerrada en

el dormitorio. Cuando abrió la puerta, la sorprendió e indignó encontrarse con que había dos guardias apostados en la puerta. Al verla, los dos parecieron un tanto aturdidos. Uno de ellos balbuceó que la encontraba hermosa, y el otro, que parecía una reina.

Los dos la siguieron escaleras abajo. Las puertas del comedor estaban cerradas, y el más corpulento de los hombres se apresuró a abrirlas para que Jade pasara. La joven le agradeció su amabilidad y, enderezando los hombros, entró.

Todos estaban sentados ante la mesa larga, incluido Sterns. y todos, incluido ese mayordomo sinvergüenza, la contemplaban.

Todos, salvo Colin, se pusieron de pie cuando entró Jade, que no apartó la vista de Caine. Cuando este apartó la silla que tenía junto a él, la muchacha se encaminó con pasos lentos hacia el hombre.

Caine se inclinó y la besó en la frente. Nathan fue el que rompió el incómodo silencio.

- Caine, quítale las manos de encima.

- Mis manos no están encima de ella sino mi boca, Nathan - dijo Caine, marcando las palabras.

Besó otra vez a Jade, sólo para provocar al hermano, y Jade se sentó, exhalando un suspiro.

Mientras los demás hombres continuaban la discusión, Stems se ocupó de que sirvieran el desayuno a Jade. Sir Richards estaba sentado a un extremo de la mesa, y Caine al otro. Cuando retiraron el plato de Jade, sir Richards pidió la atención de todos, y la joven comprendió que habían estado esperándola.

- Querida mía, hemos decidido que debe usted venir a Londres con nosotros - afirmó sir Richards -. Mantendremos una seguridad estricta - añadió, lanzando una mirada en dirección a Caine.

A continuación, Richards tomó pluma y tinta.

- Me gustaría tomar notas mientras la interrogo - dijo.

- Sir, ¿por qué tengo que ir a Londres? - preguntó Jade.

- Bueno, necesitamos entrar en el cuarto de los archivos. Si pido las llaves durante las horas de trabajo, quedará registrado mi nombre en el libro de entradas.

- Quieren entrar de noche - explicó Colin -. Sin llaves.

- Usted dijo que, en una ocasión, entró en el edificio y leyó los archivos - le recordó sir Richards.

- Tres veces - rectificó Jade.

El semblante de Sir Richards se crispó, como si fuese a llorar.

-¿Eso significa, acaso, que nuestra seguridad es tan endeble? - le preguntó a Lyon.

- Al parecer.

-¡Oh, no! - dijo Jade -. La seguridad es muy eficaz.

- ¿Y, entonces, cómo...?

Caine respondió:

- Es muy buena, Richards.

El cumplido hizo ruborizar a Jade.

- Sir Richards, entiendo que necesita discreción. No quiero que el Tribunal sepa lo que está buscando, pero creo que ya deben de saberlo. Mandaron hombres aquí, y sin duda habrán visto que usted y Lyon llegaban y habrán informado...

- De los que mandó el Tribunal, ninguno regresó para informar a nadie - aclaró Lyon.

- Pero, ¿cómo...?

- Caine se encargó de ellos.

La afirmación de Lyon hizo que los ojos de Jade se dilataran. Parecía muy seguro. Jade se volvió hacia Caine.

-¿Cómo te encargaste de ellos?

Caine movió la cabeza, para advertir a Lyon que no diese explicaciones.

- No es necesario que lo sepas, Jade.

- No los mataste, ¿verdad?

Lo dijo en un susurro asustado.

- No.

Jade hizo un gesto afirmativo, y se volvió otra vez hacia Lyon. Advirtió que tenía una expresión irritada, pero hizo caso omiso.

- No los mató – afirmó -. Caine ya no hace esa clase de cosas, está retirado.

Quería el asentimiento de Lyon, y éste se lo dio. Al ver la sonrisa de Jade comprendió que había acertado.

- Jade - dijo Colin, llamándole la atención -. Cuando llegues a Londres, puedes quedarte en casa de Cristina y Lyon. Y Caine, desde luego, se quedará en su propia residencia.

- No - lo interrumpió Caine -. Se quedará conmigo.

- Piensa en el escándalo - le dijo Colin.

- Ya casi estamos en verano, Colin –replicó Caine -. La mayor parte de la sociedad no está en la ciudad.

- Sólo hace falta un testigo - musitó Colin.

- Dije que no, Colin. Se quedará conmigo.

La dureza del tono indicó al hermano que no siguiera discutiéndole. Colin suspiró y, con renuencia, asintió. Jade no estaba segura de haber entendido.

-¿Qué quisiste decir con eso de un solo testigo?

Colin se lo explicó y, cuando terminó, Jade estaba apabullada por el daño que podría causar un chismoso mal intencionado. Sterns, sentado cerca de ella, le palmeó la mano y dijo:

- Contemple el lado bueno, milady. Milord ya no tendría que publicarlo en los periódicos.

Jade le lanzó una mirada airada, pero Sterns no se dejó intimidar. Le oprimió la mano:

- No se aflija, querida señorita. Todo está arreglado.

Aunque Jade no sabía a qué se refería, la sonrisa del anciano le indicó que algo se traía entre manos. Pero Sterns la distrajo señalando con arrogancia su propia taza de té vacía. De inmediato, Jade fue a buscar una provisión nueva.

En cuanto salió del cuarto, Sterns dijo a Caine:

- Los invitados de usted llegarán en media hora.

-¿Invitados? No podemos recibir a ningún huésped - vociferó Colin.

Nathan asintió.

- Claro que no podemos. Caine, ¿acaso estás loco para invitar…?

Caine miró a Sterns:

- Yo no invité a nadie - dijo, con un atisbo de sonrisa -. Sterns, ¿por qué no nos dices quiénes son esos invitados?

Todos miraban al anciano con expectación.

- Me tomé la libertad de invitar a sus padres, al tío de Jade y su cohorte, ya un invitado adicional.

-¿Para qué diablos? - preguntó Nathan.

Sterns giró hacia él y respondió, sonriendo:

- Para la ceremonia, por supuesto.

Todos se volvieron hacia Caine, pero la expresión de este no les aclaró nada.

-¿Y la licencia, Sterns? - preguntó Caine, en tono indiferente.

- Está preparada, desde el día siguiente en que usted firmó la solicitud - informó Sterns.

- Caine, ¿este hombre no es tu mayordomo?- preguntó sir Richards.

Caine no tuvo tiempo de responder, pues Nathan exclamó:

- Ella discutirá ferozmente.

Colin estuvo de acuerdo.

- Creo que Jade aún no está en condiciones de aceptar su futuro.

- La persuadiré - dijo Caine.

Se reclinó en la silla y sonrió al mayordomo:

- Hiciste las cosas bien, Stems: te felicito.

- Claro que hice las cosas bien –afirmó Stems -. Me ocupé de todo - se jactó.

-¿Ah, sí? - dijo Nathan -. Entonces dinos cómo se las arreglará Caine para convencer a Jade.

En respuesta, Sterns sacó la pistola vacía que tenía oculta en la cintura y la dejó caer en medio de la mesa. Todos vieron la pistola, hasta que Stems rompió el silencio y se dirigió a Richards:

- Si no me equivoco, lo escuché a usted sugerir que se apuntara la pistola hacia la espalda de lady Jade, ¿no es así?

Las carcajadas fueron ensordecedoras. Jade, de pie en la puerta con la tetera en las manos, esperó que los hombres se calmaran.

Sirvió el té a Stems, apoyó la tetera a un lado y volvió a sentarse. Vio la pistola en el centro de la mesa, pero, al preguntar qué hacía allí no logró ninguna respuesta coherente, pues todos los presentes comenzaron a reír nuevamente.

Nadie dio explicaciones, y Jade llegó a la conclusión de que alguno de ellos habría contado una broma sucia y les daba vergüenza compartirla con ella.

Jade estaba dispuesta a reincorporarse a los planes, pero Caine la sorprendió sugiriéndole que volviese al dormitorio.

-¿Por qué? – preguntó -. Pensé que íbamos…

- Tienes que empacar tus cosas - dijo Caine.

Jade asintió.

- Quieren seguir contándose bromas sucias - afirmó, antes de marcharse.

Todos ellos le sonrieron como ladrones que contemplaran el botín, y Jade no supo qué pensar. Los dos guardias la esperaban en el vestibulo, la ayudaron a cargar los vestidos que Stems había colocado en el guardarropa de Caine en su propia habitación y luego esperaron fuera mientras ella hacía las maletas.

Cuando terminó, se sentó junto a la ventana y comenzó a leer el libro que, dos noches antes, había leído sólo hasta la mitad. .

Poco tiempo después, se oyó una tímida llamada a la puerta. Jade cerró el libro y se puso de pie, en el mismo instante en que Black Harry entraba en el cuarto.

Fue evidente que Jade quedó atónita al verlo. El tío llevaba una docena de rosas blancas de tallo largo.

- Son para ti, chica - le aseguró, arrojándole el ramo en los brazos.

- Gracias, tío. Pero ¿qué haces aquí? Pensé que me esperarías en la cabaña.

Harry le dio un beso en la coronilla.

- Te ves bien, Pagan - musitó, sin hacer el menor caso de sus palabras -. En este día especial, Caine tendría que usar mis ropas.

-¿Por qué Caine tendría que usar tus ropas?- preguntó la muchacha, muy confundida.

Nunca había visto al tío tan nervioso ni tan preocupado.

- Porque mi camisa es del mismo color que tu hermoso vestido - le explicó Harry.

- Pero ¿qué tiene que ver...?

- A su debido tiempo, te lo diré –balbuceó Harry.

La estrechó contra sí, aplastando las flores sin querer, y luego retrocedió.

- Caine me pidió casarse contigo, chica.

Tras la afirmación, por las dudas, Harry retrocedió otro paso esperando la explosión, pero todo lo que hubo fue un delicado encogimiento de hombros. Sin embargo, advirtió que apretaba las flores con fuerza excesiva.

- Cuidado con las espinas, chica - le advirtió.

-¿Qué le dijiste, tío?

- Me lo pidió como se debe - se apresuró a afirmar Harry-. Podría haberlo hecho hincarse sobre una rodilla - agregó, con un gesto afirmativo -.Y él respondió que, si hacía falta para que yo lo aceptara, lo haría. Lo dijo en voz alta y clara, ante todos mis hombres; sí, lo dijo.

- Pero ¿qué le dijiste? - insistió Jade.

- Le dije que sí.

En prevención, Harry retrocedió un poco más. Jade volvió a encogerse de hombros, caminó hasta la cama y se sentó, poniendo el ramo de rosas sobre la manta, junto a ella.

- Chica, ¿por qué no te enfadas? –preguntó Harry.

Se frotó el mentón y la observó.

- Caine dijo que tal vez te resistieras. ¿No estás enfadada?

- No.

- Entonces ¿de qué se trata? - preguntó.

Se tomó las manos a la espalda, y trató de adivinar las razones:

- Quieres a ese hombre, ¿es eso?

- Lo quiero.

-¿Y entonces? - la instó el tío.

- Tengo miedo, tío.

Lo dijo en un susurro casi inaudible. Y, si bien Harry la oyó, la confesión lo dejó tan estupefacto que no supo qué decir:

-¡No me digas!

- Sí.

Harry movió la cabeza.

- Hasta ahora, nunca habías tenido miedo de nada.

La voz del hombre era ronca y cariñosa. Fue hasta la cama, se sentó junto a la sobrina, encima de las flores, y le rodeó los hombros con torpeza.

-¿Qué es lo diferente ahora?

«¡Oh, sí! - quiso gritar la muchacha -. Antes tuve miedo muchas veces... tantas veces que perdí la cuenta.» Claro que no podía decírselo, pues, si lo hacía, el tío creería que le había fallado.

- Es diferente, porque tendré que retirarme del trabajo - dijo, en cambio.

- Sabes que ya es el momento, pues hasta yo me retiré - repuso el tío -. Aunque lo disimulé ante mis hombres, bueno, ya no veo tan bien como antes. Les fastidiaría seguir a un pirata ciego.

-¿Y a quién seguirán?

- A Nathan.

-¿A Nathan?

- Quiere el *Emerald*. Después de todo, pertenecía a vuestro padre, y él tiene que ocuparse de ese pequeño asunto personal. Será un pirata magnífico, chica. Aprendió a ser realmente malvado.

- Sí, será un gran pirata – admitió -. Pero, tío. Harry, yo no soy la clase de mujer que Caine quiere.

- Eres la mujer que él quiere.

- Cometeré tantos errores... - murmuró.

Estaba a punto de llorar, pero, para no afligir al tío, se contuvo con valentía.

- No sé hacer todas las cosas que hace una buena esposa. No soy hábil con la aguja, Harry.

- Sí, es cierto - admitió Harry con aire lúgubre, recordando la ocasión en que Jade intentó remendar una media y la cosió al vestido que llevaba.

- No sé bailar - agregó.

Al confesarlo, adoptó un aire tan abatido que Harry le rodeó los hombros con los brazos y la abrazó.

- Todas las damas elegantes de sociedad saben bailar - concluyó, con un lamento.

- Aprenderás - sentenció Harry-. Si quieres aprender.

- Oh, sí - afirmó apresuradamente la muchacha -. Siempre quise...

En ese momento, el tono de Jade era nostálgico, y Harry no pudo imaginar qué pensaba.

-¿Qué? – preguntó -. ¿Qué es lo que siempre quisiste?

- Pertenecer.

Por la expresión de Harry era evidente que no entendía.

-¿Ahora piensas que hubieses querido que yo te entregase a lady Briars? Te habría aceptado, chica. ¡Peleó bastante conmigo! Por ese motivo nos escabullimos muy sigilosamente, en cuanto finalizó el funeral de tu padre. Yo imaginé que volvería con las autoridades y trataría de arrebatarte a mí. No olvides que yo no era tu tutor legal. No obstante, tu papá quería que te sacara de Inglaterra.

- Cumpliste la palabra que le diste a mi padre - comentó la joven -. Fuiste muy honrado.

-¿Eso significa que hubieses preferido que no fuera tan honrado?

Jade negó con la cabeza. Por primera vez, en todo el tiempo que estuvieron juntos, percibió la vulnerabilidad de Harry.

- No imagino mi vida sin ti, Harry. Nunca habría deseado que las cosas fuesen diferentes. Me quisiste como si yo fuese tu propia hija.

Harry dejó caer el brazo al costado y adoptó un aire derrotado. Jade le pasó el brazo por los hombros, intentando consolarlo.

- Tío, si bien lady Briars me habría enseñado todas las reglas, nunca me habría querido como tú. Además, tú me enseñaste reglas mucho más importantes: me enseñaste a sobrevivir.

De inmediato, Harry se pavoneó:

- Así es - dijo, sonriendo -. Pero tú tenías la fibra: en toda mi vida nunca vi a un ladrón de nacimiento, ni a un mentiroso tan genuino. Estoy muy orgulloso de ti, chica.

- Gracias, tío - respondió Jade, sonrojándose por el cumplido.

Harry no solía brindar cumplidos falsos, y la muchacha sabía que era sincero. Pero, al volver al comentario inicial de Jade, la expresión del viejo se tomó amarga.

-¿Y aun así, no sentías que pertenecieras a una familia? Dijiste que querías pertenecer, chica.

- Me refería a ser una buena esposa – mintió -. Eso fue lo que quise decir.

- No hablaste con claridad, muchacha - afirmó Harry, aliviado -. En lo que a mí se refiere, yo siempre quise ser abuelo.

Jade comenzó a ruborizarse.

- Tampoco sé cómo tener hijos - gimió.

La intención de Harry fue darle ánimos, y comprendió que había tocado el tema equivocado.

-¡Ninguna mujer lo sabe, hasta que llega el momento, chica! Dime una cosa: ¿amas a Caine? Él afirma que sí.

La muchacha eludió la pregunta.

-¿Y si se cansa de mí? Si eso ocurre, me dejará, Harry – murmuró -. Sé que lo hará.

- No lo hará.

- Necesita tiempo para comprender... –Se interrumpió en mitad de la oración -. Eso es, Harry. Si el noviazgo es lo bastante prolongado, Caine comprenderá que cometió un error. – Sonrió -. Y en ese lapso, en caso de que no se haya equivocado, yo podría aprender todo lo que se me exigirá. Sí, tío, eso es. Caine trata de hacer lo correcto, pues es un hombre honrado...

- Vamos, chica - la interrumpió Harry-. Ese plan tuyo de un noviazgo largo...

- ¡Oh, Harry, es la única solución! - lo interrumpió la muchacha, a su vez -. Insisto: tiene que ser un año. Apuesto a que aceptará de inmediato.

Estaba tan encantada con su propia decisión, que salió corriendo del cuarto. Harry se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz, agarró el ramo, lo metió debajo del brazo, y salió tras la sobrina.

- Espera - le gritó.

- Tengo que hablar con Caine enseguida –le contestó Jade, sobre el hombro -. Estoy segura de que aceptará.

Cuando Harry llegó al descansillo, la joven ya había llegado al vestíbulo.

- Están en el salón - le gritó Harry, mientras bajaba torpemente la escalera.

Jade se detuvo bruscamente al abrir las puertas y ver la gente ahí reunida. Harry la alcanzó y la obligó a apoyar la mano en su brazo.

- Haremos esto como corresponde, chica –le susurró.

-¿Por qué está aquí toda esta gente? - preguntó Jade.

Observó al grupo, y reconoció a todos, menos al hombre calvo que estaba de pie, cerca de las puertas ventanas. Sostenía un libro, y estaba muy enfrascado en una conversación con los duques de Williamshire.

Caine, sentado junto al hogar, hablaba con Lyon. Debió de percibir la presencia de Jade, pues de pronto se volvió, en mitad de una frase, y la miró.

Tenía expresión solemne.

El semblante confundido de Jade le reveló que la muchacha no entendía bien lo que estaba sucediendo, y Caine se preparó para la tormenta que sobrevendría; acercándose a Jade, la enfrentó.

- No tuve tiempo de terminar de explicarle - dijo Harry.

- Ya veo - dijo Caine -. Jade, cielo, vamos a...

- Yo se lo diré - insistió Harry.

Apoyó la mano de Jade sobre su brazo de tal modo que no pudiese clavarle las uñas, y dijo:

- No habrá un año de noviazgo, chica.

La muchacha siguió contemplándolo con expresión angelical, y Harry le oprimió la mano con fuerza:

- Pero sí habrá una boda.

Al ver que los ojos de Jade se tomaban del color de las esmeraldas, Harry adivinó que comenzaba a entender. Intentó retirar su mano, pero el tío la sujetó.

-¿Cuándo es esa boda? - preguntó la joven, en un susurro bronco.

Antes de responder, Harry hizo una mueca:

- Ahora.

Jade abrió la boca para gritar que no, pero Caine se le acercó y se interpuso entre ella y los demás presentes.

- Jade, podemos hacerlo por las buenas o por las malas: tú decides.

Jade cerró la boca y lo miró, furiosa. Caine percibió que estaba muy asustada, casi aterrada. En realidad, temblaba.

- Por las buenas, consiste en que camines hasta donde está el ministro y pronuncies tus votos.

-¿Y por las malas? - preguntó Jade.

- Yo te arrastro del pelo - le dijo Caine.

Al decirlo, procuró acompañar sus palabras con expresión resuelta, que no dejara dudas de que pensaba cumplir.

- De cualquiera de las dos maneras, yo gano, nos casaremos.

- Caine…

El temor que vibraba en su voz, oprimió el corazón del hombre.

- Decide -la instó, con voz dura -. ¿Por las buenas o por las malas?

- No dejaré que me abandones - susurró Jade -. ¡No lo permitiré! Yo te abandonaré primero.

- Chica, ¿qué es lo que balbuceas? –preguntó Harry.

- Jade, ¿cuál eliges? - insistió Caine, sin hacer caso de la protesta de la muchacha ni de la intervención de Harry.

Jade dejó caer los hombros:

- Por las buenas.

Caine asintió.

- Yo caminaré con ella hasta el pastor - anunció Harry-. Nathan – llamó -. Tú ve detrás.

- En un minuto - ordenó Caine.

Mientras Jade temblaba de pánico y Harry le lanzaba a la duquesa miradas francamente lascivas, Caine se acercó a hablar con el ministro. Al terminar, le entregó una hoja de papel.

Por fin, todo estuvo dispuesto. Colin estaba de pie junto al hermano, apoyado en el brazo de Caine. Jade, al lado de Caine, y Harry tenía que sostenerla.

En primer lugar, Jade pronunció sus votos, en una ruptura de la tradición que impuso Caine. Mientras los repetía, Caine no apartaba la mirada de la novia, pero dejó que Jade mantuviese la vista baja hasta que llegó al final de la letanía. Luego le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo.

¡Tenía una expresión tan temerosa, tan vulnerable…! Los ojos le brillaban de lágrimas. ¡Cuánto la amaba! Ansiaba darle el mundo, pero antes tendría que ganarse la confianza de la muchacha.

El pastor cerró el libro, desplegó el papel que tenía en la mano y comenzó a leer:

-¿Prometes permanecer junto a tu esposa mientras dure tu vida? ¿Das tu palabra, ante Dios y estos testigos, de que nunca la abandonarás, hasta que la muerte os separe?

A medida que el ministro hablaba, los ojos de Jade se dilataban de asombro. Se volvió y vio el papel que sostenía el pastor.

- Lo prometo - murmuró Caine, cuando Jade se volvió otra vez hacia él -. Y ahora, lo último - le indicó Caine al ministro.

- Esto es muy irregular - murmuró el hombre, y dijo, dirigiéndose a Jade -: ¿Y tú, prometes decirle a tu esposo que lo amas, antes de que este día termine?

La sonrisa de la muchacha fue radiante.

- Lo prometo.

- Puede besar a la novia - dijo el ministro.

Caine obedeció, gustoso, y, cuando alzó la cabeza, dijo:

- Ahora eres mía.

La atrajo a los brazos y la estrechó con fuerza.

- Nunca cometo dos veces el mismo error, cielo - murmuró.

- No entiendo, Caine - replicó Jade.

Todavía estaba a punto de llorar y se esforzaba por mantener la compostura.

-¿Por qué no hiciste que el ministro me hiciera prometer que no te abandone? ¿No crees que sea capaz de honrar mis votos?

- Yo sé que, una vez que des tu palabra, no la quebrarás - le respondió el hombre -. Pero tienes que darla por tu propia voluntad. Cuando estés dispuesta, me la darás.

No tuvo más tiempo para hablarle, pues comenzaron a acercarse los presentes, a felicitarlos.

En un rincón, con sus hombres, Harry se enjugaba los ojos con la punta del cinturón. La madre de Caine parecía feliz de tener a Jade en la familia. Desde luego, ignoraba que su flamante nuera era una vulgar ladrona, pensó Jade.

-¿Tu tío te visitará a menudo? –preguntó Gweneth, tras echar una rápida mirada a Harry.

- Vive lejos de Inglaterra - le dijo Jade -. Es probable que sólo venga una vez al año.

Caine oyó la última parte de la explicación de Jade, vio el alivio inmediato en el semblante de la madre y rompió a reír.

- Tu tío pone a mi madre un poco nerviosa - dijo.

- Oh, no es necesario - repuso Jade -. Harry es realmente un hombre bondadoso. Quizá si lo conociera un poco mejor…

La propuesta apabulló a la madre de Caine, y Jade no supo qué pensar.

- Hace un rato, esa fue, precisamente, la idea de Harry - le explicó Caine -. Quería conocer mucho mejor a mi madre.

Como Jade no había presenciado el momento en que Harry arrastraba a la duquesa por la puerta principal, no entendía por qué la mujer parecía tan horrorizada. Y tampoco entendió por qué Caine se divertía tanto.

- Vamos, hijo, este no es momento…

- Lo llamó hijo - balbuceó Jade-. Y tú le dijiste «madre», ¿no es así?

- Es mi hijo - afirmó Gweneth-. ¿De qué otro modo podría llamarlo, querida? Me dio permiso.

Jade estaba tan contenta que no podía dejar de sonreír.

- Oh, yo había entendido mal. Creí que él sólo le decía «señora», y que usted nunca le decía hijo. Yo quería que formara parte… sí, me equivoqué.

Ni Caine ni la madre la corrigieron y se sonrieron uno al otro.

-¿Dónde está Henry? - preguntó de pronto Gweneth-. Harry se acerca hacia aquí.

La duquesa se alzó las faldas y fue corriendo hacia el sitio en que estaba el esposo, antes de que Caine o Jade pudiesen detenerla.

-¿Estabas preocupada de que yo no perteneciera a la familia? - susurró Caine.

Jade adoptó una expresión de incomodidad:

- Todos tendríamos que pertenecer a alguien, Caine, hasta tú.

Harry le arrojó el ramo de flores.

- Chica, estas serán las últimas rosas que Jimbo buscará para ti, de modo que disfrútalas.

Creyó que había hablado con aspereza y, para suavizarlo, le besó la frente. Luego se dirigió a Caine:

- Necesito hablar contigo acerca de los planes para el incendio del buque –dijo -. Mañana tiene que estar terminado de pintar.

- Si me disculpan, quiero hablar con Nathan - dijo Jade.

Vio que el hermano estaba solo, en la terraza.

Caine, si bien escuchaba cómo Harry delineaba el plan, no quitaba la vista de la novia. De frente al hermano, Jade habló con él largo rato, mientras Nathan asentía a menudo, con expresión seria. Pareció asombrado cuando Jade sacó una rosa del ramo y se la entregó.

El joven negó con la cabeza, la muchacha asintió.

Luego le sonrió a la hermana, aceptó la rosa y abrazó a Jade.

Por primera vez desde que Caine conociera a Nathan, lo veía como en realidad era. En ese momento, estaba con la guardia baja, y la expresión mientras abrazaba a la hermana desbordaba amor.

Caine no se inmiscuyó. Esperó a que Jade se apartara de Nathan y se acercase a él.

Harry y sus hombres miraban a Nathan, y cuando el hermano de Jade alzó la rosa en el aire resonó un estallido de alegría. Los hombres se acercaron a Nathan. Jimbo y Matthew le palmearon la espalda.

-¿De qué se trata esto? - preguntó Caine a Jade.

La rodeó con el brazo y la acercó a sí.

- Le di a Nathan un regalo de bodas - le dijo la mujer.

Los ojos de Jade chispeaban de picardía, y Caine se distrajo por el súbito deseo de besarla.

-¿Y bien? - preguntó Jade, al ver que la miraba con tanta intensidad -. ¿No quieres saber qué es?

- Una rosa - murmuró el hombre, inclinándose y dándole un beso en la frente -. Mi amor, vayamos arriba unos minutos.

La ansiedad de su voz y la expresión de su rostro quitaron el aliento a Jade.

- No podemos –susurró la muchacha -. Tenemos invitados. Y tenemos que ir a Londres - agregó, con gesto enfático.

Caine soltó un prolongado suspiro.

- Entonces deja de mirarme así.

-¿De qué modo?

- Como si tú también quisieras ir arriba.

Jade sonrió.

- Sí, quiero.

Entonces el hombre la besó como tenía ganas de hacerlo, usando la lengua en el juego erótico, y, por unos instantes, imaginó que estaban solos.

Cuando Caine volvió a alzar la cabeza, Jade estaba lánguida como una lechuga. ¡Señor, cómo le gustaba el modo en que la mujer le respondía!

Recordó la promesa que Jade había hecho ante el ministro:

- Jade, ¿no hay nada que quieras decirme?- la instó con suavidad, cuando los ojos de la muchacha se aclararon otra vez.

- Sí – murmuró -. Quiero decirte que le di a Nathan una rosa blanca.

La expresión de Jade era tan sincera que Caine supo que hablaba en serio y que tendría que esperar a que estuviesen solos para insistir en que le dijera que lo amaba. ¡Maldición, necesitaba oírselo decir!

- Caine, ¿entiendes lo que eso significa?

El hombre negó con la cabeza.

- Le di mi nombre - aclaró la joven.

Caine seguía sin entender.

- Cielo, parecerá muy estúpido respondiendo a tu nombre.

- Pagan.

-¿Qué?

Al ver que Caine estaba dispuesto a discutir, Jade asintió.

- Ahora, Nathan será Pagan. Ése fue mi regalo.

Pareció tan complacida que Caine se sintió culpable por discutirle.

- Jade, Pagan tiene que morir, ¿recuerdas?

- Sólo por un tiempo - replicó la joven -. Los hombres tienen un nuevo jefe, Caine, y Nathan quiere el *Emerald*. Tiene un asunto de qué ocuparse.

-¿Qué asunto?

- Tiene que ir a buscar a su novia.

Por fin, Caine reaccionó. Quedó atónito.

-¿Nathan está casado?

- Desde que tenía catorce años –respondió Jade -. Por orden del rey.

-¿Dónde está la esposa?

Encantada con la perplejidad del esposo, Jade rió:

- Ése es el asunto del que tiene que ocuparse, Caine.

El hombre comenzó a reír.

-¿Quieres decir que Nathan perdió a la esposa?

- No exactamente: ella huyó de él. ¿Ahora puedes entender por qué está siempre de mal humor?

Caine asintió.

- Mi amor, ¿cuántos secretos más tienes aún para compartir conmigo?

No tuvo tiempo de reflexionar la respuesta, pues sir Richards los interrumpió para recordarles que era hora de partir hacia Londres.

- Jade, será mejor que te pongas la ropa de montar –le indicó Caine -. No iremos en el coche.

Jade asintió, se apresuró a despedirse y fue arriba, a cambiarse. Stems llevó abajo el bolso y se lo dio al jefe de los establos, para que lo sujetase en la trasera del caballo.

Caine estaba colocándose la chaqueta cuando Jade entró en la habitación. El hombre ya se había puesto unos pantalones ajustados del color de los ciervos y unas botas castaño oscuro. Llevaba la misma camisa blanca, pero se había quitado la corbata.

- Estoy lista -le dijo Jade desde la puerta.

- Es una forma extraña de comenzar nuestro matrimonio - musitó Caine.

- Podríamos haber esperado - repuso Jade.

Caine negó con la cabeza.

- No, no podíamos esperar.

- Caine, ¿por qué no podemos viajar en el coche?

- Tomaremos el camino de atrás, a través del bosque, comenzando en sentido opuesto y luego dando un rodeo. Tendremos que entrar en Londres a hurtadillas, cariño.

La muchacha sonrió:

- Igual que McKindry - afirmó.

Caine deslizó el cuchillo largo dentro de una de las botas, atento a lo que hacía, y preguntó:

-¿Quién es McKindry?

- El sujeto que me dio los latigazos - respondió Jade -. Caine, no olvides la pistola.

- No la olvidaré - respondió, mirándola otra vez -. ¿McKindry es el canalla que te marcó?

- Caine, no te enfades, fue hace mucho tiempo.

-¿Cuánto tiempo?

- Oh, en aquel entonces yo tenía ocho o nueve años. Harry se ocupó de McKindry. Y para mí constituyó una buena lección - agregó, al ver que la expresión del esposo se tornaba asesina.

-¿Qué lección?

- McKindry me sorprendió por detrás. Después, cada vez que Harry se iba, las últimas palabras que me decía siempre eran «Recuerda a McKindry». Era una advertencia de que tenía que estar atenta, ¿entiendes?

«¿Qué clase de infancia fue esa?», se preguntó el hombre, procurando disimular su furia.

-¿Y con cuánta frecuencia Harry te dejaba sola? - preguntó, en tono calmo.

Hasta se volvió hacia el guardarropa, para que Jade no le viese la expresión.

- Oh, todo el tiempo - respondió la muchacha -. Hasta que yo tuve edad suficiente para ayudar, claro. Desde entonces, fui con él. Caine, es conveniente que te apresures. Sir Richards debe de estar impaciente. Iré abajo.

- Ven aquí, Jade.

La expresión de Caine era solemne, y el tono, un murmullo ronco, actitudes que confundieron a Jade. Se acercó y se detuvo frente a él.

- Sí, Caine.

- Además de McKindry, quiero que recuerdes otra cosa.

-¿Qué?

- Te amo.

- Nunca podría olvidar que me amas.

Se estiró y le acarició con suavidad la mejilla con las yemas de los dedos.

Intentó besarlo, pero el hombre negó con la cabeza.

- También quiero que recuerdes algo más - murmuró. - Recuerda que me prometiste que nunca, jamás, volverías al mar.

Los ojos de Jade se dilataron.

- Pero yo no te prometí…

- Entonces promételo ahora - le exigió Caine.

- Lo prometo.

Se la veía estupefacta, ya Caine lo satisfizo esa reacción:

- Le diré a Harry que, si quiere verte, tendrá que venir a Inglaterra. No iremos a donde él está. También le diré que te obligué a prometerlo: eso no lo discutirá.

-¿Cuánto hace que lo sabes, Caine?

-¿Que le temes al agua?

Jade asintió con timidez.

- Desde que sufriste la primera pesadilla –le dijo Caine, tomándola entre los brazos -. Te preocupaba, ¿no?

- Un poco - murmuró. - No, Caine, no un poco: estaba aterrorizada. Harry no podría entenderlo.

Se produjo un tenso silencio, y luego Jade murmuró:

- Caine, ¿me consideras una cobarde por tenerle miedo al agua?

-¿Tienes que preguntármelo? Jade, ¿acaso no conoces ya la respuesta?

La muchacha sonrió.

- No, no me consideras una cobarde. Lamento haberte ofendido con semejante pregunta. Sucede que no estoy acostumbrada a admitir…

- Cariño, si hubiese pasado por el terror que tú sufriste, ni el mismo Poseidón querría volver al agua.

Jade comenzó a reír ya llorar al mismo tiempo. El alivio que sintió cuando Caine le quitó ese peso de encima fue tan inmenso que la aturdió.

- Nathan es más fuerte que yo. Él volverá al agua.

- Mi amor, Nathan no es humano, de modo que eso no cuenta - repuso Caine.

- Oh, ya lo creo que es humano. Si te cuento un secreto, ¿lo guardarás? ¿No torturarás a mi hermano con…?

- Lo prometo.

- Nathan se marea.

Caine rió.

-¡Será un estupendo pirata, pues! - dijo, marcando las palabras.

- Te amo.

Jade balbuceó la confesión, con el rostro oculto en las solapas de la chaqueta del hombre. La risa de Caine se cortó de inmediato.

-¿Dijiste algo? - preguntó, fingiendo que no la había oído.

Le hizo alzar la barbilla y la miró a los ojos.

Le llevó mucho tiempo y todo el coraje que poseía hallar otra vez las palabras.

Se le cerró la garganta, el corazón le golpeó, salvaje, dentro del pecho, y se le formó un nudo en el estómago.

Si Caine no la hubiese ayudado, no habría sido capaz de decirlo. El semblante del hombre estaba tan desbordante de amor, que hizo desvanecer parte del pánico.

- Te amo.

Caine se sintió aliviado, hasta que Jade comenzó a llorar otra vez.

-¿Tan dificil te resultó decirme que me amabas?

- Sí - murmuró la muchacha, mientras Caine la besaba para que dejara de llorar -. No estoy habituada en absoluto a revelar lo que guarda mi corazon. No me gusta nada.

Si no hubiese sido porque el aspecto de Jade era tan vulnerable, Caine se habría reído. En cambio, la besó.

- La primera vez, tampoco te gustó hacer el amor –le recordó, antes de besar otra vez esa boca tan dulce.

Cuando se separaron, los dos temblaban. Caine la habría arrastrado a la cama, si no los hubiese interrumpido el grito de sir Richards.

Suspiraron al unísono.

- Vamos, cielo. Es hora de irnos.

Se encaminó hacia la puerta, llevándola de la mano.

Lyon y Richards los esperaban en el vestíbulo. La hora de las frivolidades quedó atrás. En silencio, caminaron hacia la linde del bosque, donde Matthew y Jimbo los esperaban con los caballos.

Caine tomó la delantera. Lo seguía Jade, y Lyon le cuidaba la espalda. A la retaguardia, iba sir Richards.

Caine se mostró cauteloso hasta el fanatismo. La única ocasión en que se detuvieron para descansar, fue cuando retrocedió sobre sus pasos, para asegurarse de que no los seguían. Pero a Jade no le molestó. Al contrario, las precauciones la reconfortaban.

Cada vez que Caine se alejaba, Lyon se quedaba junto a la muchacha. Y cada vez que le dirigía la palabra, se refería a su propio archivo. Era evidente que lo afligía la posibilidad de que alguna otra persona lo hubiese leído.

Jade le sugirió que robara su propio archivo, para poder quedarse tranquilo, pero Lyon negó con la cabeza. Disimulando la sonrisa, le explicó que no sería ético. Por otra parte, podría llegar la ocasión en que alguien le preguntara sobre alguna misión. Por lo tanto, el archivo no podía ser destruido ni robado, pues la verdad constituía su protección.

Cuando llegaron a los suburbios mismos de Londres, el sol se ponía. La larga cabalgata había fatigado a Jade, y no protestó cuando Caine la tomó en el regazo. Viajó el resto del trayecto rodeada por los brazos del esposo.

Y todo el tiempo pensó que Caine era un hombre sólido, fiable, en el cual una mujer podía apoyarse.

Cuando llegaron a la casa de la ciudad, Jade estaba adormeciéndose. Caine entró el primero, mandó a dormir a los criados, y llevó a Jade a la biblioteca. En la atmósfera del cuarto aún se percibía el olor a humo, y la mayor parte de las paredes estaban ennegrecidas, pero los criados habían trabajado mucho reparando el daño. La casa. estaba en condiciones de albergarlos.

Cuando Lyon y Richards se reunieron con Jade y Caine, Richards dijo:

- Saldremos cuando oscurezca del todo.

- Sería más seguro si esperamos hasta la medianoche - dijo Jade -. Hasta esa hora, hay dos guardias.

-¿Y qué sucede a medianoche? –preguntó Richards.

- Durante el resto de la noche, queda un solo guardia. Se llama Peter Kently, y cuando toma la guardia, ya está medio ebrio. Si esperamos media hora, habrá terminado la botella y estará profundamente dormido.

Sir Richards la miró con la boca abierta.

- ¿Cómo lo sabe...?

- Sir, si uno quiere tener éxito, debe de estar preparado para cualquier eventualidad - le dijo Jade.

Mientras sir Richards blasfemaba por la falta de moral de los trabajadores del gobierno, Lyon le preguntó a Jade acerca de las cerraduras:

- La de la puerta de atrás es una obra de arte - afirmó la muchacha.

Los ojos le brillaban de alegría, pues era evidente que el tema la entusiasmaba.

-¿Una obra de arte? - preguntó Caine, sonriendo ante el entusiasmo de la joven.

- Difícil - aclaró Jade.

Sir Richards se envalentonó.

- Bueno, gracias a Dios hay algo satisfactorio.

La muchacha lo miró con simpatía:

- Difícil, sir Richards, pero no imposible. No olvide que yo entré.

Pareció tan abatido que la muchacha se apresuró a agregar:

- Me llevó mucho tiempo esa primera vez. Las cerraduras dobles son bastante engañosas.

- Pero no imposibles - intervino Lyon -. Jade, ¿cuánto tiempo te llevó esa primera vez?

- Oh, cinco... quizás hasta seis minutos.

Richards ocultó el rostro entre las manos. Jade intentó consolarlo.

- Vamos, vamos, sir Richards. No es tan terrible. ¡Si me llevó casi una hora entrar en el refugio interno, donde se guardan los archivos cerrados!

Al parecer, el director no quería que lo consolara. Jade dejó que los hombres hicieran planes y fue a la cocina en busca de algo para comer. Regresó a la biblio-

teca con un surtido de alimentos. Comieron manzanas, queso, cordero frío, pan del día anterior y cerveza negra. Jade se quitó las botas, se acurrucó y se quedó dormida.

Los hombres hablaron en voz baja sobre el Tribunal. Varias horas más tarde, cuando Jade se despertó, vio que Caine estaba releyendo las cartas que ella había copiado.

Con una concentración absoluta, tenía una expresión perpleja, y, al ver que sonreía y se reclinaba en la silla, pensó que debía haber resuelto el problema que lo preocupaba, cualquiera fuese.

- Caine, ¿llegaste a alguna conclusión? –le preguntó.

- Estoy llegando - respondió Caine, en tono alegre.

- Lo haces con lógica y método, ¿no es así?

- Es un individuo muy lógico - le dijo Jade a Lyon y a sir Richards.

A juicio de Caine, lo dijo como si lo disculpase por un defecto.

- No puede evitarlo - añadió. Por otra parte, es muy confiado.

-¿Confiado? - Lyon estalló en carcajadas -.No hablarás en serio, Jade. Caine es uno de los individuos más cínicos de Inglaterra.

- Ése es un rasgo que desarrollé estando contigo - le dijo Caine, arrastrando las palabras.

Los comentarios de Lyon asombraron a Jade, pues parecía muy convencido. Sir Richards también asentía. Jade giró, le sonrió a Caine y dijo:

- En estas circunstancias, me honra que confíes en mí.

- Tanto como tú confías en mí, cielo - le respondió el marido.

La mujer lo miró, ceñuda:

-¿Y eso qué significa? – preguntó -. ¿Es un insulto?

Caine rió. Jade se volvió hacia Lyon.

-¿Tienes idea de lo enloquecedor que es estar casada con alguien que siempre es tan lógico?

Caine respondió:

- No tengo la menor idea.

La joven prefirió cambiar de tema. Apoyó los pies en el suelo, haciendo una mueca pues el movimiento le causó dolor en el trasero. Si hubiese estado sola, habría lanzado un quejido muy poco femenino.

- No estoy acostumbrada a cabalgar tantas horas -confesó.

- Hoy lo hiciste bien - la elogió Lyon, volviéndose luego hacia Caine -. Cuando esto termine, Cristina y yo haremos una recepción para vosotros dos.

- Eso sería estupendo - comentó Caine -¿Sabes, Lyon?: Cristina y Jade son bastante parecidas.

-¿Ella también es ladrona? –preguntó Jade, sin poder contenerse, con voz desbordante de entusiasmo -. Desde el principio, nos llevamos muy bien. No me extraña...

- Lamento tener que desilusionarte, mi amor, pero Cristina no es una ladrona - dijo Caine.

Jade exhibió una expresión abatida, y Lyon rió.

- Jade, Cristina tampoco es muy lógica. Proviene de una familia poco común: podría enseñarte toda clase de cosas.

-¡Que Dios nos ampare! - exclamó Caine, que estaba muy familiarizado con la crianza poco común de lady Cristina.

La esposa de Lyon se había criado en la zona salvaje de América, con una de las tribus Dakotas.

Jade interpretó mal la reacción de Caine.

- Caine, estoy segura de que aprenderé con rapidez. Si me aplico, puedo aprender cualquier cosa que Cristina quiera enseñarme.

No le dio tiempo de discutir.

- Iré a cambiarme la ropa. Pronto tendremos que partir.

Mientras salía, Jade vio que Caine miraba ceñudo a Lyon. Rápidamente, se puso el vestido negro y llevó la capa. La capucha ocultaría su cabello, de color tan brillante bajo la luz de las lámparas.

Caminaron casi todo el trayecto hasta la Oficina de Guerra. El edificio estaba en el otro extremo de la ciudad, pero sólo cubrieron la mitad de la distancia en un coche de alquiler. Cuando llegaron al callejón detrás del edificio, Jade se puso junto a Caine. Le tomó de la mano y contempló el piso alto de la estructura de ladrillos.

- Caine, hay algo que no está bien.

-¿Qué? - le preguntó sir Richards, desde atrás -. Querida, ¿es su instinto o...?

- Hay luz en la tercera ventana, desde la derecha – explicó -. No debería haber ninguna luz.

- Quizás el guardia de la entrada...

- La entrada está del otro lado - lo interrumpió Jade -. Esa luz viene de la oficina interna. Caine se volvió hacia Lyon.

- Si hay alguien revisando los archivos, cuando se marche, lo hará por la puerta trasera.

- Cuando lo haga, déjenlo pasar - indicó sir Richards -. Yo lo seguiré.

-¿Quiere que vaya con usted? –preguntó Lyon -. Si hay más de uno...

Richards negó con la cabeza.

- Veré quién es el jefe y lo seguiré. Tú haces falta aquí. Nos encontraremos otra vez en la casa de Caine, a la hora que sea.

Se pusieron en la sombra, a buena distancia de la puerta trasera, y esperaron pacientemente. Caine rodeó los hombros de Jade con un brazo y la estrechó.

- Caine, ¿no quieres que me quede aquí, contigo? - murmuró la muchacha cuando el apretón se hizo casi doloroso.

- No, no quiero que te quedes aquí – respondió -. Jade, si adentro hay problemas...

- Lyon se ocupará de eso -lo interrumpió, antes de que pudiese terminar el pensamiento -. Si hace falta matar a alguien, ¡Dios no lo permita!, prefiero que sea Lyon el que lo haga. Está acostumbrado.

Lyon la escuchó y alzó una ceja, preguntándose si habría leído completo el archivo de Caine. De hecho, este era tan capaz como Lyon.

En cuanto la puerta trasera chirrió, cesaron los murmullos. Vieron cómo dos hombres se escabullían afuera. A la luz de la luna, Jade les vio con claridad la cara y no pudo contener una exclamación. Caine le tapó la boca con la mano.

El segundo hombre se dio la vuelta y cerró la puerta con llave. «¿Cómo habrá conseguido las llaves?», se preguntó Jade. Guardó silencio hasta que los hombres doblaron la esquina. Sir Richards fue tras ellos.

Entonces giró hacia Caine.

- La seguridad es deplorable - le murmuró Jade.

- Sí - convino el hombre -. Los reconociste, ¿verdad?

La joven asintió.

- Son los dos sujetos que destruyeron el coche de Nathan. El más grande es el que me golpeó en la cabeza.

El semblante del esposo la asustó: creyó que podría ir tras ellos en ese mismo momento.

- Caine, por favor, sé lógico ahora. No puedes perseguirlos.

Caine se irritó.

- Esperaré – dijo -. Pero cuando esto termine...

No terminó la frase, sino que la tomó de la mano y la llevó hacia la puerta. Con la herramienta especial que le había regalado Harry cuando cumplió diez años, podía abrir la cerradura en instantes. La segunda cerradura le llevó muy poco tiempo más.

Lyon entró primero, Jade lo siguió, y Caine fue a la retaguardia. La muchacha apartó a Lyon y tomó la delantera. Subieron al tercer piso por la escalera de atrás. Jade recordó el chirrido del cuarto escalón del segundo tramo de escaleras, les hizo señas de que lo evitaran, y luego sintió las manos de Lyon en la cintura. Se dio la vuelta para sonreírle, en agradecimiento.

El guarda no dormía en su puesto, tras el escritorio, en la oficina externa: estaba muerto. Jade vio el mango del cuchillo que sobresalía entre los hombros y se apresuró a retroceder. De inmediato, Caine le cubrió otra vez la boca con la mano, pues creyó que gritaría.

A través del cristal de la puerta, vieron dos sombras. Caine empujó a Jade hacia un rincón, le hizo señas de que se quedara allí, y siguió a Lyon al interior de la oficina. «Serían unos ladrones magníficos», pensó.

Pero demoraban mucho. Se quedó ahí, con la espalda apoyada contra el muro frío, retorciéndose las manos mientras aguardaba. «Si algo le pasa a Caine – pensó -, no sé qué haré... Hasta que tenga que dejarlo, claro – precisó -. Que Dios me ayude: lo necesito.» No supo que tenía los ojos cerrados, hasta que sintió la mano de Caine sobre el hombro.

- Vamos, ya estamos solos.

-¿Y los hombres que estaban ahí dentro? - murmuró Jade -. Y baja la voz, por favor. Ahora estamos trabajando.

Caine no le respondió. Jade entró tras él en la oficina interna, arrojó la capa sobre el escritorio más próximo, mientras Lyon encendía una vela más.

En ese momento, vio a los dos hombres, en un rincón, y no pudo contener una exclamación.

-¿Están muertos? - preguntó.

No podía apartar la vista de los dos cuerpos tirados uno encima de otro, y Caine se interpuso para ocultarle el espectáculo.

- No - dijo.

El alivio de la muchacha fue evidente.

- Jade, ¿acaso ninguno de tus hombres nunca tuvo que?

-¡Por cierto que no! - lo cortó -. Yo los habría deshollado. Estaba prohibido matar. Y basta de hablar tanto, Caine. Tienes que darte prisa. Si se despiertan, darán la alarma.

- No se despertarán por un buen tiempo - dijo Caine.

Acercó una silla y, con gentileza, la instó a sentarse.

- Tú descansa. Esto llevará tiempo.

-¿Descansar durante el trabajo? ¡Ni pensarlo!

Jade pareció escandalizada ante la propuesta.

- Falta el archivo de Terrance - dijo Lyon, atrayendo la atención de los dos.

Estaba inclinado sobre el cajón del archivo, con una amplia sonrisa:

- Interesante, ¿no creéis?

- Sin duda, a los que encienden las lámparas también les parecerá interesante - le espetó Jade -. Lyon, baja la voz.

- Sí, es interesante - dijo Caine en voz queda, en respuesta al comentario de Lyon.

-¿Podemos irnos ya? - preguntó Jade, echando otra mirada a los dos hombres tirados.

- Jade, ¿por qué estás tan nerviosa? - preguntó Caine -. Ya estuviste dentro de este cuarto y saliste de él varias veces -le recordó.

- En aquel momento trabajaba con profesionales.

Lyon y Caine sonrieron.

- Está preocupada por nosotros - dijo Lyon.

- No - replicó Caine -. Si fuese así, sería ofensivo...

Jade no podía creer que, en un momento como ese, estuviera provocándola.

- Claro que estoy preocupada. Vosotros dos no sois siquiera buenos aprendices. Hasta un imbécil sabría que no es momento para charlas banales. Sigamos adelante.

- Está insultándonos - dijo Lyon, entre dientes.

Comenzó a reírse, pero la expresión severa de la muchacha lo hizo cambiar de actitud.

Los hombres se pusieron serios y trabajaron con ciertos archivos varias horas. Jade no los interrumpió. Tampoco se atrevió a descansar, pues estaba resuelta a permanecer en guardia, por si aparecían intrusos.

- Muy bien, terminamos - anunció Caine, cerrando de un golpe el último archivo.

Jade se levantó y se acercó al cajón. Sacó la carpeta de manos de Caine, se dio la vuelta y la colocó en su lugar. De espaldas a los hombres, en breves instantes sacó los gruesos archivos de Caine y de Lyon.

Giró, decidida a resolver las cosas en ese mismo momento si emitían una palabra de protesta, pero la suerte estaba de su lado, pues los dos ya habían salido a la oficina exterior.

-¿No les revisaréis los bolsillos? - preguntó, señalando a los hombres desmayados.

- Ya lo hicimos - respondió Caine.

Jade envolvió los archivos en la capa. Apagó las velas y bajó las escaleras siguiendo a los hombres. Estaban solos en el edificio, y supuso que ya no necesitaban guardar silencio. Los tres se turnaron para lanzar una serie de maldiciones, y Jade notó que las de Caine eran tan pintorescas como las de Lyon.

- Nunca más os llevaré a otra misión, a ninguno de los dos. No me asombraría que las autoridades estuviesen esperándonos fuera.

Ni Caine ni Lyon hicieron caso de sus sermones y, de todos modos, Jade pronto se cansó.

Sir Richards los aguardaba en el callejón.

- A cuatro manzanas de aquí nos espera un coche de alquiler - les dijo, para luego darse la vuelta y guiarlos.

Jade tropezó cuando daban la vuelta a la esquina, y Lyon la sostuvo y la alzó en brazos. La joven pensó que podría palpar las carpetas cuando la pasara a los brazos de Caine, pero al ver que le sonreía, se daba la vuelta y ocupaba la retaguardia, comprendió que a fin de cuentas no lo había notado.

Se quedó dormida en el coche, con la capa abrazada contra el pecho. Era un gran alivio no tener que preocuparse. En tanto Caine estuviese cerca, se sentía segura, protegida. Por primera vez en mucho tiempo, no tuvo que recordar a McKindry. Caine estaría alerta por los dos. Desde luego, jamás sería un buen ladrón, pero por cierto no permitiría que los McKindry de este mundo los sorprendiesen.

Cuando se despertó, se encontró en la cama de Caine, y este intentaba quitarle la capa.

-¿Están esperándote abajo? - preguntó, con un susurro adormilado.

- Sí. Cariño, deja que te ayude a...

- Puedo desvestirme sola - dijo Jade -. ¿Me necesitas.....

Estaba a punto de preguntarle si necesitaba que fuese abajo con él, pero el esposo la interrumpió.

- Siempre te necesitaré, Jade. Te amo.

Se inclinó y la besó:

- Duérmete, cielo. Volveré en cuanto terminemos.

-No quiero necesitarte.

Se le escapó la confesión, en un tono cargado de pánico, y la sonrisa de Caine fue casi compasiva:

- Lo sé, mi amor, pero me necesitas. Ahora, duérmete.

Aun sin entender por qué, la aparente contradicción de Caine la reconfortó. Era tan seguro de sí mismo, tan confiado, que no podía menos que admirarlo por esa característica.

Jade lanzó un suspiro. En ese momento, estaba demasiado fatigada para pensar en el futuro. Escondió las carpetas, se desvistió y volvió a caer en la cama. Pensó que quizá tuviese otra vez la espantosa pesadilla y comprendió que ya no la aterraba tanto como antes.

Se durmió acariciando la promesa que le dio a Caine: nunca volvería al mar.

Caine no volvió a la cama hasta las siete de la mañana. Jade abrió los ojos el tiempo suficiente para ver cómo apartaba las mantas y se tendía junto a ella. La alzó contra su costado, el brazo rodeando estrechamente la cintura de la mujer, y, antes de que Jade pudiese acomodarse otra vez, estaba dormido como un tronco.

Jade bajó alrededor del mediodía, se presentó al personal de la casa ciudadana de Caine y fue al comedor a desayunar.

De súbito, Caine apareció en la entrada, ataviado sólo con un par de pantalones de color claro. Tenía aspecto de agotado y también enfadado y cuando le hizo señas con el dedo curvado, prefirió no discutirle.

- Ven aquí, Jade.

- Caine, ¿te levantaste del lado equivocado de la cama? - le preguntó, acercándose para hacerle frente-. ¿O siempre estás tan irritado cuando te levantas?

- Pensé que te habías ido.

La confesión le hizo abrir grandes los ojos, pero no tuvo tiempo de pensarlo mucho. Caine la levantó en brazos y la llevó otra vez arriba. Jade comprendió lo furioso que estaba cuando vio que se le contraía un músculo de la mandíbula.

- Caine, no te abandoné - murrnuró, estirando la mano para acariciarle la mejilla y sonriendo al sentir el atisbo de barba -. Esposo, necesitas afeitarte.

- Es cierto: soy tu esposo - confirmó, entre dientes.

La arrojó sobre la cama, se quitó los pantalones y se tendió junto a ella, boca abajo, con el brazo aferrado a la cintura de la esposa. Jade estaba totalmente vestida. Caine, desnudo.

Lo absurdo de la situación habría hecho reír a Jade, si no hubiese comprendido a fondo lo que el hombre acababa de afirmar. ¿Cómo se atrevía a desconfiar de ella? Se puso furiosa. También le habría dicho lo que pensaba si no estuviese tan apacible, pero no tuvo ánimo de despertarlo.

La discusión tendría que esperar hasta más tarde. Cerró los ojos, eligió un libro en su memoria y lo releyó mentalmente mientras esperaba con toda paciencia que Caine descansara cuanto necesitaba.

El hombre no se movió hasta las dos de la tarde, y entonces estaba de mucho mejor humor. Le sonrió, y Jade, en cambio, lo miró enfurruñada.

-¿Por qué no confías en mí? - le espetó.

Caine se puso de espaldas, colocó las manos tras la cabeza y lanzó un sonoro bostezo.

- Quítate la ropa, cariño – murmuró -. Luego lo discutiremos.

La mirada de Jade lo recorrió, hasta la flagrante erección, y se ruborizó.

- Caine, creo que tenemos que discutirlo ahora - tartamudeó.

El hombre la puso encima de él, la besó con pasión y le ordenó otra vez que se quitara la ropa. Por extraño que pareciera, ya no le importó obedecerlo. Era un hombre muy persuasivo. También exigente. Antes de que él derramara su simiente, Jade tuvo dos orgasmos.

Cuando al fin Caine se apartó, la mujer casi no podía moverse.

-¿Qué era lo que querías discutir?

No pudo recordarlo. Les llevó otra hora vestirse, pues se interrumpían para besarse. Sólo cuando estaban bajando la escalera, Jade recordó por qué quería regañarlo.

-¿Acaso no te lo demostré? - le preguntó Jade -. Tendrías que confiar en mi desde el fondo del corazón.

- Tú no confías en mí - replicó el esposo -.Funciona en ambos sentidos, Jade. De lo contrario, no sirve. Dejaste sentado que me abandonarías a la primera oportunidad. ¿No es así, mi amor?

Se detuvo en el último escalón y se volvió a mirarla. Los ojos de ambos estaban a la misma altura, y vio que los de la esposa estaban llenos de lágrimas.

- No quiero hablar de eso ahora - afirmó, esforzándose por mantener la compostura -. Tengo hambre, y...

- Te pone nerviosa, ¿no es cierto, esposa?

- No entiendo qué quieres decir –repuso Jade, con voz temblorosa -. ¿Cómo, nerviosa?

- En el fondo de esa mente caótica que tienes, yace la posibilidad de que yo podría dejarte –le aclaró -. Como lo hicieron Nathan y Harry. Todavía tienes miedo.

-¿Que tengo miedo, dices? - balbuceó.

Caine asintió.

- Tienes miedo de mí.

Caine estaba seguro de que le discutiría, pero lo sorprendió con un gesto afirmativo.

- Sí, me das mucho miedo – admitió -. Y puedo decirte que esa sensación no me gusta nada. Me hace sentir...

-¿Vulnerable?

Asintió otra vez, y Caine lanzó un suspiro.

- Muy bien. ¿Cuánto tiempo crees que te llevará perder el miedo?

La expresión de Caine era solemne, y la voz, suave.

-¿Cuánto tiempo hasta que te canses de mí? - preguntó la muchacha, con evidente temor.

-¿Acaso me interpretas mal adrede?

- No.

- Entonces, en respuesta a tu absurda pregunta: nunca me cansaré de ti. Y ahora dime cuánto tiempo te llevará confiar en mí - repitió.

La voz ya no era suave, sino tan dura y resuelta como la expresión.

- Te dije que te amo - murmuró la mujer.

- Sí, lo dijiste.

- Ofrecí mis votos ante ti y ante Dios.

El tono de Jade había subido una octava, y el pánico y la inseguridad eran perceptibles.

- Bueno, ¿qué más quieres de mí?

Lo dijo gritando y retorciéndose las manos, y Caine comprendió que todavía no estaba lista para rendirse por completo. Se sintió un ogro por intimidarla.

- Jade...

- Caine, no quiero dejarte – balbuceó -. Confío en ti. Sí. Sé que me mantendrás a salvo. Sé que me amas, pero aún hay una parte de mí que...

Se interrumpió, bajó la vista y dejó caer los hombros, derrotada.

- En ocasiones, los sentimientos encerrados dentro de mí desde que soy una niña me impiden comportarme de manera lógica - admitió, después de una prolongada pausa -. Supongo que tienes razón: no soy lógica en relación con esto, ¿no?

Caine la atrajo a sus brazos y la estrechó. El abrazo fue más en beneficio del propio Caine que de ella, pues ya no soportaba la angustia en los ojos de la mujer.

- Cielo, quiero decirte algo. La primera vez que intentaste dejarme... cuando Harry me dijo que te habías ido, sentí pánico. Hasta entonces, nunca había sentido algo así, y te aseguro que lo detesté. Ahora comienzo a comprender que tú viviste con ese sentimiento largo tiempo, ¿no es así?

Antes de responder, Jade se enjugó las lágrimas en la camisa del hombre.

- Quizá.

-Y por eso aprendiste a resolver todo por ti misma - continuó Caine -. Aprendiste a no depender de nadie. Estoy en lo cierto, ¿no?

Jade se encogió de hombros.

- No me agrada hablar de esto - murmuró, intentando que su voz sonara enfadada y no aterrada -. Te amo con todo mi corazón - añadió, cuando él la oprimió -. Y sé que tú me amas, Caine. Sí, estoy segura de eso.

Después por largo tiempo guardaron silencio. Jade aprovechó la pausa para calmar los precipitados latidos del corazón. El hombre, para pensar en una manera lógica de aliviar los miedos ilógicos de ella.

-¿Y si nos damos un período breve? - propuso de pronto el hombre.

-¿Qué?

Se apartó de él para observarle la expresión, convencida de que estaba bromeando. Hablaba en serio.

-¿Quieres que nuestro matrimonio sea una unión breve? Pero acabas de decirme que me amas. ¿Cómo es posible que...?

- No, no - arguyó Caine -. Si nos comprometemos mutuamente sólo por seis meses, si puedes prometerme sólo que te quedarás conmigo durante ese lapso, ¿no se aliviaría parte del pánico?

Parecía tan entusiasta, tan complacido consigo mismo que Jade comprendió que era sincero al proponerle semejante absurdo.

- Ya dijiste que nunca me dejarías. Y ahora hablas de seis meses...

- Yo nunca te dejaré - le cortó, irritado de que no aceptara el plan con el mismo entusiasmo que él -. Pero tú no crees que hablo en serio. En consecuencia, sólo tienes que prometerme que me concederás seis meses, Jade.

-¿Y tú, esposo? ¿La promesa también vale para ti?

- Por supuesto.

Jade se arrojó en brazos de Caine para que no le viese la sonrisa: no quería que pensara que se burlaba de él. Por asombroso que fuese, de pronto sintió como si le hubiesen sacado un peso de encima. Podía respirar otra vez: el pánico se había esfumado.

- Esposa, dame tu palabra.

Lo dijo en un murmullo áspero y bajo.

- Te la doy - repuso Jade.

- No - masculló Caine -. No resultará. Es un lapso muy breve. ¡Diablos, si alguna vez lo olvidara... que ya te fuiste antes... quiero un año entero, Jade! Comenzaremos desde el día en que nos casamos. No olvidaré nuestro aniversario.

Como no le respondió con bastante rapidez, le oprimió los hombros.

-¿Y bien? ¿Me prometes no abandonarme por un año entero?

- Lo prometo.

Caine sintió tal alivio que quiso gritar. Por fin había hallado un modo de hacerla feliz. Le había dado el sostén que, estaba seguro, Jade necesitaba.

- Dilo, esposa - le ordenó, en tono gruñón -. No quiero malentendidos.

«Tendría que ser abogado - pensó Jade -. Es tan lógico, tan inteligente...»

- Me quedaré contigo un año. Y ahora tú prométeme a mí, esposo.

- No te dejaré por un año - afirmó el hombre.

Le alzó la barbilla con el pulgar.

- Me crees, ¿verdad? - le preguntó Caine.

- Sí, te creo.

- Y estás aliviada, ¿no es cierto?

Pasó largo rato hasta que Jade le respondió. La verdad, en cambio, no llegó lentamente, sino que la golpeó como un rayo de sol, colmándole el corazón y la mente al mismo tiempo: él nunca la dejaría... y ella nunca podría abandonarlo.

Los sentimientos infantiles de vulnerabilidad encerrados en ella durante tantos años de soledad se evaporaron.

- Cielo, estás aliviada, ¿verdad?

- Confio en ti con todo mi corazón - murmuró.

-¿Ya no sientes pánico?

Jade sacudió la cabeza.

- Caine, quiero decir...

- Te quité el pánico, ¿no es cierto?

Al parecer, Caine estaba muy complacido consigo mismo, y Jade no quiso disminuir su arrogante satisfacción. Recordó que un hombre necesitaba mantener intacto su orgullo.

- Hiciste que todo eso escapara de mi cabeza – murmuró -. Sí, me quitaste el pánico, Gracias, Caine.

Se dieron un beso dulce y prolongado. Cuando Caine alzó la cabeza, Jade temblaba, y el hombre pensó que era el beso lo que le provocaba esa reacción.

- Mi amor, ¿quieres ir arriba? - le preguntó.

Jade asintió.

- Pero antes necesito alimentarme, Caine. Estoy famélica.

El esposo la tomó de la mano y la llevó al comedor.

- Esposo, ¿sabes una cosa?, tengo una extraña sensación en este momento.

-¿Qué es?

- Me siento... libre. ¿Lo entiendes, Caine? Es como si acabara de salir de un cuarto cerrado con llave. Pero eso es absurdo.

Caine le acercó la silla y luego se sentó él.

-¿Por qué es ridículo?

Jade adoptó una expresión enfurruñada:

- Porque no existe una habitación de la que yo no pueda salir.

Caine ordenó el desayuno, y cuando Anna, la criada, salió del comedor, le pidió a Jade que le contara algunas de las aventuras que había vivido.

- Quiero saber todo -afirmó.

- Te enfadarás - predijo la mujer.

- No, no - insistió el hombre -. Te prometo que no me enfadaré, me cuentes lo que me cuentes.

- Bueno, no quisiera alardear - comenzó Jade -, pero, al parecer, tengo una habilidad natural para entrar y salir de los sitios cerrados. El tío Harry dice que nací ladrona y mentirosa.

- Vamos, cielo, estoy seguro de que no quiso criticarte - replicó Caine.

- Claro que no - repuso la muchacha, irritada -. Eran cumplidos, marido. El elogio del tío significa mucho, pues no suele hacerlos. Dice que no está en su naturaleza –agregó, sonriendo -. A Harry le preocupa que otros descubran la verdad sobre él.

-Y cuál es esa verdad? - preguntó Caine -. ¿Que, después de todo, él es un poco civilizado?

-¿Cómo lo adivinaste?

- Por el modo en que resultaste ser tú - le explicó -. Si él hubiese sido tan bárbaro, tú no serías una dama.

Jade resplandeció de placer.

- Me alegro de que lo advirtieses. El tío es muy inteligente.

- Él fue quien te enseñó a leer, ¿no?

Jade asintió.

- Fue una suerte, pues luego los ojos del tío comenzaron a fallarle, y yo le leía por la noche.

-¿De memoria?

- Cuando no disponíamos de libro. Harry robó cuantos libros pudo.

- La manera de hablar - comentó Caine -. Eso también forma parte del engaño, ¿no es así?

- Sí - admitió Jade -. Apariencias. Incluso cuando estamos solos, el tío no emplea la gramática correcta, pues teme que se le escape ante sus hombres, ¿entiendes?

Caine puso los ojos en blanco.

- Tu tío se tornó un tanto fanático con respecto a su posición de jefe, ¿no te parece?

- No - lo contradijo la muchacha -. No entiendes: él disfruta del engaño, Caine.

Siguió hablando del tío unos minutos, y luego volvió al tema de algunas de sus incursiones más memorables. Caine contuvo su reacción, pues le había prometido no enfadarse. Pero cuando la mujer terminó de contar alguno de los incidentes más tremendos, al hombre le temblaban las manos del ansia de retorcerle el cuello al viejo tío Harry.

Llegó a la conclusión de que no quería saber nada del pasado de la esposa.

- Creo que será mejor que me cuentes estas historias de a una.

- Eso hago.

Se interrumpió para sonreírle a la criada que ponía ante ella una bandeja con crocantes, y luego se volvió otra vez hacia Caine:

- Te las cuento de a una.

Caine movió la cabeza.

- Quiero decir que prefiero que me cuentes una por mes, o algo así. No soy capaz de asimilar más que eso. Te aseguro que estaré un buen tiempo pensando en la historia que acabas de contarme. ¡Diablos, Jade, siento que mi cabello encanece! Podrías haber muerto. Podrías...

- No estarás enfadándote, ¿no? - le dijo, sonriendo -. Lo prometiste.

Caine se reclinó en la silla.

- Me parece que será mejor que cambiemos de tema. Dime cuándo comprendiste que me amabas - le ordenó -. ¿Yo te obligué?

Jade rompió a reír.

- No puedes obligar a nadie a que te ame – dijo -. Sin embargo, creo que cuando leí tu archivo, ya estaba enamorándome de ti.

La expresión estupefacta del marido la hizo sonreír.

- Es verdad - murmuró.

- Jade, no estoy muy orgulloso de algunas de las cosas que tuve que hacer. Leíste todo el archivo, ¿no es así?.

- Así es. Y si bien eras decidido y metódico, no fuiste inhumano. En toda situación, siempre fuiste tan... confiable. Nunca abandonaste a las personas que dependían de ti. Yo admiro esa cualidad. Y luego te conocí – concluyó -. De algún modo, fuiste como McKindry, pues te deslizaste con sigilo y me robaste el corazón, antes de que yo supiera lo que sucedía. Y ahora tú debes decirme cuándo supiste que me amabas.

- Fue en el transcurso de una de nuestras acaloradas discusiones.

Fue el turno de la muchacha de quedar estupefacta.

- Nunca discutimos. Nos gritamos uno a otro. Esas eran peleas.

- Discusiones - repitió Caine -. A gritos, pero discusiones al fin.

-¿Acaso aseguras que te enamoraste primero de mi mente?

- No.

La mujer rió, encantada con la sinceridad del esposo.

-¿Tu criado no tendría que estar aquí, con nosotros? Podría resultar sospechosó que se quedara en el campo, Caine.

- Stems nunca viene a Londres conmigo –le explicó -. Todos lo saben. Stems odia Londres, dice que hay demasiado barullo.

- Lo echo de menos - admitió Jade -. Me recuerda a ti: Stems es muy obstinado en sus opiniones, y también arrogante.

- Nadie comprende por qué lo tolero –dijo Caine - Pero, a decir verdad, yo no entiendo cómo él me entiende a mí. Fue un escudo para mí desde que yo era un niño. Me metí en bastantes líos, y Sterns suavizó las cosas. Además, me salvó de la muerte en más de una ocasión.

Caine le contó cómo una vez casi se ahogó en un incidente de barco, y Sterns lo salvó, para después arrojarlo de inmediato al agua y enseñarle a nadar. Cuando terminó la anécdota, los dos reían, pues la imagen del mayordomo de cara larga, completamente vestido, nadando junto a su pequeño protegido, era demasiado divertida.

Jade fue la primera en ponerse seria.

- Caine, anoche, después que me fui a acostar, ¿tus amigos y tú llegasteis a alguna conclusión?

- El sujeto al que siguió Richards era Willburn. ¿Recuerdas que Colin nos dijo que Willburn era su director y nos contó cómo confió en él?

- Sí, lo recuerdo. Nathan dijo que nunca había confiado en Willburn. Pero, claro, mi hermano no confía en nadie, excepto en Harry o Colin, y en mí, por supuesto.

- Colin estaba equivocado, Jade. Willburn sí trabajaba para el Tribunal. Ahora está a las órdenes del miembro que queda.

Antes de que pudiese interrumpirlo, Caine continuo:

- Estamos bastante seguros de que William Terrance era el segundo hombre. Como él está muerto y tu padre también, sólo queda el tercero. Richard está convencido de que Terrance estaba bajo el nombre de Príncipe. Por lo tanto, el que nos queda es Hielo.

-¿Cómo haremos para encontrar a Hielo?

No tenemos muchos datos. En las cartas hay escasos datos personales, Caine.

- Lo lograremos, cielo. En una de las cartas, se decía que Hielo asistió a Oxford. También que cuando Zorro y Príncipe conocieron a Hielo se sorprendieron.

-¿Cómo averiguaste eso?

- Lo deduje de uno de los comentarios que tu padre le hacía a Príncipe en la tercera, no, en la cuarta carta.

- Lo recuerdo, pero no me pareció importante.

- Richards cree muy posible que Hielo sea extranjero.

-¿Y tú?

- No estoy muy convencido. Jade, en esas cartas hay otras claves importantes. Sólo necesito un poco de tiempo para compaginarlas.

La joven tenía absoluta confianza en la habilidad de Caine para resolverlo. Cuando aplicaba su mente a un problema, era capaz de solucionarlo.

- Richards puso vigilancia a Willbum, pues cree que podría llevamos a Hielo. Y, aunque es un comienzo, yo no apostaría por ello. Tenemos otras opciones. Bueno, cielo, no quiero que salgas de esta casa, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

- Tú tampoco puedes salir - repuso Jade -. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

-¿Qué haremos para entretenernos? - preguntó la muchacha con la mayor inocencia de que fue capaz.

- Podríamos leer bastante - dijo Caine, con lentitud.

Jade se puso de pie y se quedó detrás de Caine.

- Sí, podríamos leer - murmuró, al tiempo que lo rodeaba con los brazos y deslizaba los dedos por el cuello de la camisa.

- Podría aprender a bordar - agregó Jade -. Siempre quise aprender.

Se inclinó y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

- Pero ¿sabes qué es lo que más deseo hacer, esposo?

- Me hago una idea - respondió Caine, con el tono ronco por la excitación.

-¿Tú sabes? ¿Me enseñarás?

- Todo lo que sé, cielo - le prometió.

Se levantó y la tomó entre los brazos.

-¿Y qué haremos en materia de música? –preguntó Jade.

Si la pregunta le resultó extraña, no lo dijo.

- Haremos nuestra propia música –prometió el hombre.

La arrastró de la mano hasta el vestíbulo y comenzó a subir la escalera.

-¿Cómo? –preguntó la muchacha, riendo.

- Cada vez que tú gimas, yo cantaré.

-¿No te parece que sería mejor el salón? –propuso Jade.

- La cama es más cómoda - dijo Caine -. Pero si estás decidida a...

- Aprender a bailar –lo interrumpió -.

- De eso hablábamos, ¿no es cierto?

Tras semejante mentira, le sonrió con toda dulzura y esperó la reacción del esposo, convencida de que lo había atrapado con la broma. Pero Caine demostró ser mucho más astuto, y también más creativo. Entró tras ella en el salón, cerró la puerta con llave y comenzó a enseñarle a bailar.

Era una pena: Jade nunca podría exhibir en público la nueva habilidad, pues Caine y ella habrían escandalizado a la sociedad con la forma escandalosa en que le enseñó a bailar. Y, si bien las explicaciones fueron lógicas, Jade se negó a creer que las damas y los caballeros de la alta sociedad se desnudaran antes de bailar el vals.

Caine la mantuvo entretenida el resto del día, pero, en cuanto oscureció, tuvieron la primera pelea.

-¿Cómo es eso de que te vas? - gritó Jade, al ver que se ponía la chaqueta -. Quedamos de acuerdo en que no te irías de esta casa...

- Tendré cuidado - la interrumpió Caine, besándola en la frente -. Amor, Lyon y Richards están ésperándome. Me temo que tendré que salir todas las noches, hasta que esto se termine. Deja de preocuparte y dime que no me esperarás levantada.

- Te esperaré levantada - balbuceó.

- Ya lo sé - respondió Caine con un suspiro -. Pero de todos modos dime que no lo harás.

Jade no ocultó su irritación.

- Caine, si te ocurre algo, me enfadaré mucho.

- Tendré cuidado.

Jade lo siguió hasta la puerta de atrás.

-¿Recuerdas a McKindry?

Con la mano sobre el pomo de la puerta, Caine se volvió.

- Esa lección es tuya, cielo.

- Bueno, tú también podrías aprender.

- Muy bien - respondió el esposo, tratando de apaciguarla -. Recordaré a McKindry.

Giró y abrió la puerta.

- Jade.

- ¿Qué?

- Estarás aquí cuando yo vuelva, ¿no?

La pregunta la sorprendió y la indignó, y le habría dicho lo que pensaba de no ser porque se lo veía muy vulnerable.

-¿Eso significa que yo te volví inseguro? - preguntó Jade, en lugar de regañarlo.

- Respóndeme - insistió.

- Estaré aquí cuando tu vuelvas.

Esas palabras de despedida se convirtieron en un ritual. Todas las noches, cuando él se marchaba, Caine le decía que recordara a McKindry, y ella, que estaría esperándolo.

Durante las horas oscuras de la noche, mientras esperaba al esposo, Jade pensaba en la vulnerabilidad de Caine. Al comienzo, creyó que la causa era ella misma. A fin de cuentas, ella le habla manifestado a menudo su propia inseguridad. Pero también percibió que el ambiente en que Caine creció era otro motivo para esa vulnerabilidad. No podía imaginar cómo había sido la vida del esposo en los primeros años. Sir Harwick se refirió a la madre de Caine como una arpía, y recordó también que había dicho que la mujer intentó volver al hijo en contra del padre. Sin duda, no habían sido tiempos apacibles para Caine.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Caine la necesitaba tanto como ella a él.

Esa comprensión fue un alivio.

Lady Briars le envió varias notas a Jade, invitándola a visitarla. Sin embargo, Caine no quiso que saliera de la casa y respondió que la esposa estaba indispuesta. Al final, la querida amiga del padre fue a visitarla. El recuerdo que Jade tenía de la mujer era, cuando menos, borroso, pero se sintió muy culpable por fingirse enferma al ver lo frágil y anciana que era la mujer. Aun así, todavía era bella, con claros ojos azules y cabello gris, y también tenía una inteligencia vivaz.

Jade sirvió el té en el salón y luego ocupó su lugar junto a Caine, en el sofá. El esposo parecía muy decidido a participar de la conversación de las mujeres.

Marido y mujer escucharon las condolencias de lady Briars por la trágica muerte de Nathan. Jade desempeñó bien el papel de hermana doliente, aunque odiaba el engaño, pues las simpatías de lady Briars parecían sinceras.

- Cuando me enteré de la tragedia por los periódicos, quedé apabullada - dijo lady Briars -. No tenía idea de que Nathan hacía para el gobierno una tarea secreta. Caine, debo decirle que también sentí mucho que su hermano fuera asesinado por ese pirata horrible. Claro que no conocía al muchacho, pero estoy segura de que debe de haber tenido un corazón de oro.

- Yo tampoco conocí a Colin - intervino Jade -. Pero Caine me lo contó todo acerca de él. Era un buen hombre, lady Briars, y murió por el país.

-¿Cómo fue que Pagan se vio envuelto en esto? - preguntó lady Briars -. Todavía no conozco los detalles, muchacha.

Caine fue el que respondió.

- Según lo que se pudo deducir en el Departamento de Guerra, Nathan y Colin fueron atacados cuando estaban en camino para investigar un asunto ultra secreto.

-¿No es irónico que ustedes dos hayan terminado juntos? - preguntó la dama, en tono divertido.

- En realidad, no -respondió Caine -. Los dos faltamos a la ceremonia en honor de nuestros hermanos. Jade vino a verme, pues deseaba hablar de Nathan y supongo que yo quería hablar acerca de Colin. De inmediato, nos vimos atraídos el uno hacia el otro.

Le hizo un guiño a Jade y continuó:

- Creo que fue amor a primera vista.

- Ya veo por qué - dijo lady Briars -. Jade, te has convertido en una hermosa mujer.

Negó con la cabeza y soltó un breve suspiro.

- Nunca entendí por qué el amigo de tu padre te sacó de aquí tan deprisa, tras el funeral de tu padre. Admito que pensaba pedir a la Corona que me concediera la tutoría. Siempre quise tener una hija, y también estoy convencida de que habrías estado mucho mejor conmigo. Ahora que te conozco, bueno, admito que fuiste educada correctamente.

- El tío Harry insistió en que nos marchásemos de inmediato - dijo Jade -. No era nuestro tutor legal y sabía que usted pelearía por Nathan y por mí.

- Sí - admitió lady Briars -. ¿Sabes?, me sentí responsable por la muerte de Nathan. Sí, es cierto. Si hubiese venido a vivir conmigo, sin duda yo no le habría permitido que se fuera a navegar. Era muy peligroso.

- Nathan era un hombre hecho y derecho cuando adoptó la decisión de trabajar para Inglaterra - dijo Caine -. Dudo de que usted hubiese podido retenerlo, lady Briars.

- Con todo, no entiendo por qué tu padre no me tuvo en cuenta para la tutoría.

- Creo que entiendo - dijo Jade -. Harry me dijo que mi padre se había vuelto en contra de Inglaterra.

- No sé por qué - repuso lady Briars -. A mí me pareció muy contento.

Jade se encogió de hombros.

- Quizá nunca sepamos los motivos. Según Harry, a mi padre lo perseguían demonios que habitaban en su propia cabeza.

-Quizás - acordó lady Briars -. Y ya basta de hablar de tu padre, Jade. Cuéntame de tus primeros años de vida. Tenemos mucho de qué hablar para ponemos al día. ¿Cómo era la vida en una isla pequeña? ¿Aprendiste a leer ya escribir? ¿En qué te ocupabas, muchacha? ¿Tenías mucho que hacer?

Jade rió.

- Los habitantes de la isla no eran miembros de la sociedad, lady Briars. Muchos ni usaban zapatos. Nunca aprendí a leer ni escribir, pues Harry no encontró a nadie que me enseñara.

Jade le mintió, porque Caine había insistido en que nadie supiera que tenía esas habilidades. Cada dato les daría una ventaja adicional a los enemigos. Si suponían que ella no sabía leer, deducirían que no había leído las cartas.

A juicio de Jade, ese razonamiento era débil, pero no discutió con el esposo. Se concentró en inventar anécdotas divertidas de la infancia para satisfacer la curiosidad de lady Briars. Finalizó admitiendo que, aunque por cierto había sido una época apacible, le resultaba algo aburrida.

Retornaron el terna del reciente matrimonio. Caine respondió todas las preguntas de la mujer, y a Jade le sorprendió la facilidad con que mentía: era evidente que él también gozaba de un talento natural. Al parecer, la vieja amiga del padre estaba en verdad interesada, y a Jade le resultó una mujer muy dulce.

-¿Cómo es que usted nunca se casó? –preguntó Jade -. Sé que es una pregunta atrevida, pero usted es una mujer muy bella, lady Briars. Estoy segura de que habrá tenido a los jóvenes rondándola, disputando por su atención.

Fue evidente que los comentarios de Jade complacieron a lady Briars: hasta se ruborizó. Se acomodó el cabello, y Jade advirtió que a la anciana le temblaban las manos. Mientras aguardaba la respuesta, la muchacha pensó que eran los estragos de la edad.,

- Durante mucho tiempo, deposité mis esperanzas en tu padre, querida mía. Thorton era un hombre muy atractivo. Pero faltaba esa chispa especial. Por supuesto, terminamos siendo muy buenos amigos. Todavía, en ocasiones, pienso en él, y a veces contemplo algunos de los preciosos regalos que me hizo. Me pongo bastante sentimental. Jade, ¿Tú tienes algo que te permita recordar a tu padre?

- No - respondió la joven -. Todo lo que pertenecía a mi padre se quemó en el incendio.

-¿Incendio?

- Lady Briars, tal vez esto la desilusione: la hermosa casa que usted ayudó a Nathan a renovar fue incendiada. Todo se destruyó.

- Oh, pobre querida mía - murmuró la dama -. Fue duro para ti, ¿no es cierto?

Jade asintió.

- Por supuesto Caine fue un consuelo. Dudo de que hubiese podido soportar este último mes si no hubiera sido por su compañía.

- Sí, fue una suerte - afirmó lady Briars, apoyando la taza sobre la mesa -. ¿De modo que no tienes ningún recuerdo de tu padre? ¿Nada? ¿Ni una biblia familiar o un fragmento de una carta?

Jade negó con la cabeza. Caine le tomó la mano y se la oprimió.

- Cielo, te olvidas del cofre - le dijo, en voz suave.

Jade se volvió hacia Caine, preguntándose cuál sería el juego, pero su expresión no reveló la más mínima confusión.

- Ah, sí, el cofre – respondió.

- De modo que, a fin de cuentas, tienes algún recuerdo de tu padre - dijo lady Briars, haciendo un gesto afirmativo -. Pensaba ir corriendo a mi casa a buscar entre mis cosas algo para ti. Una hija debe tener un par de chucherías del padre. Recuerdo una encantadora estatuilla de porcelana que tu padre me regaló cuando cumplí dieciséis años...

- Oh, no podría aceptarla.

- No, no podría - dijo Caine -. Además, tiene el cofre, aunque todavía no tuvimos ocasión demirar qué es lo que contiene. Estas últimas semanas Jade estuvo enferma, con una fiebre que me preocupó mucho.

Se volvió para sonreírle a Jade.

- Querida, ¿qué te parece si la semana que viene vamos a la casa de Nathan? Si estás en condiciones de salir – agregó -. Todavía tenemos que ocupamos de los asuntos del hermano -le dijo a lady Briars.

Jade creyó que Caine se había vuelto loco. Sonrió, para disimular su propia inquietud, y esperó la siguiente sorpresa. No tardó en llegar.

-¿Le gustaría acompañarnos a casa de Nathan y mirar con nosotros el contenido del baúl? - propuso Caine.

Lady Briars declinó la invitación. Insistió en que Jade fuese a visitarla y se marchó. Caine ayudó a la frágil mujer a subir al coche. Hasta que regresó Caine, Jade se paseó por el salón.

-¿De qué se trata todo esto? - preguntó, en cuanto lo vio entrar.

Antes de responderle, el esposo cerró la puerta, y entonces Jade vio que reía entre dientes, muy complacido consigo mismo.

- Caine, no me gustó nada mentirle a esa querida mujer – exclamó -. Por otra parte, en esta familia la mentirosa consumada soy yo, no tú. Por el amor de Dios, ¿por qué le dijiste que había un cofre? ¿Acaso quisiste hacerla sentir mejor, para que no tuviese que desprenderse de sus preciadas posesiones? Ahora que lo pienso, no me gusta nada oírte mentir. ¿Y bien? - preguntó, cuando tuvo que interrumpirse para respira r-. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

- Fue una mentira necesaria - comenzó Caine.

Jade no lo dejó continuar.

- Ninguna mentira es necesaria citó de memoria -. Hace unos días, tú me lo dijiste, ¿recuerdas?

- Mi amor, ¿en verdad te aflige que yo haya mentido? - le preguntó, asombrado.

- Por cierto que sí. Llegué a confiar en tu sinceridad, Caine. Pero si dices que la mentira fue necesaria, tengo que suponer que tienes un plan. ¿Acaso piensas que lady Briars podría hablarle a alguien del cofre? ¿Es eso?

La muchacha estaba convencida de haberlo descubierto todo.

- No - respondió Caine, sonriendo al ver que su respuesta provocaba un gesto enfurruñado.

-¿No? En ese caso, tendrías que avergonzarte de haberle mentido a una mujer tan anciana.

- Si me dejas explicarte...

La mujer cruzó los brazos sobre el pecho.

- Será mejor que la explicación me convenza, señor, o le daré una buena reprimenda.

A juicio de Caine, en ese momento se parecía al tío Harry, pues la actitud escandalizada de Jade lo llevó a esa conclusión. Rió, y tomó a la enfurruñada esposa en los brazos.

-¿Y bien? - murmuró la muchacha, contra la chaqueta del esposo -. Por favor, explícame por qué le mentiste a una buena amiga de la familia.

- No es una buena amiga de la familia - le dijo Caine, con evidente exasperación.

- Claro que lo es - protestó Jade -. Ya la oíste, esposo: conservó todos los regalos que le hizo mi padre. ¡Lo amaba!

- Ella lo mató.

Transcurrió un momento largo y silencioso hasta que Jade reaccionó. Alzó lentamente la vista, miró a los ojos al esposo y negó con la cabeza. Caine asintió. A Jade se le aflojaron las rodillas y, cuando se derrumbó sobre él, Caine la sujetó.

-¿Acaso intentas decirme que...? - comenzó, con un hilo de voz -. ¿Dices que lady Briars es...?

- Es Hielo.

-¿Hielo?

Sacudió otra vez la cabeza.

- No puede ser Hielo – exclamó -. ¡Caine, por el amor de Dios: es una mujer!

-¿Y las mujeres son incapaces de asesinar?

- No - respondió la joven -. Quiero decir sí, supongo...

Caine tuvo piedad de la confusión de Jade.

- Jade, todos los indicios coinciden. Siéntate y déjame que te explique.

La muchacha estaba demasiado atónita para moverse. Caine la llevó hasta el sofá, la empujó suavemente para que se sentara y se acomodó junto a ella.

- En realidad, es muy lógico - comenzó, rodeándole los hombros con el brazo.

Una sonrisa curvó la boca de Jade, que comenzaba a recobrarse de la sorpresa.

- Sabía que sería lógico.

- Sospeché cuando releí las cartas. Y yo nunca cometo dos veces el mismo error, ¿recuerdas, mi amor?

- Lo que recuerdo, mi querido esposo, es que te gusta jactarte de ello en toda ocasión posible. Explícame cuál es el error que no repetiste.

- Pensé que Pagan era un hombre. Jamás se me ocurrió que podía ser una mujer. Cuando emprendí la caza de Hielo, no cometí el mismo error.

-¿Estás convencido de que lady Briars es Hielo? ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Caine no estaba dispuesto a cambiar de tema.

- Jade, ¿se te ocurrió alguna vez que Hielo podía ser una mujer? Dime la verdad - le dijo, con ese tono arrogante que a la muchacha tanto le gustaba.

Jade suspiró:

- Te envanecerás.

- Sí, sin duda.

Los dos sonrieron.

- No, no consideré esa posibilidad. Ya está: ¿estás contento?

- Mucho.

- Caine, todavía no me convenciste –le recordó -.¡Señor, me cuesta creerlo! Hielo mató gente y amenazó con matamos a Nathan ya mí. ¿Recuerdas esa carta en que él le dijo que si no se devolvían las cartas nos mataría?

- Él no, mi amor, ella - le replicó Caine -. Lanzó un prolongado suspiro y agregó -: Hay mujeres capaces de matar.

- Oh, lo sé. Pero no es propio de una dama.

-¿Recuerdas que, en una de las primeras cartas, cuando les otorgaron los nombres secretos, Hielo admitió que ese nombre le había disgustado mucho? Ese comentario despertó mi curiosidad. A pocos hombres les habría importado, pero a una mujer sí, ¿no crees?

- A algunas.

- Claro que existen indicios aún más sólidos. Briars contrató a todo el personal de la casa de campo de Nathan. Eran hombres de ella, leales a ella. El hecho de que hubiesen saqueado la casa me indica que buscaban algo. Y adivina dónde apareció Hudson, el mayordomo de Nathan.

- Está en la casa de la ciudad de Nathan, ¿no? Está cuidándola hasta que vayamos a cerrarla.

- No: está de manera permanente en la residencia de lady Briars. Y me imagino que en este momento encontraremos la casa de tu hermano dada vuelta.

Jade no hizo caso de la sonrisa del esposo.

- Nunca confié en Hudson: quería obligarme a tomar el té. Apuesto a que estaba envenenado.

- Jade, no dejes que te domine la imaginación. De paso, todos esos incidentes tan confusos fueron los que delataron a Hudson. En efecto, cavaron en la tumba de tus padres, por si encontraban allí las cartas. y también borraron todo rastro.

-¿Fue Hudson el que mató al pura sangre de Nathan?

- No, lo hizo Willburn.

- Se lo diré a Nathan.

Caine asintió.

- Hudson se ocupó de borrar las pruebas. y ya que estamos, tú tenías razón: emplearon un carro para llevarse el cuerpo del caballo. Deben de haber hecho falta siete hombres fuertes para cargar al potro.

-¿Cómo lo supiste?

- Estás impresionada conmigo, ¿no?

La obligó a contestar.

- Sí, Caine, estoy impresionada. Ahora cuéntame el resto.

- Mis hombres estuvieron deduciendo los hechos, de modo que no puedo atribuirme todo el mérito. Hallaron el caballo en un barranco, a casi tres kilómetros y medio del camino principal.

- Espera a que se lo cuente a Nathan - repitió Jade.

Caine le palmeó el hombro.

- Puedes contarle todo cuando esto termine, ¿de acuerdo?

Jade asintió.

- Caine, ¿tienes algo más para contarme?

- Bueno, cuando llegué a la conclusión de que Briars era la candidata lógica, busqué en su pasado. En la superficie, todo parecía normal, pero, cuanto más investigaba, más cosas extrañas aparecían.

-¿Por ejemplo?

- Para ser mujer, viajó mucho - señaló Caine -. Por ejemplo - agregó, antes de que Jade pudiese interrumpir -, fue y volvió de Francia al menos siete veces, que yo sepa, y...

-¿Y eso te parece extraño? Quizá tenga familiares...

- No - replicó el esposo -. Además, Jade, la mayoría de los viajes los hizo en tiempos de guerra. Y había otras claves significativas.

- Creo que estoy casada con el hombre más inteligente de la tierra –lo elogió -. Caine, esto comienza a tener sentido para mí. ¿Qué opinan sir Richards y Lyon de tu descubrimiento?

- Aún no se lo dije. Quería estar completamente seguro, y, después de las preguntas de Briars, ya no me quedan dudas. Se lo diré esta noche, cuando nos encontremos en casa de White.

-¿Cuál de las preguntas que formuló te hizo sospechar?

- Te preguntó directamente si sabías leer, ¿recuerdas? Teniendo en cuenta que la mayoría de las damas bien educadas de Inglaterra saben hacerlo, es una pregunta significativa.

- Pero ella sabía que yo fui criada en una isla - arguyó Jade -. Por eso preguntó, Caine. Intentaba averiguar si yo fui bien educada sin decirlo directamente, y...

- Tenía demasiado interés en saber qué te había dejado tu padre.

Jade dejó caer los hombros.

- Pensé que era sincera.

- Tenemos que estrechar la red en tomo de la casa de Nathan en la ciudad - señaló Caine -. En este momento, sólo hay dos de nuestros hombres vigilándola.

Le sonrió a Jade.

- Antes de que esto termine, a tu pobre hermano le quemarán la casa de la ciudad hasta los cimientos.

- No tienes por qué alegrarte tanto - le dijo Jade -. Por otra parte, Hudson ya tuvo tiempo de sobra para averiguar que no hay ningún cofre. - Lanzó una exclamación queda -. Te daré otra desilusión, Caine: lady Briars supo que mentía cuando le dije que no sabía leer. Creo que lo preguntó para saber si estábamos tras su huella. Oh, sí, creo que esta vez la embrollamos.

Caine dejó de sonreír.

-¿De qué hablas? ¿Por qué piensas que Briars sabe que mentiste?

- Hudson me vio leyendo casi todas las noches - dijo precipitadamente -. Después de cenar, yo iba al estudio de Nathan y leía hasta que me daba sueño. Había muchos libros magníficos que todavía no había memorizado. Hudson encendía el fuego en el hogar. Estoy segura de que se lo dijo a lady Briars.

Le acarició la mano para suavizar la decepción.

-¿Qué harás? - le preguntó, convencida de que en poco tiempo se le ocurriría un nuevo plan.

Caine era demasiado lógico para haberse olvidado de cubrir todas las alternativas.

- En su momento, podremos comparar la escritura, cuando tengamos las cartas que están en el *Emerald*.

- Tenemos una muestra aquí - dijo Jade -. Lady Briars envió dos notas invitándome a visitarla. Lamento decepcionarte, pero la escritura no me resultó familiar en absoluto.

- Dudo de que ella haya escrito las notas - repuso Caine -. Tal vez sea vieja, Jade, pero aún no se volvió descuidada. No, es probable que alguno de sus ayudantes haya escrito las cartas.

-¿Quieres que las robe...?

- Quiero que te quedes aquí día y noche - afirmó el esposo.

Fue más una orden que una sugerencia.

- Antes de que termine, esto se tornará escabroso. En realidad, todos los datos que reuní son evidencias circunstanciales para una corte, Jade. Todavía tengo cosas que hacer. Prométeme que no te irás.

- Lo prometo - respondió la joven -. Marido, ten un poco de confianza en mí. Sabes que, una vez que doy mi palabra, la sostengo. Por favor, dime qué planeaste.

- Lyon está impaciente por presionar a Willburn, y yo creo que ya es hora de que lo haga. Hasta este momento, Willburn no fue nada complaciente. Esperábamos que nos guiara hasta Hielo, pero se mantiene oculto tras las cortinas todo el día. Sí, es hora de que sostengamos una conversación con él.

- No me agrada que salgas todas las noches, Caine. Hasta que quemen el barco y llegue a Londres el rumor sobre la muerte de Pagan, creo que tendrías que quedarte en casa. Te diré una cosa: si en la ciudad celebran mi muerte, me sentiré muy decepcionada.

Caine le dirigió una sonrisa tierna.

- Harán el duelo - le prometió -. De todos modos, nunca lo sabremos, pues ya no es necesario quemar el barco.

-¿Por qué?

- Porque ya sé quién es Hielo. y sé que no dejará de perseguirme, pues sabe que queremos atraparla.

- Sí - respondió Jade -. Si no me hubieses hecho mentir con respecto a que no sé leer, no nos perseguiría. ¿Te das cuenta? Ésa fue una mentira inútil.

- Mi amor, no te envanezcas tanto.

- Harry se pondrá contento al saber que no tiene que quemar el barco - le dijo, sin hacer caso del comentario -. Enviarás a alguien a decírselo, ¿verdad?

-Sí, enviaré a alguien a Shallow's Wharf. Tendrás que indicarme dónde está, Jade. Es un nombre operativo, ¿no es cierto?

Jade se acurrucó contra el esposo.

- Eres tan inteligente – murmuró -. Tendrás cuidado cuando salgas, ¿no? Por cierto que esa mujer está contra nosotros. Caine, no quiero que le des la espalda a nadie. Aprendí a depender de ti.

- Y yo de ti - respondió el hombre, con sonrisa significativa -. Me parece bastante equitativo.

- Es equitativo. Pero, si te hace sentir mejor, puedes fingir que no lo es.

Sin hacer caso del comentario, Caine le hizo cosquillas en el cuello, y Jade se estremeció.

-¿Tienes ganas de recibir otra lección de baile ahora?

-¿Tendré que ponerme otra vez de rodillas?

-¿Te gustó, mi amor? Me pareció que sí. Tu boca fue tan dulce, tan...

- Me gustó - se apresuró a decir Jade.

-¿Podemos?

- Oh, sí.

La voz de Jade fue un suspiro.

-¿Arriba o aquí?

- Arriba - susurró la mujer.

Se levantó y lo tomó de la mano.

- Pero esta vez, yo seré el jefe, Caine.

Pasaron el resto del día uno en brazos del otro. Fueron momentos maravillosos, que terminaron demasiado pronto. Antes de que lo advirtiese, Jade estaba diciéndole que recordara a McKindry, y Caine le pedía que prometiese que lo esperaría hasta que regresara.

Jade estaba tan agotada que durmió profundamente hasta una hora antes del amanecer. Se despertó sobresaltada, y rodó de costado para abrazar a Caine.

No estaba. Jade corrió escaleras abajo para mirar dentro de la biblioteca, pero Caine aún no había regresado. Como nunca había tardado tanto, comenzó a preocuparse.

Pasó otra hora, y Caine no regresó, y Jade se puso frenética.

Todo su instinto le hacía una advertencia: algo muy malo sucedía. En la boca del estómago sintió el familiar dolor, como en los viejos días, cuando un plan salía mal.

Tenía que estar preparada. Jade se vistió en pocos minutos, se guardó una daga en el bolsillo, una hebilla especial en el cabello, y volvió a pasearse.

Caine había dejado dos guardias para que la protegiesen. Uno estaba en la sombra, junto a la puerta principal, y el otro cuidaba la puerta de atrás.

Jade decidió hablar con Cyril, el que cuidaba la entrada principal. Quizás él supiera qué hacer. Abrió la puerta, justo para ver a un hombre que le entregaba un papel a Cyril y salía corriendo.

Cyril subió de dos en dos escalones.

- Es una carta para usted. A esta hora de la noche, no pueden ser buenas noticias, milady.

- Espero que sea de Caine – balbuceó -. Entre, Cyril, y trabe la puerta. Algo anda mal - agregó, mientras rompía el sello del sobre -. Hasta ahora, Caine nunca tardó tanto.

Cyril refunfuñó un asentimiento.

- Sí, lo siento en las tripas.

- Yo también - murmuró Jade.

En cuanto desdobló el papel, Jade palideció: de inmediato reconoció la letra. La nota estaba firmada por Hielo.

-¿De qué se trata, milady? - preguntó Cyril. Habló en tono bajo, cosa rara, pues Cyril era corpulento y tenía una voz resonante, en armonía con su persona.

- Caine está en problemas - murmuró Jade -. Tengo una hora para ir a un edificio de la calle Lathrop. ¿Sabe usted dónde es?

- Si está en la calle Lathrop, es un depósito - respondió Cyril -. Esto no me gusta: huelo una trampa. ¿Qué pasará si no vamos?

- Matarán a mi esposo.

- Iré a buscar a Alden - afirmó Cyril.

Fue hacia la puerta trasera, pero Jade lo llamó, y él se detuvo.

- No iré.

- Pero...

- No puedo irme. Tengo que quedarme aquí, Cyril. Esto puede ser una trampa, y le di mi palabra a Caine. No, tengo que quedarme. ¿Sabe hasta qué hora está abierto Whitte's?.

- Sin duda, a esta hora está cerrado.

- Caine puede haber ido a hablar con un tal Willburn. ¿Sabe dónde vive?

- Lo sé - respondió el guardia -. Vive a seis o siete cuadras.

- Mande allí a Alden. Lyon y Caine pueden haber hecho una visita al traidor.

-¿Y si no están?

- Mientras Alden va a la casa de Willbum, quiero que usted corra a la residencia de Lyon. Si Lyon no está en la casa, vaya a la de sir Richards. ¿Sabe dónde viven ellos?

- Sí - dijo Cyril -. Pero ¿quién cuidará la casa mientras yo busco a Caine? Usted quedará sola.

- Correré los cerrojos – prometió -. Por favor, dése prisa, Cyril. Antes de que pase una hora, tenemos que encontrar a Caine. Si no podemos encontrarlo, tendremos que deducir que la nota no es una trampa.

- Nos daremos prisa - prometió Cyril, mientras se dirigía hacia el fondo de la casa.

Jade estrujó la carta y se quedó de pie en el centro del vestíbulo, largo rato. Luego subió las escaleras, fue al dormitorio y cerró la puerta con cerrojo.

Los golpes comenzaron en la puerta principal, minutos más tarde. Sabía que no era Caine: por supuesto, él tenía llave. Luego oyó ruido de cristales rotos.

¿Acaso, sin advertirlo, había caído en manos de ellos? ¿Estarían tan seguros de que había mandado a los dos guardias en busca de Caine? Jade se consoló con esa posibilidad, pues significaba que, a fines de cuentas, no estaba cautivo.

Rogó estar en lo cierto y que Dios no se enfadara con ella. Era probable que pronto tuviese que matar a alguien, a juzgar por el sonido de los pasos de hombre en las escaleras.

Jade aferró la pistola del cajón de la mesilla de noche, del lado de Caine, apoyó la espalda en un rincón y apuntó. Decidió esperar hasta que rompiesen el cerrojo y disparar al primero que entrase en el cuarto.

La mano estaba firme y la invadió una calma mortífera. La puerta se abrió de golpe y una silueta oscura llenó el vano. Siguió esperando, pues quería estar completamente segura de que fuese el enemigo y no uno de los hombres que Caine había contratado para que la cuidasen.

- Enciende una vela - gritó una voz -. No puedo ver a esa perra.

Jade oprimió el gatillo. Debió de acertarle por el medio, pues el sujeto soltó un alarido de dolor y se dobló en dos, cayendo al suelo con un fuerte golpe.

«Gané esta vuelta - se dijo -, pero la batalla, es para Hielo.» Jade estaba rodeada por tres hombres, y, cuando el primero trató de agarrarla, le cortó la mano con el cuchillo. El segundo le arrebató el arma, mientras el tercero le estrellaba el puño en la mandíbula. El golpe la hizo caer al suelo, desmayada.

Jade no se recobró hasta que la llevaron al interior de un edificio oscuro y húmedo. Había pocas velas iluminando la zona, pero fue suficiente para que Jade viese las canastas apiladas junto a las paredes de piedra. Al final de un largo corredor, estaba de pie una mujer vestida de blanco: lady Briars la esperaba.

Al llegar junto a la jefa, el hombre que cargaba a Jade la dejó caer, y la muchacha se tambaleó. Se frotó la mandíbula magullada, mientras observaba a la adversaria.

La mirada de esos ojos era escalofriante.

- Ahora entiendo por qué la llamaron Hielo - se oyó decir -. Usted no tiene alma, ¿verdad, lady Briars?

La recompensa fue una bofetada que cruzó el rostro de Jade.

-¿Dónde están las cartas? - preguntó Briars.

- A buen recaudo - respondió Jade -. ¿En verdad cree que robar las cartas la salvará? Hay demasiadas personas que saben lo que hizo. Demasiadas... .

-¡Estúpida! - gritó Briars.

Esa voz tenía tanta fuerza, tanta crueldad que de pronto Jade creyó estar en presencia del demonio y tuvo que contener las ganas de persignarse.

- Conseguiré esas cartas, Jade. Son la prueba de todos los hechos gloriosos que realicé. Ahora nadie podrá negarlo. Nadie. En los años venideros, el mundo comprenderá lo que mi Tribunal podía lograr. Si yo hubiese decidido seguir la tarea, podríamos haber gobernado Inglaterra. Recobraré las cartas y quedarán en lugar seguro hasta que sea tiempo de revelar mi genio.

Estaba loca. Jade sintió que se le erizaba la piel de los brazos. Hizo esfuerzos desesperados por hallar un modo de razonar con esa mujer, hasta que al fin llegó a la conclusión de que estaba más allá de la razón.

- Si le devuelvo las cartas, ¿dejará en paz a Caine? - le preguntó.

Lady Briars soltó un resoplido desdeñoso.

-¿Sí? ¿Acaso no tienes idea de quién soy? Jade, no puedes decirme que no.

- Oh, sé quién es usted - respondió Jade -. Es la mujer que mató a mi padre. Es la mujer que traicionó a su país. Es la horrible criatura del demonio. Es la demente...

Otro golpe de Briars le interrumpió el discurso. Jade retrocedió y luego enderezó los hombros.

- Briars, suelte a Caine y yo le daré las cartas.

En respuesta a la promesa, Briars se dirigió a uno de sus subordinados.

- Encierra a nuestra invitada en el cuarto trasero - ordenó.

Luego se volvió hacia Jade:

- Querida mía, serás mi carnada para atraer a Caine. Él morirá - añadió, canturreando -. Después de que me entregue las cartas, por supuesto. Luego también te mataré a ti, pequeña Jade. El verdadero traidor fue tu padre, pues me dio la espalda. ¡A mí! ¡Oh, cómo me habría gustado estar presente cuando su hijo murió! Pero tú, querida, querida mía, me compensarás por eso, pues morirás por mi mano muy lentamente... ¡Sal de aquí! - concluyó Briars, casi gritando.

Jade tuvo ganas de sollozar de alivio: después de todo, no habían capturado a Caine. Supo que iría a rescatarla y que aún había peligro... pero por el momento estaba a salvo.

En realidad, sonrió mientras la llevaban a su encierro temporal. Creyeron que la tenían atrapada. «No tienen que atarme las manos», se dijo. Comenzó a gemir, para que los captores creyesen que estaba asustada.

En cuanto abrieron la puerta, se precipitó dentro, se dejó caer al suelo, en el centro de la habitación, y comenzó a llorar.

La puerta se cerró con un golpe. Siguió gimiendo hasta que el sonido de los pasos se desvaneció. Luego hizo un inventario. La luna entraba por la ventana polvorienta. La apertura estaba a casi cinco metros de altura. Había un solo mueble un destartalado escritorio con sólo tres patas, y sin duda sabían que no podría llegar a la ventana, aunque trepase al escritorio.

Sí, pensaron que la tenían atrapada. Jade lanzó un suspiro de placer.

Se quitó la hebilla especial del cabello que usaba para esas ocasiones y se puso a trabajar en la cerradura.

Como estaba tan desesperada por llegar hasta Caine antes que los secuaces de Briars, no fue tan rápida como hubiese sido en circunstancias más tranquilas. Le llevó más de diez minutos abrir la cerradura.

En el interior del depósito mismo, estaba oscuro como la pez. Y, aunque Jade estaba segura de que Briars se había llevado a todos sus hombres con ella, salió tan silenciosamente como pudo. Cuando llegó a la calle, estaba por completo desorientada. Corrió en una dirección dos manzanas, hasta que se tranquilizó y comprendió que había ido en sentido equivocado.

En ese momento, el terror de Jade fue absoluto. Supo que le llevaría al menos quince minutos más llegar a la casa. Mientras corría, hizo varias promesas fervientes al Creador. Le dio su palabra de que no volvería a mentir ni a robar, si Caine se salvaba.

- Señor, sé que me otorgaste esas destrezas especiales, y tú sabes que, una vez que doy mi palabra, la cumplo. Tampoco seguiré la senda de mi padre. Sólo déjame vivir lo suficiente para demostrarlo. ¡Por favor, Dios! Caine me necesita.

Tuvo que detenerse, pues el escozor en el costado se intensificó.

- Señor, si me das un poco de energía extra, no volveré a maldecir.

Por extraño que pareciera, el escozor del costado pasó. Y pudo recuperar el aliento. Llegó a la conclusión de que la última promesa fue la que el Creador esperaba oír.

- Gracias - murmuró, mientras se levantaba las faldas y seguía corriendo.

No se detuvo hasta llegar a la calle en que se encontraba la casa. Mientras se acercaba a la escalinata de entrada, se mantuvo en la sombra. Cuando divisó a tres hombres cargando la litera de la mujer, comenzó a correr otra vez. Los hombres no estaban en condiciones de atacarla, pues parecían inquietos, con su paso forzado.

Era evidente que Caine había llegado a la casa.

Jade no pudo recordar la cantidad de hombres que Briars tenía y comenzó a afligirse otra vez. No sabía si tenía que entrar con sigilo por la puerta trasera o irrumpir con audacia en el vestíbulo y tratar de enfrentar a Briars una vez más.

Al oír el grito de Caine, su duda quedó resuelta.

-¿Dónde está ella? - vociferó Caine por la puerta.

La angustia que resonaba en la voz del esposo oprimió el corazón dé Jade. Abrió la puerta y se precipitó dentro.

Estaban todos en el salón. Jade vio que Lyon sujetaba a Caine de los hombros. Briars estaba frente a los dos. Sir Richards, cerca de ella. Cyril y Alden, detrás del director.

- Morirá de hambre antes de que la encuentres - gritó Briars, lanzando un resoplido de regocijo -. No, nunca la encontrarás. Jamás.

- Oh, sí.

Al oír la voz suave de Jade, Briars soltó un chillido, y Lyon y Caine giraron con brusquedad.

Caine se limitó a quedarse ahí, sonriéndole Jade vio las lágrimas en los ojos del esposo y comprendió que los suyos también estaban mojados. Lyon parecía tan atónito como Richards.

- Jade, ¿como pudiste.....?

Jade respondió mirando a Caine:

- Me encerraron.

Pasó un minuto entero antes de que alguien reaccionara. Lyon fue el primero en reír.

- La encerraron - le dijo a Caine.

Jade siguió sonriendo hasta que Caine caminó hacia ella. Cuando se acercó y le acarició la cara con las yemas de los dedos, rompió a llorar y corrió escaleras arriba. Fue al primer dormitorio, cerró la puerta de un golpe y se tiró sobre la cama. Caine estaba detrás y la tomó en los brazos.

- Mi amor, ya terminó todo - le murmuró.

- No te abandoné. Me quedé aquí, hasta que entraron y me sacaron por la fuerza. No falté a mi palabra.

- Cálmate, Jade. Nunca pensé...

- Caine, estaba tan asustada - sollozó contra el pecho del marido.

- Yo también - le susurró, abrazándola con fuerza, y agregó -: Cuando Cyril me dijo... pensé que estabas... Oh, Dios, maldición, estaba muy asustado...

Jade se secó los ojos con la chaqueta del esposo y dijo:

- Ya no puedes decir más «maldición». Ya no podemos blasfemar, Caine. Se lo prometí a Dios.

Le dirigió una sonrisa colmada de ternura.

- Entiendo.

- Habría prometido cualquier cosa para que te salvaras – murmuró -. Te necesito mucho, Caine.

- Yo también a ti, mi amor.

- Ya no podemos robar ni mentir - le dijo -. Prometí eso también.

Caine puso los ojos en blanco.

-¿Y tus promesas valen para mí también?

Disimuló la sonrisa, pues Jade parecía sincera, y tampoco se molestó en recordarle que él jamás había robado.

- Sí, claro, mis promesas son también tuyas - respondió la esposa -. Se supone que compartimos todo, ¿no? Caine, en este matrimonio somos socios igualitarios.

- Somos iguales - confirmó el hombre.

- Entonces, ¿mis promesas valen también para ti?

- Sí - respondió Caine.

De pronto, la apartó, con expresión de evidente preocupación:

- No renunciaste a ninguna otra cosa, ¿verdad?

Su expresión revelaba que temía la respuesta, y Jade adivinó de inmediato en qué estaba pensando.

-¿Como por ejemplo, bailar?

- Como hacer el amor.

Jade rió, con una risa desbordante de dicha.

-¿No es lo mismo?

- Jade, no es tiempo para bromas.

- No, Caine, no renunciamos a bailar, ni a hacer el amor. Nunca haría una promesa que no puedo cumplir - agregó, citando las palabras de él.

Caine quiso arrancarle la ropa y hacerle el amor en ese mismo instante. Pero no podía, pues todavía tenían que arreglar el destrozo del piso bajo.

En los dos días que siguieron, no tuvo mucho tiempo de estar con la esposa. Caine y Lyon estuvieron ocupados en dictar sus descubrimientos para los registros de los superiores. Lady Briars fue encerrada en la prisión de Newgate. Circularon rumores de que sería trasladada a un asilo cercano, pues la Corte había decretado que estaba loca. Jade estaba por completo de acuerdo.

Por fin, Caine quedó libre para cumplir su otra promesa a Jade. Se dedicaron a vivir una vida apacible los dos juntos.

Y, tal como había predicho, vivieron felices por siempre jamás.

Sin embargo, siguió estando muy inseguro, cosa que preocupaba a Jade. En la mañana del primer aniversario, Caine le pidió que le prometiera quedarse un año más.

Jade consideró la petición bastante inoportuna, pues estaba en mitad de una dolorosísima contracción. Rechinó los dientes para soportar la agonía.

- Caine, vamos a tener a nuestro hijo.

- Lo sé, mi amor.

Se colocó de costado y le frotó el abultado abdomen.

- Lo advertí hace tiempo - agregó, para provocarla, y se inclinó para besarle la frente húmeda -. ¿Tú también estás acalorada Jade?

- No, estoy...

- Dame tu promesa - la interrumpió, mientras apartaba las mantas -. Luego puedes volver a dormirte. Estuviste muy inquieta durante la noche. Creo que te quedaste hasta muy tarde conversando con Lyon y Cristina. Por supuesto, me alegró verlos, y me alegra que Cristina haya ofrecido su ayuda para cuando llegue el momento, pero insisto en que tiene que haber un médico, Jade.

Jade estaba demasiado exhausta para discutir. Toda la noche había tenido contracciones esporádicas, pero no despertó a Caine. Seguía el consejo de la amiga. Cristina le sugirió que sería mejor si no molestaba a Caine hasta el último momento. Los maridos se derrumbaban con mucha facilidad, le explicó.

Desde la noche en que Jade le entregó el archivo de Lyon y le dijo que lo guardara en lugar seguro, Cristina la consideraba su hermana de sangre. Las dos mujeres confiaban por completo una en la otra y pasaban horas contándose las historias de sus respectivos pasados.

Caine codeó con suavidad a la esposa.

- Quiero que me des tu palabra ahora.

En cuanto se disipó la nueva contracción, Jade le respondió:

- Sí, te lo prometo. Caine, tendremos a nuestro hijo ahora. Ve a despertar a Cristina.

El niño que, según Jade, estaba a punto de llegar, no apareció hasta tres horas después.

Durante la intensa labor, Caine permaneció tan calmo, sólido y confiable como Jade esperaba. Pensó que Cristina se había equivocado: no todos los hombres se derrumbaban con tanta facilidad.

Cuando las contracciones de Jade se hicieron insoportables, Cristina mandó a Caine a la biblioteca. Pero Caine sólo aguantó cinco minutos en ese sitio y estuvo junto a Jade sujetándole la mano y pidiéndole perdón por hacerla sufrir ese espantoso dolor.

Claro que fue más una molestia que una ayuda, aunque no se dejó dominar por el pánico durante el parto, y, minutos después, sostenía en sus brazos a su hermosa hija.

Stems no pudo contenerse. En cuanto oyó los vigorosos berridos de la recién nacida, irrumpió en la habitación. De inmediato, arrebató la niñita a Caine, afirmó que era magnífica y procedió a darle el primer baño.

Cristina se ocupó de Jade. Caine la ayudó a cambiarle las sábanas y el camisón, y, cuando Cristina le dijo a Caine que ayudaba con eficacia, hasta logró sonreír.

Caine estaba pálido, le temblaban las manos, tenía la frente empapada en sudor y no podía emitir una palabra coherente, pero se mantuvo entero.

No obstante, cuando el trauma acabó, el control lo abandonó.

Cristina acababa de salir de la habitación para dar la buena nueva a su propio esposo.

Stems acunaba en los brazos a la nueva habitante, y Jade estaba demasiado débil para sostener al esposo.

-¿Estará bien? - le preguntó Jade a Stems.

No tuvo fuerzas ni para mirar sobre el borde de la cama.

- Se desmayó.

- Sé que se desmayó - repuso Jade -. Pero ¿está bien? No se golpeó la cabeza con algo cortante, ¿verdad?

- Está bien - afirmó Stems.

No se molestó en mirar al patrón al decirlo, sino que siguió contemplando a la hermosa niñita, con expresión arrobada.

- Levántelo- murmuró Jade.

Se mordía el labio para no reír.

- Me parece que todavía no está listo para levantarse - aseguró Stems -. Ahora la que necesita toda mi atención es la pequeña. Usted lo hizo muy bien, milady, en verdad muy bien. Cuando se recupere del desmayo, estoy seguro de que el marqués opinará lo mismo.

Jade resplandeció de satisfacción, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

- Nunca revelará lo que sucedió, ¿no es cierto, Stems?

En ese momento, Caine gimió.

- No tenemos que contarle a nadie que se desmayó, pues se moriría de vergüenza.

- No se aflija, milady - repuso Stems -. No se lo diré a nadie, lo prometo.

Por la chispa en los ojos del mayordomo, Jade tendría que haber comprendido que no cumpliría la promesa. Tres días después, leyó en el periódico algo acerca del desmayo de Caine.

El pícaro del mayordomo lo había publicado en los periódicos.

El marqués de Cainewood no lo tomó a mal. No le molestaron en lo más mínimo las bromas de los que acudían a felicitarlos.

Nada podía irritarlo. A fin de cuentas, su misión había tenido éxito: había cazado al infame pirata... y ahora ella le pertenecía.

El cazador estaba satisfecho.

FIN